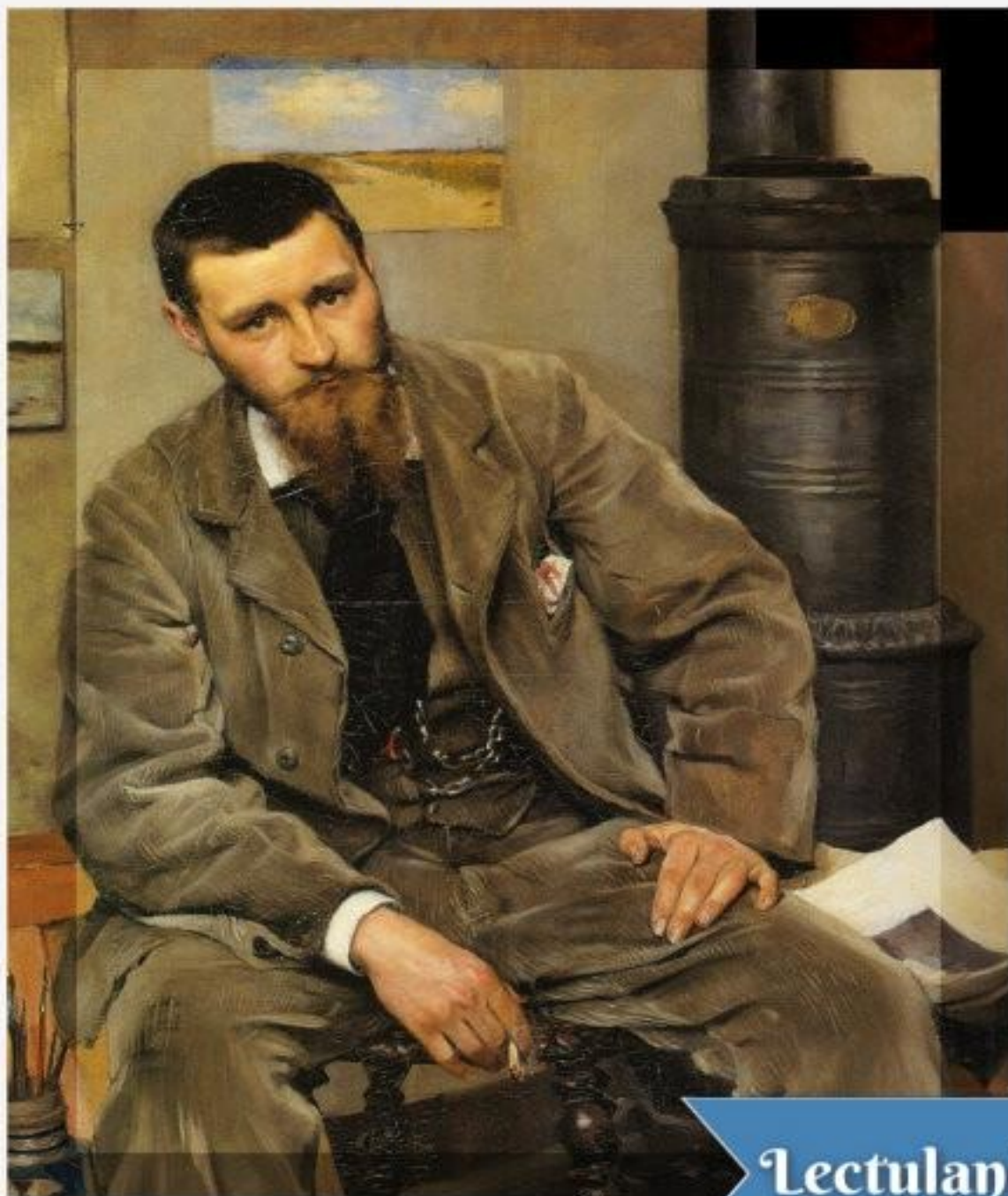


El hombre desconocido

Stig Dagerman

Traducción de Juan Capel y Marina Torres



Lectulandia

Este libro reúne los mejores cuentos del escritor sueco Stig Dagerman. Un tema central recorre toda su obra y toda su vida: la solidaridad como idea suprema, principio ético y compromiso responsable. Hijo de la clase obrera, desde niño pudo saborear la dicha de la fraternidad en medio de los estragos de la Gran Depresión; en algún lugar escribe que toda su infancia fue un interminable convoy de pordioseros. En este contexto merece especial mención su solidaridad con la España republicana y con los represaliados de la dictadura franquista. Su casa fue lugar de encuentro de numerosos antifascistas y miembros de las Brigadas Internacionales. Los veinticinco relatos que componen este libro reflejan los conflictos y angustias que definieron a toda una generación: la que fue testigo del último suspiro de una forma de vida eminentemente agrícola y que vivió los desastres de la II Guerra Mundial.

Lectulandia

Stig Dagerman

El hombre desconocido

ePub r1.0

NoTanMalo 5.9.16

Título original: *Nattens lekar / Vårt behov av tröst*

Stig Dagerman, 1947

Traducción: Juan Capel

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Stig Dagerman murió una mañana de noviembre de 1954. Se encerró en el garaje de su casa, arrancó el motor del coche y esperó a que los gases tóxicos hicieran el resto. Tenía treinta y un años y ponía fin así a una brillante y meteórica carrera literaria. Dejaba una obra de reconocido éxito y calidad: cuatro novelas, un libro de viajes, numerosos relatos, varias piezas de teatro e innumerables artículos de prensa y reseñas de crítica literaria.

Aunque la práctica totalidad de su obra testimonia un fundamento temático unitario, refractario en principio a cualquier criterio selectivo o clasificatorio, los traductores de este volumen hemos escogido veinticinco de sus relatos operando sin más guía que la dictada por nuestro propio gusto y preferencias, y los hemos reunido, salvedad hecha del primer relato, en estricta secuencia cronológica, es decir, en el orden en que fueron publicados, pero tratando de abarcar en todo momento las alternancias de punto de vista y de tratamiento que Stig Dagerman aplicó al meollo fundamental de su obra literaria.

Stig Dagerman nació en 1923 en Älvkarleby, una localidad rural a 110 km al norte de Estocolmo y a orillas del Dalälven, el río que delimita las provincias del norte y del centro de Suecia. Allí se crió al cuidado de sus abuelos en una granja del campo y allí mismo, en el pueblo, cursó estudios de primaria. A pesar de la ausencia de sus padres, Stig Dagerman gozó al parecer de una infancia bien atendida que, sin embargo, le dejó una marcada impronta. A Stig Dagerman le tocó vivir el ocaso definitivo de toda una era, el último suspiro de una cultura y de un país eminentemente agrícola y campesino, la Suecia de «los caballos y los tozudos», a decir de Olof Lagercrantz, la Suecia de los sembradíos ganados palmo a palmo, a punta de hacha y barreno, al bosque y al granito.

Siendo ya un adolescente, se trasladó a Estocolmo para cursar el bachillerato. En la capital vivió con su padre, cantero empleado en el servicio de obras del ayuntamiento, de quien adquirió su ideario y militancia anarquista. Años después, al cabo de sus estudios y de ciertas experiencias y sucesos, cobró plena conciencia de su vocación e identidad de escritor y se propuso sin titubeos el quehacer inmediato de su razón creativa: escribir el libro de sus ausencias, el libro de sus muertos.

Entre 1944 y 1946 aparecieron sus primeros relatos y sus dos primeras novelas, *La serpiente* (1945) (Alfaguara, 1990) y *De dömdas ö* (1946) (no hay traducción en español). Ambas novelas le procuraron el éxito que cambió su vida. Su nombre adquirió el prestigio cimero que a fin de cuentas le resultaría insoportable. Contaron con gran difusión y fueron muy leídas y discutidas pese a la dificultad intrínseca del tema abordado.

La conducta y las formas de aparición del sentimiento de angustia constituyen el

asunto de las dos novelas. De una parte la angustia de su tiempo, marcada por el fin de una era, por los desastres de la II Guerra Mundial y por la amenaza de la bomba atómica; y de otra parte su propia angustia, caracterizada en especial por esa actitud de marginación y extrañamiento que todos hemos experimentado alguna vez, siquiera de jóvenes, cuando el yo y la personalidad se van afirmando al compás del distanciamiento y la liberación de figuras paternas o similares. Pero lo que para unos, para los más, no deja de ser una fase pasajera en el proceso de su maduración, para otros, para Stig Dagerman en particular, se convirtió en una actitud vital permanente.

El punto de vista varía sensiblemente a raíz de un viaje que realiza por Alemania en otoño de 1946, enviado por el vespertino *Expressen* con el encargo de escribir un reportaje sobre la posguerra alemana. El paisaje apocalíptico que le depara una nación en ruinas y un pueblo en harapos, padeciendo los rigores del hambre, la derrota, la culpa y la mala conciencia, desvanece, o relativiza al menos, el alcance y la intensidad de su propia angustia y resitúa el tratamiento de su quehacer venidero. El reportaje se publicó poco más tarde, en mayo de 1947, en forma de libro bajo el título de *Otoño alemán* (Octaedro, 2001).

A finales de ese año, aparece bajo presiones editoriales la colección de relatos titulada *Nattens lekar*. Stig Dagerman tuvo que recuperar y seleccionar para ello relatos ya publicados en diarios y revistas y escribir otros nuevos. El tema de la angustia sigue vigente en buena parte de los dieciocho relatos que componen el libro, pero van surgiendo otros elementos, de corte esencialmente autobiográfico, que apuntan hacia otro tipo de tratamiento. Abundan asimismo los relatos concebidos como ejercicios de estilo, en los que Stig Dagerman, entregado a una especie de «juegos nocturnos», recrea la influencia de sus autores favoritos: Fiódor Dostoyevski, Thomas Mann, Franz Kafka, William Faulkner y, sobre todo, August Strindberg.

En efecto, entre 1948 y 1950, Stig Dagerman dedica la mayor parte de sus escritos, más relatos y otras dos novelas, a hacer una evocación de su infancia y de la Suecia rural en trance de desaparición a consecuencia de la intensa industrialización del país y la masiva emigración del campo a la ciudad. Pero en ningún caso se trata de retorno romántico o paseo nostálgico por los dominios de su «patria chica». El sentimentalismo y el folclorismo le son totalmente ajenos. Su mirada se centra más bien en los gestos y conductas atávicas que acompañan como sombras al abandono y aislamiento de una cultura condenada a muerte. En 1948 apareció *Gato escaldado* (Seix Barral, 1962), la tercera de sus novelas, y en 1949 *Bröllopsbesvär* (no hay traducción en español).

Y entre 1950 y 1954, Stig Dagerman trata de escribir otra serie de relatos y esbozos de novelas que a menudo topan con su angustia artística frente al reto prestigioso de la literatura. Se debate entonces en medio de una problemática dominada en lo esencial por sentimientos encontrados de deuda y mala conciencia, cayendo en esa atroz parálisis que los griegos denominaban *acedia* y que engrosa, según Willy Kyrklund, la lista de los pecados capitales. El propio Stig Dagerman, en

cartas a su editor, la tachaba de «inoperante maldición».

Hay un tema, no obstante, que recorre y preside toda su obra y, en realidad, toda su vida. Se trata de la solidaridad como idea suprema, principio ético y compromiso responsable. Stig Dagerman pudo saborear la dicha de la solidaridad desde niño, en medio de los estragos de la Gran Depresión. En algún lugar cuenta que toda su infancia fue un interminable convoy de pordioseros. En este contexto merece especial mención su solidaridad con la España republicana y con los represaliados de la dictadura franquista. Su casa fue lugar de encuentro de numerosos antifascistas y miembros de las Brigadas Internacionales. Se casó de hecho con una joven alemana, Annemarie Götze, cuya familia había recalado en Suecia después de haber huido de España, tras la Guerra Civil, y de Francia y Noruega por motivo de la ocupación alemana.

En la vida cultural y política de Suecia, la solidaridad con España constituye un gran capítulo aparte, aún no escrito, que se extendió a lo largo de cuatro décadas. A Stig Dagerman le cabe el honor de haber sido, con su pluma e iniciativas, uno de sus primeros impulsores.

Tal vez pudiera afirmarse que Stig Dagerman, quién sabe si consumido por su propio fuego, fue más que ningún otro el intérprete de los elementos de angustia, desconcierto y desesperación de una generación. Pero su comprensión y humildad fueron mayores cuanto más profundizó, con empatía y sensibilidad, en el laberinto del dolor y la angustia. Eso pretende expresar este pequeño poema suyo que ojalá pueda servir como colofón de su obra y destino.

Juan Capel

Mejor es aprender

*Mejor es aprender
a perdonar a tiempo
a los otros primero
a uno mismo después.*

*Mejor es aprender
a juzgar tarde
pero si
pero cuándo
a los otros después
a uno mismo primero.*

Memorias de un niño

1

Ainventar se empieza pronto. De niño siempre se es inventor. Luego, en la mayoría de los casos, te arrebatan el hábito. El arte de ser inventor consiste pues en no permitir que la vida, la gente o el dinero te arrebaten, entre otras cosas, el hábito de inventar.

Yo me acostumbré a «inventar» a edad muy temprana. La realidad, que es una palabra demasiado fina, la percibía de forma más cálida, más curiosa y más divertida si la recreaba. Acaso no mucho, pero sí lo suficiente.

Fue en una vieja granja situada al borde de un río ancho y caudaloso. En la casa siempre hacía fresco, por su subsuelo corrían veneros de agua. La granja aparecía solitaria en medio de un extenso predio y de los primeros años sólo recuerdo los inviernos, cuando el viento venía ululando y cubría de nieve el mundo entero. La nieve se acumulaba encima de las ventanas y casi nunca salíamos fuera. Ya era aventurado llegar al retrete, que quedaba a la entrada, donde la nieve se arremolinaba, como las cartas del correo, al pie de la puerta. La casa estaba llena de tías, tíos y gatos. Los mayores siempre estaban a la greña. Los gatos maullaban. Yo solía sentarme junto a la chimenea, ovillado como un gato al calor del hogar, y un primo mayor, a quien yo admiraba mucho, me escupía a los pies aunque estaba a cierta distancia, sentado en su cama. Una mañana de invierno que, como era habitual, me había quedado más de la cuenta en la cama, porque me consideraban delicado y quizá lo fuera, oí gemir y maullar bajo la manta. Cuando la levanté, la cama estaba llena de crías. Una gata había parido a mi lado mientras yo dormía.

A veces, en invierno, eran Navidades. Una vez, el abuelo me regaló un arco y flechas de puntas envueltas en paño para poder dispararlas dentro de casa. Otras Navidades me trajeron peluches y coches de juguete, que yo podía desmontar. Llegaban de Estocolmo, del padre que no conocía y del que siempre escribía. Pero una vez vino en verano y me pareció que era como todos los demás de Estocolmo: solían visitarnos porque teníamos un panorama precioso, decían palabras que yo no entendía y torcían el morro a los olores de la casa y al hecho de que bebiéramos agua con el mismo cucharón. Después de haberse marchado solíamos reírnos de ellos, no mucho y quizá algo incómodos, como quien se ríe de lo que no es normal.

2

Entre inviernos largos llegaban veranos cortos. En mi memoria son siempre muy calurosos. La hierba del patio se agosta y uno levanta polvo cuando corre. Sequía y mala cosecha. Granos que se marchitan y sembrados que se convierten en tolvaneras. El río se seca y del agua emergen, como sombras hambrientas y amenazadoras, nuevos islotes de grava y lodo. Los mayores miran al cielo, pero en el horizonte sólo aparecen gruesos cirros y columnas de humo amarillento de las fábricas de Skutskär. Un día se incendia la Casa del Pueblo y el camino se llena de gente que corre y gesticula. Un nublado leonado con flecos de luto asoma sobre la aldea. Estamos en el patio de casa y olemos el humo del incendio, pero somos demasiado orgullosos para acudir allí corriendo. Somos campesinos.

Las noches con los dos ancianos son bochornosas y asfixiantes. Nadie duerme en casa. Alguien se levanta y traquetea con el cucharón del agua en la cocina. Nunca sopla el viento, nunca refresca y las ventanas permanecen abiertas toda la noche. A veces sueñan los caballos y dan coces contra la cuadra. Retumban de forma sorda y aterradora. Quizás haya un vagabundo con cerillas en la mano merodeando entre los almiarés. A nada se teme tanto como al fuego. El viejo sale en calzones con pasos quedos y vuelve a entrar al poco rato con un gato en brazos. Por la mañana temprano empiezan los cañones. Es el estruendo del campo de tiro al filo del horizonte, a unos diez kilómetros de distancia, y aparece como una enorme sombra negra sobre estos veranos ardientes. Ya han disparado una descarga... y ahora otra... Dios quiera que no venga la guerra... A veces, cuando arde el bosque que bordea el campo de tiro y la humareda se divisa en los confines de la vista, los cañones enmudecen un instante.

Calor y desesperación. Pero los veraneantes de Estocolmo bajan a la granja y colocan los aros de *croquet* en el patio. Por el día resuenan los mazos de *croquet*, los cañones y las carcajadas de los veraneantes. Resulta difícil explicarlo, pero uno empieza a aborrecer poco a poco a quienes juegan al *croquet*, ríen a carcajadas y van a bañarse mientras arde el grano, mugen las vacas implorando agua y alguien ha visto una serpiente más cerca de casa que otros años. Al atardecer siempre han dejado algún aro olvidado y cuando uno de nosotros tropieza de noche con el aro, le soltamos una soberbia patada y aro y zueco vuelan hacia la luna en un arrebato liberador.

La luna, sí. A veces, cuando hay luna llena, acaso en agosto, el chico del carnicero me lleva en bicicleta a una pequeña aldea en lo alto de una loma. En el portabultos lleva una caja con carne fresca. Paramos a la altura de una verja, tocamos el timbre de la bicicleta y ancianos y ancianas salen de sus casas, sacan la carne de la caja, la palpan, la tientan y la devuelven. Algunos se meten una pulgarada de rapé dentro del labio superior antes de regresar a casa. Pero la caja siempre está vacía cuando bajamos la cuesta de regreso a casa.

Una mañana hago algo terrible. No, no es que sólo deteste a los jugadores de *croquet* y a los militares de maniobras en las inmediaciones de la granja, que huellan los sembrados, levantan polvaredas por las trochas que recorren a lomos de sus

jadeantes caballos y se entretienen con sus curiosas embarcaciones en el río. (Una tarde, sentados sobre el terraplén, vemos a un capitán caer al agua. No nos reímos pero creemos haber obtenido algún tipo de reparación). Sobre todo detesto el sol, y una mañana, cuando la hierba arde y no se divisa una sola nube en los cielos de Gävle ni de Upsala, me pongo de rodillas a la sombra del seto de lilas y maldigo al sol, ruego a Dios y a todos los demás poderes celestiales que lo apaguen.

Es la primera vez que he rezado y al cabo me siento desfallecido y asustado. No puedo dormir durante varias noches. Estoy más que convencido de que un ruego tan fervoroso tiene que ser cumplido. Pero el sol sale todas las mañanas y tuesta las matas de las patatas, el sembrado de centeno y la piel de los veraneantes de Estocolmo. Me siento junto a la verja y me pongo a mirar a las mujeres que pasan en bicicleta luciendo vistosas prendas. Pasan en bicicleta... Pero sé que alguna vez una de ellas frenará la bicicleta, pondrá pie en tierra ante la verja, correrá hacia mí y me alzaré en brazos. Tiene que ser ella, mi madre, a la que nunca he visto. Sólo hablan de ella muy de cuando en cuando, de cómo llegó a la finca, de la noche que me parió en plena cosecha de patatas (¡cuándo tanta faena había!) y de que desapareció al cabo de catorce días. Todas las noches se lavaba con agua caliente, es lo más curioso que recuerdan de ella.

Ella vendría algunos veranos en bicicleta. Pero después lo haría siempre en coche. En uno de esos autos negros y altos que parecen sombreros de copa, con una visera encima del parabrisas que se asemeja a un párpado. Pero si alguna vez se detiene un coche, sólo se trata de un representante de máquinas de coser, de insecticidas o de motores de gasoil. Todos los demás tienen padres. Yo tengo abuelos.

3

A su manera, el abuelo y la abuela fueron las mejores personas que he conocido. No eran de los que te forjaban con delicadeza, esmero y precisión. A uno le educaban a golpes de hacha, como quien hace leña de un tronco o de una estaca. No les gustaban las gentes que eran productos de podadera o simples adornos de mesa. Querían que cada cual sirviera para algo concreto, aunque sólo fuera para ser estaca. Ambos trabajaron toda la vida dando vueltas sin parar como bueyes al arado, porque en ello les iba la vida. Por su parte nunca desesperaron, pero detestaban la holgazanería como el primero de los pecados mortales. Le seguían la afectación, el artificio de las maneras refinadas, la mezquindad y la petulancia. También ellos tenían defectos, pero nunca los ocultaban. Ni podían ni querían.

No los conocí antes de que fueran viejos. De su infancia, juventud y vida adulta sólo conozco lo que ellos y otros me contaron. El abuelo era de una granja del sur de

Roslagen. Huérfano de niño, muchos hermanos, trabajo duro. De joven, hacia la década de 1870, transportaba carros de heno a la plaza de Hötorget de Estocolmo. Viajaba de noche para llegar con tiempo de sobra a primera hora de la mañana y solía dormir entre el heno para despertar a su llegada a Estocolmo. Una noche se despertó en la cuneta con la carga de heno volcada encima de él. El único recuerdo que guardaba de sus viajes a la ciudad era que se le volcó la carga una noche de 1878. La ciudad no le causó ninguna impresión. Había mucha gente, muy poca seriedad y demasiado «ruido».

Tuvo que buscarse la vida fuera de casa desde edad temprana. Pudo haber emigrado pero no lo hizo. Toda su vida abrigó un apego, o mejor dicho, un fervor por la tierra que mantuvo su vida en equilibrio. Se empleó de peón en fincas de granjeros avaros y tacaños de Uppland, trabajó en la construcción de la central eléctrica de Älvkarleby y recaló finalmente en las serrerías de Skutskär. Entonces trabajaban catorce horas diarias como mínimo y los capataces podían ordenar a los trabajadores que se metieran en los tambores de las sierras; salían despedidos envueltos entre serrines. Cegados y casi asfixiados, avanzaban a gatas en medio de la oscuridad y se restregaban con tierra para poder quitarse el serrín. El abuelo venía a casa, a su gran familia, cada dos semanas, haciendo a pie un recorrido de quince kilómetros. Lógicamente no había ningún dinero para bicicleta. Tenía que caminar como todos los demás. En general, los trabajadores vivían en barracones instalados en el patio de la serrería, en carromatos tan plagados de cucarachas que debían guardar la comida en cajas fuertes.

No pudo haber sido la mera penuria lo que le ayudó a soportar todo, sino más bien ese fervor por la tierra que le persiguió toda la vida. Tenía cincuenta y seis años cuando por fin pudo satisfacerlo. Adquirió una granja abandonada cuyos sembrados estaban tan poblados de cascotes que era imposible arar a tiro, no le cupo otra que desenterrarlos piedra a piedra, pero tuvo que hacerlo con el azadón de las patatas por carecer de dinero para comprar palas el primer año. No es sólo que fuera un gran trabajador, es que era un maniático. Solía llevarme a los sembrados, me sentaba al borde de una cuneta a mirar mientras él trabajaba. Mucho más tarde, después de haber arreglado todo, siempre solía apuntar con la fusta cuando pasábamos junto al cementerio. Eran las bardas de piedra lo que señalaba. Allí estaban todas las piedras que había desenterrado y solía decir que estaba contento de que algún día fuera a reposar al lado de sus piedras. No era sentimentalismo ni arrogancia. Era el orgullo de un trabajo bien hecho.

Los primeros años, que también fueron los míos, no fueron buenos. No fue sólo la calumnia malintencionada ni el golpe bajo que siempre suelen asestar a los valientes recién llegados. Fue la miseria lo que le puso la zancadilla. Fue un caballo nuevo, caro y sin seguro, que intentó saltar una valla y se quedó prendido en los puntales. Fue un muchacho que murió ahogado el mismo día que vino de enterrar a su madre. Y, sobre todo, fueron los intereses y las hipotecas. «Interés» fue una de las primeras

palabras que aprendí y sé que cuando una casa está hipotecada hasta la azotea no sólo se trata de una frase hecha, sino de un verdadero pesar que oprime los hombros como un yugo.

Pero no se dejó amedrentar aunque la fábrica le hubiera quebrantado la salud y los dolores del reumatismo empezaran a destrozarlo. En medio de la mayor calamidad se abrió paso al bosque y empezó a cultivar a solas media hectárea de tierra fértil de fósiles, musgo y bosque mixto. Recuerdo la llegada de los malditos sobres verdes del banco, a veces ni siquiera las noches le deparaban paz. Tenía que levantarse y salir al sembrado en medio de la oscuridad, empezar a sembrar o a poner los arreos a los caballos y pasar la rastrilladora o el arado en plena noche. A lo lejos, a prudente distancia, la gente movía la cabeza o reía. A la postre suelo pensar que tuvo que ser una especie de poeta de aquel tiempo en su empeño por superar un reto imposible, acaso consciente de que en sí no merecía la pena pero que con todo era necesario, por razón del trabajo, por razón del verso.

Luego le pudo el reuma. Empezó a quejarse por las noches. Por el día apenas conseguía salir de la cama. A veces le daba un pronto y salía a la cuadra, pero una vez no pudo soltar los arreos de un clavo y volvió a entrar en casa, se encerró en su cuarto, se tumbó en la cama y se puso a llorar. Poco a poco empezó a amargarse y a sospechar. Recordó los primeros años y le dio por pensar que querían aprovecharse de su inactividad y arrebatarle la granja. A veces ni siquiera permitía que se acercaran forasteros a casa. Estaba convencido, con todo el peso de su obstinación, de que querían causarle perjuicio y de que todo se desmoronaba cuando ya no era dueño de sí mismo. Se avergonzaba de no poder trabajar y a veces convertía la vergüenza en odio. En agosto de cada año había que llevarle a su cuarto una espiga de centeno. Le metían granos en la boca y los masticaba para saber si estaban maduros. No permitía que empezaran a segar antes de que él no estuviera seguro de que fuera el momento más idóneo. No sé lo que hacía después de que saliéramos y cerráramos la puerta del cuarto, pero me parece haber visto en él que era uno de sus momentos más felices y más difíciles.

La abuela fue una trabajadora nata y a él lo completó con su temple. Era hija de un pescador de la comarca. En total había asistido seis semanas a la escuela en casa del relojero, donde aprendió los nombres de los Estados Unidos de Norteamérica. Hasta su muerte pudo contar de memoria los cuarenta y ocho estados de la Unión. De su vida anterior sólo sé que tuvo muchos hijos y que algunos murieron jóvenes. Lo que mejor recuerdo de ella era su capacidad para ser generosa y ayudar. Nunca se le ocurrió despachar a ningún vagabundo de la puerta, aunque tal vez fuéramos nosotros de los más pobres de los campesinos de la comarca. Al final resultó que los demás campesinos adquirieron la costumbre de enviarnos a casa a todos los pordioseros. Podían aparecer hasta tres o cuatro por noche durante los peores años de la depresión, y toda mi infancia fue un eterno desfilar de vagabundos: ancianos, hombres acabados, que se quedaban quietos junto a la puerta, con la cabeza gacha, otros que hablaban y

contaban chascarrillos que sólo reían ellos de forma forzada y entre toses, dementes a quienes había que quitar las cerillas por la noche y jóvenes soliviantados, que hablaban a voces y exaltados del tiroteo de Ådalen. La abuela atendía a todos aunque no de forma hiriente o afectada, sino como si su llegada fuera lo más normal del mundo, como si fueran esperados y tuvieran reservado un lugar a la mesa.

No sólo fueron vagabundos. Unos de los primeros tipos de hombre que aprendí a reconocer fueron los tratantes de caballos y los quinquis: siempre mandaban a las mujeres y niños por delante mientras ellos se quedaban fuera en sus tartanas o trineos, y los ojos de las mujeres y niños revoloteaban por las paredes como si buscaran oro o plata. Los niños eran flacos y descarados y cuando las mujeres entraban en calor y notaban que no eran despachadas de inmediato, hacían como si fueran de la casa y se ponían a dar de mamar a sus bebés sin ningún recato junto a la chimenea, mientras nosotros las mirábamos con ojos como platos. Todos los niños tenían que guardar sus juguetes cuando pasaban por medio de la aldea, pero yo no lo hice desde que vi a una gitanilla agacharse al comedero de los cerdos que había junto al cobertizo del establo y tragar comida como si fuera una ternera.

La abuela siempre tenía una barra de pan para quien pasaba hambre y arrimaba con disimulo, sin que el abuelo lo notara, un manojo de heno al caballo del tratante, puesto que odiaba a tramposos y maltratadores de animales. Cuando los militares cabalgaban por el camino, ella podía salir de casa y cerrar el paso a los caballos y echar la bronca a los capitanes por agotar a sus bestias. Un invierno llegó un mozo de Dalacarla que sabía tocar el violín y lo hacía tan bien que se quedó dos años. Ella poseía algo tan insólito como el coraje de mostrar cariño, y cuando fui algo mayor y más razonable me dio una sobrecogedora lección sobre la grandeza de la bondad cuando no es hipócrita, afectada ni engreída.

El abuelo fue víctima de una de esas atrocidades demenciales y sin sentido. Un hombre de la comarca, un demente, acechó una noche tras el seto de las lilas con un cuchillo en la mano. El abuelo salió al pastizal para apaciguar a los caballos. Ya era noche cerrada y al poco rato se le oyó gritar. Yacía de espaldas sobre la hierba cuando acudieron en su auxilio. Cuando le ayudaron a incorporarse, dijo que alguien le había apuñalado y que el autor del delito se había escabullido saltando la cerca. Lo cómico fue que nadie le creyó. Pensaron que un caballo le había dado una coz e intentaron convencerlo mientras le ayudaban a llegar a casa. Entonces se enfurruñó por última vez en su vida y les pidió, ya que nadie le creía, que le dejaran ir solo. Y caminó solo, obstinado, hasta la misma puerta de casa, en medio de la oscuridad y con diecisiete puñaladas encima. Allí cayó. La abuela murió unas semanas después a resultas de la conmoción.

Cuando eso ocurrió yo no vivía en la granja. Cursaba el bachillerato en Estocolmo y nunca me creí capaz de sobrellevar el hecho de que hubieran muerto los seres a quienes más quería. La misma noche que supe del crimen fui a la biblioteca municipal para intentar escribir un poema en memoria del muerto. Pero sólo me

salieron unos lamentables versos que rompí avergonzado. Pero de la vergüenza, de la impotencia y del dolor nació algo que fue, creo, la pasión de ser escritor, es decir, de contar cómo se sufre el dolor, ser querido y quedarse solo.

4

Después empezó algo nuevo. Yo me había sentido siempre solo. Los hijos de los campesinos me consideraban un niño de Estocolmo, un extraño, aunque para complacerlos traté de aprenderme todos sus tacos tan pronto como me fue posible. En Estocolmo, en cambio, era el chico torpe de pueblo, cuyo gabán, que me quedaba corto, fue objeto de burlas durante todo un semestre. Ahora estaba realmente solo. Fue el otoño en que el vapor *Ragvald* se hundió frente al muelle del ayuntamiento y todas las tardes iba a la Estación Central y allí me quedaba en medio de la gente hasta que me ponían de patitas en la calle. Acariciaba la idea de ir alguna vez a la Estación Central con un billete para China en el bolsillo y mostrárselo a la policía cuando se me acercara. Pero nunca tuve ningún billete para China. Continué escribiendo con la misma idea en la cabeza. Poco después, una tarde oí cantar «La Internacional» en un mitin, no era la primera vez pero sí la vez que se me quedó grabada. Fue como una conversión fulminante. Me hice anarquista y poco a poco fui adquiriendo conciencia de la ardua dicha, repleta de batallas, de llenar una fe vacía con un contenido nuevo y sólido. Durante ese combate también me quedó muy clara la clase de ayuda que me iba a prestar la literatura concebida no como objetivo sino como medio. Fui redactor de una revista juvenil de corte revolucionario y antifascista, el primer número fue retirado y puesto fuera de circulación y me sentí inmensamente orgulloso cuando supe que a la policía le llevaba a veces tres semanas leer mi correo (el de un bachiller).

Durante el bachillerato fui repartidor de periódicos y revistas los sábados y domingos por las islas del archipiélago. Las tardes de los sábados corría hasta el barco que me llevaría al trabajo, con la gramática latina en el bolsillo y sintiéndome dichoso de no ser un escolar. Había en ello cierto orgullo lógico, pero también un anhelo de estar cerca de las gentes que más me importaban: los campesinos y los trabajadores. La misma deriva me llevó a hacerme conductor de autobús durante el último curso, pese a que al principio me mareaba tanto que tenía que apearme a vomitar en la última parada.

Como repartidor de periódicos fui aprendiendo a odiar la arrogancia y también los malos semanarios. Durante un tiempo escribí poemas para el semanario *Hela Världen*. Nunca los publicaron. Tampoco me los devolvieron. En los concursos escolares tuve más fortuna, el año que me gradué de bachiller gané una semana de

estancia en la montaña con la redacción de un relato, pero el viaje acabó en tragedia. Perdí a un gran amigo y compañero de habitación en una avalancha de nieve. A la vuelta supe de forma irreversible lo que iba a ser. Tenía que ser escritor y sabía lo que debía escribir: el libro de mis muertos.

Pero entonces no tuve tiempo. Porque enseguida me tocó cumplir el servicio militar. Y ésta es otra historia. Se titula *La Serpiente*.

Érase una vez un mayo...

Pronto iba a ser la una y todos los que estaban esperando empezaban a sudar y a enrojecer. Los que estaban delante eran empujados hacia la calzada por los que estaban detrás y había unas apreturas insoportables, incluso para los que tenían los codos bien afilados. Desde las ventanas altas las masas de gente de las aceras parecían cercas negras y entre esas cercas los despistados corrían por la calle tratando de encontrar un sitio donde meterse. Y los coches pululaban entre las personas con los frenos echados como precavidos insectos gigantes y de vez en cuando aparecía un tranvía chirriando y tocando a entierro.

El sol se abatía sobre la ciudad y raras veces llegaba una ráfaga de viento refrescante. Sven iba subiendo por la larga avenida desde el puente de Djurgården hacia la explanada de Karlaplan. No sabía cómo se llamaba la calle y aunque llevaba a su hermano pequeño de la mano se sentía solo y extraño. Las casas eran muy altas allí, todo era muy distinto. Dónde estamos, dijo el hermano, que era tan pequeño que no hacía más que molestar. Una señora con el abrigo de piel abrochado regaba un árbol con su perro, un ciclista con impermeable pasó navegando a su lado.

Estamos en el barrio de Östermalm, dijo Sven y masticó la palabra como un pedazo de carne dura, en Östermalm. ¿Llegará pronto la manifestación? Göran empezaba a impacientarse. Habían andado mucho, desde el barrio del Sur, y a Göran le habían prometido un helado sólo porque era 1.º de mayo. ¿Cuándo me vais a dar el helado?, dijo Göran. Mira el chuchó, ¿por qué lleva abrigo de piel la mujer? Cállate, dijo Sven. Te lo dará papá. Tenemos que desfilar primero. Desfilar ¿por dónde?, dijo Göran. Bueno, dijo Sven, venga ya, hay más chuchos.

Llegaron a una calle que cruzaba, una calle larga que pasaba casi por toda la ciudad, hasta que de repente tropezaba con un parque lejos, muy lejos. Ostras, cuánta gente, dijo Göran, aunque no le dejaban decir palabrotas, pero a él le pareció que no podía usar otra palabra para lo que quería decir. No tenía más que seis años y pensaba que no había visto tanta gente como ahora en toda su vida. Aparecieron unos policías balanceándose en sus caballos con atavíos relucientes. Brillaba la plata de las bridas de los caballos y el oro de los emblemas policiales. Caballos, dijo Göran queriendo quedarse, pero Sven tiró de él y subieron deprisa la calle y se levantó una polvareda cuando los caballos les pasaron trotando por la senda con las colas recortadas y las herraduras brillantes.

Es la poli, dijo Sven apartándose, y se callaron los dos. Y Göran no dijo nada porque no se hablaba de la poli por la calle. Y Sven no dijo nada porque tenía miedo y porque no quería que su hermano pequeño se enterara, que se enterara de que su hermano mayor tenía miedo. Pero, en todo caso, lo tenía, y cuando vio balancearse la grupa del caballo de la policía y el brillo de la plata mate de los cascos traseros se

acordó *exactamente* de cómo había sido. De cómo los caballos de la policía habían doblado la esquina justo cuando la muchedumbre se había agrupado alrededor de la cabecera de la marcha nazi y al jefe se le había caído la bandera por la calle y se había creado un atasco en la columna que se extendió en semicírculo por la calzada y las aceras. Sven estaba en la acera más o menos a la altura de la cabecera y vio cómo dos corpulentos jóvenes con el uniforme nazi sacudían sus porras a la altura del codo y gritaban algo hacia atrás que él no pudo entender.

Después de que gritaran se hizo el silencio, un corto instante de silencio, porque luego resonaron los cascos de los caballos en la calle y la muchedumbre entre la que se encontraba Sven se puso en movimiento, lentamente primero y enseguida más deprisa, cada vez más deprisa. Corrían por la acera subiendo la cuesta, pero la cuesta era pronunciada y los más jadeantes se fueron quedando atrás de manera que al final los caballos les iban pisando los talones a los más rezagados y entonces uno tropezó en un adoquín y Sven y algunos más les siguieron también en la caída como un alud. Él quedó tirado con la cabeza debajo de un canalón y desde esa perspectiva vio bailar encima de él sobre las patas traseras al caballo policial y al policía con el sable extendido a lo largo del cuello del caballo. Y lo único que esperaba era que el caballo dejase caer su peso sobre ellos y cerró los ojos en la espera, pero luego no pasó nada y cuando volvió a mirar el caballo galopaba bajando hacia el final de la calle. Entonces se desprendió del montón arrastrándose y se deslizó pegado a la pared hasta un portal y allí se quedó largo rato con las piernas flojas y un grueso nudo de terror en el estómago que rodaba queriendo subir.

¿También van a ir los fachas a la manifestación?, dijo Göran. ¿Cantaremos «La Internacional»? ¿Oyes música? Qué, dijo Sven. Están tocando, dijo Göran, y entonces llegaron a la plaza de Karlaplan. La fuente funcionaba y blancos veleros corrían por el estanque. Ostras, cuántos barcos, dijo Göran, déjame ver. No, que ya vienen, dijo Sven apresurándose a cruzar la plaza. Había un hueco en las filas de espectadores junto a la esquina con Karlavägen y corrieron hacia allí. ¿Ves?, dijo Göran, pero aún no se veía nada y casi no se oía tampoco porque la gente que estaba detrás hablaba y se reía y empujaba. Un pequeño coche negro con la capota plegada pasó por delante, tan cerca que casi parecía como una invitación a montarse.

Bonito coche, dijo Göran, igual que el de Barcelona. Tú estás loco, dijo Sven, aquél era un camión y era de la CNT porque lo ponía en la caja. Aunque Erik es mayor que ese tío, dijo Göran señalando al conductor que trataba de dar la vuelta con el coche en lugar de rodear la plaza. Debe de estar ya en el avión, dijo Sven, en la Brigada Internacional. Pronunció esa palabra, que le pareció que de alguna manera sonaba solemne, con digna seriedad, y aunque no tenía más que trece años sabía con la misma certeza de que en ese momento estaba en Karlaplan, que en España se estaba luchando y *porqué* se luchaba y que él participaba de alguna manera. Que las banderas hoy eran por España, y todas las canciones.

¿Ves el avión?, dijo Göran, y lo vieron los dos como un pequeño punto que

desaparecía en el espacio y bajaba lentamente tras el verdor de los árboles en la avenida de Narvavägen. Pero luego volvió por fin la música, ya muy cerca, y las banderas rojas asomaron por encima de las cabezas de la multitud. Y ahora, ahora doblan y entran en la plaza, una ráfaga de viento las mantuvo ondeantes y tensas y aparecieron sudorosos los hombres de la cabecera. Luego llegó una serie de pancartas y la banda de música tocando. ¿Es «La Internacional»? preguntó el hermano pequeño, pero era «Los hijos del Trabajo», y el coro de la música era grande, más grande que el del cambio de guardia y entre los músicos de viento Sven descubrió a un muchacho que había sido compañero de clase suyo. Luego llegaron más pancartas, Sven leía en voz alta y le traducía a Göran y al final llegó una comitiva de gente interminablemente larga sin pancartas y sin banderas aunque alguna vez se vislumbraba una bandera y eso daba enseguida variación. Más o menos como una fotografía en un periódico, pensó Sven y luego preguntó Göran, que tenía sed y estaba cansado y esperaba su helado: ¿Cuándo vienen papá y mamá? Todavía no, dijo Sven, ellos no van en esta sección. Pero luego vienen. Me comprarán un helado, dijo Göran. Pero la marcha iba a durar mucho todavía y la multitud a lo largo de las aceras se apiñaba y los sudorosos encargados del orden pasaban por delante con sus brazaletes.

Pronto le pareció a Göran que era aburrido, miró a su alrededor y miró ansioso la fuente que disparaba a lo alto del cielo desde el otro lado de la calle en mitad de la plaza. Ostras, qué chorro tan largo y miró a lo más alto donde la espuma se arremolinaba y centelleaba con los colores del arco iris. Y Sven miró hacia allí pensando decir algo refrescante, pero se quedó cortado. Lo que quería decir se le atragantó. Tragó saliva. No hacía más que mirar. Mirar intensamente hacia un punto, justo encima del cenit de la fuente. ¿Qué pasa?, dijo Göran, pero entonces lo vio él mismo. Vio un balcón en la casa alta que estaba al otro lado del surtidor, un balcón grande, tal vez el más grande que había visto, con barandilla de hierro y una jardinera verde en el borde. En ese balcón había cinco personas. Primero una chica que estaba muy derecha y rígida y a su lado un joven, descubierto, y detrás de ellos tres hombres muy jóvenes, muy derechos, casi rígidos, descubiertos y muy serios. Y ese grupo, esos cinco que estaban allí al sol en el balcón con actitud rígida y los talones juntos, tenían todos la mano derecha alzada en un empinado ángulo, y no era gimnasia. Era el saludo fascista.

Fachas, susurró Göran, y susurró despacio y miró a su hermano y vio el nuevo gesto amargo de su cara y sintió que se endurecía la mano que le agarraba. Luego se fue adelgazando la comitiva y se hizo una pausa en el desfile y la gente que había estado callada empezó a hablar y todo el tiempo permanecieron los cinco del balcón con vistas a la plaza inmóviles con los brazos en alto. De la masa de gente que rodeaba la fuente se separó un hombre con botas y una trinchera con cinturón militar y fue cruzando despacio la calle en dirección a Sven y a Göran con un fajo de periódicos descuidadamente cogidos bajo el brazo. Se paseó por delante de los

espectadores y Göran le reconoció, no a él, pero sí a su tipo, y supo que era uno de los que solían reunirse en el parque cercano a su casa los miércoles por la tarde y que luego, con tambores y paños con la cruz gamada a la cabeza y las porras metidas bajo los blusones del uniforme, bajaban desfilando por la zona de Slussen. Después llegó un policía a caballo y se paró y el hombre de las botas se acercó a él y empezó a hablar en voz baja y luego se separaron y empezó a oírse la música por Karlavägen y fue acallando el rumor de la fuente.

Luego llegaron las banderas volando y cuando pasaron los abanderados Göran les reconoció y se dio cuenta de que ése era su desfile. Le sacudió el brazo a Sven echando al mismo tiempo una mirada rápida por encima de la fuente y sintió enfado dentro de sí mismo cuando vio que los cinco de allá arriba levantaban el brazo también al paso de su desfile. Luego Sven le arrastró porque papá y mamá iban allí en la fila y había un hueco para ellos. Y la orquesta tocaba «La Internacional» y Sven se volvió y alcanzó a ver a los cuatro jóvenes y a la muchacha en el balcón, antes de doblar bajando de la plaza. Y experimentó un sentimiento que no era exactamente rabia y no se parecía exactamente a nada que hubiera sentido antes, y recordó lo visto durante todo el día en la explanada de Gärdet, cuando los discursos del 1.º de mayo crepitaban contra el cielo y la multitud iba regresando en tropel a la ciudad.

Lo recordó no solamente ese día. Lo recordó cuando Madrid libraba la batalla por su vida, cuando los curas fascistas hacían nidos de fusiles en las torres de las iglesias y cuando Erik cayó en Guadalajara. Y lo recordó muy nítidamente cuando cayó Barcelona, cuando todo terminó en 1939, lo recordó cuando estalló la guerra y cuando los ejércitos alemanes escalaron las cimas de la gloria. Luego lo recordó el 9 de abril. Luego lo recordó cuando Stalingrado. Luego lo recordó cuando Hamburgo. Luego lo recordó cuando un par de compañeros de curso descarriados fueron detenidos por espionaje nazi. Y luego lo recordó un día de abril de 1944 cuando cruzó Karlaplan y vio el balcón de una casa en el quinto piso. Y pensó entonces y supo que era verdad: el balcón se ha desplomado. Fue trágico para los que estaban allá arriba y venturoso para todos aquellos que estaban ahí abajo, que desfilaban con banderas ondeantes aquella vez en 1937. Sí, fue muy trágico y muy venturoso. Y él sabía que abundaban los balcones desplomados en esta ciudad de balcones. Él sabía esto cuando pasó por la fuente de Karlaplan, muerta en invierno, una clara tarde de abril de 1944.

Nuestro balneario nocturno

1

Claro que siempre se le puede dar vueltas a por qué hay tan pocos sitios que estén tan sucios como las playas. Tal vez es que en ellas la gente se baña demasiado, se lava demasiado, demasiada basura que, si no, se llevaría encima, se restriega y queda ensuciando el entorno: en los pequeños junquerales cercanos, por los patios cuidadosamente cercados, a lo largo de los caminos secundarios que caprichosamente serpentean en el bosque costero. Orillas en las que menos se espera algo semejante, cuando se acerca la barca, se muestran provistas de verdaderas montañas de cáscaras de huevo, viejos periódicos y botellas marrones que, tiradas, golpean contra las piedras como una estación de telégrafos, uno atraca después de haber arrastrado la barca de muy mala gana por el repugnante borde y cae en mitad de un surtido de latas de conserva deformadas, abiertas de cualquier manera, haciendo muecas al visitante con sus fondos aún relucientes —y en los arbustos ondean desamparadamente diarios de un trágico amarillo con su accidentada historia mundial—. Es como visitar un museo sobre anteayer, el lúgubrementemente muerto día anterior a ayer, más muerto que ninguna otra cosa, más muerto que el año pasado y más muerto que 1936 o 1928 o 1912, porque muchos vientos limpios y fuertes lluvias han arrastrado y consumido la suciedad museal de tan largo tiempo.

Profundamente abatido vaga uno en torno a los recuerdos, pero termina siendo demasiado, uno anda imaginando una buena cantidad de tonterías: se oye a las latas de conserva tiradas sacando a relucir réplicas y carcajadas humanas de las escasas comidas a las que tuvieron el gusto de asistir durante su breve existencia, se podría pensar que por lo menos habría abundantes variaciones, pero los retazos de conversación que se oyen son tan demencialmente iguales entre sí que uno, asqueado, se tapa los oídos con los dedos; es como haber escuchado una búsqueda a través de un anuncio en la radio y cuando se abre la ventana hay toda una cola con las señas personales del buscado delante de la lechería con la pretensión de entrar.

Uno va corriendo hasta los periódicos rotos para allí poder oír al menos una palabra sensata y distingue realmente al principio, para propia satisfacción, acentos que contrastan unos con otros, ardor y constatación indolente de modo indistinto, pero si se escucha durante bastante rato, porque todo depende de si se puede aguantar el olor, pronto se nota que la variación no era más que una ilusión, y es que uno advierte que tanto la pasión y el ardor que podían desarrollar los antiguos propietarios de los periódicos muertos eran tan conscientemente absurdos como la pereza y la

indiferencia, sólo un juego de sociedad que entretenía por muy poco tiempo.

Y al final uno, lleno de ira, aparta el barco de la ribera maldiciendo las cáscaras de huevo en las que se resbala y rema hacia el mar, hacia la delgada franja azul que a veces se enrosca como un sedal por las olas, pero no pasa mucho tiempo antes de que el rojo barco de salvamento del balneario se deslice del embarcadero y se precipite en busca de uno; y todo termina tendiéndose uno en el agua que hay en el fondo de la barca y dejándose arrastrar directamente a las fauces de las sombrillas y los grotescos animales de goma de la playa, mientras todas las montañas de eco dentro de uno retumban de protesta: ¡Anteayer! ¡Maldito anteayer! ¿Era esto todo lo que se podía obtener: unos periódicos ondeando tontamente y latas de conserva, es esto todo lo que va a quedar del ahora cuando hayan pasado cuarenta y ocho horas? ¡Maldito sea este museo sobre nuestros días muertos y nuestras vidas muertas y malditas sean la indolencia y la criminal frivolidad de las autoridades de la zona que permiten a los huéspedes del balneario comprometerse a sí mismos y entre ellos de cualquier manera!

2

Sísifo, que lleva su desgraciado nombre con heroico equilibrio, le lleva a uno de buena gana al faro abandonado que sobresale del agradable verdor como una tibia abandonada y muestra el balneario desde arriba. Todos los pertrechos que pueden recordar la función anterior del edificio ya se han quitado y llevado a otros faros, éste está químicamente limpio de vida con sus paredes encaladas en las que no parece posarse ni una mosca, las serpenteantes escaleras son lisas como resbaladeros y el aire que a regañadientes se cuela por los agujeros parece más limpio que el habitual, sí, el faro es seguramente el sitio más limpio del balneario; y eso sin duda es gracias a Sísifo. Él es el único que tiene la llave de la puerta gastada por el viento, su tío fue el último farero del lugar, y desde luego no deja entrar a cualquiera, dicen que deambula por la playa, parece que distraída y ocasionalmente como los sucios perros del lugar, pero en realidad sigue con amarga energía rostros para él simpáticos, rostros pertenecientes a gente que con toda seguridad no va a ensuciar las escaleras, ni a tirar un papel de estaño en un escalón sí y en otro no, una monda de naranja cada tres, ni va a aplastar colillas en las paredes blancas ni a tratar de escupir a la capilla cuando finalmente estén en lo más alto de la pequeña plataforma y el mar, un montón de islas, el balneario, una delgada franja de costa pedregosa y los bosques verdiazules del interior se extiendan indefensos a sus pies.

Sísifo cree en la expresión del rostro como medida de carácter, pero a veces ocurre que se equivoca. Una vez, por ejemplo, unos huéspedes con aspecto

corpulento pero honrado dejaron caer toda una batería de botellas por las escaleras, para ver si llegaban indemnes hasta abajo. Sólo en parte lo hicieron y todo el faro quedó lleno de trozos de cristal y sucios charcos de un líquido maloliente. Pero las más de las veces acierta, naturalmente, y cuando se ha fijado en la fisonomía de uno, ya no le suelta, le sigue con firme consecuencia por dondequiera que vaya: si se pide prestado un barco, se puede tener la seguridad de que Sísifo también ha conseguido uno y de que se mantendrá tercamente en las proximidades por bravo que se ponga el mar, en la terraza siempre se sienta en la mesa de al lado mirándole a uno fijamente, incluso cuando bebe, y resulta cómico y molesto ver sus ojos rígidos y escudriñadores por encima del borde del vaso, y cuando al fin le acompaña a uno al huerto alquilado y camina resueltamente de un lado para otro entre los arcos de *croquet*, uno termina por rendirse y pregunta irónicamente qué quiere.

Entonces se para, se rasca pensativamente la nuca y dice de mala gana: Bueno, usted quiere como es natural subir al faro; parece como si tuviera algo en contra, pero de pronto le coge a uno suavemente de la mano y le saca del jardín, le arrastra por el empinado cerro, le mete en la torre y a subir la interminable escalera que le deja a uno realmente extenuado.

Pero una vez arriba lo cierto es que a uno le parece que el precio de una experiencia como ésa nunca es demasiado alto, olvida secarse el sudor de la frente y, desde la balaustrada, lleno de admiración, deja que caigan sus gotas. No se encuentran palabras para expresar el entusiasmo, el sucio balneario es en realidad una belleza desde una altura de setenta metros, los tejados de las casas están anclados en el verdor y los senderos amarillos serpentean como cintas de pelo perdidas, parece que exhalan el polvo con toda suavidad.

Entonces, mientras uno está aún transido de belleza, se advierte de repente la presencia de Sísifo, ha carraspeado con energía y a conciencia como quien quiere preparar al mundo para un discurso largo e importante y entonces le agarra a uno del brazo con tal violencia que, asustado, se aferra uno a la barandilla por miedo a caer. Su enorme nariz de águila ha palidecido en los orificios y la boca parece querer escupir sangre y bilis.

—La ve usted —casi grita—, la ve usted ahí abajo, la vieja puta. Se ha metido entre los arbustos con su amante y se figura que no puede verse su impudicia, pero se equivoca de medio a medio, todo es peor cuando uno quiere esconderse y no sabe la técnica. Fíjese usted bien en ella, no tiene siquiera el conocimiento de envejecer con decencia como otras zorras, piensa que esto puede seguir eternamente —y ya ha traspasado la raya hace mucho.

Suelta el brazo y se pone detrás muy pegado, resoplando en la nuca y, en ese momento, todo el panorama se estropea, se puede ver, a pesar de la altura, cómo los tejados han empezado a pudrirse y cómo sus dueños han tratado de disimularlo echándoles un montón de pintura, tejas quebradizas, pedazos de hojalata relucientes que en conjunto lo hacen todo aún más lamentable, una vieja puta demasiado

maquillada —sí, la metáfora es excelente—. Los hermosos senderos están llenos de bidones de gasolina rotos que parecen escarabajos pisoteados, y en el mar, en torno a las islas y a los islotes, se mecen ristras de basura como grandes gusanos muertos y un feo y torpe vapor deja tras de sí repugnantes fumaradas amarillas balanceándose en la ensenada.

—Qué horrible —dice uno—, qué horrible, ¿dónde fue a parar tanta belleza? ¿Por qué tuvo usted que decir eso? Antes todo era muy hermoso.

Hemos bajado y estamos en el aroma de jazmín ya fuera de la torre y uno trata de lavarse los ojos en el delicioso verdor, pero todo es en vano.

—Bueno —dice Sísifo modestamente mientras cierra con llave la torre—, eso es sólo mi trabajo, nada más que mi trabajo.

Prueba la manija de la cerradura varias veces para asegurarse de que nadie ajeno pueda forzarla y entrar indebidamente privando a la torre de su soledad.

—¿Su trabajo?

Pero Sísifo no contesta, está ya subiendo por la cuesta de los jazmines con pasos largos y decididos, de pronto se mete por un hueco de un seto, ha debido de encontrar un nuevo escalador de torres paciando entre los eternos arcos de *croquet* del balneario. Y todo el aire y el camino y el balneario están llenos de aroma de jazmín y uno sólo quiere escupirlo, escupir hasta quedar libre de todo. ¡Ah, si uno pudiera! Ah, si sólo fuera escupir.

3

¡Qué artes no se desarrollarán por dinero, qué hazañas no llevarán a cabo los más cobardes por una compensación razonable! Aquí, como en muchos otros sitios, muchachos no muy mayores se lanzan al agua desde una roca de altura adecuada para coger las monedas que los huéspedes del balneario dejan caer al mar. El servicio ha colocado tumbonas en el montículo para los que no prefieren tirar el dinero desde el pequeño muelle que está debajo de la peña, en este último caso dicen que es muy emocionante observar lo cerca del borde que los chicos se atreven a caer cuando se precipitan hacia abajo. Parece que en una ocasión sucedió que un muchacho se reventó el cráneo cuando alguien dejó caer una moneda de dos coronas justo al borde del muelle. Por lo general ahora no se trata de monedas de tanto valor, se ha descubierto que los jóvenes se zambullen con las mismas ganas a coger monedas de veinticinco céntimos, y una de las bellezas del hotel anda sonriente con una carterita en la barriga para cambiar los billetes de los huéspedes por calderilla.

Muy de mañana ya los muchachos se agrupan junto a los setos del jardín del hotel y su ansioso bullicio hace que los huéspedes coman rápidamente los huevos y el

jamón del desayuno y se vayan presurosos hacia las hamacas de la peña de bucear. Muchos de los señores y señoras mayores que frecuentan esta diversión siguen el arco suavemente tenso de los cuerpos, morenos como nueces, hacia el agua con una atracción secreta, creen estar contemplando el inocente juego con el peligro de un grupo de almas cándidas —puesto que no debe descubrirse que, en realidad, los muchachos están contratados por el hotel para proporcionar a los huéspedes un entretenimiento más—. Esos chicos proceden por lo general de alguna de las pobrísimas familias de la comarca de la costa que circunda el balneario, y sus madres andan todos los días entre las ocho y las seis con una angustia constante de que un salto se malogre, de que se tome un impulso demasiado corto, de que una frente se estrelle contra el peligroso borde del muelle o de que un huésped irresponsable les tiente a arriesgarse más de lo habitual. Pero sus padres, cuya ocupación principal durante el verano es salir a pescar en los bancos de desperdicios que dejan los vapores turísticos que pasan a diario —¡y donde pueden encontrarse las cosas más sorprendentes!—, se toman las cosas con más calma. Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá, dicen escupiendo a las algas mientras acechan nuevos barcos sucios, y así ha sido siempre.

Pero, naturalmente, no faltan malos augurios. Si no hubiera tanta suerte como hay en este mundo y sobre todo en el balneario, pasarían seguramente más cosas de las que pasan. Aquí está, por ejemplo, uno de los muchachos que ama a una joven señora que se llama Pepita, no se sabe cómo se llama el chico, esas cosas no se saben. La señora, que está casada con un próspero negociante y tiene sortijas en lugar de hijos, se sienta al borde de la roca y deja caer, con nerviosa elegancia, sartas enteras de chispeantes monedas de plata en el agua, que es tan clara que se pueden seguir los movimientos de los cuerpos hacia el fondo, como los del pez dorado en un acuario. El muchacho que la ama —cosa que ella desde luego no sabe, por pereza o por vanidad se observa sobre todo y sólo a sí misma— siempre se tira desde donde está ella, costumbre peligrosa porque una afilada punta de la roca emerge desde la playa justamente debajo. El muchacho se cree, sin embargo, animado por ella, ya que tira tanto dinero, aún no comprende lo manirroto que se puede ser por pura indiferencia, por fortuna tampoco sabe nada de sus distraídos bostezos cuando él, en su afán de complacer, realiza largos y artísticos buceos hasta el banco de conchas y caracolas.

Un día ocurre sin embargo el, en tales casos, inevitable contratiempo: la joven señora que tiene los dedos tan llenos de rutilantes sortijas que no se puede rozar su mano sin rasgarse la piel tira al agua por error un costoso anillo en lugar de una moneda, se da cuenta justo en el momento en que el anillo cae en el agua y da un grito corto y estridente. Pero su admirador ya está tirándose, entra en el agua con el cuerpo armoniosamente tenso de deseo, las largas y finas manos que surcan primero la superficie del agua parecen casi desprenderse de las muñecas en su ansia de coger la sortija que se hunde, y allí abajo en el silencioso mundo verde todos pueden ver cómo se mete con la rapidez de un rayo, aunque con suavidad, en el fondo que se

vislumbra. Cuando vuelve a subir, su joven rostro se estremece de triunfo, se sacude el agua del pelo con un movimiento de alegría incontenida, debe de haber pensado: Oh, por fin, por fin una recompensa por mi fiel amor silencioso. Con el anillo en el dedo meñique, se sienta un momento en el borde del muelle bajo la roca y trata de asimilar su dicha.

Pepita advierte entonces que el anillo perdido es en realidad el más valioso que tiene, se pone nerviosa porque el muchacho no acaba de regresar con él y grita impetuosamente:

—¡Vamos, ¿cuánto voy a tener que esperar?! ¡Vuelve de una vez con la sortija!

Y la chica que cambia el dinero y que se cuida mucho del renombre del hotel y del balneario le agarra con fuerza del brazo y le lleva hasta la rica y preocupada joven señora y, mientras el muchacho se quita lentamente el anillo, debe de haber comprendido de repente, pese a su inexperiencia, todo el alcance del egoísmo, la frialdad y la falta de amor de Pepita, porque con un rápido impulso se lanza hacia atrás desde el borde de la roca. Y cuando le sacan tiene el cuello y la nuca destrozados por una afilada arista de piedra. Unos cuantos muchachos le llevan hasta la escalera posterior del hotel mientras la sangre va goteando por toda la cresta de la peña. La mayor parte de los huéspedes prefieren, no obstante, creer que va a sobrevivir y el viejo y cínico coronel jubilado salva la conciencia de todos diciendo:

—Suerte que no ha sido peor de lo que ha sido —y le da un billete de cincuenta a la siempre sonriente chica, que se lo cambia por monedas de veinticinco céntimos.

Pepita sigue sentada en el cerro obstinadamente absorta en sus anillos y en cuanto alguien se acerca exclama histéricamente:

—¡Hay que ver qué cobarde! ¡Intentar escaparse de esa manera! Bien, optaré por la clemencia una vez más. ¡Una vez más!

El coronel también se ve mezclado de paso en una historia bastante desagradable. Su saltador favorito, un frágil pero muy flexible muchacho con rizos castaños de chica, tiene mal los pulmones y se dobla tosiendo después de cada salto. Una mañana se presenta su pobre madre en la roca y grita antes de que nadie tenga tiempo de detenerla:

—¡Esto no puede seguir así, oigan, esto tiene que acabar ahora! Esta mañana casi no tenía fuerzas para levantarse después de haber pasado toda la noche tosiendo. Comprenderán ustedes que los pulmones no aguantan.

En ese momento todos oyen toser al muchacho desde la orilla, una tos hueca y estridente como una trompeta rota.

—Ya lo oyen —grita la madre triunfante—, ¡ya oyen cómo está!

Pero cuando ella luego le ha cogido del brazo y se encaminan ambos hacia la barca de remos que la ha traído al balneario, el coronel les grita con esa voz que revela que su dueño tiene dinero suficiente para pagar cualquier grito:

—¡Vuelve, muchacho! No querrás perderte las ganancias de todo un día por un resfriado sin importancia. Sólo otro pequeño salto y te curarás al momento.

Rojo de rebeldía y vergüenza el muchacho se suelta de la madre y sube corriendo a la peña. El coronel ha tirado ya la gran moneda que va cayendo rápida hacia el fondo y, para alcanzar a cogerla antes de que desaparezca en la arena, el muchacho toma un rápido y fuerte impulso y todos le ven caer vertical a través del agua sin que su cuerpo se estremezca lo más mínimo. Sin embargo, la pierna derecha sufre una sacudida, como el último desdichado coletazo de un pez moribundo, y en posición vertical se hunde el cuerpo en el fondo, penetra en la arena y queda inmóvil tendido como un submarino ahogado. Se tiran a recogerle, pero ya está muerto, y todos se van para no herir los sentimientos de la madre ni los propios nervios.

Sólo el coronel toma la desgracia heroicamente; a la mañana siguiente está sentado como de costumbre en la peña y un muchachito flaco y astuto hace todo lo que puede para complacerle. Poco a poco va llegando también el resto del grupo y por consideración a los sentimientos del coronel se evita con tacto mencionar el suceso de ayer. Todo es como siempre, las monedas relucen al sol y con cuerpos brillantes y cabellos empapados los muchachos salen trepando del agua y apilan su captura en las piedras de la orilla.

Pero en el bochorno de la tarde una pequeña barca de remos se dirige lentamente hacia la peña; a bastante distancia aún, la persona que rema deja los goteantes remos en la barca y deja que la corriente la lleve. Al cabo de un rato todos ven que es la madre del muchacho muerto y todo el mundo piensa que es de lo más indiscreto presentarse de esa manera con la tragedia tan reciente. De súbito ella se yergue y hace bascular la barca y grita a la peña:

—¡Coronel Fels, coronel Fels! Tengo aquí una bolsa para usted, coronel.

El coronel no dice nada durante un rato, pero su rostro se endurece y adquiere acusadas aristas de temor a una derrota.

—¿Qué hay en ella, pues? —Gruñe al fin.

—Coronel —grita la mujer y está tan alterada que la barca se mueve como si el mar estuviera encrespado—, coronel, en esta bolsa tengo los pulmones de mi hijo. Son suyos, usted los ha comprado, ¿no es verdad?

Y con dos fuertes golpes de remo, llega a tierra, pero entonces la chica del cambio ya está allí y le impide desembarcar dándole patadas a la barca.

—¡Vaya a quejarse a la dirección —chilla con estridente falsete—, a la dirección! ¡Vaya a la dirección!

Y tiene la cara completamente roja, la pobre chica.

4

En lo que a la cloaca se refiere, es cierto que hay quienes dicen que la cloaca contiene

la verdad más significativa de una sociedad y que en lugar del desprecio general merece general consideración. La cloaca del balneario desemboca discretamente detrás de un cabo revestido de arbustos y sólo cuando sopla viento del sur se percibe un olor ligeramente picante en la playa.

Es una suerte que sople viento del sur tan pocas veces también por otra razón: los enormes animales de caucho a los que la gente gusta de aferrarse no podrían remolcarse entonces en aguas profundas ya que saldrían a mar abierto. Los animales de caucho son de diferentes clases, hay cocodrilos, cisnes de un rojo intenso, serpientes marinas y pequeñas ballenas y algún delfín de fantasía. Es emocionante oír, sobre todo a señoras corpulentas, que han dejado también su segunda juventud atrás, gritar mientras vadean por el agua turbia con un torpe cisne de goma apretado contra la barriga:

—Me encantan los cisnes, oh, cómo me gustan los cisnes.

Hay también otros entretenimientos en el balneario, bajo un gran parasol rojo hay un pequeño grupo que se pasa los días hablando de la vida mientras beben todo el tiempo de unos altos vasos verdes y sudan. El centro del grupo lo constituye un señor bajo y delgado con cabello canoso y arrogante perfil, que afirma estudiar la vida, aunque nadie le ha visto nunca sufrir. Parecen disfrutar mucho de la vida que se vive aquí en el balneario y en muchos otros sitios y se mofan de todo y de todos: de los futbolistas porque ningún esfuerzo fracasado resulta tan fracasado como el suyo, de los jugadores de *croquet* porque su forma de vivir exige que la tierra sea plana como una oblea, de los bañistas porque practican su afición bajo un terror constante, terror a las medusas, terror a los calambres, terror a los bacilos y a los ahogados. Pero si se le pregunta a Sísifo por las calificaciones del grupo uno se siente enseguida menos impresionado.

—Ésos —dice con un despreciativo encogimiento de hombros que el calor permite—, ¿que si han subido a la torre? Pues sí, pero algunos se emocionaron tanto con la belleza de la vista que de repente se echaron a llorar, estaban allí tapándose los ojos con las manos y no hacían más que temblar y cuando luego yo les dije lo que suelo decir y que bajaran, uno de ellos se acercó a mí y me dijo: Muchas gracias por la visita, buen hombre, es una lástima eso de la prostitución, pero seguramente mejorarán las cosas cuando aumente la fuerza policial; pero qué hermoso ha sido, buen hombre, qué maravillosamente hermoso.

5

¿Hay perdón para nosotros?; y, si es así, ¿en qué consiste? Y si de verdad hubiera perdón, cómo podríamos dar con las formas adecuadas para él cuando ni siquiera

somos capaces de ponernos de acuerdo sobre la instancia de la que cabría esperar perdón. Ni siquiera Sísifo ha pensado bien la cosa a pesar de que ha estado dándole vueltas desde que se hizo cargo del faro de su tío. Cuando está allá arriba en la torre y deja caer sus famosas palabras, lo que quiere decir, naturalmente, no es más que esto: es imperdonable lo que hemos estado haciendo aquí, esta porquería, esta manera de ensuciar una naturaleza a la que corzos, serpientes y alces tienen el mismo derecho, esta manera de dañar el agua a la que la más pequeña de las gambas tiene más derecho que nosotros puesto que el agua es su elemento y no el nuestro; y ese irresponsable juego con vidas humanas abajo en la peña ante cuya brutalidad cerramos los ojos a causa de una rara mezcla de cobardía y pereza que llena nuestro ser. Si hay alguna excusa para que vivamos, consigámosla cuanto antes.

Cuando uno ha hecho aún mejores migas con Sísifo puede ocurrir que él, con un misterioso guiño, pida que bajemos al embarcadero grande cuando empieza a oscurecer, y en la hora dichosa en que no se oyen los golpes de los palos de *croquet*, cuando el último gramófono ha callado —y ningún animal puede sonar más angustiado en el momento de la muerte que un gramófono que da el último suspiro del día—, cuando todos los alborotadores duermen la mona y todos los amantes enojosamente ruidosos se adormecen uno en brazos de otro; y los pájaros, por primera vez desde la mañana, están solos con sus voces; entonces Sísifo le lleva a uno remando derecho al mar.

Al principio uno está sentado allí en el banco bastante asustado sintiendo esa inusual succión cuando la marejada se enrosca bajo el barco y cada minuto se espera también oír llegar el barco de salvamento chapoteando para recoger al osado fugitivo, pero luego se acostumbra uno a la soledad del momento y, cuando se vuelve a mirar el balneario, está ya tan lejos que se ve como una pequeña piedra azul en una gran ribera desierta: todos los horribles perfiles de las casas han sido tragados por la oscuridad, las grandes y sucias vallas de la publicidad tampoco se ven y el agua es azul de soledad, los grotescos animales de caucho han desaparecido y la peña de buceo de amargos recuerdos se ha fundido con la tierra. Huele a limpio y a fresco en el largo viento del mar.

De pronto la barca choca con suavidad contra un pequeño islote y unos jóvenes que han estado escondidos entre los arbustos se acercan corriendo dando gritos y la arrastran muy adentro en la tierra. Evidentemente, se espera a Sísifo, los jóvenes le saludan con un regocijado respeto que nada tiene que ver, afortunadamente, con el tono de relación del balneario, pero no tardan en desaparecer de nuevo y se les oye empujar una balsa desde una piedra y arrastrarla entre alegres chapoteos a una cierta distancia del islote. Luego al parecer la dejan a la deriva en la ensenada, sólo se oye un susurro alegre y suave desde un punto flotante en el agua oscura y, al poco, también eso se calla.

Son los jóvenes que bucean, que pasan aquí sus noches lejos del asfixiante abrazo del balneario.

—Yo, es que tengo mi trabajo —dice Sísifo cuando, sentados cada uno en una piedra, fumamos dejando que la mirada patrulle a lo largo de la costa—, tengo mi trabajo, enseño la vista que hay desde la torre siempre que puedo, pero a veces hay que dejar que los ojos descansen de la basura, dejarlos que se den un baño purificador y entonces sólo quedan las noches. La única disculpa, lo único que justifica la existencia del balneario son justamente las noches, estas maravillosas noches azules. ¿No son hermosas?

—¿Cómo era antes? —pregunta uno, porque es ahora cuando se acaba de ver a la torre elevar su oteador o tal vez conminatorio dedo índice; ¿cómo era esto en la época del faro?

—Ah, pues más o menos igual, entonces también era un balneario. Estaba casi tan sucio como ahora, pero la suciedad era quizá diferente, más natural, por así decir. No había tanto papel, tanta hojalata y vidrio con que cortarse y no era tan brutal la manera de buscar emociones. Pero por lo demás era más o menos igual, se puede decir.

Fumamos un rato en la oscuridad y se oye a los jóvenes regresar nadando con la balsa, cuando una luz se eleva de repente del mar a una distancia de unos cinco kilómetros hacia la costa norte. Es una alta llamarada en medio del mar que aumenta en longitud y altura para finalmente quedar como una pared de fuego de un kilómetro de largo que lanza inquietantes sombras movedizas que llegan hasta aquí. Durante un instante los jóvenes, por ejemplo, están claramente iluminados y se alcanza a ver con alegría que sus rostros respiran de nuevo, no están tan rígidamente consternados como por el día.

—Son los pescadores de desperdicios, que han prendido fuego a un banco de basura —dice Sísifo—; muchas veces hay petróleo, carburo y otras materias inflamables en ellos y cuando a esos pobres diablos les da por hacer fuegos artificiales, le pegan fuego a uno a pesar de saber que tal vez están quemando el sustento de toda la semana. Son gente que vive con los ojos abiertos y no los cierra ni ante la suciedad ni ante la belleza.

Súbitamente la pared de fuego se sumerge en el mar como una red que se echa y se hace una oscuridad deslumbrante. Sentados en silencio en las piedras, oímos los divertidos movimientos de los muchachos en el agua y sentimos los latidos del mar y escuchamos el leve crujido de periódicos en los arbustos y el alegre repiqueteo de botellas en el agua de la orilla y el gracioso bullicio del viento que enjuaga las latas de conserva vacías y nos parece que desde la pequeña piedra azul del balneario en la costa llega un murmullo singularmente grato, como el de una caracola, y todos nosotros sentimos de repente, allí en la oscuridad y la soledad, cuánto amamos el balneario, cuán dolorosamente amamos el balneario. Cuán dolorosamente anhelamos volver a nuestra playa nocturna.

El condenado a muerte

En primer lugar le preguntaron qué había sentido cuando apareció el verdugo en el vano de la puerta y, con ojos chispeantes tras la ceñida máscara negra, le ordenó en voz baja que se preparara, pero respondió que no lo recordaba porque en aquel mismo instante vio a su madre sentada en la gradería, en medio de un nutrido grupo de periodistas que se abanicaban con sus blocs de notas. Le preguntaron entonces qué había sentido cuando le vendaron los ojos, cuando supo que su última visión del mundo iba a ser el suave terciopelo negro de la venda. A eso respondió, tras dudarle un poco, que por haber perdido desde hacía tiempo el hábito de pensar otra cosa que no fueran efímeros pensamientos, sólo se había fijado en la sortija fría y afilada que llevaba el verdugo en uno de sus dedos y que le había rozado la oreja en varias ocasiones antes de que la venda le quedara firmemente atada. Prosiguió hablando sobre el intenso olor a serrín que acto seguido, de improviso, inundó sus fosas nasales y le recordó el circo de la infancia, sus payasos de rojo y verde, el estrépito a charanga de la banda de música desde la pequeña tribuna y la joven y menuda amazona, famosa en la ciudad por su belleza y su sífilis.

Entonces le rogaron que no abundara en menudencias, sino que les contara lo que más le había costado sobrellevar: si el guirigay que armaron los ayudantes del verdugo al preparar la ejecución, barriendo los rastros del anterior ajusticiamiento con sus escobas de acero, remachando con clavos las tablas del entarimado, etcétera; o el intenso silencio que se produjo cuando todo estuvo listo y el verdugo le puso la mano en el hombro para acompañarlo al patíbulo.

Después de haberlo pensado más de lo que quiso aparentar, dijo que lógicamente había preferido el mayor de los silencios, aunque apenas revistió mayor importancia para él, porque ya se había apercebido, desde la primera semana en la cárcel, de la inmensidad del silencio que preside la vida real, es decir, de la realidad de un océano de silencio que envuelve al mundo, una superficie inmensa, plana e implacable, cuya quietud sólo puede ser alterada de vez en cuando por todos los ruidos del ser humano y la naturaleza, como esos anillos concéntricos que provoca sobre la superficie del agua el salto de un pez, leves anillos de agua y poco más. Pero añadió que tampoco quería negar el hecho de haber sentido un instante de irritación en medio del silencio total, no por motivo del silencio en sí, que a fin de cuentas era siempre el mismo, sino por los ruidos que lo conturbaron. Él había permanecido a ciegas con la venda puesta, totalmente indefenso al no poder devolver una sola mirada, y había oído apagarse todos los murmullos de las gradas, declinar los cuchicheos, detenerse y difuminarse los pasos por las paredes de la sala, incluso la pausa que hizo la pelota de balonmano, cuyos sonoros rebotes se habían oído toda la mañana desde la cancha de gimnasia que los carceleros tenían al otro lado del patio.

Fue un insistente rumor desde lo más alto de la gradería lo que hizo que yo moviera la cabeza entonces, dijo, giré la cabeza en vano puesto que no podía ver, pero aun así fui capaz de columbrar, mediante alguna televisión del alma, lo que allí acontecía y por mi cerebro desfilaron fugaces imágenes de periodistas que tomaban notas a toda prisa, hojeaban sus blocs y restregaban sus lápices. Era un ruido al que también me había acostumbrado desde hacía meses, dijo; incluso mi madre...

Entonces le dijeron que no debía abundar en tanto detalle, porque lo esencial, no obstante, era que ahora estaba vivo. Pero uno de los más impacientes del grupo, un mequetrefe que tosía y llevaba grandes botas de agua y un abrigo largo de piel, le preguntó con voz aflautada si era cierto que él ya había inclinado la cabeza cuando el verdugo se sintió indispuerto.

A eso ni siquiera respondió, y los que estaban más cerca notaron que clausuró el silencio cerrando la boca con un fino trazo rojo y que empezó a tambalearse de inmediato, hacia atrás y adelante, con oscilaciones cada vez mayores, como una persona afectada de insolación. De súbito cayó de espaldas y se hundió en el fondo de una cuneta llena de nieve, pero tuvo que haber recuperado la consciencia cuando se abalanzaron hacia él y le sacaron la cabeza de la nieve, porque dijo varias veces entre susurros que debían ayudarlo; tenían que ayudarlo, repitió, porque no había nadie que necesitara tanta ayuda como él. Entonces todos pensaron que debía beber algo y lo sacaron de la cuneta.

Alguien trajo un coche y en su interior se acomodaron tantos como pudieron, partiendo luego a gran velocidad y a lo largo de calles sumidas en la oscuridad. Uno de los hombres, bien trajeados, que ocupaban el asiento delantero se volvió justo cuando pasaron una farola, cuya luz fría atravesó la ventanilla, y le hizo gestos de ánimo. Él trató de sonreír cortésmente, pero tenía rígidas las comisuras de los labios, se le habían congelado.

—¿Adónde vamos? —preguntó en voz tan queda que nadie le oyó.

Era uno de esos coches grandes y negros, enamorados al parecer de los entierros. Las sombras de esos hombrones de acharolada indumentaria que, con exagerada afectación y elocuentes ademanes de duelo, se subían a ellos probablemente todas las mañanas de los domingos, y que después, durante todo el trayecto hasta el cementerio, no apartaban la vista de sus sombreros para poder llorar, sumieron el interior del coche en la oscuridad, en una atmósfera tenebrosa y apenas respirable.

El hombre del asiento delantero no le quitaba la vista de encima, se levantaba el gorro de piel por encima de la frente y le dirigía una mirada infatigable aunque de embarazoso poder testimonial. Los asientos desprendían un tufo a entierro y a cálidos lagrimones. Él cerró los ojos y el roce de los zapatos de charol ahogó el zumbido leve y parejo del motor del coche. Cuando volvió a levantar la vista, cansado y de vuelta de todo lo ocurrido en veinticuatro horas, el hombre del asiento delantero seguía mirándole de idéntico modo insistente.

—Qué hermoso es ser libre —dijo el hombre del gorro de piel—, una sensación

maravillosa, ¿verdad?

¿Hermoso ser libre? ¿Maravillosa sensación? Trataba de hacerse sitio a codazos, pero estaba atrapado en una jaula de carne, intentaba estirar las piernas pero se lo impedían las anchas espaldas de un luchador. No era tan libre como para detener el coche y abandonar a todos esos charlatanes curiosos y borrachos, o casi borrachos, y desaparecer en medio de la nevada limpia y solitaria. Libre de un carcelero llamado Clarcon, que en dos ocasiones entre la instrucción y la sentencia del caso le había animado a escribir cartas a otro preso para luego denunciarlo y azotarlo con un látigo de color marrón en los calabozos de la cárcel; libre de cuatro paredes grises y de un techo azul y agrietado del que brotaban humedad y arañas imparablemente, pero no se sentía libre entre ocho hombres que le arrimaban sus moles de carne y sus abrigos en un coche negro. No obstante, sonrió de repente al hombre del gorro de piel al tiempo que el coche aminoró la marcha; a la vista rotaba un disco de luz sobre una pista de hielo azul, habían llegado a una pista de patinaje plagada de fugaces sombras. Dios mío, pensó en una de esas ocurrencias ridículas, pero si estoy libre, libre por primera vez en meses, simple y sorprendentemente libre, devuelto a la vida tras una amenaza letal. Pero aun así le embargó una profunda desazón cuando salió al frío y se vio rodeado del bullicioso grupo como si fuera una cuadrilla de carceleros. Hablaban al mismo tiempo, a veces se quedaban en silencio: esperaban a que él respondiera, pero en su soledad había perdido el hábito de las palabras y le resultaba difícil entender lo que significaban cuando le hablaban deprisa y en voz alta.

No obstante, al cabo de caminar un rato llegaron a un edificio grande e iluminado, oyó música y murmullo de conversaciones, mantenidas en voz queda, a través de las altas puertas. Se apartó con cautela y entreabrió una puerta, y la gente que allí había, la música, el calor y las pequeñas lámparas de mesa, las tersas servilletas, la rutilante alfombra del piso y el verde destello de todas las botellas le hicieron casi prorrumpir en llantos después de todo aquel tiempo de soledad y frío, de angustia y tinieblas. Dio un brusco respingo cuando alguien, seguro que con ánimo protector, le puso la mano en el hombro, sintió miedo y quiso apartarla, pero uno de los hombres del coche le conminó a subir la escalera. Todo el grupo les siguió por una escalera estrecha y alfombrada, como si se tratara de un cortejo nupcial en el que él y el gordo que le acompañaba oficiaran de recién casados.

En el rellano de la escalera, cuya pared estaba cubierta por un amplio espejo, les recibió un jefe de sala alto y pálido, con una flor en el ojal que despedía un olor fuerte y desagradable. El gordo le dijo algo al oído y el jefe de sala, sin manifestar sus sentimientos, se inclinó ante el condenado a muerte y, como si nunca hubiera hecho otra cosa en su vida, dijo de forma rápida y rutinaria:

—Una salvación milagrosa. En verdad una salvación milagrosa.

Habían reservado, al parecer, una sala con antelación, por lo que enseguida fueron conducidos a una pequeña *chambre séparée* de iluminación amortiguada y de soberbios cuadros en las paredes. Se oía levemente la música de la planta baja del

restaurante. Mientras tomaban asiento en torno a una mesa larga, la única de la sala, y una camarera les atendía con una bandeja llena de copas y botellas, él sintió una punzada de angustia al notar cómo se apoderaba del lugar un silencio esperanzador, una especie de fluido de olor apenas perceptible. La camarera que le sirvió una copa de licor verde, casi espeso, tenía ojos de luto que le escrutaban de forma extraña. Ella derramó un poco de licor en la manga de su abrigo, pero no le pidió perdón, sólo le sonrió distante y suspicaz, como quien es testigo de un milagro que no puede creer.

Lógicamente, ella estaba al tanto de todo, y él sólo esperaba que le preguntase lo mismo que le preguntó una de las periodistas en la puerta de la cárcel, al ser puesto en libertad: ¿Es usted feliz ahora? Fueron las cuatro primeras palabras que oyó después de las palabras del verdugo y del director de la cárcel. ¿Es usted feliz ahora? Tuvo que pedirle que le repitiera la pregunta porque no había entendido a qué se refería. Me refiero, dijo ella confusa, al tiempo que trazaba garabatos en su bloc de notas, a si usted se siente bien después de todo lo ocurrido. Entonces se avergonzó por haberla desconcertado y, ansioso de reparación, le pidió que comunicara a su periódico que él, sin duda, era ahora el más feliz de todos, pero tenían que entender que las adversidades habían sido grandes y también se sentía muy cansado. Bebió un sorbo para probar y el fuerte licor le recorrió el cuerpo como un incendio, y al beberlo por segunda vez notó cómo su cansancio, que con anterioridad sólo le había irritado, se transformaba en una grata y cálida sensación, como si estuviese tumbado en un gran sofá a punto de quedarse dormido. Entonces, alguien al extremo superior de la mesa brindó por él, y al levantar la vista, sorprendido y afectado por ser molestado, se encontró con la mirada fija y obsesiva del hombre del coche; sin el gorro de piel su frente era una roca caliza que se difuminaba entre humos.

Cuando volvió a beber, ciertos contornos, que antes aparecieron nítidamente perfilados, empezaban ahora a difuminarse y le hicieron sospechar, no del licor, no de sus ojos, sino de la realidad misma que le rodeaba. Se concentró y trató de pensar clara y fríamente. Observó cosas y objetos que antes no había visto: el emplazamiento en torno a la mesa, por ejemplo, era extraño e inquietante. Enfrente de él, al otro extremo de la mesa, se sentaba el gordo en un sillón de altos brazos. Como un juez, pensó, exactamente como un juez; y a los lados de la mesa se sentaban sus consejeros, repicando meditabundos en los tallos de las copas o echando rápidas ojeadas, acechantes miradas, al acusado, a él mismo.

Cuando más tarde prosiguieron haciéndole preguntas, sus respuestas adquirieron cierto tono de suspicacia y obcecación, un tono que no había exhibido antes, cuando fueron a esperarlo, por curiosidad, a la puerta de la cárcel, y que ahora hallaban tan inmotivado como impropio.

La puerta a su espalda estaba cerrada a cal y canto y había desaparecido la pálida camarera, dejó de oírse la música de la planta baja, enmudecieron los pasos que hasta hacía un minuto habían resonado alegremente en la escalera. Debía reinar un silencio así hasta que empezara el interrogatorio, hasta que el juez apartara la copa de los

labios, hasta que él mismo empezara a defenderse de lo que ignoraba.

—Y bien —dijo alguien al cabo—, ¿qué se siente en realidad cuando un inocente es declarado culpable y condenado a muerte sin poder mover un dedo para probar lo contrario?

—Nada especial —repuso él—, pasado un rato uno se siente como siempre.

Nadie pareció entenderlo, ya que le habían preguntado si el sentimiento de impotencia ante la crueldad de la justicia le había hecho sentir despecho y ánimo justiciero, pero contestó que ciertamente se había sentido indignado en los primeros momentos, aunque no por la injusticia de la acusación, sino por el trato inicuo que recibió en la cárcel, en su aspecto puramente físico. Las cartas que había escrito a un compañero de trena, de las que tanto revuelo había hecho la prensa, no contenían nada, en modo alguno, sobre el delito, sino que estaban dirigidas a interesar al susodicho en una huelga de hambre que se proponía mejorar el régimen de comidas de la cárcel.

—Pero usted tuvo que haber reaccionado sin duda con odio y aversión —dijo el gordo casi con encono—, usted tuvo que sentirse muy indignado de que le imputaran tamaña injusticia, precisamente a usted, al inocente en vez de al culpable, al supuesto asesino en vez de al verdadero.

Entonces él pidió responder con otra pregunta. Les preguntó si alguno de ellos había sentido compasión de él durante el tiempo en que estuvo inculpado por el asesinato de su esposa. A regañadientes tuvieron que admitir que lógicamente no habían sentido ninguna compasión, ya que el crimen había estado revestido de una crueldad abominable y carecía de toda circunstancia atenuante. Uno de ellos, sin embargo, dijo que él había sido capaz de sentir compasión, porque partía del supuesto de que toda actuación criminal tiene sus raíces en el sufrimiento, pero no antes, lógicamente, de que el delito fuera expiado. Entonces les preguntó si ahora estaban dispuestos a sentir compasión por los agravios que le habían sido infligidos en la cárcel. Le respondieron que podía estar seguro de su mayor compasión, que harían por él todo lo que les exigiera, porque sus padecimientos les habían indignado profundamente.

Entonces les preguntó con deje fuertemente irritado qué clase de personas eran en realidad.

—¿Cómo? —respondieron soliviantados ante su descaro—, ¿a qué se refiere?, ¿qué tiene que ver con nosotros? ¡Díganos de inmediato a qué se refiere!

—Bien —dijo—, quiero decir: ¿qué clase de personas son ustedes? En un instante odian y detestan a uno, al siguiente derraman sobre él su compasión sin que el sujeto haya sufrido cambio alguno, sin que le haya ocurrido nada que motive una reconsideración. ¿Cómo podría confiar en su misericordia cuando ni siquiera puedo fiarme de su inmisericordia?

Le impugnaron el argumento con vehemencia. Era cierto y manifiesto que él no había cambiado, había sido inocente todo el tiempo, pero debía considerar que al

principio todas las pruebas le vinculaban aparentemente y le señalaban sin más como culpable del delito. Entonces les preguntó cómo podían haber estado tan seguros de que fuera cierto y exacto lo que la policía había dicho a la prensa, a lo que respondieron que tuvieron que suponerlo, que uno de los pilares del estado de derecho se basa en la confianza debida a las declaraciones de la autoridad sobre la culpabilidad de los acusados.

Entonces se indignó de golpe, arrojó la copa contra la mesa y rompió su tallo, corrió el licor por el costoso mantel dejando una mancha en forma de ojo, el sofoco se le subió al rostro y sintió en aumento la fiebre de su cuerpo.

—Puedo prescindir de vuestra misericordia —dijo con dureza—, no la necesito para nada. Durante la segunda semana en la cárcel caí en la cuenta de que la compasión, en realidad, sólo sirve para hacer más difícil la vida y, sobre todo, más difícil la muerte. He aprendido a prescindir de todo, porque he estado en un lugar donde hay que prescindir de todo, donde la esperanza no sirve de nada. He estado en un sitio donde la vida aparece como una cadena de errores, malentendidos acerca de lo que debiera haber hecho y dejado de hacer. He aprendido que no sirve de nada maldecir, indignarse, amenazar, porque todo tiene su lógica y nada puede ser alterado. Cuando les señalo su inmisericordia, no lo hago porque crea necesario cambiarles, sino porque ustedes no parecen aún entender nada de mi situación. Ustedes no tienen ni idea de lo que significa haber sido condenado a muerte. Ustedes no parecen entender que incluso la existencia de un condenado a muerte tiene que tener un fundamento, un colchón de principios y decisiones sobre el cual descansar al igual que todas las demás existencias. Ustedes creen que un inocente condenado a muerte es diferente a un condenado a muerte sin más, si acaso una especie de condenado a muerte más distinguido, pero no es así porque en ambos casos se trata del mismo hacha, la inmisericordia del verdugo se aplica tanto a uno como a otro, porque a los ojos del mundo el uno es tan culpable como el otro.

Cada vez más borracho, el gordo que presidía la mesa, cuya frente de piedra iba adquiriendo vetas rojas, le preguntó si a pesar de todo no debía sentirse agradecido de haberse librado de una muerte segura, era indiscutible que a esta hora podía haber sido ejecutado de no haber mediado el milagro.

—¿Agradecido a quién? —preguntó mientras oía que alguien entraba en la sala y se quedaba a su espalda—. ¡No a ustedes, porque su idea era descubrir mi inocencia una hora después, cuando ya fuese demasiado tarde! A la suerte, que es la que ciertamente me salvó, no le puedo agradecer nada, porque la suerte es ciega y no entiende de agradecimientos.

Le pidieron que se explicara y, mientras la mujer recién llegada se sentaba a su lado, dijo que quizá no pudieran entenderle, pero que en todo caso la cuestión se reducía a que el azar le había arrojado de una existencia segura, la de un condenado a muerte, a otra existencia de la cual no sabía absolutamente nada.

—Segura y estable —añadió—, porque se erige sobre la certeza de la impiedad de

ustedes y del mundo, sobre la certeza de que a uno no le condenan a morir o a vivir en virtud de sus actos, sino por la percepción que otros tienen de esos mismos actos.

Por ello —trataba de explicarles— no deberían sentirse indignados por la frialdad que él había exhibido ante el hecho de ser devuelto a la vida, siendo precisamente esa frialdad la base más sólida de la justicia.

Sin embargo todos habían bebido mucho, y para ahuyentar la desagradable deriva de una velada iniciada de forma tan cordial intentaron consolarlo y, sobre todo, consolarse a sí mismos, confiando en que su congoja fuese pasajera, y el gordo declaró que todos entendían su situación: había pasado un mal trago en la cárcel, tanto atormentado por las tribulaciones de la vida carcelaria como por la conciencia del lamentable destino de su esposa, y por el dato, igualmente lamentable, de que el hombre a quien él consideraba su mejor amigo fuese el amante y asesino de su esposa. Tan execrables contingencias podían volver loco a cualquiera, pero aquella noche lo habían llevado allí para consolarlo, y qué mejor consuelo que un buen vaso de vino en compañía de amigos, o aún más, prosiguió el gordo en clave retórica, en compañía de una joven mujer guapa que en persona reunía las cualidades de bálsamo y amante.

El condenado a muerte miró entonces con curiosidad a la mujer que se sentaba a su lado, ella lo tomó como un aliciente y le echó su fofo brazo al cuello. Sus labios eran carnosos, rojos y húmedos como frambuesas recién rociadas por la lluvia. Hacía mucho tiempo que no veía unos labios así y no podía apartar la vista de ellos, y de sopetón le dio un beso que, aunque leve y ligero, todos vieron.

Dentro de la *chambre séparée* había una *chambre intime*, una delicada lucecita conducía allí. Incitado por las risas y las bromas de los demás a costa del beso, se levantó y sintió la grata penumbra que envolvía todo, se avergonzó de los hirientes pensamientos que acababa de tener y le pareció que un manto cálido cubría un mundo de espinas. Ella llevaba la llave de la puerta en un lazo rojo colgado del cuello y nada más entrar encendió una lámpara de pared y cerró la puerta. Era un curioso cuarto con un amplio diván y una gruesa alfombra roja en el suelo. La mujer se sentó en el diván y encendió meditabunda un pitillo sin que él se decidiera a entrar.

Se quedó de espaldas contra la puerta, conturbado por algún espantoso detalle del cuarto, algo impropio había en el cuarto y mientras seguía ignorándolo una deslumbrante cuña de terror invadió su ánimo embriagado; y después supo lo que era: el cuarto carecía de ventanas, estaba encerrado en una celda oscura, no podía salir, no había ninguna abertura por la que arrojarle. Fuera del cuarto murmuraban, hojeaban periódicos, podía imaginarse cómo despleaban sus periódicos sobre la mesa y con ojos como platos absorbían todos los detalles sensacionalistas del caso.

Primero los titulares:

EL DESMAYO DEL VERDUGO SALVÓ

Y luego los subtítulos:

*Sensacional desenlace del crimen de la mujer casada.
Hallado culpable su amante.*

—¿Por qué no hay ninguna ventana en este cuarto? —preguntó sin moverse de la puerta.

—Aquí no hace falta ninguna ventana —dijo ella, y siguió fumando tranquilamente—, aquí nunca pasamos mucho tiempo.

Entonces fue presa de un miedo feroz, le pareció que las paredes se contraían hasta asfixiarlo, que el techo blanco descendía y la alfombra roja ascendía.

—¿Qué hacemos aquí encerrados? —dijo—, ven aquí y abre la puerta.

—No seas tonto —respondió ella, y se acurrucó en el diván—. Ven aquí y bésame, ya verás qué bien vas a sentirte.

¿Es que no estaba el techo plagado de arañas? ¿Es que no latían extraños golpes en todo el edificio? ¿Es que no se oían los hirientes gritos del calabozo?

—No quiero besarte —dijo él—, ¿sabes por qué lo hice hace un rato? Pues bien, porque, ante la posibilidad de echar a perder mis labios para siempre, fui presa de un desaforado anhelo de besar y tuve que arrastrarme por la celda besando las paredes, imaginando que eran bocas de mujer, comprendes, y maldije todas las ocasiones de mi vida anterior en que por pura negligencia me quedé sin besos. Todas esas ocasiones perdidas acudían a mí durante las noches, y tuve que mordirme los labios hasta hacerlos sangrar, y los carceleros me decían que no debía ensuciar las paredes de la celda de esa manera. De idéntica manera, durante uno de los últimos días anteriores a la ejecución, fui presa de unas ganas ridículas de tirarme y revolcarme en la nieve. Recordé con agrado todas las veces que me había revolcado en la nieve y maldije todas las veces que no lo hice. Lo primero que hice esta tarde, al salir de la cárcel, fue tirarme de bruces a un montón de nieve.

—¿Le gustó hacerlo?

Respondió entonces que fue una gran decepción, ya que la conciencia de que nunca más vería la nieve le había hecho idealizar tanto esa experiencia que ahora no le era posible obtener algún gozo de ella.

—Quizá sea yo también una decepción —le preguntó ella, pero a eso no respondió en el acto porque oía angustiado las voces de fuera, los murmullos le azotaban como latigazos, pero de golpe gritó:

—¡Déjelo estar! Para usted soy un caso perdido, o ¿es que no lo entiende? Yo había aceptado mi condición. No se puede ser condenado a muerte de día y condenado a vida de noche. No se puede cambiar, como quien cambia de traje, la

existencia cierta del condenado a muerte por la existencia incierta del condenado a vida.

Pero no era eso lo que quería decirle a ella, cuya blusa rosa aparecía ahora como un islote abandonado en medio de la alfombra. Se trataba de su manera de desnudarse: él permaneció inmóvil, apenas respirando, la miró boquiabierto hasta que fuese su esposa la que se sentaba en la cama aquella noche a la vuelta de un largo viaje, sentada en la cama frente a él, desnudándose para él —no, no para él, para otro—, sus movimientos eran distintos, ya lo advirtió entonces; y lo entendió mejor después, los terribles días anteriores a haberlo aceptado, estando él en su celda, bajo un rayo de luna, y ella sentada en su litera, desnudándose como antes, y le soltó todo lo que sabía hasta que llegaron corriendo por la galería con sus escandalosas llaves.

De repente, la mujer de los labios rojos notó cómo se le acercaba lentamente sobre la mullida alfombra y cuando el vestido negro quedó petrificado a la altura de sus caderas vio con ojos desorbitados que las manos de él eran como cuchillos.

Después, cuando ellos echaron la puerta abajo y lo tuvieron bien amordazado y todos se dirigieron al vestíbulo para recoger sus ropas de abrigo, él, desconcertado, quiso escuchar la música pero entonces tuvo que haber dejado de sonar. El pálido jefe de sala estaba junto a la puerta y hacía frías reverencias sin expresar lo que sentía, tenía que haber pasado un buen rato fuera porque su flor se había congelado y había dejado de oler.

Salieron a la noche fría y despejada, con estrellas como agujas de hielo, los ocho hombres le rodearon para que no tuviera frío. La pista de patinaje estaba desierta bajo el disco de luz. Un guante de niño colgaba de un larguero de la cerca como un gorrión muerto. El coche negro se acercó cabeceando hasta ellos con el motor apagado. Cuando lo metieron en el asiento trasero pensó: este tipo de coches parece amar entierros. Pasaron despacio junto a un lateral de la pista de patinaje, nadie pronunció una sola palabra, el chófer parecía muy seguro del destino, como si hubieran reservado la carrera con años de antelación. Dejaron atrás la pista de patinaje y se internaron por una carretera cubierta de nieve. Contempló las espaldas anchas y protectoras que tenía delante de él y sintió sus musculosos antebrazos apretarle el cuerpo. Cerró los ojos a los árboles congelados que iluminaba la luz dorada de los faros y entonces pudo ver a los parientes que visitaban los domingos a sus muertos: gruesos hombres con caras coloradas y bombines, agachándose exageradamente para entrar en el coche y luego permanecer sentados todo el camino, mirando sus sombreros, sobando sus forros en vez de llorar. Los asientos desprendían un olor a flores de entierro y lágrimas muertas.

—Aquí hay un sombrero de copa —dijo, y trató de agacharse—, un sombrero de copa y un ramillete de flores.

Pasaron por un puente, grandes piedras negras dormían sin ningún sentido entre el hielo cubierto de nieve.

—No lo intente —le dijeron, y estrecharon en torno suyo el cerco de carne cada

vez más próximo—, no lo intente con nosotros.

Los vagones rojos

El hombre que subió al tren parecía sin duda terriblemente enfermo. El revisor, que estaba en el andén frotándose con el pulgar el más brillante de sus botones, dio una repentina patada a un reluciente pedazo de hielo que fue a estallar contra uno de los raíles, con su habitual sonoro tintineo pero sin producir ningún estrépito que asustara. No obstante, el hombre presuntamente enfermo dio un brusco respingo y arqueó la parte superior del cuerpo por encima de la cancela con un peculiar movimiento oscilatorio, como si fuera a vomitar. El monedero, un llavero y el diminuto billete marrón saltaron de uno de sus bolsillos y fueron a caer a su espalda. Pero el enfermo —si es que lo estaba— no se enteró de nada.

—¡Oiga, acaba usted de perder algo! —le gritó una joven de suéter verde y precioso broche plateado prendido a la altura del pecho, que pasaba a resueltas zancadas de un metro y que ya estaba lejos antes de que sus palabras tuvieran tiempo de hacer mella y llamar la atención. Pero el hombre permaneció inmóvil, apoyado ahora en el extremo de la plataforma, viendo fundirse a la luz del sol el pedazo de hielo descascarado. La nieve, amarilla y derretida, hervía como lava en las vías, hollín y aceite flotaban en charcos, las lascas de hielo, prístinas y relucientes, eran engullidas por los sumideros.

Enfermizamente pálido, los labios rigurosamente apretados, los hombros dolorosamente contraídos, los ojos adheridos a sus órbitas por recónditos imanes, las finas y blancas manos aferradas lastimosamente al hierro; el revisor fue presa de una piadosa ternura, abrió despacio una de las manos del hombre, la ahuecó e introdujo en silencio los objetos perdidos en su fría palma.

—Déjeme en paz —dijo entonces el hombre con sorprendente coraje, con una brusquedad que más que intimidar o afligir excitó la curiosidad del revisor. Habría querido agarrar al hombre por los hombros, doblegarlo hacia atrás y levantarle los párpados con delicadas maniobras para entrever el hondo misterio que ocultaban.

No obstante, el tren se puso en marcha y el revisor tuvo que hacerse cargo de la estima, el deber y una confianza jamás puesta en entredicho de parte de sus superiores. Dar rienda suelta a sus impulsos contra pasajeros desconocidos podría acarrear las más siniestras consecuencias. Entonces abrió la cancela, picó el billete y se dispuso a recorrer el vagón. El persistente traqueteo dio paso ahora a una desbordante descarga de trepidaciones alrededor del tren, sus habituados oídos registraban rápida y fácilmente las ínfimas variaciones de sonido en curvas y cambios de aguja.

Alguien le tomó entonces del brazo, fue un agarrón apenas convincente, amable, con cierto amago de impaciencia. El supuesto enfermo se estiró todo lo que pudo hacia el revisor, como comprimido de dolor pero aun así con un poder oculto para

expandirse, acaso hasta reventar, y sacudió su achacoso cuerpo dentro del holgado abrigo.

—Diga —dijo—, ¿por qué dio una patada a ese pedazo de hielo?

Entonces, durante un breve instante, el revisor se sintió totalmente indefenso, las habituales barreras de hierro fundido quedaban fuera del alcance de su vista, dentro de su tierno núcleo penetraba la voluntad del desconocido como la punta afilada de una lanza relumbrante. Oh, sangre debía ser derramada. ¿Por qué di una patada?

Anonadado, miró en perspectiva declinante, y válgame dios: de repente todo el panorama se le vino encima. Miles, millones, miríadas de veces había pasado sobre los mismos raíles, pero sólo ahora, por vez primera, vio los vagones rojos atravesar el puente como si fueran insectos, con antenas ligeramente ondeadas, irremediabilmente receptivas; la bóveda azul del cielo rozaba con reverencia los suplicantes postes del tendido eléctrico; en la techumbre del vestíbulo de la gigantesca sala de cine maniobraban hombres vestidos de azul y provistos de linternas rojas; los raíles serpenteaban con destellantes chirridos desde los cambios de aguja; y el agua sucia del deshielo corría por los regueros del extenso apartadero; sobre el hielo amarillento y escariado del lago vio, a la luz del sol y al aire puro de la primavera, el aleteo de plumas de ánades atrapadas en el hielo; la humareda acre del tren tenía una claridad invernal que perfilaba todos los contornos de la ciudad.

Hay que ver la lentitud con que parecía consumirse algo en sus entrañas; una columna alta y poderosa, que hasta entonces le había sustentado a ciento setenta y cinco centímetros del suelo, empezó de golpe y porrazo a resquebrajarse, y un descomunal desmoronamiento habría sido el resultado si la tenaza de picar billetes no hubiera acudido en su auxilio. El caso es que la extrajo del bolsillo con sus dedos y la mantuvo, fría y pesada, como un arma de fuego. Los músculos de la dignidad se le tensaron hasta hacerse casi oír, de haber sido un revólver habría vaciado el tambor en el cuerpo del desconocido. Ahora picaba al aire, pero, prendida a su mano, la tenaza relucía al sol, el revisor gozaba de su resplandeciente elegancia que atrapaba el mundo entero en su espejo. Una última vez apretó las mandíbulas de la tenaza ante el hombre que a buen seguro estaba enfermo, y luego le dio la espalda, entró en el compartimento y picó. Y picó. Y picó. Y picó.

No obstante, cabe señalar ahora que el hombre, se llamaba Helge Samson, no estaba nada enfermo, al menos no en el modo que uno pudiera imaginar. Cierto es que estaba pálido, pero ninguna estancia de ocho años, desde las primeras luces del alba hasta el inicio del crepúsculo, en un almacén de tejidos ubicado en los bajos de una calle favorece el rosado de las mejillas. También era de hombros estrechos y enjutos, pero se había acostumbrado a ocupar el menor espacio posible; con los años, la empresa que lo empleaba había ido a más y lo mismo había hecho el número de balas de género, pero no así, por contra, la superficie del almacén, y un tipo enteco, sin el estorbo de codos y hombros anchos, era lógicamente ideal para un lugar así. El cuarto que alquilaba en casa de una tal señora Öberg era asimismo exiguo y él

portaba consigo sus dimensiones aun cuando paseaba por amplios parques y frondosos bosques. Sus ojos podían despertar, si acaso, cierto recelo, la mirada casi siempre dirigida hacia dentro, es decir, hacia sitio equivocado desde un punto de vista humano, pero tampoco lamentaría ese detalle nadie que estuviera al tanto del gran embarazo que pasó una vez para sepultarla entre finos pliegues de balas de género.

Saltaba a la vista que Helge Samson era una persona de atributos completamente normales y sin más defectos que los habituales; la eventual tisis en ciernes aún no le procuraba molestia alguna. En cambio había hecho un hallazgo que lo inquietaba, desconcertaba y atemorizaba. Él mismo lo llamó el descubrimiento de la dimensión de la maldad. Sin haberse dado cuenta cabal de su funcionamiento, a los pocos días supo lo suficiente sobre sus formas de aparición para tener que vivir en un estado de permanente angustia y alerta.

El sensacional descubrimiento, que más bien le había descubierto a él, a Helge Samson, que no al revés, lo hizo una noche entre las tres y las cuatro de la madrugada, cuando yacía despierto como de costumbre en la cama de su pequeña habitación, no despierto del todo sino algo traspuesto por el lógico cansancio. Naturalmente estaba solo, hacía mucho tiempo de la vez que una joven, a la que él había admirado a distancia, le había acompañado a su cuarto, atraída por una valiosa muestra de tela que él aseguró querer enseñarle. Él sabía, por supuesto, que sólo se trataba de un retal de seda barata, pero aun así el descubrimiento le había afectado con mayor saña de la que se podía esperar.

Lo cierto es que desde un tiempo atrás, todas las noches le despertaba un tren de mercancías, desmesuradamente largo, que se dirigía hacia el sur y que con gran denuedo remontaba la cuesta en dirección al puente que él veía precisamente desde su habitación. Durante más de media hora, los resoplidos del acompasado jadeo de la locomotora penetraban dentro de la habitación y de él mismo, y el corazón parecía palparle al mismo compás. Al principio le costaba respirar por miedo a que la locomotora se saltara un solo cambio de aguja, lo que podría ser más grave para su corazón que para el convoy. Abría la ventana y se quedaba tiritando a la espera de poder ver por fin la luz de los faros contra los pilares del puente, pero solía ser una espera larga e insoportable. Por lo demás era un momento de extraña soledad, la calle estaba desierta y en silencio, ni un solo rumor de pasos en el parque, a oscuras y vacío el imponente edificio de la estación, el tendido del puente, largo y refulgente, aparecía desolado, barrido por impetuosos vientos que ahuyentaban la nieve. De hecho, lo único que había a lo largo de la noche era el estruendo del tren que se aproximaba, un jadeo vehemente, más chirriante que un zumbido, repetido a intervalos toda vez más frecuentes y frenéticos cuanto más empinada era la remontada. Pasaba un frío indecible arropado por el pijama, pero lo más urgente era ver pasar el tren rodando a través de su ventana. Por fin llegó; la chimenea de la locomotora aparecía alta y esbelta, brillante a la luz de las oscilantes farolas, las grandes ruedas apenas parecían moverse, aferradas con obcecado ahínco a los raíles;

los vagones, que casi inmóviles se comprimían bajo el arco del puente, eran altos y circunspectos como sombreros de copa. El tren parecía totalmente vacío, las ventanillas de los vagones definitivamente clausuradas, y la blanca humareda se posaba como una silente nube de gaviotas en picado sobre los techos de los vagones relucientes de humedad.

Hasta una noche reciente, Helge Samson no había notado nada digno de mención en el estruendoso tren de mercancías, incluso había alimentado la esperanza de poder habituarse al ruido y, con el tiempo, evitar despertarse a horas tan intempestivas. Su vecino de habitación, un tecnólogo pelirrojo aficionado a las motos, le había regalado una entrada para las carreras del domingo y asimismo le prestó unos prismáticos para tener la oportunidad de seguir la carrera con todo detalle. Samson tenía los prismáticos en la repisa de la ventana, y por la noche se levantaba, los sacaba del estuche y los enfocaba al tren. Detalles de la locomotora atraparon su atención, por ejemplo, un curioso cilindro moldeado, situado justo debajo de la cabina aparentemente vacía, pero sólo se sobresaltó, casi anestesiado por un hecho extraño, cuando examinó con detenimiento, a la luz de la luna, los vagones que desfilaban sin cesar. Al costado de cada vagón, por muy distintos que pudieran ser en longitud y altura, alguien había pintado trazos absurdos, sin ton ni son, en un rojo más intenso que el color habitual de los vagones, trazos largos e indefinidos encima de una ventanilla, círculos delineados con imprecisión en algún que otro ángulo, a veces vallas de diseño cuadriculado en rojo, en algún caso simples alusiones tenues y vagas un poco por encima de las ruedas. Muy absurdo en apariencia ¿pero? De repente se le cayeron los prismáticos, allí quedaron rotos a la luz de la luna, un cristal rodó por el suelo y quedó atrapado de canto en una rendija. Ignorante de todo ello, Helge Samson se tambaleó desde la ventana hacia atrás y fue a caer en la cama. Con los ojos bañados en lágrimas, que en sentido físico no podían ver en la habitación ni dentro de sí, vio aparecerse ante él con evidente claridad la dimensión de la maldad. Fue como si le hubieran trinchado las pupilas, colocadas en cuencos con delicadas pinzas, grabadas en ellas esta cruel verdad y luego repuestas en sus orificios.

La misión, si no la menos importante, del largo y chirriante convoy de vagones rojos —supongamos que transportaba troncos desde apartadas aldeas del bosque o chatarra a una reputada empresa de fundición, cables de cobre o cualquier otra cosa— sólo parecía consistir en servir de puerta que conducía a otra puerta: representar la maldad, aterrorizar, atemorizar, inquietar, trastocar planes predispuestos, alterar procesos ordenados, reducir a la nada nobles intenciones.

La experiencia tuvo un impacto tan espantoso que Helge Samson creyó hundirse sin remisión, a través de las plantas del edificio, en una manía, en un mundo atrozmente desolado y solitario, únicamente atravesado por los crueles pilares de la blanca sabiduría. Bañado en sudor y lágrimas, se quedó paralizado en la cama hasta que amaneció, entonces se levantó tiritando, salió de cualquier manera y deambuló por las anchas avenidas de tundra de la pequeña ciudad sin percibir, en sentido

estricto, el riguroso frío ni la absoluta soledad. En lugar de vista, oído y tacto, creyó tener un sentido que le descubría y mostraba sin fallas la existencia de la maldad en todas sus manifestaciones. Por doquier podía leer la confirmación de la experiencia de la noche. Bajó al apartadero: en una vía había una rata despanzurrada, con la piel escarchada. Un gorrión muerto, atado por las patitas con un cordón verde, colgaba de un abedul cubierto de nieve. Durante el temprano desayuno común de la pensión —al final tuvo que volver a casa— a la patrona se le cayó de repente la cucharilla del azúcar al suelo y, pese a que todos los inquilinos se apresuraron a dar con ella, desapareció y siguió desaparecida. Azuzado por la terrible certeza, durante el mismo desayuno pidió a la patrona cambiar su habitación, que daba a la calle, por la del tecnólogo, que daba al patio, más pequeña, más sucia y maloliente y también, cierto es, más barata. El tecnólogo aficionado a las motos estuvo, claro está, más que encantado con la propuesta y enseguida mudaron de habitación sus pocas pertenencias. No obstante, el tecnólogo tenía colgado en la pared de su cuarto el claxon de una moto de competición cuyo piloto se había matado en un accidente, y allí se quedó por no poder descolgarlo a pesar de sus esfuerzos. El tecnólogo contaba la historia entre carcajadas, pero Helge Samson contemplaba el trofeo con un pavor resignado.

No obstante, Helge Samson se habría equivocado de raíz de haber creído que la mudanza de habitación le iba a deparar un sueño sin sobresaltos. Porque su susceptibilidad ante impresiones atemorizantes fue en aumento, contra todo pronóstico, nada más acabar la mudanza. Ahora se desperezaba con los primeros jadeos de la locomotora a más de un kilómetro de distancia y se quedaba sentado en la cama. El corazón le golpeaba el pecho como un gigantesco pistón, no sólo el corazón sino todas las cavidades del cuerpo, no sólo eso sino toda la habitación, todas las habitaciones contiguas, todas las habitaciones del país, todas las habitaciones del mundo. Con angustia cada vez mayor oía acercarse el tren y la certeza de no poder verlo estuvo a punto de volverle loco, puesto que si ahora carecía de cualquier posibilidad de controlar el aspecto de los vagones rojos, en sus obsesivas representaciones adquirirían las formas más grotescas: terroríficas palabras, tan a menudo o tan raramente pronunciadas que sus letras, de hecho, ya aparecían contagiadas, símbolos crueles cuya totalidad sólo señalaba un único acto terrible, todo llevado a cabo con ardiente escritura roja.

Para no verse tentado a correr a su anterior habitación cuando la presión se le hacía demasiado insoportable, cerró su cuarto a hora relativamente temprana y escondió la llave bajo el colchón y trató de esforzarse en olvidar el escondite. De una manera u otra consiguió sobrellevar la noche y se despertó en su cama, cierto que sudoroso y todavía algo trémulo aunque no loco, no blanco, las piernas aún le sostenían. Llegó tarde al comedor y todos los ojos se dirigieron a él entre platos humeantes.

—¿Quieren creer —dijo entonces la patrona— que la cucharilla estaba debajo de

la alfombra del abeto navideño, a varios metros de la mesa?

Pero sólo fue el insignificante Helge Samson quien barruntó el sentido.

Si ahora, después de todo lo sucedido, alguien preguntaba en su puesto de trabajo por la conducta que Helge Samson había observado justo los días previos a que le despidieran, es posible que todos, tanto la señorita Lager, la larguirucha y reseca vendedora, el contable Klang de nariz achatada, siempre tosiendo y con unos espantosos quevedos amarillos a modo de barricadas contra miradas ajenas, como el rollizo director Moms, hubieran exclamado con un encogimiento de hombros a modo de pretexto:

—No, qué va, no se había comportado sino como de costumbre.

Y era cierto, qué duda cabe. Oprimido entre pilas de género que llegaban hasta el techo, adentrándose por angostas galerías en pos de una pieza de brillante brocado, todo mientras se dejaba impregnar lentamente por las cambiantes fragancias de centenares de tejidos de todo color y hechura, experimentaba una paz profunda y verdadera que era como dormir sin sueños. Si de su voluntad dependiera, se habría deslizado hasta el más recóndito rincón del almacén, donde sólo las arañas coloradas vagaban a su antojo por la superficie de los paños como boyas a la deriva, hundiendo la cabeza en algún tejido fragante y asfixiándose poco a poco —sí, por qué no—; todo lo heroico le era ajeno, y si el conmovedor hallazgo de la dimensión de la maldad, por paradójico que fuera, le había llenado de una paz gratificante en medio de toda angustia, no estaba particularmente dispuesto a seguir en el mundo por la sola razón de incrementar su sabiduría al respecto.

Pero también había muchas cosas en el almacén que mudaban el sosiego en crueldad. El mundo tenía tres voces: la de la señorita Lager, que le perseguía allá donde intentara esconderse con el contumaz zumbido de un abejorro, siempre había alguna paca que faltaba en los lineales de la tienda, de muselina lisa y suave como una mariposa, de candorosa franela o de monárquico brocado; luego era la del contable Klang, más bien se asemejaba al encendido graznido de una urraca al acecho y a menudo se trataba de la caza de alguna cifra perdida; por último la estrepitosa voz aflautada del director Moms, que siempre parecía reverberar entre las paredes, curiosamente más cuando él estaba ausente; en tono insolente exigía a Samson todo tipo de informes que no necesitaba o que después olvidaba de inmediato.

Sin embargo, aun ahí se topaba con la dimensión de la maldad, al parecer de forma inevitable. Frente a la entrada de la tienda vivía un campanero borracho, de nariz afilada y cabello cano, que solía pasarse a veces por la tienda y mantener, en tono de susurro, secretas conversaciones de negocios con el director Moms; entre el personal circulaban rumores infundados en torno a qué tipo de negocios. Esa mañana el campanero había pasado por el despacho del director llevando una soga enrollada al hombro y a la pregunta del contable sobre qué iba a hacer con la soga respondió con sorna que se iba a ahorcar. Samson lo oyó y, en el estado de ánimo en que se

encontraba después de otra noche en blanco, se lo tomó muy en serio. Fuera de sí, angustiado, se cambió de ropa, salió a hurtadillas del almacén y siguió al campanero a distancia. Curiosamente no le había movido ningún instinto de salvarlo, convencerle de que renunciara a su propósito, sino sólo —y eso le atemorizaba por igual— una necesidad de constatar realmente que el suicidio había tenido lugar. Después de un recorrido largo y sinuoso llegaron por fin a una iglesia al extremo oeste de la ciudad, el campanero había subido los oscilantes escalones de madera hasta la torre, Samson le había seguido con sigilo, sólo para ver al campanero cambiar una soga rota por otra soga nueva. Se apresuró hacia la salida en silencio y temeroso, pero en la verja de la iglesia le asaltó de repente el sordo revuelo de las campanas. Sorprendido, se detuvo a escuchar y luego, aterrorizado, prosiguió a toda marcha, ya que las campanas, en medio de la niebla que le envolvía, clamaban con transparencia, con una evidencia asombrosamente articulada: ¡hombre ahorcado - hombre ahorcado - hombre ahorcado! Y no sólo las campanas de aquella iglesia, sino las de la capilla de la Anunciación, las de la catedral, las de la iglesia del Apóstol Ansgar, sí, todas las campanas de la ciudad parecían haberse concertado para perseguirlo por medio de escurridizas callejuelas y empinadas cuestas hasta llegar al interior del almacén.

Lógicamente, por motivo de su ausencia, recibió la reprimenda de las tres voces, pero su obstinado pánico hizo que las palabras le resbalaran como quien dice e, inservibles, se incrustaron en la pared que había a su espalda. Se apresuró al interior del almacén, se hizo un hueco entre las pacas de seda, la calma le cayó encima desde las saturadas fragancias que lo rodearon, lo impregnaron, sí, lo atravesaron y casi lo convirtieron en una paca más, sin resistencia y desarmado, trasmitiéndole impulsos pero incapaz de responder a ninguno.

Entonces, mientras sólo quedaban unos escasos segundos para la definitiva transmutación, la voz de la señorita Lager, en forma de abejorro, penetró inexorable en su escondite.

—¡Señor Samson, la franela amarilla! ¡La franela amarilla, señor Samson! ¡Señor Samson, señor Samson, señor Samson! ¿Dónde se ha metido usted?

Medio asfixiado asomó la cabeza, en medio de la penumbra consiguió dar con el paño solicitado, la franela amarilla con una leyenda estampada de hadas y niños felices, y se apresuró a la tienda. La desplegó sobre el mostrador y el cliente se inclinó y la tasó con sus dedos de color hueso. Por motivo de alguna repentina maldad, que ahora podía identificar al instante gracias a su experiencia, la señorita Lager le tendió las tijeras grandes y le dijo:

—¡Corte, señor Samson!

Nunca había ocurrido antes ni nunca necesitó ocurrir después, puesto que no entraba en su cometido ayudar en la tienda. No obstante, tomó las tijeras con dedos topes y las llevó al sitio indicado en la pieza de tela. En el preciso instante en que se dispuso a cortar la franela ocurrió algo muy curioso: de pronto empezó a cobrar vida

el estampado de niños jugando en la pradera de las hadas, imaginó que brazos y piernas rezumaban sangre y sustancia medular; sí, la hierba se teñía y se mecía; en medio de la insensata conversación entre el cliente y la señorita Lager se coló un guirigay de alegres voces y risas dirigidas contra él desde la pieza de franela. Se estremeció al ver dos alegres piernas de joven bailarina en el lugar exacto donde había pensado pasar las tijeras. Desconcertado, desvió un poco las tijeras a un lado con la esperanza de que nadie lo notara y cortó un trozo. Pero pronto tuvo que detener las tijeras, la jubilosa cabeza de un niño o el cetro de un hada le interceptaban el paso y no tuvo más remedio que desviar más aún las tijeras. Quedó una zanja en medio de la pradera que resultó estrafalariamente sinuosa pero que, sin embargo, condonó a todos sus juguetones seres. El cliente echó un vistazo al paño y se puso a gritar:

—¡Eh! ¡Mire esto, señorita! ¿Es que voy a tener que aceptar esto? ¡No me diga!

A la señorita Lager le salieron arrugas blancas como la nieve en la piel gris y flácida de su faz, con una mirada exterminadora pareció querer indicarle el camino de vuelta al almacén. Pero Helge Samson permaneció tercamente inmóvil para verla coger las tijeras con intención de cercenar la pieza desplegada con un movimiento raudo como el rayo, masacrar brutalmente a todos esos inocentes.

—¡Señorita Lager! —gritó—. ¡Tenga cuidado! ¡No lo haga, no lo haga!

Y por habérsele presentado entonces, por vez primera desde su descubrimiento, una posibilidad de defensa activa contra la dimensión de la maldad, agarró la pieza de tela con ambas manos, la alzó por encima de la cabeza del cliente y la arrojó con desaforada rabia al suelo de la tienda, empapado de nieve sucia que se derretía. Todavía obsesionado aunque sosegado por dentro, tuvo luego el beneficio de ver al cliente de dedos pálidos agarrarse con desesperación al borde del mostrador para no desplomarse, ver a la señorita Lager, cuyo rostro se puso primero azul oscuro y después rojo intenso, y oír su voz estridente, realmente penetrante, ver al director Moms y al contable Klang acudir en su auxilio y ser expulsado por tres veces con arreglo a las reglas de etiqueta: primero por el director, que le puso «Cerdo» de sobrenombre, luego el contable (Granuja) y la señorita Lager (Gamberro). Abrigo, sombrero y guantes le siguieron después de cierta espera y según la misma distribución del trabajo. El risueño campanero, que acababa de llegar, se detuvo y le cepilló el abrigo pese a las protestas de Samson.

Definitivamente excluido, ya que había querido enfrentarse a la dimensión de la maldad aunque con un resultado claramente adverso, se dirigió a la estación del tren. Había quemado todas las naves y lo único que podía hacer era dar con una salida conveniente a su existencia. La más grata, dejarse asfixiar entre el derrumbe de deliciosas pacas de género, le estaba por desgracia vedada y ahora lamentaba no haberla aprovechado mientras tuvo la ocasión a su alcance.

Se trata de retener en la memoria todo lo que le había ocurrido cuando el tren se detiene en el apeadero cercano a casa y baja a un andén envuelto en vapores de

primavera, donde la nieve acaba de fundirse y aún reluce desde el fondo de los charcos de agua. Chiquillos con botas de goma juegan a perseguirse y salpican a parte de los pasajeros que van bajando. Ya trinan algunos pájaros en los árboles goteantes del parque de la estación, y seguro que hacía un tiempo del cual alegrarse si es que aún tenía alguna posibilidad de rehabilitarse ante la realidad de lo irreal. Pero un largo convoy de mercancías llega remolcado en el preciso instante en que Helge Samson y otros pasajeros, que habían venido en el mismo tren que él, iban a cruzar la vía frente al edificio de la estación. Hay que esperar, pues, a que pase el convoy. Ahí vienen, deslizándose, los grandes vagones rojos y el tren se detiene entonces, de improviso, delante del andén. Se queda completamente inmóvil y los costados rojos de los vagones reverberan a la luz del sol. Un gran vagón rojo ha quedado justo delante de Helge Samson y cuando éste levanta la vista su atención queda atrapada por unos trazos pintados en rojo vivo, sin ton ni son, entre el marco superior de la ventanilla y el techo. Le retumba la cabeza, de pronto siente la intensidad de la vida que le rodea. El cielo está despejado, raso, y se oyen el goteo de todos los árboles y de los caños y techumbres de los vagones, el parloteo de alegres voces y el crujido de las traviesas, acaso algún brote prepara su eclosión, la primavera se anuncia incluso en los tufos acres de humo y aceite que se cuelan por los orificios húmedos de las fosas nasales. Y precisamente al conjuro de esa jubilosa unidad de voces altas y sanas y alegre rumor de agua, la experiencia de su horror a los vagones rojos adquiere un calado extraño, siente cuán ajeno es a todos esos inconscientes y a toda la inconsciencia que le rodea, y, fascinado y atemorizado por la soledad de su vivencia, empieza a correr a lo largo del tren. Empuja a unos pasajeros que permanecían a la espera, le lanzan airados improperios y tropieza sin querer contra el grueso bastón de un anciano y cae de bruces en el andén empapado. Pero lejos de prestarle alguna atención, el anciano continúa perorando con su compañero de viaje, la contera y el puño del bastón brillan al sol, entre risas golpea tres veces el bastón contra el costado del vagón como indicando al tren su salida. Con ojos como platos, Helge Samson ve que los golpes hacen diana dentro de un triángulo de maldad ferozmente trazado.

Y de repente, con electrizante certeza, descubre la única solución. Hay que entenderle, siempre atemorizado, tanto de sí mismo como de otros, siempre constreñido a un rincón aun cuando quedaran amplios espacios libres, siempre obligado a doblegarse ante quienes exhiben su altivez, al fin, por vez primera, le parece haber descubierto un modo de afirmarse mediante su extraño hallazgo, el muelle retorcido de sus entrañas debe ser enderezado. Todos los poderosos claman al acecho de señales, golpean las paredes con sus bastones, pero ¿por qué son siempre los que carecen de bastón, los pálidos de piel, los solitarios de hombros estrechos que se chupan el pulgar, esa especie de supervivientes contra su voluntad los que nunca levantarían la voz ante nadie, los que son víctimas de los ruegos? Dejemos a los poderosos en sus mecedoras quejándose de que las señales sean demasiado diminutas para ser vistas, nunca van a ser lo suficientemente grandes, y cuando sean tan

despampanantes para que las vean hasta los más ciegos, ya será muy tarde para todo. ¡Pero imaginen si ahora, en este preciso instante, uno pudiera hacer que una señal inflamada traspasara las retinas de los imperturbables!

No se le pueden reprochar los deseos de ser martillo a quien siempre ha tenido su sitio en el yunque. Se aparta del andén largo y concurrido y echa a correr, sin prestar atención por primera vez en su vida al letrero de Prohibido el paso, por detrás del convoy de mercancías hacia el extenso apartadero inundado de sol. Allí aparecen trepidantes, impacientemente temblorosas, las locomotoras en sus vías; collares de carbonilla serpentean alrededor del cuello de los raíles; de repente un tren expreso brama a su espalda, se echa a un lado de la vía y, salpicado de aguanieve, aturdido por el estruendo de las ruedas, permanece tendido largo tiempo después de que el tren ha pasado, y escucha el restallido de los cambios de aguja y el silbato de las locomotoras eléctricas que se precipitan a su lado como toros bravos. Mira con envidia a los ferroviarios que cruzan las vías con desdén, ya que él no acaba de poner el pie en la vía cuando un tren expreso aparece echando chispas por el paso a nivel a un extremo del apartadero, y sólo se atreve a arriesgarse cuando la niebla se hace azul y densa y reduce la vista. Una locomotora casi le trunca las piernas, pero se salva y corre enfurecido a uno de los grandes depósitos que bordean el apartadero. Dentro reinan el silencio y la quietud, todo lo que se oye, después de haber pasado un tren, es el ronroneo de las ratas contra las cajas de madera apiladas y el temblor palpitante de los vagones vacíos en las vías muertas del depósito. Deambula un rato a oscuras por el muelle abarrotado de carga y un silencio total se hace allí por donde pasa, pero tan pronto como se detiene y contiene la respiración empieza el ronroneo de las ratas, suena como cuando la lluvia empieza a atronar de sopetón los sembrados de colinabos. En la oscuridad su pie tropieza contra un bidón de chapa, lo alumbraba con una cerilla, mete un dedo, lo saca y lo alumbraba. Unas gotas brillantes de rojo rubí caen desde la punta del dedo de vuelta al bidón. Alguien se acerca por fuera y gira el interruptor y luego sale sin haber descubierto a Helge Samson. Entonces comprende que no va a pasar solo mucho tiempo más. Se quita el abrigo a toda prisa, lo dobla en un bulto y lo empapa en el bidón. Dentro del depósito hay una corriente de aire y las lámparas, que penden del techo con largos cables, oscilan hacia atrás y hacia adelante en medio de la desolación, y las sombras de cajas y vagones se abalanzan contra él, se detienen y vuelven a lanzarse contra él.

Corre por el muelle de hormigón hacia el primer vagón del convoy, con el abrigo rojo en la mano. Las gotas se deslizan lentamente sobre el hormigón como un gusano rojo de anillos grises en el abdomen. Oh, va a hacerles una señal, la señal de un gigante, que va a arrojar sus almas ciegas a la lava del horror a la vista. Al costado del vagón, vuelto hacia la puerta de entrada del depósito, pinta una cruz en rojo oscuro usando el abrigo como brocha, sus largos tentáculos, como si fuera un pulpo, le parecen abrazar el mundo.

Luego se tumba en la penumbra, detrás del bidón, y oye venir a todos. Pronto va a

gritar alguien, la paz va a ser asfixiada en el abrazo mortal de la cruz tentacular, cada vez serán más los contagiados, el horror va a extenderse como una epidemia entre todo el personal de los depósitos. Y aun así luego ocurre lo que ha temido pero no ha osado decirse; no ocurre nada. Fuera, el tren rápido hiende la oscuridad y la oscuridad centellea a través de las rendijas del depósito cuando el tren pasa de largo, el espacio es atravesado por señales penetrantes como dardos, él mismo es una diana vulnerable, sus puntas se hunden en la médula del dolor y por fin tiene que huir a gritos de su silencio.

—¡La señal, la señal! —grita a voz en cuello, pero los cargadores, con un vago asombro en sus obcecados párpados, sólo le ven correr mientras continúan apilando cajas de naranjas en posición rectangular. Corre por la vía 5 —el tren— y el hielo no cesa de crujir —el tren— bajo sus pies aterrorizados, solo —el tren—, siempre solo —el tren— con su —el tren— miedo, angustia y zozobra ante lo que —el tren— nunca va a suceder, ¿acaso es vida —el tren— estar tan ferozmente solo para —el tren, el tren— no ser capaz siquiera —el tren, el tren— de contagiar a los «sanos» —el tren, el tren, el tren— su «enfermedad»?

Todo, pensamientos, señales secretas, sangrantes alaridos desde sus entrañas se retuercen en espirales declinantes a la luz de hielo del expreso de la noche. De rodillas, una capa de hielo envuelve ese profundo tajo con su gigantesco arco verde y luego, de repente, todo acaba.

El viaje del sábado

Los sábados algunas chicas llevaban sus ropas de sábado y domingo. Eran vestidos y blusas de flores, de lunares, de colores y de rayas, que brillaban como mariposas cuando los sacaban de los grises paquetes, las crisálidas, en el vestuario de la fábrica. Le iban bien al alegre bullicio que llenaba el hueco de la escalera y las naves de máquinas cuando sonaba la sirena.

Entonces era justo como si se pusiera la tapa en una cuba y se quitara de otra. El chirrido de las cintas transportadoras y el estruendo de los rotores, el zumbido de los ventiladores y los crujidos de las máquinas de embalar enmudecían y en su lugar las agudas voces de las chicas empezaban a volar bajo los altos techos como golondrinas mareadas de primavera.

Había prisa por alejarse del olor a chocolate y de las cintas transportadoras y las chicas raras veces se hacían tan viejas en la fábrica como para quedarse allí cuando descubrían definitivamente que de una cinta transportadora no puede uno alejarse sin más. La cinta va al mismo paso que uno hasta que se gana un premio de lotería o se tiene la suerte de casarse con alguien rico.

Era casi verano y con los abrigos desabrochados y las bufandas agitándose como gallardetes en torno al cuello salían en tropel al patio de la fábrica que estaba rodeado de una verja de acero y de casas de seis pisos. Corrían al control donde mujeres que inspiraban respeto estaban a la caza de tabletas de chocolate en bolsos y maletas, en bolsillos y sostenes. Aunque las que querían hacer contrabando eran más listas que todo eso y lo hacían para ganar dinero.

¡Pero del olor a chocolate no se libraban! Cuando el viento bajaba el denso aire pesaba sobre todo el pueblo y picaba en la nariz casi como un gas. Y había que olfatear bastante antes de que uno se diera cuenta de que era chocolate lo que se respiraba.

Llegaban a la estación medio corriendo porque el tren ya resoplaba subiendo la cuesta cuando ellas pasaban taconeando por el puente del ferrocarril como un regimiento completo de soldados con zuecos. Todo el andén se llenaba de sus jóvenes voces y colores. Allí se encontraban con otras chicas de otras fábricas que estaban tan contentas como ellas. Y con mujeres mayores que atendían los telares de la fábrica de lienzo o probaban mercancías de vidrio en la fábrica de botellas.

Allí acudían también obreros de los talleres y fundiciones y parte de ellos eran muchachos jóvenes que estaban de buena gana en el andén con las chicas de la fábrica de chocolate fumando y silbando y riendo de que fuera sábado.

Solveig, Inga y Britt, que se encargaban de un determinado momento cada una en la sección de empaquetado —una sección a la que todas querían ir y de la que curiosamente todas querían marcharse cuando llevaban un tiempo en ella—, iban del

brazo por el andén con alegres ojos de sábado tratando de encontrar algún conocido o unos ojos de chico igual de alegres que los suyos entre el gentío.

Solveig iba en el medio; ella era la mayor y una verdadera roca. Atraía a las otras hacia sí y a cambio una de ellas tenía que llevarle la bolsa, así como invitarla al cine cuando andaba mal de dinero. Ellas lo tomaban como un don del cielo, porque Solveig sabía muchas cosas que ellas no sabían. Había tenido muchas experiencias y las contaba muy bien. Se atrevía a llevar las faldas más cortas. Se atrevía a fumar en el andén y no sólo en el tren, como las otras, y ella era la que había organizado la compañía de chicos en su casa aquella vez que fue la primera tanto para Inga como para Britt. Habían salido a la llamada vida después de la confirmación, el examen de estado de los pobres, y era sólo los lunes cuando tal vez pensaban que justamente ellas aún no habían sacado de la vida nada más que un acre olor a chocolate...

Solveig descubrió a un conocido entre la gente; siempre lo hacía. Y arrastró a las otras chicas con ella. Eran además conocidos comunes. Un par de muchachos de la fundición que habían conocido el lunes en el tren y luego habían fumado y callado juntos toda la semana y juntos habían ido también al cruzar las barreras. Solveig pellizcó a Inga y a Britt en los brazos, y la señal significaba que iba a tratar de «organizarlo» con ellos.

Los chicos estaban fumando y tratando de escupir entre los pies. ¡Hola!, dijeron las chicas con desgana aparentando no tener el más mínimo interés por los que con las piernas separadas se columpiaban con sus cajas de herramientas. Pero sólo era un ritual porque todos sabían ya desde el martes que iban a salir juntos el sábado. Solveig se encargó de hablar y las chicas se apretaron contra ella brillando a su sombra.

Britt se acordó de que faltaba un chico y se armó de valor para interrumpir a Solveig. ¿Dónde está el tercer chico, pues? Entonces Inga, rápida como el rayo para que nadie creyera que ella estaba siempre callada y aburrida, dijo: Sí, aquel chico del gorro rojo.

—Ah, el duende —dijo uno de ellos, se balanceó más enérgicamente aún con el cofre y pisó circunspecto la colilla—. Pues se puso en el camino del mezclador y se llevó un buen corte, así que estará fuera de combate lo menos un mes. Vino una ambulancia a recogerlo, pero parece que no era muy grave, aunque a mí la sangre me salpicó.

Las chicas, algo asustadas, se pegaron un poco más a Solveig, pero justo entonces llegó el tren con estruendo y todos fueron arrancados de sus amarras y arrojados en el torbellino de la gente. Britt e Inga seguían muy de cerca la estela de Solveig y los chicos. Cargaban valientemente con su bolsa, que era bastante pesada, y la admiraban por detrás. Tenía *cuerpo*, estaba en sazón. Ellas estaban todavía un poco flacas y ni siquiera rellenaban el guardapolvo de trabajo de la talla mínima. Delante del estribo les dio pánico no llegar, pero gracias a él lograron subir a la plataforma. La gente tenía la cara enrojecida y hosca después de la lucha por los asientos. Pero las chicas

se fijaron en cambio en un joven muchacho que estaba en un rincón, era pálido y parecía arrogantemente desinteresado. A su lado estaba Solveig atusándose el pelo.

—Dejad aquí la bolsa, chicas —gritó de un modo que la gente miró, y si hubiera sido otra persona, ellas se habrían enfadado. Pusieron la maleta entre Solveig y el muchacho pálido. Los otros jóvenes pusieron sus cajas encima gesticulando con sus mugrientos cigarrillos.

El tren se puso en marcha y se quedaron callados un rato viendo pasar los edificios de los talleres y las fundiciones. No había ni rastro de hierba en torno a ellos; el hollín y la escoria se habían apoderado de todo.

—Lástima que sólo seáis dos —dijo Solveig mientras buscaba un cigarrillo en el bolso colgado al hombro. Pero Britt sacó su elegante pitillera de plata, que le había cogido a su padre para causar impresión, y le ofreció a Solveig, a Inga y a sí misma. Inga se apresuró a sacar las cerillas para no verse desbancada.

En la estación siguiente el andén estaba también lleno a rebosar. Eran obreros llenos de hollín de las hojalaterías. Con torcidas sonrisas y gritos obligaron a la gente a agruparse en los pasillos y los que tenían que tener cuidado con el traje lo hicieron de buena gana cuando aparecieron. A Solveig la empujaron contra el chico pálido que estaba allí inmóvil y sereno.

—¡Oh!, perdón —dijo mirándole a la cara con pestañas aleteantes. Las chicas se dieron cuenta de que estaba empezando el flirteo de tren acostumbrado y entre nubes de humo observaron de reojo a Solveig para aprender los trucos. El tren seguía su marcha. Los muchachos fumaban y toqueteaban juguetones a Inga y a Britt. Ellas trataban de encogerse entre risas para librarse, pero por fortuna iban muy apretados. Los chicos tenían manos rudas con grietas rojas en la parte de arriba y tampoco estaban muy limpias. Las chicas se abotonaron los abrigos para protegerse las blusas. También tenían algo de hollín en la cara, los chicos.

La estridente voz de Solveig silbó a través del ruido del tren. El vagón era del modelo más antiguo y saltaba en los empalmes de los raíles. Su repiqueteo atravesaba el luminoso y cálido día de mayo al pasar por bosques y prados verdes con piedras. Descansaba la vista mirar lo verde después de haberla tenido clavada en la cinta durante cinco horas.

—Dios mío, qué divertido es usted —le dijo Solveig al joven pálido, y tanto las chicas como los chicos le miraron. Las chicas miraron su fino, casi blanco, rostro.

—Dios mío qué manos tan bonitas —le susurró Britt a Inga.

—Qué alto es —dijo Inga para no quedarse atrás.

—Maldito idiota —opinó uno de los chicos encogiéndose de hombros.

Solveig se reía inclinándose sobre la barandilla. Pero el chico pálido siguió tan imperturbable como antes.

—¿Quiere usted un cigarrillo? —preguntó Solveig sacando uno de su bolso. Se lo tendió, pero él ni siquiera movió las manos. Blancas y con las uñas bien cuidadas asomaban por el abrigo que estaba abrochado casi hasta arriba. Las manos se

aferraban a la verja y parecía como que se apoyaba en ella y que se caería si no lo hacía. Arrugó la frente y era allí donde estaba su sonrisa y abrió la boca ante el cigarrillo de Solveig. Ella se lo metió en la boca y él la cerró apretándolo.

—Yo también puedo morder —gritó Solveig riéndose hasta quedar casi doblada sobre la verja. Inga le encendió el pitillo con manos temblorosas.

—Sería estupendo si viniera con nosotros. Vamos a salir a divertirnos un rato —dijo Solveig cuando dejó de reírse, haciendo su gran escena lánguida que tanto Inga como Britt solían practicar a solas ante el espejo. Empezaba con unos movimientos acariciadores con las pestañas. En ese momento los ojos estaban a la altura del pecho del otro. Luego la mirada se elevaba muy despacio y se detenía en la nariz de él. Las pestañas seguían aleteando. Luego un pensativo dedo índice bajo la barbilla. Y a continuación la gran ofensiva. La mirada se hundía profundamente en la de él. La piel de la frente se doblaba en asombradas arrugas y una sonrisa de reproche se escapaba de las comisuras de la boca. Solía resultar, pero el muchacho ni siquiera se quitó el cigarrillo de la boca. Estaba tan pálido e inmóvil como antes.

Solveig se volvió hacia las muchachas con cálida solicitud.

—¿No es verdad, chicas? —gritó ahogando todas las voces a su alrededor. Pasaron por debajo de un puente y el humo cayó sobre ellos. Entraron en una curva y, con la sacudida, el cigarrillo se soltó de la boca del pálido. Todos pensaron que lo iba a coger por lo mucho que quedaba, pero él sólo levantó el pie y lo aplastó como se hace con una hormiga.

La carretera iba en paralelo con el ferrocarril y un cabeceante autobús amarillo jugaba a las carreras con el tren. Los muchachos apostaban a cuál iba a ganar, pero las chicas estaban pendientes de los labios del pálido. Era lo absolutamente nuevo en él lo que las hacía estar atentas. De repente recordaron, no sabían de dónde procedía el recuerdo, que estaban metidas en la masa de chocolate hasta el cuello. Ahora aparecía el pálido y les acercaba una tabla de salvación. ¡Dios mío, qué emocionante era!

Pero el pálido se limitaba a mirarlas una tras otra, sin ni siquiera abrir la boca. Solveig le dio un codazo a Britt y ésta traspasó el movimiento a Inga y eso significaba:

—Seguro que se arreglan.

El tren bramaba ahora sobre un puente y debajo de él muchas vías relucieron durante un segundo como los dientes de un tenedor. Los taludes bajaban hacia la gran zona de vías y un tren eléctrico se puso a su altura. La distancia entre ellos era sólo de unas cuantas traviesas y vieron a la gente que les miraba a través de ventanillas polvorientas. Los chicos apostaron a ver cuál de los trenes llegaba antes. Finalmente el otro se fue rezagando y sólo quedó su ruido en los oídos.

El tren frenó en la estación de Karlberg y un oscuro y lento flujo de gente salió en tropel. Quedó más sitio en las plataformas, pero el pálido no se movió de la barandilla. Solveig quiso ponerle otro cigarrillo en la boca, pero esta vez él no la

abrió.

Salieron de la sombra de la estación y entraron chirriando entre largas filas de trenes vacíos que estaban esperando a entrar en la Estación Central. Solveig interpretó la parte final de la escena lánguida. Pero el pálido miraba fijamente por encima de su cabeza las ventanillas de los trenes parados, como si quisiera verse reflejado en ellas.

El letrero rojo del cine Palladium ardió durante un instante sobre el puente. Luego el tren entró con estruendo en la sombra del andén y la gente pasaba a toda prisa con la cara vuelta hacia arriba. Se abrieron las puertas del vagón y el rumor se escapó hacia fuera. El tren frenó, empezó la orquesta de chirridos y los más valientes saltaron al andén.

Los chicos cogieron sus cajas de herramientas, corrieron por el andén y se dispusieron a esperar a las chicas. El pálido seguía de espaldas a ellos que se reían y bromeaban diciendo que quizá iba a seguir el viaje, a lo mejor creía que la línea seguía hasta Tegelbacken, ja, ja...

Solveig salió de mala gana y recompuso el semblante cuando bajó del estribo. Inga y Britt renunciaron también a la aventura y siguieron a Solveig con su bolsa. Uno de los chicos le echó, provocador, el humo del cigarrillo en plena cara.

—Con él no pudiste —dijo, y le guiñó un ojo a Inga. Entonces miraron hacia la plataforma y allí seguía él con la espalda vuelta hacia ellos. No podían entender que no se bajase, porque el tren ya estaba vacío y los que iban a viajar en él empezaban a subir. La locomotora pasó chirriando por la vía muerta para ocupar su puesto en la cabecera.

—¡Oiga usted! —gritó Solveig tratando de parecer pícara, suplicante y enfadada al mismo tiempo—, ¡véngase con nosotros de una vez, venga!

Entonces el joven pálido se volvió hacia ellos. Primero la cara... luego soltó las manos y se dio la vuelta despacio y tuvo que inclinarse hacia atrás para no caer. Ellos seguían fascinados sus manos blancas cuando él se desabrochó lentamente el abrigo, lo apartó y saltó con sus muletas. Se fue acercando a ellos con un lento movimiento hacia arriba que empezaba en alguna parte abajo, junto a las rodillas, y terminaba con una abrupta sacudida en el cuello. Tenía la cara blanca y les miró a los ojos, uno tras otro.

Ahora estaba llegando al estribo, pero antes de que llegara ellos ya iban camino de la salida. Casi corriendo, todos callados, y dándose cuenta de que iban así porque tenían miedo de que él les llamase. Se apresuraron a cruzar el control, la nave central y las puertas de salida a la explanada. Inga y Britt iban medio paso por detrás. Inga llevaba la bolsa de Solveig. Me voy a casa, pensó, ¿en qué va a quedar esto?

Pero les siguió fielmente. Uno de los chicos paró un coche en la calle de Vasagatan. Ella y Britt subieron las últimas y se sentaron en los trasportines. Solveig iba entre los dos chicos en los asientos de atrás. Ya se estaba riendo. El coche dobló la calle, dio la vuelta por Tegelbacken, y metió el morro bajo el puente del ferrocarril

porque las barreras estaban echadas. Ninguno de ellos se atrevió a mirar por la ventanilla hasta entonces; se sentían demasiado corridos para ello.

A la altura del ayuntamiento Inga notó que dos manos se cerraban desde atrás sobre sus pechos. Abúlicamente se dejó volcar hacia atrás y no sintió ninguna alegría ni ninguna excitación tampoco. Britt tenía el morro amohinado y sacaba brillo tercamente a la cerradura de la maleta de Solveig con la palma de la mano.

No pasaría mucho tiempo sin que se echasen a reír, tal vez no más allá del instituto de Kungsholmen o de la filial de la Biblioteca Municipal, porque el primer sobresalto al descubrir que uno está preso —en la pasta de chocolate o en la mezcla de cemento o en cualquier otra cosa— no dura mucho. El segundo, el definitivo, el verdaderamente grande, es peor...

Mi hijo fuma en pipa de espuma de mar

Sí, es cierto que mi hijo fuma en pipa de espuma de mar, pero no puedo entender que eso, precisamente eso, sea tan indecoroso para que de repente me quede sin amigos, sí, sin amigos íntimos y hasta sin inquilinos. ¿Podría ser esta soledad mía, que de golpe me embarga por entero en una humareda amarga, la consecuencia de un hábito tan relativamente inocente? Paso la mayoría de los días, demasiado largos, dando vueltas por el jardín y dándole vueltas a la cabeza, fumando con ansiedad mis propios cigarrillos largos, tan aromáticos como desabridos, me entretengo un rato fuera de la verja, viendo a las rollizas palomas picar entre los guisantes amarillos del huerto. Luego me dirijo de vuelta a casa con la deplorable sensación de que la ansiedad que me abrasa se abalanzará sobre mí en el momento mismo en que trasponga el umbral de la puerta, y trato de demorarme todo lo que puedo en mi jardín otoñal, donde los perfiles de los árboles, las plantas, la cerca y los setos se vuelven cada día más nítidos y duros, sí, cada hora incluso. Sin embargo, al final no puedo quedarme mucho tiempo fuera porque eso sería reconocer mi propio pánico, mi lamentable impresión de insondable soledad, lo vehemente de mi irritación por este estado que se me antoja especialmente repugnante, porque aún no sé cuánto va a durar.

Entonces me quedo un rato en la entrada para que el cuerpo se vaya haciendo a los olores de malestar y prolongada soledad con que se topará tan pronto como cierre la puerta blanca a mi espalda, y entonces me miro los zapatos y es cuando reparo en lo bien que encaja con el otoño el cuero acharolado de mis zapatos de punta. El césped está empapado a causa de las incesantes lluvias, y al cuero se pegan briznas, tierra y agua, y las hojas que están a punto de caer en mi jardín, azotado por el viento, exhalan un fuerte olor acre. También escucho un rato el bronco runrún del poste del telégrafo que instalaron el verano pasado junto al seto, totalmente en contra, claro, de mi voluntad y, por supuesto, en el rincón más tranquilo de todo el jardín. No voy a negar que mi hijo fume en pipa de espuma de mar, pero con todo bien pudiera uno tener derecho a exigir alguna aclaración a quienes deciden la fiebre que debe tener el mundo.

Entonces me gusta más oír los golpes de una ventana en la planta alta, y temeroso de que me vea en una posición tan ridícula, inclinado sobre mis zapatos, contemplándolos como si fueran los reptiles más raros del mundo, me apresuro a entrar y cierro con fuerza la puerta a mi espalda, para demostrar taxativamente lo resuelto de mi gesto. Cruzo rápidamente la fría cocina, donde todavía sigue derramada, delante del fogón, una botella de aguarrás, y entro rápido en la habitación

que huele a lumbre apagada y a un gato que desapareció de improviso cuando empezaron las lluvias y a una risa que cierta vez rió una joven que, con señas en el rostro de haberse graduado recientemente de bachiller, se sentó en la mecedora y estuvo bebiendo *whisky* con Uno y conmigo hasta altas horas de la noche. El cojín del gato sigue delante de la estufa, si apareciera una tarde, noche o mañana, sólo tendría que entrar y tumbarse en el cojín y arañar los zarcillos blancos como solía hacer antes de que mi hijo empezara a fumar en pipa de espuma de mar.

Oscurece en la habitación y la luz del crepúsculo se refleja en la mecedora blanca y en todos los demás objetos blancos, en los marcos de las ventanas, en los azulejos blancos de la chimenea, en una toalla sobre un sillón, en un libro abierto sobre la mesa. Agarro el libro y me siento en la mecedora junto a la ventana y trato de seguir leyendo donde lo había dejado. Entonces oigo sus pasos en la planta alta, yendo y viniendo sobre mi cabeza, pero aun así lo intento, me empeño en seguir leyendo. El libro trata de un hombre, experto en vinos, que tiene dos amantes, una en Neuilly y otra en Neuchâtel. La de Neuilly es rubia, y habida cuenta de que tiene que ir en autobús a su casa compra una tarjeta mensual, pero a continuación, después del primer mes y habiendo descubierto el mal aspecto que le presta a ella la resplandeciente luz de la mañana a través de las persianas, compra una tarjeta semanal. A Neuchâtel tiene que ir en tren. La amante de Neuchâtel le gusta más porque el viaje en tren le infunde calma, sosiego y distensión, en otras palabras, le ofrece la posibilidad de llegar descansado a la cama ilegítima que es la primera virtud de un caballero. A Neuchâtel se lleva una cartera llena de etiquetas de vinos que clasifica durante el viaje de ida, a su llegada deja la cartera en la consigna y la recoge a la mañana siguiente, y en el viaje de vuelta se entretiene pegando las etiquetas clasificadas en sus respectivas carpetas.

Mi hijo no para de dar vueltas en la planta alta, no porque esté enfadado, no en modo desesperado o provocador, sino perfectamente tranquilo, como si hubiera pensado lo mismo que yo, que no existe nada tan diabólicamente insoportable como la impasible calma por nada conturbada. Sin embargo no subo al piso ni le organizo ninguna escena porque mi firme determinación consiste, sobre todo, en no perder el control, sino en tratar de analizar en cambio mi estado, determinar mi situación en espacio y tiempo, y tratar de indagar con energía contenida los motivos de mi devastadora soledad, mi inaudito aislamiento, mi total falta de amigos, amigos de confianza, y hasta la falta de inquilinos.

Por eso sigo leyendo como si no pasara nada, como si no fuera espeluznante lo que ocurre en derredor mío, encima de mí y conmigo mismo. Oscurece al paso del tiempo y como no funciona el quinqué que tengo conmigo, ni tengo ganas de subir a pedirle prestado el suyo, tengo que apurarme y extraer la síntesis del libro que estoy leyendo antes de que sea demasiado tarde. Lo que sencillamente ocurre es que el amante experto en vinos, que de momento cree no poder vivir sin la morena de Neuchâtel y que ha desechado definitivamente a la rubia de Neuilly por haber perdido

la tarjeta del autobús, descubre una tarde, a punto de subir al tren de Neuchâtel, que ha olvidado sus etiquetas de vinos y durante el ocioso viaje, cuando por no tener nada que hacer le puede una irritación que va en aumento al compás del tren, descubre que la mujer de Neuchâtel le resulta completamente indiferente, que la razón para soportarla durante tanto tiempo eran esos viajes en tren que le ofrecían oportunidades casi ilimitadas para dedicarse a su *hobby*. Tras la llegada a Neuchâtel se hace con un billete de vuelta tan pronto como es posible y durante el regreso se hace la siguiente pregunta: ¿cuántas ilusiones se pueden tener a la vez? Si le entiendo bien, quiere decir: si uno no es malabarista, y quién lo es, cuando se trata de veras no es posible de ninguna manera manejar más de una ilusión a la vez. Uno no puede mentirse a sí mismo sin tasa, incluso el propio yo de uno tiene un fondo cuando se trata de lo uno o de lo otro, de la ilusión de dicha por coleccionar etiquetas de vinos o de la ilusión del amante.

No quiero afirmar que sea un libro especialmente bueno, pero no he podido conseguir otro mejor y, sobre todo, no he podido conseguir alguno que trate de lo que me interesa leer: de las causas de la soledad, de las condiciones de la marginación. La última vez que estuve con Uno tuvo que ser una sorpresa para él, puesto que me sonrió cuando me abrió la puerta a regañadientes y estuvo nervioso todo el tiempo, mirando de reojo a un lado como si tuviese a alguien encerrado en el armario. No sacó sus puros para invitarme, no hizo su gesto habitual hacia su bien surtida biblioteca, diciendo: Llévate lo que quieras, hay donde elegir, Casanova, Dante o lo que te dé la gana. Pero después de haber pasado mucho tiempo en un silencio incómodo, envueltos en una atmósfera gélida de frío, vergüenza y soledad, él dijo inseguro y como quien tantea:

—Es cierto que...

—¿Qué cosa? —interrumpí irritado—, ¿qué es lo que es cierto?

—Bueno —prosiguió—, ¿es cierto que tu hijo fuma en pipa de espuma de mar?

—Sí —dije—, ¿por qué no va a ser cierto? La consiguió en una subasta, ¿por qué no lo iba a hacer si para eso la había conseguido?

—Ya, ya —dijo Uno contemporizando, y sacudió su pipa en el cenicero.

Pero luego acometió algo deleznable, algo que tuvo que envenenar para siempre el trato entre los dos, algo imperdonable, acaso lo más imperdonable que nadie me haya hecho. Cogió el teléfono de la mesa y empezó a marcar un número, y aquí debo añadir que una vez, he olvidado por qué, aprendí a oír el número llamado por los ruidos del número marcado. Servicio horario, pensé de forma casi automática, llama para saber qué hora es a pesar de que toda la habitación esté llena de relojes.

Entonces dice de repente al teléfono:

—Oye... se me ha hecho tarde, pero llego enseguida... vale... adiós.

Ahora está tan oscuro que todo en el jardín tiene el mismo color, del cielo cuelga un tenue color alimonado por encima de las lilas, tiro el libro a la cama, detengo la mecedora y me incorporo en el asiento y escucho el silencio. El silencio que tiene

zarpas, el silencio que tiene garras, el silencio que es duro como el mármol y resiste todo tipo de uñas. Y el gato que nunca regresa, el gato que nunca más maúlla fuera de la puerta de la cocina y quiere entrar. Su cojín parece una piedra delante de la chimenea, pero no se tienen piedras dentro de casa. No, pero ¿por qué no se tienen piedras dentro de casa? Me refiero al porqué de la fría predisposición ante las soluciones prácticas, cuando sólo el pudor convencional nos impide llevarlas a cabo. Cuando toda nuestra vida clama por las piedras, cuando todos anhelamos una piedra, una piedra fría y dura para nuestra soledad, una piedra donde apoyar nuestra cabeza cansada, una piedra a la que agarrarnos mientras nos vamos hundiendo.

Aquí estoy, sentado en mi solitaria mecedora mientras fuera se hace más de noche y dentro me siento más solo. Unas moscas meten bulla bajo el techo y un mosquito canta en un rincón, ese rincón está enteramente desocupado y en el suelo hay un pequeño cuadrado chamuscado por el fuego, pasó que alguien volcó un quinqué durante una animada fiesta. Me levanto de repente aunque sé que va a ser peor, voy al rincón y me arrodillo y palpo con mis dedos, como si fuera ciego, el pequeño cuadrado chamuscado, y mientras lo hago oigo las voces de entonces, las risas, el entrechoque de las copas, el ir y venir de amigos por el piso, el jubiloso escándalo de cuchillos y cucharillas, cuchicheos confidenciales, afables palmadas en los hombros; y de repente no puedo soportarlo más. Me precipito fuera de la habitación, abro de un tirón la puerta exterior y la dejo abierta. Me caigo en el jardín e hincó la cabeza entre la hierba, haciendo una especie de hondo cojín para no tener que oír más, para ser liberado por fin de esa espantosa ruina de una existencia que no fue más feliz que ésta, aunque menos solitaria, sobre todo menos solitaria. Pero es demasiado tarde para ser liberado, el año está muy avanzado, muy próximo al verdadero otoño, para que liberación alguna sea posible en mi jardín, pronto voy a empezar a tener frío y cuando vuelvo por el ensombrecido jardín, caminando de puntillas para no pisar ranas, lo veo de pie junto a la ventana iluminada fumando en pipa.

Mi hijo fuma en pipa de espuma de mar, se asoma curioso a la ventana y salta a la vista que a pesar de la densa oscuridad trata de escrutarme desde arriba. Tiene que haberme visto, tiene que haber sido testigo de mi derrota desde su ventana. Entro en casa y me encierro en silencio, y pese a que siento todo el tiempo estas ganas salvajes de ajuste de cuentas, ese virulento deseo de poder hablar de todo lo que me atormenta, entro en mi habitación y me acurruco en un asiento.

¿De qué serviría? A fin de cuentas, ¿qué podría entender de todo? Ya lo he intentado antes, he dicho: Esto no puede seguir así. Ya ves lo que me pasa, estoy perdiendo a todos mis amigos, no me gana la confianza de nadie, ni siquiera consigo tener un par de inquilinos, y todo porque tú fumas en pipa de espuma de mar. ¿No puedes fumar algo distinto, que no me depare tanta soledad? ¿Sería un gran sacrificio que fumaras otra cosa, puros, cigarrillos o una pipa normal? A eso me responde imperturbablemente tranquilo y en realidad con una lógica imbatible que no hay nada que indique que sea su pipa de espuma de mar lo que me aíle, me pide pruebas, me

pide que le exponga ejemplos para que me crea. ¡Pruebas, ejemplos! ¡Como si esto fuera algo que pudiera demostrarse, como si se pudiera decir la cantidad de soledad que uno siente! No, por ese lado no puedo esperar comprensión alguna, es mejor callar y esperar que alguna vez ocurra el cambio.

Entonces suena el teléfono desde el rincón desocupado y corro allí y descuelgo el auricular para no estar más solo. Permanezco un rato a oscuras con el auricular en la oreja y no se oye otra cosa que el murmullo del agua en alguna parte del mundo, pero de repente se oye una voz estridente. Es alguien que ha leído el anuncio de las tres habitaciones con sol y chimeneas, que quiere venir a verlas mañana temprano. La persona que llama pregunta si se puede jugar al *croquet* en el jardín, si llueve mucho en esta zona, si hay muchas setas en los bosques y si se puede afirmar que la casa está apartada sin estar realmente aislada. Sí y amén, le respondo a todo, sí y amén.

Mientras respondía al teléfono, ha caído sobre el jardín la luz radiante de la luna y sombras pequeñas y finas juegan en el piso de la habitación, y los cristales de las ventanas parecen echar vaho al claro de luna. Vuelvo a sentarme en la mecedora y mientras me mezo pienso un poco en el libro. Pienso que las ilusiones nos eligen a nosotros, no al revés, y creo que es justo la elegante pasividad del señor Roche, creo que así se llama, lo que le hace tan admirable como persona, tan ejemplarizante, tan modélico para el infeliz, para quien aún se precipita hacia su destino. Justamente eso, aceptar su ilusión, aceptar que la pompa de jabón es verde y no roja ni lila, exactamente no es otra cosa que el arte de vivir. Reconozco que es una idea a la luz de la luna, una idea hecha para ser pensada a la luz verde de la luna, sé que me ha animado la expectativa de tener, por fin, un inquilino, pero por qué tampoco yo podría... Me refiero a que estoy harto de la eterna tensión entre esperanza y desesperanza, de esa carencia de sumisión que siempre me destroza por dentro.

De repente pasa mi hijo a la luz de la luna por fuera de mi ventana, a la caza de ánimas, tuve que quedarme dormido porque no le oí bajar la escalera. El cañón de la escopeta se asoma amenazante por encima del hombro, lleva la pipa en la boca, cuando pasa delante de mí tira una cerilla en llamas en la hierba reluciente. Luego me siento tranquilo un rato y miro los picos como agujas de las estrellas por encima de las lilas.

Al cabo tuve que haberme quedado dormido de nuevo, cuando me despierto hace un día claro, un tenue resplandor de luz fresca y reciente que anuncia la madrugada. He dormido incómodo en la mecedora y estoy de mal humor cuando me despierto. Pero no sólo eso, siento un desasosiego indeterminado, una carencia de seguridad que me lleva fuera de casa. Todavía hace frío y el gato no ha vuelto a casa, el roce de la hierba me empapa pronto los bajos de los pantalones, el poste del telégrafo permanece en silencio y de golpe me doy cuenta de que tampoco puedo estar en el jardín. Camino hacia el lago, sigo el sendero, apenas visible, cuesta abajo. El agua está clara y roja de sol, la junquera se mece lentamente y un grillo se lamenta obstinado cerca de casa. Mi hijo está en la orilla mirando hacia el agua, a su espalda,

en la hierba, están la pipa y la escopeta, la correa de la escopeta me parece de repente una serpiente negra y venenosa que se arrastra apenas cubierta por la hierba.

Mi hijo tiene que haberme oído llegar porque de repente dice sin volverse:

—Voy a coger la barca y remar y recogerlo. No pises la escopeta. Está cargada.

Sale lago adentro con unos golpes de remo y dirige la barca hacia el juncar, se oye el crujido de los juncos cuando la barca se adentra entre ellos y luego desaparece lentamente bajo sus espigas doradas. Oigo durante un rato su esfuerzo entre el juncar, luego se hace un silencio repentino y me sorprende a mí mismo respirando a fondo, como si hubiese corrido toda la mañana para dar a alguien una noticia importante a tiempo. Entonces, en medio del silencio, me acuerdo de la llamada telefónica de la víspera y el corazón empieza a martillearme en el pecho y siento el miedo que tengo, miedo a la soledad del jardín, miedo a todas las soledades del día, la noche y el alba.

La pipa, pienso arrepentido, la pipa de espuma de mar, y luego cometo mi terrible e imperdonable error, me pasa lo absolutamente inexplicable. He pensado coger la pipa de la hierba y luego arrojarla al lago, romperla o cualquier otra cosa, pero en lugar de eso me quedo parado de repente, con la escopeta en la mano, y ya que tengo la escopeta a mano me parece lógico llevármela al hombro y cuando el sordo eco de un disparo viene rodando hacia mí como una gran ola sobre el lago, entiendo que he disparado. He disparado al juncar y cuando dejo la escopeta y subo corriendo la cuesta hasta casa, incapaz ya de entender nada, pero muy cansado, he hecho dos disparos contra el mismo objetivo invisible.

Me despierto en la mecedora cuando alguien llama al cristal de la ventana, tiene que ser mediodía porque el sol me deslumbra cuando intento abrir los ojos. Es un tipo corpulento, con cara colorada y pinta de parlanchín, quien está ahí fuera, mirando curioso a través de la ventana. Con la presión sobre la nuca de un sueño malo y prolongado, medio invisible, me tambaleo hasta el jardín y lo recibo.

—Soporífero paraje —dice, y hace una mueca de aquiescencia. Soporífero paraje y luego resulta imposible pararle. Habla de que ya ha pasado un buen rato aquí recorriendo y viendo el jardín y se explaya sobre las ventajas del jardín. Le gusta especialmente el poste del telégrafo porque siempre le recordará lo que él llama «el tesón de la cultura», pero también le gusta el jardín por otras cosas: los manzanos tienen la altura debida y «esas bayas que siempre parecen tan peludas, es decir, me refiero a las grosellas espinosas», han causado una imborrable impresión en él. Yo respondo sí y amén a todo, y el sueño crece y crece, echa a rodar por encima de los setos y tengo la impresión de que lo llevo puesto como una armadura demasiado grande, espantosamente pesada. Al cabo quiere ver las habitaciones y subo las escaleras a rastras, y se las enseño y su verborrea es realmente insoportable:

—¡Así tienen que ser las chimeneas! —dice, y mira a todos lados como para prevenir a eventuales enemigos de mis chimeneas—, ¡justo así y nada distinto! El techo también es de su agrado, se refiere a que es un techo para filósofos, «el techo de un pensador», como él dice, y por eso le conviene a la perfección. Elogia la vista

porque abarca diversos tipos de paisaje y la pista de esquí porque recorre robledales y pinedas. Pero cuando se detiene ante la ventana orientada al norte da un grito repentino de sorpresa que hace que yo me dirija allí aunque sé que no debería hacerlo. Me pongo a su lado y miro y oigo su jadeo de sorpresa en la oreja derecha. Es el lago que está bajo la ventana; el lago, la junquera, y la cuesta, que de repente aparece llena de juncos cortados con espigas en flor. En el agua hay un hombre con medio cuerpo desnudo y corta los juncos con una hoz reluciente, en la orilla hay una mujer y ata los juncos y un muchachito chepudo los lleva luego a la cuesta y los va colocando uno encima de otro.

—Es el campesino de aquí —le digo, pero cuando lo he dicho me siento mal de repente, la armadura del sueño se encoge y se cierra como un caparazón y ahora sólo existe un grito que pueda salvar los huesos del cuerpo, que pueda salvar mi tembloroso núcleo gélido de ser estrujado y entiendo en el acto lo imposible que resulta todo, entiendo que lo único que resta es un tiempo de soledad y luego nada más, y si no quiero perder todo de una vez, no debo perder este breve tiempo de soledad, no perder esa apreciada ilusión. Tengo que ser un solitario, la ilusión de soledad debe ser obligada a elegirme.

Grito desesperado a mi especulador:

—¡Pero, oiga, mi hijo fuma en pipa, mi hijo fuma en pipa de espuma de mar!

Entonces se planta en medio de la habitación con las piernas abiertas y echa raíces en la casa, me parece ver cómo brotan de sus suelas compactas e inamovibles raíces de roble, crecen a través del piso, a través del techo, a través de la habitación bajo el techo, a través de la planta baja y siguen hasta la roca bajo la casa.

—¿Y qué importa eso? —dice, y sonrío incómodo ante mi estallido—, ¿qué importancia tiene? No le quepa duda de que tiene que contarme más del asunto.

Los implacables

Qué buena pareja hacen, qué contrariedad tan excepcional y oportuna que esos dos, precisamente esos dos, acabaran contrayendo matrimonio, con las mismas dotes para protagonizar sensacionales entradas y, según se cuenta, discretas retiradas. La verdad es que a ella no la he visto antes, pero bien me la han pintado tanto Ingrid y Astrid como Pelle y los Källman, en fin, todo el mundo en realidad. Alguien ha dicho que le sientan bien el rosa añejo y el afecto hacia niños y perros, y que está a la espera de una herencia de un tío suyo, arruinado, de Västergötland, o que ya la ha recibido o que es de otro tío, acaso de Blekinge. Además tiene un hermano que regenta una fábrica de soldaditos de plomo. Siempre me la imagino majestuosa, yendo y viniendo en su apartamento del norte de la ciudad, llevando un bebé sonrosado en un brazo y un lindo perrillo faldero en el otro, y se la ve razonablemente guapa, vestida de rosa añejo, a la espera de que le llegue la herencia para poder tumbarse en el diván mientras los soldaditos, que también están a la espera, van y vienen abnegados por el suelo. Alguien más ha añadido que da gusto verlos pasear del brazo por la calle, porque van marcando el mismo paso y caminan sacando pecho como dos acorazados, y todos los que les ven dicen que al andar resultan sencillamente imbatibles; de tener que hacerlo, podrían arrasar solos toda una acera.

Mientras esperábamos a verles reventar la puerta del restaurante y dar un revolcón al jefe de sala, Georg y yo tomábamos unos combinados, presa ambos de gran curiosidad por no haber visto a Rickard desde antes de la boda, yo por haber estado en el extranjero y Georg por haber tenido paperas, a la vejez viruela, en el momento preciso de su celebración. Mirábamos el fondo de las copas y hablábamos de Rickard entre trago y trago, eso sí, después de habernos cerciorado con implorantes miradas de reojo de la discreción de las dos sillas vacías que están a la espera. Sin embargo no habría sido necesario, puesto que nada más empezar nos dimos cuenta, para sorpresa nuestra, de que en realidad no teníamos sino cosas apreciables que decir de Rickard, un bromista de marca mucho mayor de lo que ninguno de nosotros había imaginado, y ya a la segunda copa los dos nos sentimos en parte conmovidos por el hecho de haber conocido a una personalidad así.

Entonces es cuando Georg nos delata, sentado frente a mí y parpadeando tras un tenue velo azul de humo de tabaco.

—Sí, Rickard era un buen muchacho —dice con desenfado, y blande el brazo para indicar un ángel—, un gran muchacho.

—Era —digo yo, y ahuyento de un soplido el velo de humo y luego nos miramos risueños—, nos reímos de que ambos estemos pensando lo mismo, nos reímos de haber trazado una necrología de Rickard, de nuestro antipático amigo Rickard.

Reímos leves y dulces risas y brindamos quedamente en su memoria, y mientras bebemos nos complacemos del grato ambiente de música amortiguada, de pasos amortiguados sobre mullidas alfombras, del amortiguado tintineo de rebosantes copas, de conversaciones delicadamente amortiguadas, del más grato de los ambientes en memoria de Rickard.

—Le deseo de veras que sea feliz con ella —digo luego, pero Georg resopla y ahuyenta el velo de humo de mi Domino y sonrío irónico—. De repente, mientras apago el cigarrillo, me pongo a reír, en realidad de forma bastante destemplada para lo que se estila en el restaurante, pero me parece tan inusualmente desternillante, una coincidencia tan diabólicamente irrisoria, que mientras yo brindaba a Rickard mi más sincero deseo de que fuera feliz con Maud, creo que así se llama, nosotros dos estuviéramos pensando en *clave* completamente distinta, al mismo tiempo y con formulaciones casi idénticas: deseo fervientemente que tenga una esposa que tenga la llave del portal a su cargo.

—¿Pensabas tú también en la llave del portal? —le pregunto, y bebo.

—No —responde Georg, y sonrío maliciosamente y bebo—, estoy pensando en la llave de la puerta. Se han comprado un chalet en las afueras de la ciudad, ¿acaso no lo sabías?

Pero yo había pasado mucho tiempo fuera y no me había enterado de tanto, aunque pienso que si Rickard y Maud se hubieran quedado a vivir en la ciudad, Rickard pertenece decididamente al grupo de amigos a quienes se les desea un matrimonio con una esposa severa, a quien le guste acostarse temprano, contar con una permanente convivencia a solas y tener el poder y la autoridad de llevar a cabo todas sus decisiones. Además puede afirmarse que Rickard pertenece a esa clase de amigos a quienes se les desea, en el mayor secreto y, lógicamente, con toda la discreción imaginable del alma, una muerte temprana, hermosa, que no se haga mucho de rogar, para poder testimoniarle todo el cálido aprecio que, por desgracia, tendría que negarle mientras aún viviera entre nosotros y nos torturase con su amistad. No vale la pena negar que Rickard ha sido, en efecto, un amigo leal y, sin embargo, un mal amigo, un amigo implacable que ha gobernado todo su círculo de amistades a merced de su implacable autoridad, que nos ha manejado con absoluta improbidad, que ha decidido cuándo debíamos vernos, qué hacer cuando nos veíamos, y escogido las diversiones que con mayor frecuencia habíamos preferido evitar. A menudo habíamos reparado en sus manejos para indisponernos entre nosotros, aprovechándose de nuestras ocasionales antipatías, sacando ventaja de nuestras invariables debilidades, aunque hay que reconocer que nosotros nos dejábamos utilizar de buen grado, nos dejábamos soliviantar unos contra otros porque siempre resultaban tan hermosas las reconciliaciones como tomar la comunión una vez a la semana. Tuvo que haber sido emocionante seguirle el juego a Rickard, un día de sibilino intrigante, otro día de noble conciliador, que tiende puentes entre todos los abismos de los celos para arriba. *Divide et impera* y ¡viva Rickard! No, ciertamente,

Rickard no ha sido un buen amigo.

—Eso abre las más amplias perspectivas —digo, y quiero ser brutal, ya que en ningún caso nos da tiempo a tomar otra copa antes de que lleguen Rickard y Maud.

—¿Qué cosa? —pregunta Georg, y noto que él también quiere ser brutal durante los cinco minutos que restan de espera—, ¿la sempiterna bomba atómica, la querida vieja bomba atómica, la rusa o la americana, o la gemela siamesa?

—No, algo mejor —le digo—: personalmente no creo que haya nada que abra perspectivas tan amplias, terribles y aciagas como la amistad.

Entonces Georg me pregunta si me refiero a la amistad mercenaria y le parece que yo no debo despreciar ese fenómeno específico, ya que él quiere indicar que no se puede decir lo que no se puede decir con dinero, pero yo no me refiero a la amistad mercenaria. Pienso en la amistad honesta, común y corriente, entre personas relacionadas al azar.

—Hay ciertamente algo que siempre me ha chocado —le digo—, algo que me ha asombrado más que nada, y se trata del fenómeno de los amigos de los implacables. Cada día, a lo largo de toda nuestra vida, nos topamos al menos con una figura antipática, una persona de la que pueda decirse objetiva y subjetivamente que es un implacable, un ser ruin y malvado. A quien le interese la aritmética podría recrearse calculando la cantidad de encuentros antipáticos que se dan en la vida de un hombre, puedes estar seguro de que resultaría una cifra muy elevada.

—Luego me gustaría saber —prosigo— cuántos solitarios, cuántos indefensos hay por ejemplo en este país. Y una vez sabido, quisiera saber negro sobre blanco cuántos de ellos pertenecen en realidad al grupo de los implacables. Ciertamente es que en este momento no obro con ningún dato en mi poder, pero por lo que he podido averiguar, de forma puramente empírica a lo largo de una existencia de treinta años, la vida no está hecha en modo alguno para que sean los solitarios quienes en realidad merezcan la soledad, sino lo contrario en la mayoría de los casos. Lo que pasa es que existe, lógicamente, una cantidad de personas condescendientes, generosas y compasivas que son amigas de los implacables, que asimismo soportan su implacabilidad y con ello incrementan la del mundo, que los defienden contra los ataques de los rivales y que a voluntad se dejan aterrorizar por motivos de amistad, a voluntad permiten que sus nociones de decoro se subordinen a las de los implacables, quienes en ningún momento bajan la guardia. Eso es precisamente lo que nunca ha dejado de sorprenderme, justamente el fenómeno que me ha convencido, más que ningún otro, de la inmensa inmoralidad del mundo. En cuanto a Rickard...

—Si vamos a empezar a hablar de la inmoralidad como condición de vida ética —interrumpe Georg en tono de tímida reconvención mientras pide otra copa—, no cabe duda de que deberíamos contar con la eternidad por delante de nosotros. Luego, en lo tocante a Rickard...

Es entonces cuando Rickard hace su entrada. De súbito nos llega una voz familiar desde la entrada acristalada y Rickard ocupa la puerta. Luego la ocupa su esposa. La

mujer de Rickard lleva de la correa un enorme can negro.

—¡Vaya, vaya! —exclama Rickard en tono triunfal—, ¡ahí están esperándonos los viejos compinches!

En el restaurante se hace un silencio sepulcral al tiempo que se pone en marcha una búsqueda generalizada en pos de viejos compinches. A Georg y a mí nos descubren en el acto por razón de nuestro engorro y abrigamos la sospecha de que la condición de viejos compinches nos aplasta la cabeza. Alguien ríe a hurtadillas, pero a medida que Rickard, Maud y el perro van pasando entre las mesas cesa el embarazoso silencio de forma tan repentina como había empezado.

—Como de costumbre da la impresión de que está dispuesto a pagar cien coronas por una revolución —le cuchicheo a Georg al oído.

—Ciento cincuenta —replica Georg.

Mientras se van acercando fijamos la vista especialmente en ella, no es tan alta ni fornida como nos habíamos imaginado, sobre todo parece simpática, pero da la impresión de haberse maquillado en el coche y acabado de vestirse en la escalera, magnífica sin embargo su forma de andar. Pasa entre las mesas a velocidad punta y tira del perro de modo que más bien parece una prolongación de su vestido. Eso lo tiene ensayado, pienso. Cuando llegan a nuestra altura el horrible perrazo corre raudo bajo la mesa y se echa sobre mis pies.

—Mi mujer —dice Rickard, y la adelanta como si fuera un ariete—. Tiene fría la mano derecha, por lo menos al saludar, y nos mira con un aire de reticente estima a la vez que demoledor. «No tratéis de engañarme, chicos, ya sé que pensáis arrebatarme a Rickard». Sin duda ignora la clase de amigo que ha sido Rickard.

—Rickard acaba de tener un altercado en el ropero a causa del perro —dice mientras se sienta y se desabrocha la chaqueta—, han sido unos insolentes alegando que no se podía entrar con perro, pero Rickard les ha puesto en su sitio, ¿no es cierto, Rickard? ¿Habéis oído algo tan descarado en vuestra vida?

Quiere poner a prueba nuestra lealtad, y Georg y yo nos congratulamos de tener pronto la ocasión de mostrarle nuestra deslealtad. Así que guardamos silencio, pero pienso en lo raro que ha sido no haber oído el altercado desde aquí y que el perro a fin de cuentas, algo menos raro, pudiera acompañarles. Pero tanto Rickard como Maud simulan creer que no hacemos ningún comentario porque estamos atentos a la música. Tocan una especie de vals y los dos se sonríen con el candor de los recién casados. Entonces Rickard dice:

—Es el perro de mi esposa. Lo ha heredado de una tía suya de Västerås. Es un buen perro.

La herencia, pensamos Georg y yo, y nos hubiéramos cruzado un guiño de no haber tanta luz. Luego llega el momento espantoso en que Rickard va a hacer el pedido. Es una escena que ha quedado grabada para siempre en la memoria de los amigos de Rickard para que nunca en la vida podamos volver a sentarnos a la mesa de un restaurante sin recordar los peores momentos de nuestra vida, atroces

momentos en compañía de Rickard, horribles segundos en que Rickard, con ojos parpadeantes y testuz de alimaña, al acecho de sangre, avizora en derredor del local en busca del camarero. Luego se hincha de aire como quien va a bucear y mientras nosotros nos llevamos las manos a los oídos, en sentido figurado, él emite un feroz alarido de guerra con efecto fulminante. Un jefe de sala viene a toda prisa, pálido aunque contenido, y, horrorizado ante el panorama de otro grito semejante, muestra su más complaciente jeta mientras nosotros, los amigos de Rickard, procuramos pedirle perdón a cuenta de Rickard con nuestro embarazoso silencio y nuestras sumisas sonrisas. La propia escena de la comanda no deja de ser un capítulo menos lamentable. Tras una rápida ojeada a la carta, Rickard decide enseguida lo que vamos a cenar y se lo comunica al jefe de sala en tono arrogante, ostentoso, que proviene, según asegura Georg, de las primeras impresiones perdurables de la infancia que Rickard adquirió en los peores momentos del estraperlo tras la Primera Guerra Mundial.

—El caballero —dice, y me señala a mí—, va a tomar anguila, cerveza Pilsen y aguardiente OP.

A Georg, al viejo vegetariano, le asigna un jugoso bistec, pero ni a mí, con mi delicado estómago, ni tampoco a él se nos ocurre protestar, eso sería como arremeter contra un molino de viento. Nos consolamos pensando en que a fin de cuentas se trata de una cena luctuosa en honor de un mal amigo y que nos vamos a divertir más cuando haya pasado esta enojosa escena.

Entonces es cuando se me ocurre mirar a Maud y una vez que he empezado a mirarla me resulta imposible apartar la mirada de su rostro, porque lo que veo es tan inmoral, tan terriblemente indecoroso, que no recuerdo haber visto antes nada semejante. Lógicamente todo depende de que yo esté especialmente predispuesto a descubrir toda la inmoralidad de su conducta, es evidente que un observador corriente diría: ¡Oh, qué maravillosa lealtad, cómo no va a ser feliz este matrimonio! Mientras nosotros, que aun así siempre hemos sido amigos de Rickard, hemos testimoniado de continuo su antipática conducta con gestos de desaprobación, Maud desprende una auténtica admiración hacia sus groseras maneras; durante toda la escena de la comanda sus bellos ojos brillan de un afecto incurable, se puede adivinar lo que piensa, así es como hay que tratar al servicio, y se siente feliz de estar en posesión de un hombre que conoce al dedillo todas las artes relativas al arte de vivir.

Luego, mientras esperamos fumando y elogiamos la música en virtud de su calidad, aunque de hecho sea su ruido lo que imposibilita la larga charla que más nos agradaría, estoy pensando en que muchos de los que la han conocido antes, especialmente los Källman, han elogiado sobre todo la buena educación de Maud, y si bien es cierto que tiene un hermano que fabrica soldaditos de plomo, no es menos cierto que ella está en posesión de un consumado tacto y que a Rickard le va a venir bien el trato diario con ella. Por cuestión de principios, pienso, Maud tiene pues que desaprobador esos modales groseros en la conducta de Rickard, vejadores y de mal

gusto, pero porque le gusta, por una razón u otra, ella también acepta su brutalidad, su inclemencia y, lo que es peor, lo que es más inmoral: por lealtad, por amor, deja que su admiración por la persona de Rickard también incluya sus lamentables atributos, toma partido por el Rickard que ofende y no por el ofendido, permite que toda su anterior noción de justicia y decoro se vaya a freír espárragos, toda su concepción ética tiene que resultar sesgada y asimétrica. De ese modo, pienso, las esposas de los hombres repugnantes abren probablemente perspectivas de maldad humana más terribles aún que sus amigos.

Entonces deja de sonar la música, pero qué más da, porque en ese mismo instante llegan la comida y la bebida. Bebemos con frecuencia y brindamos por el matrimonio recién constituido, y Georg y yo también tenemos presente la llave de la puerta en nuestros brindis. Rickard y esposa se ponen dicharacheros, sueltan amarras y nos cuentan los pormenores de su boda, un magnífico bizcocho con niños que llevan las arras, corona nupcial de oro y diamantes, repique de campanas, granos de arroz y landós, bollería, los semanarios *Husmodern* y *Vecko-Journalen*, siete tipos de vino, cien invitados entre diversas autoridades locales, párrocos y concejales, y mil doscientos telegramas si no fueron doscientos. Rickard y esposa difieren de la cifra entre arrumacos. Georg y yo nos acordamos del entierro casi a la hora del cierre, y Georg, que con su consumado cinismo tiene más facilidad que yo para ser cortés, pronuncia el discurso conmemorativo en honor de Rickard.

Empieza evocando la amistad, larga y leal, que nos ha unido y lamenta que esa amistad, por lo que le toca a Rickard, vaya a pasar ahora de caso crónico, por así decirlo, a fase de urgencia, una fase en la que los viejos amigos se ven cada vez con menor frecuencia para dejar de verse poco a poco. Pero cuando a cambio surgen los recuerdos, dice Georg, la vieja amistad se vive entonces en un plano íntimo, por así decirlo, y ¿quién quiere afirmar que esa forma de amistad sea en realidad peor, menos sólida, menos importante que la vieja?

Ninguno de nosotros quiere afirmarlo y Rickard se siente conmovido y estrecha incesantemente nuestras manos, también la esposa se siente conmovida y dice a Rickard que puede estar orgulloso de tener amigos así. Sí, todo acaba de maravilla, incluso llego a sentir aprecio por el perro negro cuando nos vamos retirando entre mesas vacías, me agacho, aun sintiendo temblor en las rodillas, y lo acaricio, y entonces la señora dice que nunca serán demasiados los amigos de los perros en este país. Pero cuando Georg y yo nos quedamos solos en el vestíbulo esperando a la pareja, Georg se aparta el cigarrillo de la comisura de los labios y susurra:

—Oye, éste ha sido el mejor entierro desde hacía tiempo.

Poco después salimos a la calle y nos quedamos mirando los coches, los tranvías, el asfalto que brilla bajo la lluvia y todas las fachadas inyectadas en neón de la calle de St. Eriksgatan. Georg se despide de nosotros y luego Rickard, dicharachero, dice que Georg es un buen muchacho aunque suela ponerse muy raro cuando bebe. Cree que es homosexual cuando está ebrio y que estando sobrio es demasiado tímido para

vivir su homosexualidad, pero cree, por lo que le toca, que Georg es un tipo completamente normal y que sólo esa ilusoria sensación de fuerza que siente el ebrio es lo que le hace creer que dilapide algo cuando está sobrio y sin fuerzas. Es un análisis lógicamente muy correcto que no se presta a broma alguna, aunque Rickard y su señora se tronchen de risa.

Luego Rickard quiere tomar un taxi hasta la Estación del Este y dejarme a mí a la altura de la calle de Sveavägen, pero entonces la señora replica que lo mismo da ir en tranvía y Rickard, obediente, le sigue la corriente. Me parece que fue Pelle quien dijo que Maud era tacaña, y lógicamente se ha vuelto aún más tacaña desde que sólo heredó un perro, y Rickard, que antes era generoso, también se ha vuelto tacaño. La clave de un matrimonio bien avenido parece consistir en que las partes asuman las peores cualidades de cada cual.

En el tranvía ocurre un percance muy dramático. Nos subimos a la plataforma posterior del último vagón y el tranvía arranca tan de repente que a Rickard no le da tiempo a subir al perro consigo. La parada está llena de gente y cuando el perro trata de saltar al estribo derriba como bolos a los que esperan más cerca de las vías y muchos profieren sonoros improperios contra Rickard y el perro. No obstante, el tranvía incrementa la velocidad y le grito a Rickard que suelte la correa para que el perro pueda darnos alcance en la parada de la explanada de St. Eriksplan, pero Rickard me grita que el maldito chucho debe aprender a saltar. Sólo somos nosotros tres los que estamos en la plataforma y no he visto al cobrador y entonces pregunto a Rickard si quiere que tire del cable para que el tranvía se detenga, pero Rickard me aúlla que el maldito can tiene que aprender a saltar. Se agacha en el estribo y grita al perro:

—¡Salta, Björn, salta Björn, salta Björn!

El tranvía sigue aumentando la velocidad y al final tengo la impresión de que el perro no puede seguirnos, empieza a quedarse lejos del tranvía. Entonces, desesperado, me vuelvo contra la amiga de niños y perros y le pregunto:

—¿Es que no vamos a detener el tranvía?

—El perro debe aprender a saltar —me responde, y mira a su marido, mira con admiración a su enérgico marido. La implacable mira admirada al implacable, pero ¿quién es el más implacable? Lógicamente yo mismo podría detener el tranvía si lo quisiera, pero por otra parte es su perro y no es mi tranvía.

La señal de *stop* suena entonces de forma repentina y el tranvía se detiene en seco, en medio del puente de St. Erik. El cobrador debe de haber observado el incidente desde el vagón delantero. Rickard se tambalea con la brusca sacudida del frenazo, cae y da varios vuelcos en el asfalto. Pero no se hace ningún daño, se incorpora rápidamente y viene hacia nosotros a pasos resueltos y con el perro a su zaga. Cuando se dispone de nuevo a subir se nos acerca a toda prisa el cobrador y dice que Rickard está demasiado borracho para abordar el tranvía. Entonces reparo en el gran parecido que guardan Rickard y el perro cuando se quedan ahí parados,

mirándonos a nosotros con bobalicones ojos vacuos. Pero ahí no queda la cosa: en el mismo instante en que el cobrador va a dar la señal de arranque, Maud le da un leve empujón y se apea en el puente.

—Yo voy con mi marido —anuncia mayestática y propina al cobrador una mirada rebosante de escarnio y altanería.

Mientras el tranvía se pone en marcha los veo parados en medio del puente, esperando a que yo salte del tranvía y refuerce el efecto espectacular del plante de Maud. Pero me quedo en el tranvía y les despido con una mano más que fría. «Buenas noches, buenas noches». Pero ellos no se despiden de mí. Luego veo cómo toma Rickard a su mujer del brazo y los tres suben a la acera, los dos buques acorazados y el pequeño crucero a su estela. La flotilla del consumado matrimonio avanza incontenible por el puente de St. Erik. ¿Una acera? No, qué va, podrían arrasar toda una barriada. Llegado el caso.

¡Abre la puerta, Rickard!

Abre la puerta.

Dicen que abra la puerta, y yo no la abro. No sólo *dicen* que la abra, ruegan; y cuando los ruegos no surten efecto, amenazan, pero cuando las amenazas no surten efecto se callan un rato, susurran jadeantes y ansiosos mientras están totalmente quietos al otro lado de la puerta como si quisieran hipnotizarla. O tal vez hipnotizarme a mí a través del ojo de la cerradura.

Hip-no-ti-zar.

Pero yo no abro. No, no sólo eso, me retiro más y más adentro en la habitación, lo más adentro que puedo, hasta el rincón donde está la cama. Me acuesto en esa cama y cojo la almohada y me tapo la cabeza con ella para no oír, para no ver, para no saber. A veces sin embargo sé, lo que tengo que saber penetra en mí a través de canales infernales y se necesitarían todas las almohadas del mundo para taponarlos. Yo sólo tengo una, alta, compacta y blanda; pero ¡qué puede hacer contra esto!

¡Qué puede hacer! No puede hacer nada, y, no obstante, hay momentos en esta habitación cerrada en los que todo el tormento desaparece de repente, en los que la almohada pese a todo basta y una alegría serena, dulce como la miel, fluye dentro de mí. En esos instantes raros estoy completamente abierta, me figuro que estoy aquí acostada como un mar que recibe un ancho y suave río en sus brazos y se deja besar cálido y feliz por sus tibias aguas. En esos raros momentos puedo incluso liberarme de la almohada, dejarla caer de la cama y con la nuca apoyada en mis manos cruzadas mirarle a los ojos al techo que está encima de mí. Entonces no es solamente una puerta cerrada lo que me separa de los de allí fuera, no solamente un cuarto largo, estrecho, lleno de silencio, sino algo que es mucho más fuerte, mucho más brutal en su capacidad de hacerme sentir sola.

Pero algo ha ocurrido entre los de allí fuera porque de pronto uno, no sé si Knut o Inge, da un paso firme hacia la puerta y empieza a golpear con los nudillos, y a pesar de que el que golpea no está del todo sobrio, es sin embargo un golpeteo diabólicamente calculado. No se posa una vez aquí, otra vez allí en la superficie de la puerta, se reúne en un único lugar reducido, justo encima de la manija, y trabaja esa mancha con una obstinación tan tranquila y horrible como si se tratara de hacer un agujero en la puerta para de esa manera vencerme.

Deja que sigan, pienso jubilosa, deja que se rompan los nudillos, deja que se golpeen las manos hasta hacerse sangre. Dios mío, qué engañados están si creen que van a poder hacerme girar la llave antes de que yo misma quiera.

Así pues, todavía puedo dejar la almohada, todavía casi me divierte que alguien desgaste sus nudillos por mí. Por mí. Por una vez hay alguien que hace algo por mí. Me estiro en la cama y estoy de vacaciones. Sé que esto no va a durar mucho, no es la

primera vez que pasa y por eso sé que no va a durar mucho. No tardaré en notar que el que golpea no golpea la fría e insensible puerta sino mi cálido y dolorido cuerpo. Los nudillos saben siempre lo que quieren, los nudillos saben siempre dónde hacen más daño, los nudillos están tan acostumbrados a mi cuerpo que encuentran el lugar más sensible por sí solos.

Los golpes se interrumpen un momento. Entonces Knut susurra (era él pues el que llamaba):

—Abre, nena, nenita, nena, abre.

Luego se hace el silencio, es decir, se hace el silencio fuera de la puerta, y, al hacerse tanto silencio fuera de la puerta, se oyen las voces cascadas y ebrias de la cocina mucho mejor. Allí hay mujeres también, sé que han traído mujeres, pero ni siquiera eso me importa ahora. Mientras tenga fuerza para no abrir la puerta no hay nada que me importe.

Ahora les oigo murmurar al otro lado de la puerta de nuevo y soy lo bastante orgullosa y feliz para no esforzarme por oír lo que dicen de mí. Sé que están indecisos, sé que tengo ventaja. Ellos no pueden hacer nada contra mí mientras la cocina esté llena de amigos borrachos. Un hombre no puede decirle a un amigo borracho que mi parienta se ha encerrado en la habitación y no quiere salir, la muy bruja. Entonces el amigo borracho se echaría a reír y cada trocito de esa risa penetraría como metralla en el alma de ese hombre. Perdería la cara, y la cara es lo más importante que tiene un hombre borracho, bueno, no sólo uno borracho sino también uno completamente normal. La cara de un hombre es como la manija de una puerta. Aunque esté en la puerta de una barraca tiene que parecer la manija de la puerta de un banco o de un bar. Tiene que parecer siempre orgullosa, orgullosa como el bronce, y la misión de la mujer es limpiar cada día ese orgullo de las manchas de cobardía y angustia.

Knut no va a empezar a gritar porque a ver quién quiere que otros oigan que la mujer de uno está loca. Inge no va a echar abajo la puerta porque a ver quién quiere que otros sepan que uno tiene una hermana loca. Así que deliberan y todavía están demasiado sobrios como para ponerse de acuerdo en algo que hacer. Alguien gritó en la cocina. Estoy segura de que fue una mujer, pero que nadie crea que me importa. Yo estoy acostada sin almohada y me doy cuenta de que era un grito, un pequeño y agudo grito de mujer jugando.

—Nenita, nenita, nena querida —dice Knut mientras yo sonrío al techo—, querida nena, ¿por qué no abres? ¿Estás enfadada conmigo? ¿Qué te he hecho? ¿Por lo menos podías decir qué te he hecho!

Hecho y hecho.

Mi querido Knut, pienso yo, o por lo menos creo que pienso así, mi querido Knut, tú no has hecho nada. Una persona normal no pensaría que tú has hecho nada. Una persona normal pensaría que eres condenadamente bueno. Pero es que yo no soy normal. Porque una persona normal no se encerraría en un cuarto, no se acostaría en

ese cuarto a llorar sólo porque su hombre ha vuelto del trabajo unas horas más tarde de lo que suele los sábados y ha traído a casa a un par de amigos latosos con sus mujeres o sus novias o unas chicas cualesquiera.

Y, sin embargo, eso es lo que ha ocurrido. Eso y ninguna otra cosa. Cuando les oí venir por la escalera, riéndose, llenando toda la subida de un crudo hedor de voces, apagué el gas, tiré el delantal en el respaldo de una silla, corrí al cuarto y cerré con llave. Después estuve pegada a la puerta oyendo cómo hacían tonterías en el vestíbulo y cómo hacían tonterías luego en la cocina. Oí la risa ahogada de las mujeres, llena de ambigüedad, al sentarse en las rodillas de alguien. Supongo que habría bebida en la mesa y tazas de café y una taza se rompió. Knut se hizo el gallito y gritó que no tiene importancia, joder.

Pero luego oí claramente cómo Knut se empequeñecía, cuando había cerrado la puerta de la cocina y se quedó solo y tosiendo de apuro en el vestíbulo. Yo no podía verle, desde luego, pero sabía qué aspecto tenía y cómo iba a comportarse. Su aspecto era furioso y avergonzado al mismo tiempo, quizá más avergonzado porque un hombre no debe llegar a casa después del trabajo de la jornada y no encontrar a la esposa en su sitio. A una esposa hay que tenerla en su sitio, especialmente un sábado, ella tiene que estar ahí, con la misma seguridad que el medio litro de aguardiente en el armario de la cocina.

Knut empezó a buscar. Abrió la puerta del váter y, aunque seguro que no lo necesitaba, entró y estuvo allí un rato porque no hay que dar la impresión de que uno anda buscando a su esposa. Yo estaba todo el tiempo pegada a la puerta escuchando la comedia, comedia porque él sabía todo el tiempo que yo me había encerrado aquí. No es la primera vez, pero sí es la primera vez que se ha visto obligado a darse por aludido. Las otras veces ha venido a casa solo, o hemos estado solos los dos en la cocina y de repente yo me he levantado y he corrido al cuarto y he cerrado la puerta con llave. Entonces él se ha quedado un rato esperando, ha ido unas cuantas veces del fogón a la ventana, ha prendido una pipa y luego ha llamado a mi hermano para quedar con él a la puerta de un bar. Esas veces me ha vencido yéndose, dejándome sola en lugar de venir a estar conmigo.

¿Era eso lo que yo quería? ¿Es eso lo que quiero? ¿No se encierra uno en una habitación para poder estar solo? No, yo no. La primera vez que ocurrió y Knut pasó fuera toda la noche después con Inge y me encontró llorando en la alfombra del cuarto con la cabeza envuelta en un almohadón empapado, se acostó en la cama con los zapatos puestos gritando que él era el hombre más considerado del mundo que dejaba a su jodida esposa en paz cuando quería estar sola.

Quería-estar-sola. ¡Queríaestarsola!

Estarqueríasola.

Esquertaríasola.

Una vez sin embargo vino y llamó a la puerta, y yo le dejé que llamara primero. Luego le dejé rogar un rato. Se me debería perdonar, creo, esa pequeña

intransigencia. Yo sólo quería enseñarle lo que se siente al tener que luchar un poco para conseguir a una mujer. Yo sólo quería inducirle a que me ayudara a vencer mi soledad penetrando en ella. Mientras él rogaba yo me desnudé sin hacer el menor ruido y cuando giré la llave estaba casi desnuda. Y sin embargo él no me vio. Entró directamente en la habitación con la misma apresurada indiferencia con que se entra en una cabina telefónica. Entró, abrió un cajón de su escritorio, sacó el medio litro de aguardiente de él y salió y desapareció para el resto de la noche. ¡Y que yo no me hundiera a través del suelo con mi desnudez! Me sentí como una ramera despreciada, como se puede comprender.

Pero esta noche es diferente. Estuve escuchando los pasos de Knut, cómo a regañadientes y ansiosos y un poco ebrios se acercaban a la puerta del cuarto, más despacio a medida que se acercaban porque sabían. Y luego la manija que se presionaba hacia abajo lentamente y el juramento que no llegó nunca porque él sabía.

—Inge —gritó luego a través de la puerta de la cocina—, ven un momento. Te llaman por teléfono.

Inge es mi hermano, pero no es sólo mi hermano. Es algo mucho más grande también. Él es la buena conciencia de Knut. Puede ser bastante difícil para la buena conciencia de un hombre descuidar a su esposa tan abiertamente como él desearía poder hacerlo. Tener a Inge le viene muy bien a Knut. Inge debe de hacerle pensar: Es verdad que a veces salgo y no vuelvo a casa, pero en todo caso es con su hermano con quien estoy. ¡Su hermano, figúrense!

No hay una frase que sea tan buena como en todo caso. Yo conozco esa frase y sé que puede usarse como estaca cuando uno quiere empujar a otro más adentro en su fango.

Pero Inge acudió. Inge no es tonto y entendió enseguida lo que había pasado. Inge, pensé yo allí al pie de la puerta, tú eres en todo caso mi hermano. Ahora confío en ti. Ahora me ayudarás a salir de aquí sin que por eso tenga que perderme. Estuve a punto de decírselo, pero unos segundos más tarde me habría mordido la lengua si se lo hubiera dicho. Porque esto es lo que le dijo Inge a Knut:

—¿Para qué quieres que salga, ahora que ya has conseguido encerrarla? Déjala ahí y que rabie si quiere. A algunas mujeres no hay nada que más les guste. Déjala así hasta que se ablande.

Fue entonces cuando sentí que necesitaba una almohada. Fue entonces cuando me arrastré por la habitación hasta la cama. No, arrastrarme tal vez no me arrastré, sólo que eso fue lo que sentí. Me pareció que toda una galería de ojos ebrios, alegres, despiadados me contemplaba durante la corta huida por el suelo desde la puerta hasta la cama, y ellos fueron los que me hicieron arrastrarme, aunque a lo mejor corrí. Hundida en una almohada oí que los dos que estaban allí fuera se iban, pero también que volvían casi enseguida.

Vuelven, pensé, aunque la almohada debía impedirme pensar. Vuelven. Algo han olvidado pues en la habitación. Aquí hay algo que ellos quieren. O...

Me levanté a buscar en la habitación, abrí cajones, armarios, miré bajo la ropa y detrás de la loza, pero no había ninguna bebida escondida en ningún sitio. Necesitaba la almohada todavía un rato para cubrir mis dudas. No puedo ser débil, pensé, sólo una vez le abre una mujer la puerta a un hombre en vano. Mientras ellos estaban allí fuera llamando, temerosos de que les oyeran las bulliciosas personas de la cocina y temerosos de que no les oyera yo, yo estaba acostada con una almohada fuertemente apretada contra la cabeza para ahogar mis estúpidas ganas de levantarme corriendo a girar la llave y mostrarles mi cara boba y feliz a los dos hombres que estaban al otro lado de mi puerta. Pero el dolor se deslizó por debajo de la almohada y clavó sus tormentos en mí, me recordó el momento terrible de humillación, pero la alegría se pega al dolor como una sanguijuela, y la sanguijuela chupó mi dolor, y yo me sentí lo suficientemente feliz y débil como para dejar caer la almohada.

Voy, pensé, claro que abro. Ahora sé que es por mí por quien llamáis. Porque en la cocina tenéis todo lo que queréis: bebidas y mujeres y hombres que se ríen. Y sin embargo estáis donde estáis. También me necesitáis a mí. Sólo un minuto más y voy.

Pero si uno ha estado muy solo no hay nada que sea tan precioso como los minutos anteriores al fin de la soledad, y yo aplacé lo que iba a hacer porque eso me enriquecía más. Por cada minuto de soledad me iba hinchando más de felicidad. Yo era un sapo y el sapo pensó: «Todavía hay piel. Todavía me falta mucho para estallar».

Y entonces fue de repente demasiado tarde. Si la puerta de la cocina no se hubiera abierto justo en ese momento estoy segura de que yo habría estado camino de mi puerta cerrada. Pero la puerta de la cocina se abrió y yo permanecí acostada en la cama, inflada e inmóvil de satisfacción como una serpiente después de haberse tragado un conejo. Fue una mujer la que llegó primero, y luego llegaron todos. Y los hombres que me esperaban a mí dejaron de reclamarme. De repente ya no me esperaban. Sólo esperaban a que su dignidad corriese a alcanzarles. Y finalmente llegó y entonces Inge gritó:

—Estamos tratando de engañar a mi hermana para que salga, pero nada.

Y Knut gritó:

—Bueno, ¿sales o no sales?

Y entonces yo no podía salir. Yo estaba paralizada allí tumbada y una mano se cayó de la cama y empezó a buscar una almohada. Pero antes de que esa mano alcanzase la almohada empezó a cantar una de las mujeres desconocidas de allí fuera. Si a eso se le puede llamar cantar, yo no lo sé. Estoy demasiado cansada y demasiado lejos.

—*Open the door, Richard. Open the door and let me in.*

—Eso quiere decir abre la puerta, Rickard, por si acaso no lo supieras, cascarrabias —gritó Inge.

Yo entonces hubiera debido levantarme corriendo y gritando con todas mis fuerzas: «Yo no me llamo Rickard. Yo no soy un tío y sobre todo yo no soy una puta

que tiene tiempo para andar por las tiendas de música todo el día buscando discos para sus amantes nocturnos».

Hubiera debido y hubiera debido, pero no fue así. En lugar de ello la piadosa almohada cayó sobre mi cabeza y era como una masa que llegaba a todas las rendijas de mi cara y las tapaba y se endurecía, y todo lo que pasó luego lo oí y lo supe, pero no podía hacer ni lo más mínimo para evitarlo. Ni siquiera podía hacer que mi cara se estremeciese de tristeza por ello.

Y cuando la puerta del vestíbulo se cerró de un portazo y toda la chusma se llevó las estrepitosas carcajadas escaleras abajo, ni siquiera pude pensar: Si al menos uno viviera en un piso que diera a la calle. Y no al patio, porque al patio no sale nadie un sábado por la noche. No, yo sólo seguí acostada y la almohada creció y creció, se volvió techo y se volvió paredes y se volvió suelo. Y con todo, no era de eso de lo que yo tenía miedo. De lo que tenía miedo era del terrible despertar al que ni mis mejores artimañas podrían aplazar. Yo volvería a ser pequeña y normal de nuevo. Me levantaría, iría hasta la puerta y la abriría, iría a la cocina a beber un vaso de agua. Luego regresaría a un cuarto no cerrado con llave, me acostaría en la cama y sólo pensaría en una única cosa hasta que me durmiese, si es que me dormía: es únicamente cuando estoy sola cuando puedo abrir. Únicamente cuando nadie puede entrar puedo tener la puerta abierta. ¿Hasta qué punto tengo que quedarme sola para que alguien descubra al fin mi soledad y me salve? ¿Para que eche abajo mi puerta?

Juegos nocturnos

A veces por las noches cuando la madre llora en el cuarto y sólo pasos desconocidos resuenan en las escaleras tiene Åke un juego al que juega en lugar de llorar. Juega a que es invisible y a que puede ir adonde quiera sólo con pensarlo. Esas noches no hay más que un sitio al que desear ir y en él se encuentra pues Åke de repente. No sabe cómo ha llegado, sólo sabe que está en una habitación. No sabe qué aspecto tiene porque carece de ojos para ello, pero está llena de humo de cigarros y pipas y hay hombres que se echan a reír de pronto, sin motivo y de una forma que da miedo, y mujeres que no pueden hablar de manera comprensible se inclinan sobre una mesa y ríen también horriblemente. Åke siente como si le atravesaran cuchillos, pero a pesar de todo está contento de encontrarse allí. En la mesa en torno a la que están todos sentados hay botellas y en cuanto un vaso se queda vacío una mano desenrosca un tapón y lo llena de nuevo.

Åke, que es invisible, se echa al suelo y se arrastra hasta debajo de la mesa sin que ninguno de los allí sentados lo note. En la mano lleva un taladro invisible y sin dudarlo un instante coloca el taladro en el tablero de la mesa y empieza a perforar hacia arriba. No tarda en atravesar la madera, pero Åke sigue taladrando. Taladra vidrio y de pronto, cuando ha perforado el fondo de la botella, cae el aguardiente en un fino chorro uniforme a través del agujero de la mesa. Reconoce los zapatos del padre bajo la mesa y no se atreve a pensar lo que pasaría si de pronto se hiciera visible otra vez. Pero entonces, con un estremecimiento de alegría, Åke oye decir al padre: Despachado, y otro asiente: Sí, hay que joderse, y luego se ponen de pie todos los que están en la habitación en la que Åke se encuentra.

Åke acompaña a su padre al bajar la escalera y cuando llegan a la calle le conduce, aunque el padre no lo nota, a una parada de taxis y en voz baja le da al chófer la dirección exacta y después hace todo el viaje en el estribo para controlar que van realmente en la buena dirección. Cuando ya queda sólo un par de manzanas para llegar a casa, Åke desea estar de vuelta —y allí está otra vez en el fondo del escaño-cama de la cocina— y oye que el coche se detiene abajo en la calle y no se da cuenta de que no era ese coche hasta que vuelve a ponerse en marcha, ese coche estaba delante de la puerta de la casa vecina. El bueno está pues todavía en camino, quizá le ha cogido algún atasco, tal vez se ha detenido delante de un ciclista que se ha caído, es que a los coches les pueden pasar muchas cosas.

Al fin llega sin embargo un coche que parece ser el bueno. Unas casas más abajo que la de Åke empieza a aminorar la velocidad, rueda despacio por delante de la casa de al lado y se para rechinando un poco ante la puerta correcta. Se abre una puerta, se oye un portazo, alguien silba mientras hace ruido con monedas. El padre no suele silbar nunca, pero nunca se sabe. ¿Por qué no iba a empezar a silbar de repente? El

coche arranca y da la vuelta a la esquina y luego la calle se queda completamente en silencio. Åke aguza el oído y escucha a lo largo de la escalera, pero la puerta no se cierra nunca tras de alguien que haya entrado. Nunca llega ese pequeño y cloqueante sonido de cuando alguien enciende la luz en el hueco de la escalera. Nunca se oye ese ruido sordo de pasos subiendo una escalera.

¿Por qué me habré separado de él tan pronto?, piensa Åke, hubiera podido acompañarle hasta la puerta, estando tan cerca. Ahora está naturalmente ahí abajo y ha perdido la llave y no puede entrar. Ahora a lo mejor se enfada y se va y no vuelve hasta que abran la puerta mañana por la mañana. Y silbar no sabe, si no, seguro que me silbaría a mí o a mamá para que le echáramos la llave.

Lo más silenciosamente que puede trepa Åke por el borde del siempre crujiente escaño y tropieza, tanteando en la oscuridad, con la mesa de la cocina, se queda completamente agarrotado sobre el frío piso de corcho, pero la madre solloza alto y con regularidad, como respira un durmiente, así que no ha oído nada. Sigue hacia la ventana y cuando llega aparta a un lado la persiana con cuidado y mira hacia fuera. No hay un alma en la calle, pero la lámpara que está encima de la puerta de enfrente está encendida. Se enciende al mismo tiempo que el hueco de la escalera. En ese aspecto es igual que la lámpara que está encima de la puerta de Åke.

Al rato Åke empieza a tener frío y vuelve de puntillas al escaño. Para no tener que tropezar con la mesa pasa la mano a lo largo del fregadero y, de pronto, roza con las yemas de los dedos algo frío y afilado. Deja que sus dedos busquen un momento y agarra luego el mango del cuchillo de trincar. Cuando se mete en la cama tiene el cuchillo consigo. Lo pone a su lado bajo la colcha y se hace invisible de nuevo. Vuelve a la misma habitación de antes, está en el vano de la puerta contemplando a los hombres y a las mujeres que tienen a su padre preso. Se da cuenta de que para que el padre pueda ser libre tiene que liberarlo él de la misma manera que Viking liberó al misionero cuando el misionero estaba atado a un poste a punto de ser asado por los caníbales.

Åke avanza pues cautelosamente, levanta su cuchillo invisible y se lo clava en la espalda al gordo que está sentado junto al padre. El gordo muere y Åke sigue alrededor de la mesa y uno tras otro van cayéndose de las sillas sin saber realmente qué ha pasado. Cuando el padre queda en libertad Åke se lo lleva, descienden por la alta escalera y, como no se oye ningún coche por la calle, bajan muy despacio los escalones y caminan luego por la calle y se montan en un tranvía. Åke consigue un asiento para el padre dentro del vagón con la esperanza de que el cobrador no note que está un poco bebido y que el padre no le diga ninguna inconveniencia o se eche a reír de esa manera sin tener ningún motivo para reírse.

El chirrido del tranvía nocturno en una curva lejana penetra inexorable en la cocina y Åke, que ya se ha ido del tranvía y está acostado en el escaño, nota que la madre ha dejado de sollozar durante el ratito que él ha estado ausente. La persiana del cuarto vuela hacia el techo dando un golpe terrible y cuando los ecos del golpe se

apagan abre la madre la ventana y Åke desearía saltar de la cama y precipitarse en el cuarto y gritarle que ya puede cerrar la ventana, bajar la persiana y meterse tranquilamente en la cama porque ahora sí, ahora es seguro que llega. «¡Viene en ese tranvía porque yo mismo le he ayudado a cogerlo!». Pero Åke comprende que no vale la pena hacerlo, ella no le iba a creer de todas maneras. Ella no sabe lo que él hace por ella cuando están solos por la noche y le cree dormido. No sabe qué viajes emprende ni qué aventuras corre por ella.

Cuando el tranvía después se detiene en la parada de detrás de la esquina, él también está en la ventana mirando por la rendija entre la persiana y el marco de la ventana. Los primeros que doblan la esquina son dos muchachos que han debido de apearse en marcha, boxean entre sí bromeando, viven en la casa nueva que está casi enfrente. La gente que ha bajado arma barullo tras la esquina y cuando el tranvía asoma con su lámpara y pasa lentamente con un ruido áspero por la calle de Åke surgen pequeños grupos de gente que luego desaparecen en diferentes direcciones. Un hombre con paso inseguro y el sombrero en la mano como un mendigo se dirige derecho hacia la puerta de Åke, pero no es el papá de Åke, es el portero de la casa de Åke.

Åke sin embargo sigue de pie, esperando. Sabe muy bien que hay cosas que pueden entretener a un pasajero de tranvía detrás de la esquina, allí hay varios escaparates, uno de una zapatería, y allí puede estar el padre eligiendo un par de zapatos, por ejemplo, antes de subir, y la frutería tiene también un escaparate con letreros pintados a mano y allí suelen quedarse muchos a mirar porque hay figuras muy divertidas. Pero la frutería tiene también una máquina automática que no funciona bien y a lo mejor el padre ha echado una moneda de veinticinco céntimos en ella para comprarle una caja de pastillas Läkerol a Åke y ahora no puede abrir la ventanilla.

Mientras Åke está al pie de la ventana esperando a que el padre se aparte de la máquina automática sale la madre súbitamente del cuarto y pasa por delante de la cocina. Como va descalza Åke no ha oído nada, pero ella no ha debido de verle porque sigue de largo hasta el vestíbulo. Åke suelta la persiana de la mano y se queda completamente inmóvil en medio de la oscuridad, mientras la madre busca algo en los abrigos. Ha debido de ser un pañuelo porque después de un ratito se suena y regresa a la habitación. Aunque va descalza Åke nota que anda con muchísimo cuidado para no despertarle. Cuando la madre vuelve al cuarto cierra inmediatamente la ventana y baja la persiana con un golpe duro y rápido. Luego se mete apresuradamente en la cama y empiezan los sollozos de nuevo, como si no pudiera sollozar más que acostada o tuviera que empezar a sollozar en cuanto se acuesta.

Después de mirar hacia la calle una vez más y de verla completamente vacía a excepción de una mujer que se deja acariciar por un marinero en el portal de enfrente, Åke se vuelve de puntillas al escaño y le parece como si se le hubiera caído algo al crujir súbitamente el piso bajo sus pies. Ahora siente un cansancio atroz, el sueño

flota sobre él como jirones de niebla y mientras atraviesa la niebla distingue pasos recios por la escalera, pero son pasos en la mala dirección: de arriba hacia abajo. En cuanto se mete entre las ropas se desliza contra su voluntad, pero al instante, en las aguas del sueño y las últimas olas que se abaten sobre su cabeza son blandas como sollozos.

El sueño es tan frágil sin embargo que no es capaz de mantenerle al margen de lo que le ocupara despierto. Es verdad que no ha oído el coche que frenó ante la puerta, el interruptor de la luz de la escalera, los pasos subiéndola, pero la llave que se introduce en la cerradura abre agujeros en el sueño y al instante está despierto y la alegría cae sobre él como un rayo, le arde por dentro desde las puntas de los pies hasta la frente. Pero la alegría desaparece con la misma rapidez que vino, perdida en un humo de cuestiones. Aquí tiene Åke un pequeño juego al que juega cada vez que se despierta de esta manera. Juega a que el padre se apresura a cruzar el vestíbulo y se pone entre la cocina y el cuarto para que le oigan los dos cuando grita: Es que un compañero se cayó del andamio y tuve que acompañarle al hospital y he estado con él toda la noche y llamar no pude porque no había teléfono cerca; o: Podéis creer que hemos ganado el premio gordo de la lotería y vengo así de tarde porque quería manteneros muertos de curiosidad; o: Podéis imaginaros que el jefe me regaló hoy una motora y he estado probándola y mañana por la mañana nos vamos por ahí los tres. ¿Qué os parece?

Pero en la realidad las cosas se desarrollan con más lentitud y sobre todo no tan maravillosamente. El padre no encuentra la llave de la luz del vestíbulo. Finalmente desiste y tropieza con una percha que se cae al suelo. Lanza una maldición contra la percha y trata de cogerla, pero lo que hace es volcar una maleta que está contra la pared. Desiste pues también de ello y busca un gancho para el abrigo, pero cuando por fin lo encuentra, el abrigo se resbala de todas maneras y cae al suelo con un ruido sordo. Pegado a la pared da el padre los pocos pasos que le separan del retrete, abre la puerta y la deja abierta, enciende la luz y como tantas otras veces yace Åke completamente agarrotado escuchando el chapoteo sobre el suelo. Después el padre apaga la luz, tropieza con la puerta, jura y entra en el cuarto a través de la cortina corrida que rechina como si quisiera morder.

Luego se hace un silencio absoluto. El padre está allí dentro sin decir una palabra, los zapatos crujen levemente y la respiración es pesada e irregular, pero son dos cosas que hacen que el silencio sea todavía más espantoso y este silencio hace caer otro rayo sobre Åke. Es el odio que arde en él, y aprieta el mango del cuchillo hasta que le duele la palma de la mano, pero no siente ningún dolor. El silencio sin embargo sólo dura un segundo. El padre empieza a desnudarse. La chaqueta, el chaleco. Tira las prendas en una silla. Se echa hacia atrás contra un armario y deja que los zapatos le caigan de los pies. La corbata aletea. Luego da unos pasos más hacia el interior de la habitación, es decir, hacia la cama, y se para mientras empieza a dar cuerda al reloj. Entonces todo se queda en silencio otra vez, un silencio tan espantoso como antes.

Sólo el reloj roe el silencio como una rata, el mordiente reloj del borracho.

Y entonces sucede lo que el silencio está esperando. La madre da un golpe angustiado en la cama y los gritos le salen de la boca a borbotones como si fueran sangre.

—Cabrón, cabrón, cabrón, hijo de puta—grita hasta que la voz muere y todo queda en silencio. Únicamente el reloj sigue roe que roe y la mano que aprieta el cuchillo está empapada de sudor. La angustia en la cocina es tan grande que no podría soportarse sin armas, pero finalmente Åke está tan cansado de tener tanto miedo que se precipita de cabeza en el sueño sin hacer resistencia. Avanzada la noche se despierta un momento y oye a través de la puerta abierta un golpeteo que proviene de la cama del cuarto y un murmullo suave que llena la habitación, él no sabe bien qué significa salvo que son dos ruidos tranquilos que indican que la angustia ha cedido por esta noche. Todavía tiene el cuchillo en la mano y lo suelta y lo aparta de sí, lleno de un ardiente deseo de sí mismo, y en el instante mismo de dormirse juega el último de los juegos nocturnos, el que le confiere la tranquilidad definitiva.

La definitiva, pero aquí no hay ningún final. Cuando van a ser las seis de la tarde entra la madre en la cocina donde está él sentado a la mesa haciendo los deberes. Le quita sin contemplaciones el cuaderno de las cuentas y lo levanta del escaño con una mano.

—Vete a ver a papá —dice arrastrándolo al vestíbulo y poniéndose detrás para cortarle la retirada—, vete a ver a papá y dile de mi parte que te dé el dinero.

Los días son peores que las noches. Los juegos nocturnos son mucho mejores que los diurnos. Por la noche puede uno ser invisible y volar sobre los tejados hasta el lugar donde a uno le necesitan. Por el día uno no es invisible. Por el día no va tan rápido, por el día no es tan agradable jugar. Åke sale del portal y no es nada invisible. El hijo del portero le tira del abrigo y quiere jugar a las canicas, pero Åke sabe que la madre está arriba en la ventana mirándole hasta que haya desaparecido por la esquina y por eso se suelta sin decir palabra y echa a correr como si le persiguiera alguien. Pero en cuanto ha doblado la esquina empieza a andar lo más despacio que puede y a contar las losas de la acera y los salivazos que hay en ellas. El hijo del portero le da alcance pero Åke no le contesta porque no se le puede decir a nadie que uno está buscando a su papá que todavía no ha llegado a casa con el sueldo. Finalmente el hijo del portero se cansa y Åke se va acercando cada vez más al lugar al que no quiere acercarse. Juega a que se aleja cada vez más de él, pero no es verdad en absoluto.

Sin embargo la primera vez pasa de largo ante el café. Pasa tan cerca del vigilante que el vigilante se queda refunfuñando tras él. Tuerce por una pequeña calle lateral y se para ante la casa donde está el taller del padre. Al rato entra por la puerta cochera y sale al patio donde juega a que el padre está allí, que se ha escondido tras los barriles o los sacos en alguna parte. Åke levanta la tapa de los barriles de pintura y se asombra cada vez de que el padre no esté acurrucado en un barril así. Cuando ha mirado por el patio casi media hora comprende que el padre no ha podido esconderse

allí y se da la vuelta.

Al lado del café hay una tienda de loza y una relojería. Åke se está un rato mirando el escaparate de la tienda de loza. Intenta contar los perros, primero los perros de cerámica del escaparate, luego los que puede divisar si hace sombra con la mano y observa las estanterías y los mostradores del interior de la tienda. El relojero sale en ese momento y baja la persiana metálica de su escaparate, pero a través de las rendijas de la reja puede ver Åke de todas maneras los relojes de pulsera que hacen tictac allí dentro. Mira también el reloj con la hora exacta y piensa que el minuterero tiene que dar diez vueltas antes de entrar.

Mientras el vigilante discute con un hombre que le señala algo en un periódico se cuela Åke en el café y va corriendo a la mesa de siempre para que no le vean demasiadas personas. El padre al principio no le ve, pero uno de los otros albañiles saluda a Åke con la cabeza y dice:

—Aquí tienes a tu chico.

El padre sienta al hijo en las rodillas y frota su mejilla con la barba crecida. Åke intenta no mirarle a los ojos, pero de vez en cuando se queda fascinado por las rojas estrías del blanco de los ojos.

—¿Qué quieres, chaval? —dice el padre, pero tiene la lengua blanda y floja en la boca y se ve obligado a decir lo mismo un par de veces antes de sentirse satisfecho.

—Que me des dinero.

El padre lo deposita con cuidado en el suelo, se echa hacia atrás y se ríe tan alto que los compañeros le sisean para que se calle. Mientras se ríe saca el monedero del bolsillo, le quita torpemente la goma y rebusca un rato hasta que encuentra la más reluciente moneda de una corona.

—Aquí tienes, Åke —dice—. Vete a comprarte algo que te guste con el dinero, chaval.

Los otros pintores no quieren ser menos y Åke recibe una corona de cada uno de ellos. Con el dinero en la mano, abrumado de vergüenza y confusión busca la salida entre las mesas. Le da mucho miedo que alguien le vea cuando pasa corriendo por delante del vigilante y vaya a la escuela con el cuento de que anoche vio a Åke salir de un bar. Pero de todos modos se para un rato delante del escaparate del relojero y mientras la manecilla da diez vueltas alrededor de su centro se queda pegado contra la reja sabiendo que esta noche también va a tener que jugar, pero no sabe a quién odia más de los dos por quienes juega.

Cuando luego dobla despacio la esquina encuentra la mirada de la madre a unos diez metros de altura y va todo lo lentamente que se atreve hacia la puerta. Junto a la puerta hay una tienda de leña y en todo caso sí que se atreve a estar un rato de rodillas mirando a través de la ventana a un hombre que recoge carbón en un cubo negro. Justo cuando el hombre termina la madre está detrás de él. Le sacude y le coge de la barbilla para verle los ojos.

—¿Qué dijo? —murmura—. ¿O no te atreviste hoy tampoco?

—Dijo que iba a volver enseguida —murmura también Åke.

—¿Y el dinero?

—Cierra los ojos, mamá —dice Åke, y juega el último de los juegos diurnos.

Y mientras la madre cierra los ojos Åke desliza las cuatro coronas una tras otra en su mano tendida y echa a correr después calle abajo con pies que resbalan por los guijarros de puro miedo. Un grito que se amplía por momentos le persigue a lo largo de los muros de las casas, pero no le detiene. Le hace por el contrario correr aún más rápido.

Aguanieve

No, una tarde así jamás volvería a repetirse. No podría hacerlo por la sencilla razón de que sólo una vez en la vida tiene uno nueve años, deshoja zanahorias con su cuchillo nuevo de Mora, contempla un aguanieve a mediados de octubre y tiene una tía, una tía de madre mejor dicho, que llega de América a las siete y media. Así que estamos en el cobertizo de la cuadra deshojando hermosas zanahorias terrosas. Si uno lo desea, puede imaginarse fácilmente la mar de cosas, por ejemplo, que no son zanahorias las que pierden sus hojas sino algo completamente distinto, compañeros de clase que no nos gustan o alimañas. Casi nunca hablamos, sólo deshojamos, las hojas verdes caen a nuestros pies y las zanahorias despojadas desaparecen en la canasta describiendo un amplio arco.

Qué bien huelen las zanahorias recién cosechadas. Las hojas están empapadas y uno se limpia con ellas cuando se ensucia demasiado. Es lo que hace Alvar con Sigríð cuando ella se descuida, se encarama al balde puesto boca abajo, la coge del cuello y le restriega la cara con hojas húmedas hasta que ella se pone a gritar o reír. Pero el abuelo se enfurruña y se dirige a madre, que está sentada a mi lado en la banqueta que usa Alvar cuando calza los caballos:

—¡Vigila al hermano pequeño, no vaya a ser que nos dé un disgusto con la criada!

A Sigríð se le suben los colores a la cara y madre no responde. Rara es la vez que responde a los dichos del abuelo. Tal vez por ser tan viejo. Soy yo quien le responde. Si me echa la bronca, madre me consuela. Alvar vuelve a sentarse en el balde.

—Siga usted ahí, en la segadora, y ocúpese de sus asuntos, que yo me ocupo de los míos —dice Alvar al abuelo.

Entonces apenas me atrevo a mirarlo, porque a veces el abuelo se acalora tanto que la cara se le pone roja y vuelca su silla y las de los demás, y descuelga su camisa azul del perchero y la arroja al suelo y la pisotea. En cualquier caso me atrevo a mirar un poco. Pero no hay nada especial que ver. Excepto que el abuelo sigue sentado en la segadora. Usted tendrá que sentarse en un cubo como los demás, le dijo Alvar cuando fuimos a pelar las zanahorias, pero entonces el abuelo dijo que si no podía sentarse en la segadora tendríamos que seguir sin él. Conque madre y Alvar le ayudaron a subirse a la segadora. Sigríð se rió tanto que tuvo que entrar en la cuadra y cerrar la puerta a su espalda. Madre se enfadó, no le gusta que Sigríð se ría del abuelo, y se dirigió a él echándole en cara que tuviera que ir por ahí con sus malditas manías, siendo el sempiterno hazmerreír de la gente. Pero entonces el abuelo replicó que, si no podía sentarse en la segadora, la faena no le interesaba y sanseacabó.

Y ahí sigue. Alvar le ha llenado la pala de zanahorias y le ha puesto un balde abajo, donde pueda echar las zanahorias peladas. Pero el abuelo casi nunca atina.

Casi siempre caen fuera. Es lo que le pasa cuando come. Entonces siempre hay que oír a madre decir: No podría usted dejar de echarse la comida encima, capaz que tenga que comprarle un babero como a una criatura de teta. En esas ocasiones resulta difícil contener la risa, pero si uno ríe tiene que levantarse de la mesa. Conque no resulta sencillo. Lo peor es cuando tenemos cuajada, porque la cuajada se le pega a la barba y quitársela resulta prácticamente imposible. Como si fuera cemento, dice madre.

Pero entonces el abuelo ríe y le replica a madre que ella debiera agradecerle al menos que tuviera un padre. No todos los hijos lo tienen, dice, y me señala a mí haciendo una mueca. Entonces madre da un respingo y vuelca la silla y corre a su alcoba y echa el pestillo y en esas ocasiones resulta imposible hacer nada por ella.

Da gusto sentarse bajo el cobertizo de la cuadra. Crecen y crecen los montones de hojas. La lluvia repica contra la techumbre de aglomerado y Sigrid dice que resulta muy acogedor. Sí, debería tener una casa para mí sola, dice madre, entonces sí que sería acogedora. El gato corretea en lo alto del henil. De repente se lanza hacia abajo, se mete entre la paja bajo la segadora y se tumba. Una vez maté un minino. No creo que le hiciese daño porque fue muy rápido. En la cuadra los caballos mordisquean el pesebre.

—Tú, Alvar, ve a apaciguar los caballos, ahora están hambrientos —dice el abuelo.

—Ah, esas bestias —dice Alvar—, se han pasado toda la semana en la cuadra. Además son sus caballos, así que vaya usted y póngales forraje.

Entonces Sigrid mira al abuelo con la boca abierta, por ver si se acalora y empieza a gritar de nuevo. También lo mira madre. Pero esta vez no hay ningún peligro. El abuelo sigue deshojando zanahorias en la segadora. Ya hace rato que Alvar ha dejado de deshojar y yo hago lo propio y me pongo a mirar lo que hace. Y tampoco deshoja Sigrid, sino que se queda mirando a Alvar. Pero madre sigue deshojando, el cuchillo va y viene como un rayo del montón de zanahorias que tiene en el regazo. Tiene que estar muy enfadada, así es cuando mejor trabaja, y no dice una palabra. Madre está casi siempre enfadada y pendiente de todos nosotros a la vez. Si no existiéramos, dice, no iba a estar pencando en la granja, sino que entonces tendría un buen empleo en cualquier comercio de la ciudad. Por el día siempre se enfada conmigo, pero por la noche, cuando cree que duermo, suele tenderse a mi lado y me enreda los cabellos entre sus dedos. Tengo miedo a que me salgan rizos.

Alvar tiene una zanahoria en la mano. Bien hermosa es, la ha deshojado y la ha limpiado de tierra. Ahora graba algo en ella con la punta del cuchillo y se lo enseña a Sigrid, que empieza a reír. Quiero ir a verlo pero madre me tira de los pantalones y dice que no me meta en lo que éstos se traen entre manos. Pero Alvar me lo cuenta de todas maneras porque Alvar se porta bien conmigo, Sigrid sólo me pellizca y me hace rabiar. Incluso puedo ver la zanahoria. Ha grabado su nombre y el de Sigrid y también la fecha. ALVAR BERG SIGRID JANSSON 18/10 1937. Le pido que también

grave mi nombre y coge la zanahoria y lo hace. ARNE BERG, pone. Y luego la echa a la canasta. Pero me parece que a Sigrid no le gusta que mi nombre figure en la zanahoria, porque me mira con disgusto. Pero Alvar le hace cosquillas con las hojas bajo barbilla.

—Imagínate —dice Alvar—, que bajamos a la bodega después de que hayan pasado todo el otoño y el invierno y vamos a recoger zanahorias para las bestias y entonces nos encontramos con ésta y salimos a la nieve y nos la comemos.

Pues no, nada de eso, no tendría mucha gracia que mi nombre apareciera grabado en la zanahoria. Pero mi nombre aparece grabado en muchos otros sitios: en el establo, en los heniles, en la cuadra y aquí, en el cobertizo. Por cierto, en las paredes del cobertizo están grabados los nombres de todos. También los del abuelo y la abuela, pero su inscripción es tan vieja que apenas puede deletrearse. Gustav y Augusta Berg 10/8 1897. Madre aparece por primera vez en 1914 y Alvar en 1918. Y luego yo, en 1933 por vez primera, y Sigrid en 1936. También ponía Palestina en una viga de la cuadra. Fue el año pasado, poco antes de que muriera la abuela. Un vagabundo había pernoctado en la cuadra pero se había marchado antes de que nadie despertara. La abuela salió a recoger los huevos, como solía hacer todas las mañanas, mientras nosotros tomábamos el café. Y de pronto llega precipitadamente, con el corazón en un puño, y grita: ¿Podéis imaginar quién ha dormido esta noche bajo el techo de la cuadra? Pues bien, Jesús, Nuestro Señor Jesucristo. Pero aquella noche llegó otro vagabundo y yo estuve con él en la cuadra y le mostré dónde estaban las mantas de los caballos para que no tuviera que pasar frío. Quiso darme la mano en gesto de agradecimiento, pero yo tenía tanto miedo de que tuviera piojos que me aparté de él. Entonces pudo ver Palestina en la viga y dijo: Por todos los demonios, si esa loca de Palestina ha pasado aquí la noche, vete tú a saber si las mantas no estarán plagadas de piojos. De modo que no fue Jesús en ningún caso, sino uno de tantos vagabundos. Y para colmo tenía piojos. Y cuando por la noche le contamos la verdad, la abuela se puso a llorar y a decir que yo era demasiado pequeño para entender nada. Pero madre me defendió y dijo que no era eso, que si un vagabundo llegaba y decía llamarse Palestina o Jerusalén o Tierra Santa, no tenía por qué ser necesariamente Cristo ni el apóstol San Pablo.

Mis zanahorias ya están casi deshojadas, así que me lo tomo con calma. También las de madre, y también las de Alvar y Sigrid. Sólo al abuelo le quedan muchas. Madre está junto a la segadora y quiere echarle una mano, pero entonces el abuelo se enfurece de verdad y le dice que deje en paz sus zanahorias. Él mismo las va a deshojar y punto.

—Va a seguir usted deshojando zanahorias ahora que viene su hermana —dice madre—, y se hace con un manojo de modo que el abuelo le suelta una cuchillada. Madre lleva una de las camisas de Alvar y le hace un siete en la manga. Ella se pone en pie y mira al abuelo como si se tratara de un loco.

—Ándese con cuidado, padre —dice—, no vaya a cometer una locura de la que

tenga que arrepentirse hasta el día que se muera.

El abuelo se calma un rato. Reina un gran silencio. Sólo la lluvia repica en la techumbre y los cuchillos cortan hojas. Al final no puedo contenerme más.

—Alvar —digo—, cuenta cómo es el Atlántico.

—En el Atlántico —dice Alvar pensativo—, en el Atlántico las olas son tan grandes como casas.

—Qué tipo de casas —pregunto—. Estas rojas que tenemos nosotros o las amarillas como la villa del maestro.

Porque pienso que cuando las olas son tan grandes como casas, también tienen que parecerlo. Todo el Atlántico es una sola aldea con olas como casas de una y dos plantas. Y la tía de madre viene cabalgando sobre sus olas. Bueno, en realidad ya no cabalga más, porque recibimos carta el primer día que desembarcó y durante los cuatro días siguientes el abuelo salió al zaguán, diez veces a la hora por lo menos, y miró al camino para ver si ella llegaba, pero tía Maja no acababa de llegar. Pero un día llegó otra carta y en ella decía que debíamos esperarla para dentro de una semana. Su cuñado la traería en coche. Y madre leyó la carta en voz alta después de la comida, cuando el abuelo se metió en su cuarto para tumbarse un rato, y cuando terminó de leerla se enfadó tanto que la rompió en pedazos y gritó que claro, que siendo nosotros los parientes más pobres teníamos que esperar al final. Pero maldita la mano que ella iba a echar en asear y arreglar la casa para recibir a esa arpía.

Así que nada se ha hecho para que la casa quede aseada a la llegada de tía Maja. Y aun así es de lo único que hemos hablado desde que recibimos la primera carta en primavera, en la cual decía que nos visitaría en otoño. Pensábamos que iba a ser una verdadera fiesta, la gente del pueblo se iba a quedar boquiabierta. Y todo se convierte en agua de borrajas. Tendría que tener valor para cortarme el dedo pulgar y echarlo entre las zanahorias para que en primavera, cuando Sigrid y Alvar lo encontraran, dijese recuerdos cuándo Arne se cortó el dedo. Fue el mismo día que tía Maja llegó de América.

—Dentro de tres horas llega su hermana —dice madre al abuelo, y parece enfadada— y ahí sigue usted, en la segadora, y parece que no le importe lo uno ni lo otro. A una le parece que cuando ustedes no se han visto desde hace veinte años lo menos que podía hacer era afeitarse.

—Si no puedo sentarme en la segadora, acabáramos —dice el abuelo—. Lo uno y lo otro. Si uno tiene una hermana tan refinada que no puede visitar a su hermano en otra cosa que no sea en coche y no aguanta que su hermano se siente en la segadora, que le den por saco. Lo uno y lo otro.

Sigrid se echa a reír y tiene que meterse de nuevo en la cuadra. El abuelo está tan indignado que se le cae el cuchillo y entonces coge madre todas las zanahorias y las deshoja en un suspiro. Yo meto mi cuchillo en la funda y salgo fuera. Miro el camino para ver si llega el coche pero todavía es muy pronto. Voy a la cerca y grabo mi nombre y la fecha en un puntal. Nunca olvidaré el día en que deshojamos zanahorias

mientras llovía, la lluvia se convertía en aguanieve y la tía llegaba de América.

Me siento en el escaño de la cocina a mirar el mapa del Atlántico, aunque no haya mucho que ver. No se distingue una sola ola. Cualquiera sabe si Alvar sólo miente. Lo que sí se oye es una gran bronca en el patio y cuando me pongo a mirar por la ventana veo venir a madre y a Alvar con el abuelo en medio. Él se resiste, pero de nada le sirve. Trasponen la verja y suben al zaguán, en el umbral de la puerta se resiste y patalea. También lo meten dentro de la cocina y allí lo sueltan.

—Ahora va usted a bañarse —dice madre—, pero ya mismo.

Alvar se queda junto a la puerta para que el abuelo no se escabulla. Madre llena el barreño con agua de la cisterna. Alvar va y le quita la camisa al abuelo. Debajo sólo lleva una camiseta de lana que sale con las mismas, la bronca le ha hecho sudar. El abuelo en cueros parece completamente amarillo y flaco. Se resiste, pero aun así lo meten en el barreño.

—Arne, ven aquí —grita madre, y parece enfadada, va a ser mejor obedecerla—, enjabónale la espalda.

Y hay que obedecer y hacerlo aunque no resulte grato, el abuelo no huele muy bien que digamos. Le enjabono la espalda hasta que la cubro de espuma. Madre la refriega luego con un paño. Alvar sólo ayuda a sujetarle. Sigrid está riendo en el escaño. Madre coge luego el jabón y le refriega el cuello, la cara y las orejas, y él resopla y se sorbe los mocos, pero no se libra. Al final Alvar le hunde la cabeza en el barreño y él empieza a toser como si se estuviera ahogando.

—Venga, padre, ahora sólo tiene que afeitarse —dice Alvar, y le seca con una toalla.

Madre viene con una camiseta limpia y se la mete por la cabeza. Alvar lo lleva a la mesa y lo sienta en una silla. Baja el espejo de la cómoda, saca la cuchilla de afeitar de un cajón y la repasa, coge un vaso de agua caliente y lo coloca en la mesa, le pone una toalla alrededor del cuello para proteger la camiseta nueva.

—Y haga el favor de no escupir en el suelo mientras esté ella aquí —le dice madre, y espanta una polilla.

Alvar enjabona al abuelo, coge la cuchilla y empieza a afeitarlo.

—Estese quieto —grita—, si no lo hace va a tener que afeitarse usted mismo.

El abuelo se mira finalmente en el espejo y debe de pensar que se ve lamentable, puesto que empieza a hacer pucheros.

—No la he visto en veinte años —dice de golpe, y gesticula de forma que Alvar le hace un corte en la mejilla.

—Le dije que se estuviera quieto —le grita.

—Veinte años —prosigue el abuelo—. Entonces tenía yo cincuenta y tres y ella tenía treinta y tres. La abuela y yo la acompañamos a la estación. Le dimos un ramillete de lilas y una docena de huevos. Y llorar, lloramos los tres hasta que estuvo a punto de perder el tren.

No puedo quedarme y seguir mirando al abuelo, así que salgo fuera, doy un paseo

por la orilla del río, tiro piedras a las ranas, espanto a un pescador furtivo que tiene la barca en nuestro juncar. Es tanta la oscuridad que no le veo la cara y además vuelve la cabeza mientras rema. Al cabo de un rato me entran ganas de cortar, de modo que desenvaino el cuchillo y corro hasta el cobertizo de la cuadra. Cuando desatranco la puerta Sigrid está tendida de espaldas entre las hojas de las zanahorias y Alvar encima de ella, a horcajadas, y le muerde la mano. Alvar se incorpora de un salto y me insulta, así que vuelvo a atrancar la puerta y salgo corriendo.

Pero no corro a casa. Siento algo tan raro que tengo que quedarme a solas con ello. Por eso corro hasta la fresquera del establo, donde solemos hacer la matanza, y me siento en la cantarera con la cabeza entre las manos. Me empeño en eludir la imagen de Alvar y Sigrid, pero presiento que para conseguirlo tengo que hacer algo muy arriesgado y atrevido, de modo que todo lo demás resulte insignificante. Entro furtivamente en el gallinero, espanto una gallina que está poniendo huevos y busco bajo la paja. El hijo del vecino me dio un cigarrillo y lo tengo allí escondido, junto a una caja de cerillas. Pero me pongo tan nervioso cuando voy a encenderlo que la cerilla, prendida, se me cae al suelo y empieza a arder un poco entre las granzas del gallinero. Vierto un cuenco de leche encima y apago el fuego, pero sigue oliendo a humo.

Vuelvo al establo y me siento en la cantarera. Aquí estoy totalmente a oscuras, la poca luz que entra a través de las rendijas hace que la trilladora, con sus ruedas y correajes, parezca un desaforado monstruo fantasmal, amparado en la oscuridad de su escondrijo. La lluvia repica levemente contra el techo. Las vacas tascan dentro del establo, suenan casi como la lluvia. Entonces entra Sigrid con las cántaras de la leche y un candil. Cuando me ve deja las cántaras y el candil en el suelo y dirige sus pasos hacia mí. Y la luz que brota del suelo proyecta sobre su rostro sombras tan horribles que me entra un miedo terrible y grito. Ella me atenaza el brazo y me pellizca, fuerte y mucho.

—Si vas con el cuento a Tora o al abuelo, te voy a retorcer el pescuezo hasta que no puedas decir ni pío —dice, y entonces me suelta, recoge las cántaras y el candil y se adentra en el establo, donde las vacas apenas se incorporan, mugiendo ruidosas y haciendo chirriar sus cadenas como si fueran grilletes de reos.

Cuando vuelvo a entrar en casa, el abuelo sigue en el sofá, totalmente ausente. Madre tuvo que ponerle por fin su mejor traje, la última vez que lo llevó fue el año pasado, en el entierro de la abuela, y su rostro parece tan pálido como si se hubiera desangrado del todo, entre las negras prendas de luto. En la mejilla luce un rasguño rojo, como una boca afilada, pero todo lo demás es blanco. También está cansado, no parece que se entere de lo que ocurre a nuestro alrededor. Me pregunto si acaso sabe que en este día, dentro de media hora o así, viene su única hermana, a la cual no ha visto en veinte años.

Madre está peinándose frente al espejo de la cómoda. Se ha puesto su mejor vestido y ha buscado el reloj de pulsera, que está roto y que fue un regalo de padre, y

se lo ha puesto. Voy y pongo la radio en medio del avance meteorológico del tiempo: Este de Svealand y costa sur de Norrland: lluvia diurna. Frío para la época del año. Aguanieve en el norte de la comarca.

—¿Qué dicen, qué tiempo va a hacer? —dice el abuelo.

—Aguanieve —respondo.

Entra Alvar, agarra el calzador, se quita las botas entre jadeos, se pone las alpargatas. Miro el termómetro fuera de la ventana, el que compré al abuelo cuando cumplió setenta años. Él siempre había deseado tener un termómetro en la ventana, pero cuando lo tuvo veía tan mal que nunca pudo descifrarlo. Compraste uno con números demasiado pequeños, decía, una mierda de numeritos. La temperatura es de tres grados. Cada vez hace más viento, bufa en el seto de las lilas, la lluvia repica contra la ventana. Un candil viene flotando por el patio desde el establo. Es Sigrid de vuelta con las cántaras de leche. Tengo un buen moretón en el brazo. Bajo la persiana para no tener que pensar en ella.

Todos seguimos a la espera mientras el reloj suena, todos excepto Sigrid. Ella está desnatando. Tuc-tuc, suena la desnatadora. Alvar suele ayudarla, pero hoy no. Está sentado a la mesa y me mira extrañado. Quizá quiera también pellizcarme.

—¿Has oído qué tiempo va a hacer? —dice Alvar, y pone las manos, grandes como mazos, sobre la mesa.

—Aguanieve —respondo por segunda vez.

Y parece raro, muy raro. Nada parece habitual. Pero encaja muy bien en todo lo raro que está pasando: el abuelo sentado en lo alto de la segadora, madre y Alvar arrastrándolo por medio del patio, el pescador furtivo que huye de mí, Sigrid tumbada de espaldas entre las hojas de las zanahorias y Alvar encima de ella, Sigrid que me da un pellizco, el incendio que casi armo en el gallinero, el abuelo, mudo y pálido, en el sofá.

Madre está sentada al lado de Alvar. Ella cruza las manos sobre la mesa al lado de las de él, se las mira y suspira. También suspira la desnatadora, tuc-tuc-tuc. De repente empieza a mirarme para ver si necesito lavarme. Frunce el ceño, qué madre tan guapa. Se inclina sobre la mesa.

—¿Quién te ha pellizcado tan fuerte en el brazo? —dice.

La desnatadora aminora la marcha. Alvar me clava la mirada. Me entra un miedo espantoso. A nada le temo tanto como a que me peguen. Desvío la mirada, miro hacia atrás, veo al abuelo sentado en el sofá, aún tan pálido, mirando al frente con ojos quietos, impasibles.

—El abuelo —digo en voz baja, y miro a madre a los ojos.

Madre se muerde el labio. Alvar tose. La desnatadora aumenta la velocidad, ahora canta sus suspiros. Miro al abuelo pero no noto nada. Seguro que no me ha oído. El tiempo pasa. El reloj vuelve a sonar. La desnatadora sigue suspirando y no oímos nada cuando llaman a la puerta.

—¿No han llamado a la puerta? —pregunta madre.

—Padre —añade—, ya está aquí. ¿Es que no va a salir a recibirla?

Y todos nos quedamos mirando al abuelo, pero él no se mueve del sofá, sólo mira al frente, al vacío, tampoco a ninguno de nosotros nos da por ir y abrir la puerta. Entreabro la persiana y miro afuera. Un coche sale por la verja y se dirige hacia el pueblo. Después oímos pasos en el zaguán, pasos que se encaminan despacio hacia la puerta de la cocina. Lllaman de nuevo a la puerta.

—Padre —dice madre casi gimoteando—, ahora tiene que...

Entonces se abre la puerta. La tía de América aparece en el umbral, una mujer desconocida con trazos de maquillaje muy marcados en la cara, ojos cansados y la boca cerrada, como si no le quedasen dientes.

—Buenas tardes —dice ella en un dialecto raro, y parpadea ante la luz.

La tía entra en la cocina. La desnatadora se detiene por pura sorpresa. Y ahora todos miramos al abuelo. Queremos verle correr y echarse al cuello de la mujer desconocida y decirle hermana mía, ninguno de nosotros la conoce por ser demasiado jóvenes. Pero el abuelo sigue sentado. De repente la tía de América lo ve, da un respingo como si algo le hubiera asustado y se planta delante de él con las manos abiertas, extendidas.

—Gustav, ¿eres tú? —dice en voz baja, y ninguno de nosotros entiende que deba hacerle una pregunta tan obvia.

Pero el abuelo no responde, no mueve una pestaña, como si aún no hubiera notado nada. Entonces la tía de América se arrodilla ante él, ¡cuidado al arrodillarse con sus finas prendas en el suelo! Rodea el cuello del abuelo con sus brazos y trata de arrimar su cabeza a la suya. Pero no puede.

—Gustav —susurra—, soy yo. Yo, Maja. Seguro que te acuerdas de Maja.

Entonces, sin apenas mirarla, dice el abuelo:

—Apáñatelas como puedas. Mañana va a caer aguanieve.

Entonces la tía de América suelta el cuello del abuelo, se levanta, saca un largo collar por encima del abrigo y lo toquetea desesperadamente mientras las lágrimas le recorren toda la cara. Se parece a una de esas muñecas de cuerda.

Al final se da la vuelta y se dirige a la puerta:

—Perdonadme un momento —dice antes de que la ahoguen los sollozos.

Cojo el candil de la cuadra y corro tras ella. Pienso que debo alumbrarla para que no vaya a caer al río. Ella ya está en el patio bajo el aguanieve, y llora. Cuando llego con el candil ella me toma del brazo y tira de mí. Habla un poco raro y no le entiendo todo.

—Eres tú el chico sin padre —dice entre otras cosas, y me mira detenidamente a la cara.

Durante un instante cierro los ojos y aprieto los dientes. Bien puedo entender que en la escuela sepan que no tengo padre, pero que lo sepan en toda la inconmensurable América me parece tan horrible que no comprendo cómo podría sobrellevarlo. En fin. Nos ponemos a caminar y al cabo estamos ante la puerta de la cuadra. Y ya que

llegamos allí, abro la puerta y entramos. Dentro hace calor y se está bien, huele a cuadra, a heno y zanahorias. Cuelgo el candil del cerrojo de la puerta y la tía de América, cosa rara sin duda, avanza pisando las hojas de las zanahorias, se adentra en la cuadra y se encarama a lo alto de la segadora, en el sitio exacto donde se había sentado el abuelo.

—Esta antigualla sigue aquí —dice, y la acaricia.

Trepo a lo alto de la segadora y me siento a su lado. Luego empieza de nuevo a llorar. Me coge la mano y mientras la acaricia llora todo el tiempo en americano y me dice palabras incomprensibles en sueco. Las hojas de las zanahorias están a nuestros pies, verdes y relucientes, y las zanahorias rojas brillan en sus cestos.

—Hemos estado deshojando zanahorias todo el rato —le digo por decir algo—, hemos pasado todo el día deshojando zanahorias. Pero ya hemos acabado la faena.

La tía de América me abraza y no me hace el daño que me hace madre al abrazarme. La siento cálida y acogedora.

—Pobre muchachito, sin padre —dice. Y cuando pienso que toda América, al otro lado del Atlántico, sabe que Arne Berg de Mjuksund, en Suecia, nunca ha visto a su padre, no lo puedo remediar y de repente no dejo de ver el verdor de las hojas de las zanahorias. Las lágrimas caen lentamente de la segadora al suelo.

—Cuando la abuela vivía lo pasaba mejor —le digo—, entonces, al menos, tenía dos madres. Pero murió el año pasado. Salía todas las mañanas a recoger los huevos y un día de abril no volvió. Estábamos tomando el café y salimos a buscarla, y aquí la encontramos, de rodillas, junto a la segadora.

—*Pur litel boi* —dijo la tía de América. A saber qué significaba, y me estrechó fuertemente entre sus brazos.

—Pero si la tía quiere dormir aquí —le digo—, no tenga ningún miedo porque en la pared ponga Palestina. No es Jesús quien ha estado aquí. ¿Quiere que grabe el nombre de la tía en la pared?

—Ahora no —dice ella—, pero pronto.

Pasa su mano pequeña y suave por mi rostro.

—Estás llorando —dice.

—No, es sólo un poco de aguanieve —digo, y enjugo mis lágrimas una y otra vez hasta que vuelven a brillar las hojas verdes y recién cortadas a la luz del candil.

¿Dónde está mi jersey islandés?

Qué bien, así me gusta. Que me reciban como a un señor. Ahí está Ulrik, en la esquina del andén, con botas de cuero y su mejor sombrero, el de ala ancha, mirando alicaído a la explanada de la estación. Lleva brazalete de luto y lazo negro. A su espalda la yegua ramonea entre las flores del arriate. Habrá que ir en coche de caballos, no lo hacía desde que era niño. Me reciben como a un señor sólo porque padre ha muerto. En otro caso tendría que ir a pie hasta que el fango me cubriera las cañas de las botas. Sí, claro que no voy a olvidarme del entierro de madre.

El mismo de siempre. No, qué va, no sale a mi encuentro aunque me vea bajar del vagón. Como si yo no tuviera bastante con lo que cargo, la corona y la maleta llena de botellas de aguardiente. Podía haber facturado la corona, pero vete tú a saber. Bien recuerda uno lo que ocurrió con la corona de madre. Tanto la maltrataron en el transporte que parecía mentira apañar nada. De vergüenza me moría durante el entierro, tratando de cubrir las flores con cintas para que nadie las viera. Y acaso cree alguien que sirve de algo reclamar a la compañía del ferrocarril. Qué va, nada de eso. Lo único que hacen es escurrir el bulto y allí se queda uno como un pasmarote.

Bueno, ahora por lo menos me saluda, Ulrik, Lurik, como le decíamos de pequeños. Saluda con el sombrero y esboza una sonrisa. Parece un palurdo, pero qué otra cosa podría esperarse. Y ahí va el chapista, borracho los sábados como de costumbre. Se detiene y quiere hablar. Sabe lo que llevo en la maleta con sólo verla. Recibe mi pésame más sincero, me dice el chapista, pronto le llegó la hora al viejo. Lo vi un día antes y estaba en plena forma. Ya se sabe que padre bebía más de la cuenta al final de sus días, pero no va a ser el chapista quien venga aquí a pregonarlo en medio de la estación. Me pregunto si estará invitado. Bebían juntos, eso sí, padre y él, pero no por eso va a tener que estar invitado.

¡Atiza! Ahora se me cae el brazalete. El anterior lo perdí, salgo un sábado de parranda y cuando vuelvo a casa el brazalete ha desaparecido. Y no porque se lleve el luto precisamente en la ropa, ¡pero mira que perderlo en medio de una borrachera! Alelado se queda uno aunque fuera un mes después del entierro. La mujer ha vuelto a comprármelo muy holgado. O acaso esté yo demasiado flaco para brazaletes. A saber. En todo caso se me cae hasta la muñeca. Y parezco un desmañado. Maldita sea.

Y Ulrik. Es lo que suele hacer cuando vengo a casa. No echa una mano aunque uno deje la maleta en el suelo y lo esté deseando. Y decir, no dice una palabra, no responde aunque le diga hola una y dos veces. Pero siempre fue cerril y atravesado. Lurik.

Agarra tú la corona, hermano, le digo, y le doy una palmadita en el hombro. Hermanos somos en todo caso y circunstancia, no va a ser en vano. Bien, la caja de la corona cabe justo bajo el asiento trasero. Pero la maleta la llevo conmigo. Ulrik

chasquea la lengua. *Blenda*, la condenada yegua, gira torpe con el belfo atiborrado de flores del jefe de la estación. Deja ahí la maleta, muchacho, dice Ulrik. Pero bien sabe uno lo que pasó cuando el entierro de madre. Tage, el hermano pequeño, quiso llevarla para dárselas de forzado y, pum, golpeó la maleta contra un puntal de la cerca y reventaron dos botellas. No hubo más remedio que salir por ahí y tratar de hacer acopio de aguardiente en plena tarde de sábado. Será mejor que lleve la maleta conmigo.

En todo caso hace calor. ¿Que si ha llovido? No, llover no ha llovido desde hace un mes por lo menos. Buen mes de octubre, hay que decirlo. Enviamos tarde las cartas, dice Ulrik, pero así y todo las mandamos.

Las cartas. Pasamos por delante del banco, la casa del médico y el café del minigolf. Ahí es donde trabajaba Frida. No fue mala idea ser novio suyo. Entonces entraba al café por la puerta trasera y la consumición me salía gratis. El tiempo que duró. Pero la verdad es que siempre fue de provecho tener a Frida ahí. La recibiste a tiempo, claro, pregunta Ulrik. O más bien lo afirma para justificarse. Ah sí, las cartas. La carta. Pues sí que llegó, pero bien podía haberla escrito antes, Ulrik. Pero siempre ha sido reservado y no, qué va, escribir no escribe una línea en vano.

Y así llegó la carta, el domingo pasado, de forma enteramente inesperada. Yo me había pasado todo el día en el hipódromo de Solvalla, apostando a las carreras y con ciento cincuenta coronas en premios, ¿cuántas veces ocurre eso? Qué disculpado está uno cuando no está sobrio del todo. La carta, va la mujer y la pone encima del contador de la luz y empieza a hacerse la remolona, a ver si cojo la carta tan pronto como llego a casa. Como cuando murió madre, pero entonces recibí una carta como es debido de Lena, la hermana pequeña, la que ahora está ingresada en el sanatorio, cosa que sin duda tranquiliza. Abro la carta, es lo que hago, la leo y releo y me lleva tiempo aclararme. Algo perplejo se queda uno al recibir un mensaje luctuoso y no estar realmente sobrio. La mujer no puede dejar de advertírmelo, pero ya le devolveré yo la pelota, vaya que sí. Y bien, me digo, el viejo no es de los que han desperdiciado una sola gota y quién sabe: acaso se ha dicho que estaba completamente sobrio al morir. Pero aun así me siento algo afectado, igual que en el entierro de madre, cuando salimos por ahí a pedir aguardiente para el velatorio y por la noche ya estábamos alegremente achispados y con resaca durante todo el entierro.

Ropa tienes, por supuesto, dice luego la mujer, eso sí, tendré que comprarte otro brazalete, claro, el anterior lo perdiste en medio de una borrachera. Tendré que oírla hasta el día que me muera.

Y el tejado del guardia, que salió volando y se le vino abajo. Sí, eso dicen, que salió volando. Ahora está sentado en el patio. Fuma en pipa y tiene un papel en la mano. También se ha hecho con una hamaca desde la última vez. Estará buscando información sobre quién pudo haberle echado el tejado abajo. Un engreído, es lo que siempre he pensado.

Ahora nos adelanta un coche, un flamante Chevy, a estrenar. Se lo digo a mi

hermano, pero qué va, qué va a saber mi hermano lo que es un Chevy, ni siquiera un Chevrolé, por lo que le toca. Qué pena por Lena, se saca Ulrik de dentro, no la han dado permiso para venir a casa. Sí, pobre Lena, la hermana pequeña, por lo menos tiene algo especial. No es como Lurik, cerril y atravesado, ni tampoco como Lydia, la hermana mayor, gorda y presumida desde que se casó con el tratante de aparatos de radio del pueblo. Los domingos sale con traje folclórico y se ha hecho voluntaria del cuerpo auxiliar del ejército. ¡La hermana de uno! Ya se sabe que lo único que hace es mirar a los demás por encima del hombro. Bien me acuerdo del revuelo que armó durante el entierro de madre por darse la casualidad de que uno cometiera un desliz la mañana del entierro. ¡Mira que tener un hermano tan cafre!, eso fue lo que me dijo. Pues mira, si de mí depende, de eso se libra. Lena es otra cosa. Se parece más a uno, no teme hablar, no es nada arrogante ni mira a nadie de soslayo, nunca lo hizo. Y tuvo que contagiarse de tisis en casa de ese estúpido de Lundbohm, sólo por no caldear su habitación. Ama de llaves de semejante patán, el diablo tenía que ser.

El Chevrolet viene de vuelta, seguro que ha estado en Turisten y viene de regreso. A Turisten vienen a tomar copas hasta de la ciudad. Si pudiera salir esta noche. Pero bien recuerdo lo que pasó durante el entierro de madre. Toda una bronca. Bronca y amargura. El Chevrolet aminora la marcha y no porque la yegua se asuste, porque *Blenda* ha servido en un regimiento acarreando los cañones de los cabos. Coche y carreta se detienen y quedan a la misma altura, y quién baja la ventanilla del coche y asoma la jeta sino Holmgren el Panadero. Algo más calvo está desde el entierro de madre, pero tiene la misma nariz roja. También tiene la cara colorada pero quizá se deba al bronceado. Capaz.

Te acompaño en el sentimiento, me dice Panadero aunque parezca tan alegre como siempre, siento lo de tu padre. Pero vente a dar una vuelta esta noche si no tienes nada mejor que hacer. Que no es que Knutte ande todos los días de parranda, dice Panadero. No desde el entierro de madre, le digo tratando de parecer compungido aunque no me resulte nada sencillo cuando pienso en las juergas que me he corrido con Panadero. El aguardiente que hemos bebido juntos podría bastar para pasarnos borrachos como mínimo la mitad de un año. Ya veremos, ya veremos, le digo. Nada fijo le puedo prometer estando Ulrik delante. Pero Ulrik chasquea la lengua y restalla con la fusta para que la condenada yegua arranque en segunda y pegue un tirón tremendo. Pero la maleta la llevo bien sujeta entre las rodillas para no correr ningún riesgo. El Chevrolet arranca y se aleja.

Precioso coche, digo, y no es que deje de sentir cierta curiosidad por los posibles de Panadero para ir dándoselas de coche. La última vez me pidió prestadas diez coronas para poder sacar a la mujer a dar un paseo. Ella llevaba tres días sin salir de casa. Al menos eso fue lo que me aseguró. Pero vete tú a saber. Tanto larga Panadero. En el fondo es un buen muchacho.

Primero acierta una quiniela, dice Ulrik. Y luego le toca la lotería. De modo que pronto va a morir pimplando. Eso suena a envidia. Envidioso y atravesado, eso es lo

que siempre ha sido Ulrik. Ahí va, dando trallazos con la fusta mientras *Blenda* cabecea despacio en dirección a Turisten. Fuera de Turisten están los camiones de la cerveza. ¿Tienes cerveza en casa? Si no tienes, paramos y apañamos una caja, le digo. Pero entonces Ulrik se enfurruña. Restalla con la fusta para que la yegua llegue al puente en dos o tres trancos. Es que no puedes pensar en otra cosa estando padre muerto, me reconviene. ¡Cerveza y aguardiente, no tienes otra cosa en la cabeza! Pues claro que sí, hombre, podría haberle dicho. Recordarle el dinero que he estado enviando a casa durante ocho años para el tabaco de padre y ¡cuántos vestidos no enviaría la mujer a madre en su día! Pues claro que hemos tenido algo más en la cabeza, si es que le da por ahí. Y además, lo de la caja de cerveza ha sido con la mejor voluntad. Bien recuerda uno lo que pasó en el entierro de madre. Al final sólo hubo agua y quiénes fueron los que tuvieron que avergonzarse, Ulrik y uno que yo me sé. También podría recordarle eso. Llegado el caso.

Pero no, no es uno muy dado a hurgar en el pasado. Aunque vete tú a saber lo que hubo durante el inventario de la herencia de madre. Poca agua necesita el río para que las piedras queden al descubierto. La cuesta la remonta en un suspiro. Dígase lo que se quiera de *Blenda*, pero correr, corre. Pero también fue una de las compras de padre. Ulrik, este Ulrik va devanándose los sesos para hacerme una pregunta. Hablar le resulta difícil pero al final le sale. Al final la escupe como una raspa de pescado. ¿Cómo te va ahora con la mujer, con Elinda?

Una pregunta ingenua merece una respuesta ingenua. Ha estado resfriada, le digo, y la falda se le enredó entre los radios de la bici, se fue al suelo y para colmo se torció un brazo. Pero por lo demás de maravilla. ¡Te jodiste, Lurik!, que bien sabe uno por dónde van los tiros. Que necio no soy, nunca lo he sido. Y seguro que aquí, en casa, también lo saben. De eso se ha ocupado Lydia, ¡quién si no! O su marido, ese gordinflón que va con la furgoneta por todas partes endosando aparatos de radio a la gente. ¿Con qué negocios ha engordado tanto? Mejor callarlo. O pregonarlo a grito pelado. Llegado el caso.

Pero Ulrik ha vuelto a quedarse en silencio. No es bueno saber lo que piensa. Siempre ha sido un pillo. Pillo y testarudo. Ahora el café de Carlsson tiene sombrillas en la terraza y el Grindstugan tiene pista de minigolf. Una partidita sí que me echaría al caer la tarde. Si se me hace tarde siempre habrá respuestas a mano. La verdad es que padre no era de los que torcían el morro. Bien recuerdo lo que pasó cuando el entierro de madre. Es decir, después. Entra, hijo, entra en la alcoba, me dice al anochecer. Pero que no te vea nadie. Y luego saca dos vasos del cajón de la cómoda y el coñac que tiene a buen recaudo. Después nos sentamos en el sofá, el uno junto al otro, y nos ponemos a beber. Hijo, dice padre, yo *te* aprecio. No eres engreído ni tampoco presuntuoso. Así de cabal fue siempre padre. Y bien sabía lo que andaba en juego. Y desperdiciar una gota no lo hacía aunque ya tuviera setenta y dos años. ¿Qué voy a hacer ahora que padre ha muerto?

Aunque quizá debiera animar a Ulrik. Porque tampoco es que lo haya pasado

siempre bien. Se ha quedado solo en la finca. No ha tenido sesos para hacerse con una mujer. Y la criada se ha despedido. Dicen que fue padre, a qué dudarlo, quien le hizo la vida imposible desde la muerte de madre. Pero la gente larga tanto. Y además, para qué iban a tener una criada desde que murió madre. Ella tuvo que guardar cama y eso exigía sus cuidados, pero padre, él solo se apañaba las gachas aun siendo tan viejo. Suerte que se ha quedado el peón porque en otro caso mal se las arreglaría Ulrik por más alardes de fuerza que haga.

En el pueblo, como aquí decimos, apenas se ve un alma. Un tipo larguirucho aparece al borde del camino con una bolsa de papel y espera a que pasemos. Un pordiosero, seguro. Porque acabamos de pasar cuando va y traspone la verja del tendero Pettersson. Pero entonces más parece que vaya al infierno, porque no, no es Pettersson de los que fíen un céntimo a un pordiosero. Tan tacaño como casi todos los del pueblo. Pero padre era otra cosa. Si se presentaba un vagabundo siempre había comida y albergue. Y claro, así tenía a alguien con quien hablar. Porque padre fue un vivalavirgen. Y Ulrik, a Ulrik nadie le sacó nunca una palabra. Conque cuando nos sentamos en la alcoba tras el entierro de madre, va padre y me dice: Si uno quiere echar un trago en esta casa tiene que hacerlo a escondidas. No porque Ulrik diga nada, pero mirar, mira. Se queda mirando hasta que los ojos se le salen de las órbitas. Y para sacarle una palabra tiene que estar primero muy cabreado.

Ésa fue la última vez en la vida que hablé con padre. De modo que bien la recuerdo. Y lo que al menos debían saber es que padre no fue de los que mirasen a nadie por encima del hombro, nada de eso. ¡Qué trabajador es Ulrik!, eso es lo que he tenido que oír todas las veces que he vuelto a casa desde que me mudé a la capital. Trabaja por tres mientras otros andan de parranda en la capital. Y no, no suelta tacos más que cuando está cabreado. Y fumar, no fuma. Y beber, no ha bebido desde los tiempos de la mili. Le gastamos una broma el día que padre cumplió setenta años. Padre y yo pusimos aguardiente en una botella de limonada y le ofrecimos un vaso, y él, tan sediento como estaba, va y lo bebe de un trago creyendo que era limonada. Qué revuelo se armó. Ulrik sale al patio y vomita sobre la hierba y luego entra y ladra como un perro guardián. Pero en todo caso se tragó unas cuantas gotas.

Ahora nos cruzamos con el maestro. Es nuevo y tan engreído que no se molesta una sola vez en doblar el sombrero a modo de saludo. Jacob, el viejo maestro que tuve en mis tiempos, ha muerto, oigo decir a Ulrik. Se sentó en un sillón del jardín y se murió. Así se nos van los viejos, así se nos van, rezonga Ulrik. Primero fue madre y luego Jonsson, el encargado del molino. Pereció ahogado en el río el otoño pasado. Bien lo recuerdo, lo dijeron por la radio: Elov Jonsson, el viejo propietario del molino, pereció ahogado la noche del martes en Kvarnlunda. Y la misma semana falleció una anciana atropellada en la carretera general, pero a ella no la conocía nadie. Y luego Jacob, prosigue Ulrik, y Stenlund enfermó de cáncer y acabó sus días en el asilo. Y luego padre.

Un ciclista se nos acerca por detrás y toca el timbre, Ulrik aminora la marcha y se

echa a un lado del camino. Se descubre el sombrero y mira a su alrededor, atrás y a ambos lados. Así, como si tuviéramos que estar a solas para hablar de padre. Ahora le han entrado ganas de hablar a Ulrik. No es que ocurra muy a menudo, por eso se acuerda uno. Cuando el toro de Wiklund se soltó y le corneó una costilla al hermano pequeño se pasó toda la noche dale que te pego con sus demandas por daños y perjuicios y sus artículos de ley. Todos nos quedamos boquiabiertos. Ulrik sabía hablar, ¡maldita sorpresa! Y también recuerdo cuando fuimos a enterrar a madre. Entonces a Ulrik sí que le dio por hablar, pensamos que nunca acabaría.

Padre tenía que ir aquel día a la enfermera, me cuenta Ulrik. Ya sabes, oía mal a rachas y nada más levantarse va y me dice: Ulrik, hoy voy a ser yo quien tenga que ir a la enfermera antes de que me quede sordo del todo. No he oído decir una sola palabra en toda la semana, Ulrik, dice padre. Y capaz es de sacar la bicicleta y largarse temprano. Yo tenía que ir a casa del herrero y recoger el arado, y estoy enjaezando a *Blenda* cuando le veo salir tirando de la bicicleta. ¡Padre!, le grito desde la puerta de la cuadra, espere y así puede venir conmigo. Yo voy a la herrería y la casa de la enfermera no queda tan lejos. Porque la bicicleta no la ha movido en todo el año. Una vez no consiguió levantar la pierna por encima del cuadro, tan reumático como estaba. No te preocupes, me dice, no estoy tan mal que no pueda recorrer en bici un trecho tan corto hasta la enfermera. Así que le dejé marchar aunque me quedé preocupado. El herrero está en el patio cuando llego a su casa y al trasponer la verja va y me grita: ¡Cómo puedes dejar a tu padre ir tan lejos! ¿Lejos?, le replico, ¿queda lejos la enfermera? ¡La enfermera!, exclama el herrero. Tu padre estaba en el pueblo; acabo de regresar con el camión de la cerveza y allí he visto a tu padre, en Mon. Y qué tumbos iba dando, dice el herrero, fácil que le ocurra un percance. Así supe dónde doblaban las campanas, cuenta Ulrik. En Mon vive el chapista y bien sabido es que no es de los que digan no a un trago o pregunten de dónde proviene. Y bien pensado, ahora que me acuerdo, qué abultado llevaba padre el abrigo. Llevo el arado a casa y, una vez allí, entro en su dormitorio para mirar en la cómoda, pero está cerrada y no encuentro la llave. Desconfiado, eso es lo que fue a última hora, aunque uno no sea quien vaya fisgoneando en los cajones de nadie, dice Ulrik. Yo me paso todo el día en el cobertizo reparando horquillas y azadones porque dentro de una semana, a lo más, hay que cosechar las patatas. Y tengo la puerta abierta para echar un vistazo al camino de vez en cuando. Y llega la hora del almuerzo, y el café de las tres, y padre que no aparece. Y el peón merodea todo el día alrededor de la leñera y se muestra un tanto receloso. Seguro que ya está al cabo de lo que pasa y sucede.

Al final, prosigue Ulrik, agarro yo la bicicleta y me llego hasta el pueblo sin que me encuentre con padre por el camino. Voy a casa de la enfermera, más que nada para cerciorarme; ella abre la puerta y me toma de la mano y yo me quedo de una pieza. Sí, tu padre está aquí, dice; al menos me alegra que no me hubiera mentido. Pero cuando entro en la casa veo a padre tumbado en la cama, con la cabeza vendada, y roncar, ronca de forma nada recomendable. Estaba yo mirando por la ventana, me

cuenta la enfermera, cuando veo a tu padre acercarse en bicicleta. Pensé que nunca llegaría a ningún sitio, añade la enfermera, porque venía dando tumbos de un lado para otro. Y entonces se tambalea y cae al suelo, y suerte que Holmgren el Panadero, que venía en coche lamiéndole los talones, pudo frenar a tiempo, prosigue la enfermera. Nos ayudamos el uno al otro para meterlo en casa y, sobre todo, lo que parecía un milagro es que hubiera podido subirse a la bicicleta tan borracho como estaba, concluye la enfermera.

Eso es lo que me cuenta Ulrik. Aunque a mí me parece que habría que omitir eso de sacar la borrachera por delante. Para que Lydia y su marido se lleven ahora el agua a su molino. Bien se acuerda uno de la bronca que fueron echando a diestro y siniestro durante el entierro de madre, por ser uno generoso y haberse traído el cupo entero. Pero no, Ulrik no ha acabado aún porque deja que *Blenda* vaya a paso de pulga. Parece mentira que no pueda ir más rápido.

Cómo se encuentra, le pregunto a la enfermera, prosigue Ulrik, y ésta mueve la cabeza y dice que sin duda debe descansar unos días o cosa parecida. Si me lo llevo a casa ahora, ella podría pasarse mañana por casa y verlo temprano. Y oler, huele, huele todo el cuarto a aguardiente y no resulta nada grato, pero que nada grato, en plena cosecha de patatas y todo. Agarro la bicicleta y salgo para casa. Junto a la escalinata de la casa de la enfermera está la bicicleta de padre y el manillar está torcido, pero por lo demás parece haber salido ilesa. Espero a que empiece a oscurecer porque quiero evitarme las miradas de todo el pueblo por culpa de padre, dice Ulrik, y engancho el carro y voy a casa de la enfermera y padre duerme como un tronco cuando lo sacamos la enfermera y yo. El peón se echa a reír cuando volvemos a casa y lo dejamos tumbado en el sofá del dormitorio. No tengo ganas de quitarle las ropas, así que le echo una manta encima y salgo a ordeñar las vacas y apaciguar los caballos. Pero por la noche, en cuanto llegan a recoger la leche, todos saben lo que le ha pasado a padre, todos ríen y comentan que nunca, aun siendo tan viejo, había desperdiciado una sola gota. Conque no nos queda más remedio que penar por culpa de padre. Por la noche me parece oír algo raro en su alcoba, conque me levanto y entro y prendo una cerilla. Y siento miedo, dice Ulrik. Cuando enciendo la luz eléctrica padre ya está muerto. El peón sale en busca de la enfermera pero ella sólo pasa unos minutos en la alcoba de padre, entra luego en la cocina y nos dice que hay que ver lo pronto que se ha ido, nadie lo hubiera creído.

En ese mismo instante pasamos por la casa de la enfermera y no parece, a decir verdad, que esté en la ventana viéndonos pasar, la ventana a la que se asomó cuando padre cayó y cerró los ojos por última vez. Aquí mismo fue, a medio camino, junto a la cerca de Jacob. Cuántas veces no habíamos recorrido ese camino de niños, ese mismo tramo, en bicicleta o tirando del trineo en invierno, y siempre se dijo que padre iría a caerse ahí mismo de la bicicleta y romperse la crisma. Ulrik restalla con la fusta y *Blenda* arranca como un caballito de tiovivo, pero voy de espaldas hasta la curva de la fonda, mirando el pequeño trecho del camino entre la casa blanca de la

enfermera y la cerca de Jacob. Es como si uno estuviera viendo la tumba de padre. Por ahí entiendo que padre yace muerto.

El cementerio queda enfrente de la fonda, la puerta de la morgue está abierta. En julio, cuando madre fue enterrada, no se veía, los arces la ocultaban. Y Ulrik aminora el paso justo donde empieza la barda, se quita el sombrero y se lo lleva a las rodillas hasta que rebasamos la iglesia. Ulrik sigue con sus ideas de siempre. Lo mismo hacía con padre, ayudándole a quitarse el sombrero cuando pasaban por la morgue. Alguien cierra la puerta en este momento, padre queda encerrado, pero ya no lo siento como hace un rato. No, no lo siento del mismo modo que lo sentí cuando me quedé mirando el camino. Y lo curioso es que tampoco lo siento cuando pienso en él. Porque hay que ver la vitalidad que tenía padre, pensando en él sólo se piensa en lo bien que lo pasamos juntos. La mañana que enterramos a madre voy y afeitado a padre con mi cuchilla y se pone tan contento que casi se le caen las lágrimas. Si Ulrik hiciera esto, me dice, pero a Ulrik le importa un bledo que yo me corte el cuello al afeitarme, con el tembleque que tengo.

Ahora Ulrik se queda mirando mi sombrero, pero no va a tener más remedio que arrancármelo si quiere que me lo quite. En la fonda que acabamos de rebasar había una que se llamaba Irma. Y no, no fue mala cosa ser novio suyo. Nos veíamos por las tardes en el bosque de detrás y entonces venía con comida de la fonda envuelta en una servilleta. Entonces no padecí ningún apuro. Pero luego llegó la señora Lund y se acabó lo que se daba. Y la Irma se hizo novia de un teniente que se había alojado cuatro días en la fonda. No, no es ningún pretendiente a mesa y mantel puesto, me soltó a bocajarro la muy puta. Lo que ha tenido uno que aguantar. Aunque también las haya devuelto.

Cálate el sombrero ahora, Ulrik. El sombrero, Ulrik. Y se lo pone en el mismo instante en que dejamos atrás la última tumba del cementerio y *Blenda* recibe un trallazo para que eche el freno y no se desboque cuesta abajo. El herrero anda ahí, junto a su verja, y parece muy mamado. Ya sólo falta un trecho. Cruzar el arroyo, donde de niño creía poder pescar con caña, pasar la casa del cura y luego salir al predio. Podíamos haber depositado la corona, le digo a Ulrik. Pero no, qué va, uno no debe creer que Ulrik vaya a responder. Va con cara de disgusto, a punto de que se le marchite el bigote. En el patio hay un coche, se ve a la primera, y luego aparece en el zaguán el gordinflón, a saber, el marido de Lydia. Lleva camisa blanca y fuma un puro. De todas maneras la casa se ve más pequeña, más pequeña cada vez que vuelvo. No me pareció ya gran cosa cuando vine al entierro de madre, pero hay que ver lo chica que se ha quedado ahora, parece mentira.

Ulrik va mirándome de reojo. Seguro que está pensando: Mira bien ahora porque va a ser la última vez que puedas ver mi finca por tu cara bonita. El gordinflón de Lydia abre la verja para que entremos y no hay más remedio que saludar, es lo que se debe hacer. Así que echo la maleta al suelo y me apeo, guardo las apariencias y le doy unas palmaditas en el hombro. Pero el tratante de aparatos de radio da un respingo,

como si le hubiera picado una avispa, y sale disparado con la maleta. Claro, sospecha que estoy borracho. Y lleva una camisa demasiado blanca para que le dé un solemne puñetazo. Ulrik conduce la carreta hasta el abrevadero y deja que *Blenda* beba agua. Seguirle el tranco al tratante de radios no va a ser uno quien lo haga. Es él quien debe aminorar el paso y también es lo que hace. Pero sólo para alardear de coche, claro.

Pues sí, ahora tengo uno nuevo, dice como si alguien le hubiera preguntado algo, esta vez uno de seis plazas. Un Pontjack. Ideal para viajes de negocios.

Conque al fantoche le van bien los negocios. En todo caso, recupera la memoria a la entrada de casa, abre la puerta, guarda la compostura y dice que me acompaña en el sentimiento. Lydia sale al zaguán. Hay que ver lo gorda y basta que se ha puesto, menos mal que no aparece con su uniforme de voluntaria del cuerpo auxiliar del ejército. Ni tampoco lleva traje folclórico. Y el abrazo que me da es para creer que me haya partido el espinazo. Ladea la cabeza sobre mi hombro y empieza a gimotear. Su marido está al lado y mira como si estuviera en el circo. Por fin entramos y para empezar todo está como siempre, ya que en el vestíbulo cuelgan las ropas de padre y en un estante aparece su gorra. Abollada y llena de polvo. Y cuando entro en la cocina no me parece echar nada en falta. Pero más vacía parece cuanto más tiempo pasamos en ella sin que Lydia pare de llorar. Ni se abre la puerta de la alcoba ni aparece padre con los tirantes colgándole por el culo. Y del almanaque de la pared no se ocupa nadie desde que murió padre. Ahí reza 8 de octubre, de modo que tampoco olvidó arrancar la hoja aquella mañana. Y Lydia sigue llorando, y Ulrik golpea la puerta de la cuadra, y el tratante de radios se queda completamente absorto en medio del piso y sujeta la maleta como quien cree llevar una bomba dentro. Conque cuando la cosa se pone más que embarazosa digo que hay que ver lo vacía que se ha quedado la casa. Se siente que falta algo, se siente, digo.

Y es como si hubiera desatascado a Lydia. Porque ahora empieza a llorar a mares. Se sienta en el banco de la cocina y busca un pañuelo en el bolso. El tratante de radios agarra la maleta y dice que mientras tanto va a llevarla a la bodega y uno se queda con las ganas de decirle que las botellas están contadas, que no va a merecer la pena intentarlo. Pero mejor dejarlo estar porque Lydia sigue llorando a moco tendido y al final va a ser difícil que yo me contenga. Sobre todo cuando me siento a su lado y ella me da cabezadas en el hombro. Pero la llantina cesa al cabo y empieza a hablar y hay que ver, es que no para. Ahora que empezaba a irnos bien, dice Lydia, ahora que por fin contábamos con posibles para podernos llevar a padre a casa o ayudarlo con dinero y eso, ahora resulta que va y se muere. Y parece muy indignada de que padre haya tenido la desfachatez de morirse antes de que ella tuviera tiempo de ayudarlo.

Pues eso, pobre Lydia. Maldita lástima de Lydia, y es lo que también le digo, que tú siempre tuviste muy mala suerte, Lydia. Porque cuando por fin contáis con medios suficientes para conseguir a madre una plaza en la residencia, va madre y se muere. Y ahora que podíais llevaros a padre a casa, va padre y se muere. No te parece raro,

Lydia, le digo, que unos no tengan sino maldita la suerte suya. Y ahora que os va tan asquerosamente bien para que podáis prestarme algún dinero y enviar así a Yngve a la escuela, entonces voy yo y también me muero, le digo.

Y a Lydia se le pasa el llanto y se me queda mirando y la maldición se le sube a los ojos, se nota. Se incorpora más rápido que ligero y se dirige a la cocina meciendo sus grasas en la rabia. Va a cascarle al marido, al tratante de radios, que su hermano es un canalla. Conque mejor apartarse de la circulación. Entro en la alcoba y cierro la puerta a mi espalda para que nadie me moleste. Porque ahí fue donde pasé la última noche con padre, en verano de dos años atrás. Huele a polvo y clausura, pero fue ahí, en ese sofá, donde me senté junto a él. Entonces la ventana estaba abierta, pero va padre y la cierra y dice que quizá haya alguien escuchando. Hay que ver lo desconfiado que se había vuelto. En eso lleva razón Ulrik. Y siento extrañeza al estar ahí recordando el pasado. Y pensar que nunca más volverá aquí. Sobre la mesa donde nos sentamos la vez que enterramos a madre está el periódico local con la esquela mortuoria a la vista. Para eso no ha sido tacaño Ulrik, una verdadera fortuna ha debido de costarle. Bien se ha acordado del rapapolvo que se llevó a cuenta de la esquela mortuoria de madre, que no fue nada, una esquelita de mierda que había que leer con lupa. Pero Ulrik nos salió respondón con el pretexto de que él no podía adivinar entonces cómo iba a aparecer en el periódico. Racanería es lo que fue. Y no otra cosa.

Vaya, eres tú. Es Ulrik, acaba de abrir la puerta de la alcoba y se asoma curioso. Seguramente cree que me he encerrado para beber a solas. Y Lydia le sigue pero no se asoma, parece que ha tenido lo que siempre ha merecido. Pero no, no es por uno por lo que han venido. Es por el reloj de padre, el reloj de cuco que padre mismo talló de joven. Cuelga de la pared encima de la cama y siempre estuvo orgulloso de él. Cuando alguien llegaba a casa de visita, lo primero que hacía era llevarlo a la alcoba y enseñarle el reloj. Y él mismo le daba cuerda. Tenía escondida la llave del reloj en la cómoda para que nadie la encontrara, y por ser yo su predilecto fue por lo que una vez, de niño, pude darle cuerda. Pero padre estaba aquella vez borracho y antes me advirtió... Si tú le das cuerda, diablillo, entonces...

Así que no va a ser Lydia la que vaya alardeando de haber dado cuerda al reloj de cuco, de eso nada. Ni tampoco Ulrik por lo que le toca. Y sobre todo porque tampoco lo afirma ninguno de ellos. Pero Ulrik le dice a Lydia, y a mí por si quiero oírlo, creedme o no pero el reloj de padre se paró la noche en que murió. Clavado al minuto, dice Ulrik. Y los tres miramos el reloj. Se había detenido a la una y media, a la una y veintitrés minutos para ser exactos.

Pero Lydia, hay que ver cómo se pone Lydia, es que no está en sus cabales. Se ha puesto tan gorda desde el entierro de madre que apenas cabe por la puerta de la alcoba, pero al cabo entra. Entra y se queda delante de la cama de padre y dice que si Ulrik no puede poner el reloj en marcha, seguro que puede arreglarlo Nils, su marido tenía que ser. Porque Nils es muy apañado. Y ahora se ha vuelto tan refinada que ya

no puede llamarle Nisse. La próxima vez que nos veamos, si es que va a haberla, lo mismo me llama señor Johansson. Pero entonces Ulrik y yo nos cruzamos una mirada para convenir que nadie, en ningún caso, vaya a darle cuerda al reloj parado antes de que padre estuviera enterrado por lo menos.

Ahora andan preparando la comida en la cocina. El granjero vecino le ha prestado a Ulrik la ayuda de la mayor de sus chicas y parece moza de buen ver. Se parece a Frida en sus mejores tiempos. Le rozo el brazo, sólo levemente, cuando está ante los fogones dándole vueltas a las tortas, pero entonces va Lydia y me clava la mirada, hay que ver qué despropósito. La chica no nos acompaña a la mesa, se queda leyendo un periódico en el sofá mientras nosotros comemos. Un trago me habría sentado de miedo, pero el tratante de radios no parece muy dispuesto, conque mejor ni intentarlo. Para empezar nadie dice una palabra. Parece que nadie se atreve, así que cuando nadie dice nada voy yo y digo que vaya cochazo que te has agenciado, *Nils*.

Y a *Nils* se le enciende la jeta para que uno empiece a acariciar la esperanza de un trago. Pero entonces mete baza Lydia, esa maldita Lydia que todo lo arruina. Porque cree que uno ha venido a incordiar, así que me suelta que hay quienes no gastan en aguardiente todo lo que ganan, pero aun así también pasan sus buenos ratos. Ahí te las dieron todas pese a no haber mentado una sola vez la palabra aguardiente desde que pusiste el pie en casa. Y mira que me han denigrado veces, pero hacerlo delante de una extraña resulta bastante lamentable. Pero la chica no levanta la vista del periódico aunque escuchar, escucha. Se nota. Por lo que a uno le va quedando cada vez más claro que pasar la noche en casa va a ser la muerte misma. Podía haberle contestado. Recordarle el dinero que había enviado a padre para tabaco durante ocho años y los vestidos para madre en su día. Conque si alguien quiere ajustar cuentas no va a ser uno quien se eche atrás. Pero mejor no menearlo. Eso no acaba nunca.

Así que tras la comida bajo a la bodega, donde Ulrik ha dejado la maleta y la caja con la corona. Hay varias coronas más en el suelo. La de Ulrik y la de Lydia. Lena también ha enviado lo suyo, una flor. Y no es por ser quisquilloso, pero vaya mierda de corona que han comprado Lydia y Nisse. No han tenido el detalle de comprar una cinta decorosa. Y la de Ulrik, qué vulgaridad de corona, pero hay diferencia entre poderlas comprar aquí o en la ciudad. Y Lena sólo ha enviado una flor, pero es preciosa y no se le puede reprochar la falta de recursos para comprar una corona cuando lleva casi medio año en el sanatorio. Nada hay de Tage, el hermano pequeño, pero seguro que trae la propia cuando llegue en el tren de la noche. Y madre, de ella sólo me acuerdo yo. En la caja traigo un ramillete de flores para ella y lo saco porque voy a ir al cementerio esta misma tarde. Abro la maleta y me meto una petaca de aguardiente en el bolsillo. No porque vaya a ver a Panadero, no, pero siempre puedo toparme con algún viejo conocido y en cualquier caso resulta grato tener algo con que invitar.

Cuando vuelvo están en la cocina como en misa mientras la pobre chica lava la vajilla, pero no hay quien le eche una mano. Conque agarro un paño y me pongo a

repasar la vajilla. Pero entonces va Lydia y dice que me deje de coquetear. Tus historias son tan archiconocidas que no hay chica decente que quiera tener tu ayuda. Y decente quiere ser la moza, claro, así que se le suben los colores a la cara y me arrebató el paño de un tirón y me dice a voces que no, que gracias. Y allí quedo como un truhán. Conque vete tú a saber las pestes que han echado de mí mientras estaba en la bodega.

En todo caso cojo el ramillete para madre y digo que me voy a visitar su tumba. Pero entonces le entra la alarma a Lydia, se nota, porque rápido cae en la cuenta de que en tal caso *Nils* pueda llevarnos al cementerio, querido Knut. Y maldito el interés repentino que siente por la tumba de madre, pero lo único que quiere es impedir que yo vaya solo. Teme que pase lo de la última vez. No porque yo le importe, porque a ella le importo un comino, sino porque está pensando en las habladurías. Porque fueron muchos los dimes y diretes con ocasión de la última vez, por haberme emborrachado la noche anterior al entierro de madre. Pero tampoco es que *Nils* y Lydia me importen mucho a mí, además *Nils* está en el retrete y me da tiempo a salir y atajar por medio del campo antes de que salga y me lo encuentre.

Vaya hermanos que tengo. Apenas me creen capaz siquiera de acercarme a la tumba de madre. Y hay que joderse la indirecta que me suelta Ulrik. Rastrillo y regadera tienes a mano, en el cementerio, si es que vas a ir allí. ¡Si es que vas a ir allí! ¿Acaso cree que voy a tirar el ramillete al río? Ocho coronas me ha costado para que nadie pueda decirme que no he hecho lo que he podido por mis padres. Si todos hicieran lo mismo, mejor se evitarían las reprimendas.

Es un buen mes de octubre, hay que decirlo. En un sembrado cercano a la linde del bosque arden un montón de matojos de patatas. Y los Wiklund se han hecho con una cosechadora que está junto al cobertizo del establo. Si Ulrik fuese un poco emprendedor podría ir a medias con Wiklund en lo de la cosechadora para no tener que trabajar tanto. Eso es lo que le digo cada vez que vengo a casa, pero Ulrik quiere matarse a trabajar, así que no hay motivo para entrometerse. El camino está cubierto de hojarasca y empieza a oscurecer, hay que aligerar el paso para llegar al cementerio antes de que sea noche cerrada. En la ventana de su casa el cura está fumando en pipa, un cura que fuma en pipa. Qué cosa más rara. Qué bien se anda el camino, aunque el herrero parece tener dificultades. Va dando tumbos de un lado a otro y una, dos, tres y cae de cabeza en la cuneta. Difícil tiene lo de mantenerse sobrio, pero es un buen hombre y padre lo consideró uno de sus últimos amigos. Al chapista habría que decirle unas pocas palabras antes de regresar a la capital. Pase que bebieran juntos, pero eso de mandar a padre a casa en el estado que estaba, de eso tendría que hablar con el chapista.

No hay mucha gente fuera, pero en la sala Pabellón hay baile, aunque estemos a mediados de octubre. Eso es lo que anuncia un cartel. Si no fuese por la muerte de padre, seguro que allí iría. Y para jugar al minigolf es demasiado de noche. Tirar una cincuenta por la borda y no hacer ni un hoyo, bueno es uno para eso. Así que sigo el

lado recto del camino y abro la verja del cementerio. La tumba familiar se encuentra fácil. Suerte porque pronto oscurece para tener que andar buscándola. Queda justo por delante de la puerta de la morgue, así que en el entierro de madre portamos el féretro al lado de la tumba abierta y entramos en la capilla y el mismo recorrido de vuelta. Qué sofoquina aquélla, pero también estábamos a mediados de julio, en medio de una ola de calor.

En la tumba hay un jarrón con flores marchitas. No, no es Ulrik quien cuida la tumba. Tampoco han pasado el rastrillo. Pero si de mí depende, así se queda, tan de noche como es. Y ahora vuelve a parecer decorosa. Bonito ramillete, a ver quién dice otra cosa. Pero dentro de la morgue andan claveteando, tan tarde. Maldita idea. Dejad de clavetear, no sea que despertéis a padre, pienso. Valiente insensatez. Ahí andan claveteando los decorados de los féretros. El chico de los recados se asoma un rato pero no me reconoce. Y bien que sea así. A estas horas no tengo ninguna gana de entrar en la morgue. Con tal de que pongan una losa en la tumba de madre, de padre y madre habrá que decir ahora, va a quedar muy bonito. Y el sitio es bueno, diríase el mejor.

Qué oscuro está ahora. Y el viento sopla para que siseen las hojas de los árboles y cruja el tejado de la capilla. Si pudiera ir a algún sitio. Al menos en un café podría sentarme un rato. Acaso aparezca algún conocido. Y debería dejarme ver ahora que estoy en casa. Porque si no van a decir que Knutte se ha vuelto tan engreído que sólo se deja ver en el pueblo cuando viene y va a la estación.

Tal vez encuentre a Panadero. Bien se acuerda uno de lo que pasó cuando murió madre. Llego a casa de Panadero, para pedirle a cuenta el aguardiente que había echado a perder el hermano pequeño, y allí me paso la mitad de la noche. Sólo el diablo sabe todos los sitios que recorrimos antes de volver a casa. Y es que con Panadero la cosa va que arde. Pero me gustaría saber algo de padre. Fue de todos modos Panadero quien le siguió en coche y a punto estuvo de atropellarlo. De ir a casa de Panadero, sería para preguntarle por padre. Y que se lo tomen muy a pecho Lydia, Nisse y toda la cuadrilla, si es lo que quieren. ¡Qué les importó a ellos padre mientras vivía! Ahora que él está encerrado ahí dentro, ellos andan por casa enredando, dándose coba y haciendo pantomimas. Pero mientras él estuvo con vida yo fui el único que le dedicó un pensamiento. Enviándole dinero todos los meses durante ocho años, y ya quisiera ver uno las escasas monedas que Lydia sacara del monedero para cuidados de padre. De modo que lo más acertado va a ser ir a casa de Panadero e informarme. No voy a defraudarlo ahora aunque sea lo último que haga por padre. Enterarme de lo que pasó. Y bien lo sabe Panadero por ser él quien ayudó a meterlo en casa de la enfermera. Y habrá que agradecérselo. No hay cosa más debida y razonable que ir a casa de Panadero y darle las gracias por lo que hizo por padre. Es lo menos que se puede hacer.

Así que cierro la verja a mi espalda, encuentro una colilla en el bolsillo y la prendo bajo la farola. Entonces se acerca un coche con las luces cortas, deslizándose

a lo largo del muro como si buscara a alguien. Y se detiene a mi lado, abre la puerta y aparece Panadero.

—Sube, chico —dice, y subo porque justamente iba en busca de Panadero. Panadero y ningún otro.

—He pasado por tu casa —dice Panadero—, y tu hermana me ha dicho que habías ido al cementerio. Voy entonces para allá —le digo—, y tu hermana se pone colorada como un tomate, así que cojo y salgo tarifando, me dice Panadero.

Y mientras tomo asiento en el coche al lado de Panadero, me pongo de mala leche. Todos saben que fue Panadero quien ayudó a meter a padre en casa de la enfermera. De modo que Lydia bien podía haber tenido la delicadeza de darle las gracias por lo menos. Panadero pone las luces y el asfalto brilla como una pista de baile. Entonces nos ponemos en marcha. Qué bien huele dentro del coche, Panadero se ha puesto tanta loción que me parece estar en la barbería. Buen coche. Qué fino marcha. Hay que joderse, podría compararlo con el de Nisse. Aunque siempre sean los mismos los que tengan que dar la nota.

Qué bien conduce Panadero, no se puede decir otra cosa. Frena a la altura de la casa de la enfermera y hace un gesto con la mano derecha. Pero decir, no dice nada. Seguro que se refiere a lo que cada cual entienda. De modo que miramos por la ventanilla y me parece que hay alguien tendido en el camino. Por fuera de la cerca de Jacob. Pero no deja de ser una ilusión. Maldita ilusión.

—Vamos a pasar primero por casa —dice Panadero, y acelera para que el condenado coche vuele. Pasar por casa. Maldita expresión. La habrá aprendido a última hora. Acaso se la haya oído a algún representante de levaduras en polvo. ¿Y si le pregunto ahora por padre? Mejor será esperar a que estemos en su casa. Ahora tiene que concentrarse en la conducción. Capaz que se sulfura si uno arremete ahora. Y la petaca la llevo conmigo. Se la voy a regalar en señal de agradecimiento. Se la voy a regalar en cuanto lleguemos a su casa. Preguntarle y darle las gracias, eso se puede hacer a la vez.

No hemos cruzado una sola palabra cuando Panadero echa el freno ante su verja. Panadero cree que estoy deprimido por lo ocurrido a padre, de modo que me palmea en el hombro antes de salir del coche.

—Ánimo, chico —dice Panadero—, ánimo.

De modo que sonrío y salgo del coche. Panadero vive ahora a lo grande. He comprado butacas nuevas para el salón, dice Panadero, y tejas para el tejado en vez de cartón. Y me he comprado un tocadiscos en la ciudad, añade. No a ese jodido tarugo de Nisse. Mullido asiento el de la butaca, casi me hundo hasta las orejas. Panadero ha puesto un disco y no voy a tener más remedio que escucharlo hasta que finalice, antes de decir nada. Pero son varios los discos que ha puesto y eso va a llevar su tiempo. Mientras tanto Panadero pone unos vasos en la mesa y saca de la cómoda una botella de *whisky*. Yo no voy a ser menos y saco la petaca. Panadero la mira con asombro. Panadero, digo, Panadero —pero resulta imposible decir nada—.

Resulta imposible ponerse a hablar de padre. Habrá que esperar a entonarse primero.

Levanta la mano ahora, levántala. Así que cuando Panadero descorcha la botella y va a servir los tragos, levanto la mano y le doy el alto. Que no he venido aquí a beber. Y si Lydia está cascando en la cocina de casa, delante Ulrik, de su tratante de radios y de la criada del vecino, de que Knutte estará ahora bebiendo en casa de Panadero, tendrá que meterse esa opinión donde le quepa. Que a mí siempre me han denigrado. Como si no pudiera ser una persona decente por dedicarme a la recogida de basuras. Pero por echar, que echen todas las pestes que quieran.

—Pero hombre —me espeta Panadero—, ¿es que no vas a beber tu propio aguardiente?

—No me apetece, le digo; pero entonces Panadero se pica y dice que mucho le duele que aprecie su hospitalidad de esa manera. Y no quiero desairar a Panadero y me pongo a pensar en lo que hizo. Porque fue él quien se ocupó de padre cuando éste cayó de la bicicleta. Así que de todos modos brindo con Panadero. Sólo un trago. Dos a lo más.

Hay que ver lo bien que ha dejado la casa. La última vez era otra cosa. Entonces sólo tenía una cama de hierro y unos cajones que hacían las veces de sillas. A ver si se acuerda de las diez coronas. ¿Y si le pregunto ahora por padre? Pero es que el maldito tocadiscos no deja de sonar. En fin, habrá que esperar otro rato. Su mujer no está en casa. Así que, por decir algo, le pregunto por ella antes de preguntarle por padre. Pero Panadero casi se ofende. Se ha largado, me dice. No con otro sino a casa de sus padres, en Medelpad. Iba diciendo por ahí que Panadero no hacía otra cosa sino beber desde que acertó la quiniela, y un puto día, una noche mejor dicho, dice Panadero, al llegar a casa hay una carta en la mesa de la cocina. Y ni un solo bocado en casa. Qué disgusto, dice Panadero. Así que ahora me he quedado solo, dice al cabo. Y el hombre se deshace en lágrimas. Se mira las manos y empieza a llorar.

Pues sí, qué pena de Panadero. Es un buen chico. Así que le sirvo unas gotas y otras tantas para mí. No vaya a ser que se ponga más triste. Y preguntarle por padre tendrá que esperar. No es el momento de interrumpir a Panadero. Está berreando de bruces sobre la mesa. Anímate, hombre, le digo. No nos hemos visto desde el entierro de madre, le digo, y habrá que celebrarlo. Así que para consolar a Panadero me echo un trago más. Porque Panadero es un buen muchacho.

También se llevó el perro consigo, dice Panadero, como para no estar disgustado. Pues sí, mira que llevarse el perro, vaya maneras. En eso coincido con Panadero. Lo tuyo no es nada, me dice Panadero, lamentar a un muerto tiene un pase, pero lamentar a una que vive es mucho peor. A lo dicho, por ahora no puedo sacar a colación lo de padre. Habrá que esperar a que se calme Panadero. Pero parece inconsolable, hay que ver cómo le lloran los ojos a Panadero. Venga, apuremos estas gotas, le digo para contentarlo y vació la petaca. Habrá que tomar este trago para consolar a Panadero. Mucho me serví. Así que ya basta. No por que esté borracho, pero lo último que deseo es que Lydia se lleve el agua a su molino.

Pero Panadero sigue inconsolable. No hay manera, aun ni por ésas, de abordar lo de padre. A cambio, empiezo a hablarle de Elinda. No vayas tú a pensarte que eres el único que tiene problemas con la mujer, empiezo a decirle. Y a Panadero se le ilumina la jeta tan pronto como menciono a Elinda. Acaso no tan de golpe, pero de a poco. Y es que es la historia de siempre. Se restriega la palma de la mano por los ojos y se enjuga las lágrimas. Destapa la botella de *whisky*, pero entonces le digo que ya está bien. Aunque Panadero se enfurruñe con las mismas. Pues que sirva si quiere, pero beberlo va a ser otra cosa.

Pero hay que joderse lo dentro que llevo la historia de Elinda. Tanto tiempo triturándome los sesos, pero maldita la dificultad que tengo para quitármela de encima. De modo que cuando Panadero quiere brindar le sigo la corriente. Porque no resulta nada divertido pasárselas farfullando. Parece como si uno mintiera. Y después me siento mejor y no puede decirse otra cosa sino que Panadero me ayuda a sacármela de encima. Porque él sabe desde siempre lo uno y lo otro. Gracias a Lydia y Nisse. Conque si me salen respondones cuando llegue a casa, tendré que soltarles cuatro frescas. Que quede claro.

Y es que fue un desastre desde el primer momento. Si Elinda se hubiera liado con otro mientras yo hacía la mili, seguro que habría chicos más idóneos, pero tuvo que liarse con ese gordinflón de la ciudad. Compañero de clase de Nisse fue, y cuando me licenciaron se largó a la ciudad, dándoselas de ligón. Conque habría que darle otra somanta si es que vuelve a aparecer. Y a Nisse también habría que darle lo suyo para que no pudiera ir por ahí, en camisa blanca, echando pestes durante los próximos seis meses. Así que me echo un trago y le cuento la verdad a Panadero. Como si no la conociese.

Ocho meses acuartelado, le digo, y entonces nos destinan de Jämtland a Linköping. Conque aprovecho el alto en Estocolmo para acercarme a casa, que bien me vendría pasar una noche con la mujer. Así que tomo un taxi, dieciséis coronas me lleva la carrera, aunque bien empleadas están con tal de poder volver a tumbarme en una cama de verdad. Pero cuando entro en la cocina allí está el gordinflón, sentado en el banco de la cocina, descalzo, y la mujer de uno de rodillas, poniéndole los calcetines. De modo que no me lleva mucho tiempo entender lo que está pasando. Agarra tus calcetines, le digo al tiempo que se los arrebato a la mujer, y lárgate de aquí. De eso no te quepa ninguna duda. Así que se los pone más rápido que ligero y también los zapatos. Pero entonces me percató de que ni siquiera se los pone, sino que se larga descalzo.

Panadero sonrío y destapa la botella. Pero ya basta. Porque la botella empieza a tambalearse y uno se acalora hasta sudar la gota gorda. Así que le hago la señal de alto. Pero Panadero sólo sonrío y vuelve a servir. Y que sirva es una cosa, pero beber va a ser otra. Que uno tiene carácter, que no les quepa ninguna duda a esa cuadrilla que anda por casa echando pestes de mí. Pero he oído, dice Panadero, que fuiste tú el que salió malparado. Uno me dijo que Nisse le había dicho que fuiste tú el que se

llevó una somanta, dice Panadero. ¡Una somanta! ¡Yo! De Nisse podría creerse, maldito marrullero. No, si alguien tiene que llevarse una somanta, ése va a ser Nisse. Y capaz que me va a oír en cuanto llegue a casa. Si es que me encuentro en forma. Que con unos tragos encima soy capaz de hablar. Un hatajo de hipócritas es la cuadrilla que anda por casa. Así que bebo y empiezo a contarle la verdad de lo sucedido.

Conque llego directamente del infierno de Laponia, le digo. Ah, Panadero, tendrías que haber venido tú en ese viaje. Diez mozos éramos y diez litros de aguardiente teníamos. Por eso tenías que haber venido. Bien entonado iba yo nada más llegar a Estocolmo, en forma para proseguir el viaje a Linköping al día siguiente. Conque tomo un taxi desde la Estación del Norte a casa, veinte coronas me lleva la carrera. Ya sabes, Panadero, que uno no repara en gastos cuando de la mujer se trata. Ya verás qué alegría le voy a dar, pienso mientras abro la puerta. Y allí está la diabla misma, refocilándose con un tiparraco en la cocina. Él está medio en cueros, de modo que no resulta difícil adivinar lo que están haciendo, le digo. Siempre fui bueno con la mujer, Panadero, bien lo sabes tú que me conoces. Así que la aparto a un lado, pero al tipo lo arranco del sofá. Vístete, que te voy a dar una tunda, le grito mientras me desprendo del capote militar. Después de la que te voy a dar no vas a estar para ningún concurso de belleza, le suelto con toda sorna, y el chico sale tarifando, maldita sea, Panadero, tal como te lo cuento. Descalzo sale tarifando. Que no soy yo de los que se andan con contemplaciones, Panadero, bien lo sabes tú, digo. Que si van por ahí echando pestes de mí, se las voy a devolver todas, bien lo sabes tú, Panadero, digo. Capaz que uno no sea un hombreras como algún que otro pobre diablo, el tratante de radios entre tantos, pero si creen que en eso consiste la fuerza entonces están pero que muy equivocados, Panadero, digo. Ocho meses me he pasado en el infierno de Laponia. Y sin una sola mujer en todo el tiempo. Espera y verás cuando vuelva a casa con la mujer, pensaba, y veinticinco coronas me costó el taxi. Ni un céntimo más ni un céntimo menos, ya lo sabes, Panadero, digo. Que la mujer siempre ha sido la primera en los pensamientos de uno.

Y si se me caen las lágrimas, no es Panadero de los que digan nada. Me da unas palmaditas en el hombro y dice que no eres tú, Knutte, quien deba llorar. Porque amigos tienes, Knutte, bien lo sabes tú, aquí en casa más que en ningún otro sitio. En ti puedo confiar, Panadero, digo, pero quisiera darme el gusto de zurrarle la badana a cualquiera de la cuadrilla que anda por casa echando pestes de mí. Y Panadero dice que no vamos a estar aquí pensando en la mujer. Y no porque uno lo hubiera hecho, pero ahora que lo pienso, quién sabe lo que estará haciendo esta noche. Uno está de duelo. Tiene que viajar para ir a enterrar a su propio padre y mientras tanto la mujer sale por ahí de picos pardos. Qué solo estoy. Nadie tengo en quien confiar. Vamos a bebernos estas últimas gotas, dice Panadero. Pero que no crea la mujer que ella es la única que puede divertirse cuando estoy fuera y de duelo. Y las bebemos.

Ocho meses me pasé en el infierno de Laponia, digo. Je, je, je, ríe Panadero como

si ya lo hubiera oído antes. Que no vaya a ser Panadero quien se ponga insolente. Corceles más briosos me ha tocado amansar. Qué solo estoy, sin nadie en quien pueda confiar. Acaso es extraño que me ponga a llorar. Anímate, chico, me dice Panadero, ahora nos vamos tú y yo a Pabellón. Así que trato de levantarme de la butaca pero maldita la hondura de las butacas de Panadero. Está tan lejos, le digo, que allí no llegamos nunca. Vamos en coche, dice Panadero, y me tira del brazo para levantarme. Pero maldita sea, hay que ver cómo se tambalea el suelo y un vaso cae al suelo cuando me apoyo en la mesa. Mira que poner los vasos al borde de la mesa. Pero la mesa también se mueve y me apoyo en el tocadiscos y allí hay un jarrón que se va a hacer puñetas. No tenía que haber bebido ese último trago. Anteriormente estaba completamente despejado. Pero no va a ser la mujer la única que pueda divertirse en este mundo, de eso nada.

—Que le den por el culo al jarrón, vámonos ya. —Panadero apaga la luz y salimos fuera. Hacía tanto bochorno dentro que me entran ganas de vomitar. Me sentiré mejor cuando me dé el aire. Y mal pavimentado tiene que estar el camino para que tropiece y me caiga de rodillas. Qué fastidio, Panadero va a creer que estoy borracho. Pero no va a ser Panadero quien se ponga insolente. Se ha vuelto rico, pero cree alguien que va a acordarse de las diez coronas que le presté. Que uno guarda ciertas verdades para soltárselas a quien sea en cualquier momento. A Nisse tendría que darle alguna vez un guantazo para que se acuerde de que conmigo no se juega. Y al chapista, como esté en Pabellón, vete tú a saber lo que le vaya a pasar.

Qué bien me siento dentro del coche. Y además, Panadero es alguien en quien poder confiar. Se sienta al volante y se acomoda. Pero tiene que haber un botón que no encuentra porque mover, no nos movemos. Y hay que ver lo divertido que resulta ver a Panadero toquetear el salpicadero como quien acaricia a una chica. Panadero tiene que estar muy borracho. Qué graciosos parecen los feos. Perdón porque empiece a reírme. Reírme a carcajadas, mejor dicho. A reírme tanto que la puerta se abre y a punto estoy de caerme del coche. Aunque Panadero se enfurruñe cada vez más. ¡Y hay algo más gracioso que un feo enfurruñado! Me río hasta que se me saltan las lágrimas. Por fin arranca el coche Panadero, pero sale a la carretera dando marcha atrás y choca contra un poste del alumbrado. Entonces Panadero se echa a reír, pisa el acelerador y salimos disparados como una bala. Y hay que ver cómo conduce Panadero. Los ciclistas nos gritan y nos increpan y la gente que está al borde de la carretera se nos queda mirando. Y no ha puesto las luces y es que Panadero conduce de cualquier manera. Y río hasta que se me saltan las lágrimas y hay que ver la merluza que lleva Panadero.

A esa velocidad nos plantamos en Pabellón en pocos segundos. Hay mucha gente fuera que se me queda mirando al verme reír. Como si no hubiera manera de divertirse en este maldito país. A la entrada hay un desnivel donde tropiezo y caigo al suelo de rodillas. El portero va a creer que estoy borracho. Y me temo que no voy a poder entrar. El portero hace la señal de alto. Que no puedo entrar, digo y me

enfurruño. Que no porque esto sea un coto de caza necesitas tú disparar, le digo al portero. Que de eso nada, que no voy a ser yo quien se arrugue ante unos pocos botones amarillos. Pero Panadero no acude en mi ayuda. Sino que me agarra para que me tranquilice y se dirige al portero como si respondiera de cincuenta mil por lo menos: Que hay periódicos.

Y uno, que siempre ha sido rápido de reflejos, entiende con las mismas la indirecta de Panadero. Ten por seguro, Panadero, que en cuanto vuelva a la capital voy a escribir una carta al director para contar los malos modos con que los gorilas de provincias tratan a la gente. Puedo dirigirme a cualquier periódico y publicarlo, le digo al portero aunque él sólo se ría. Para dejar constancia cuando la ocasión lo requiera. Pero Panadero me toma del brazo y caminamos rodeando Pabellón, y salimos al bosque y tropiezo contra una raíz y caigo al suelo y Panadero se enfurruña y dice que si me caigo otra vez me jura que allí me deja tumbado. Pero no va a ser Panadero quien me salga respondón. Qué culpa tiene uno de que haya raíces delante de los pies. Qué retorcidos son todos.

Pabellón está solamente rodeado de una alambrada de espinas que Panadero me ayuda a saltar. Aunque uno se quede un poco enganchado al alambre. Pero no es nada. Lo importante es que hemos burlado al vigilante. Qué buen chico es Panadero. Lo tomo del hombro y le digo que tuve que pasarme ocho meses acuartelado en el infierno de Laponia. Je, je, je, se ríe Panadero y me da un empujón. Como si uno no supiera hablar de otra cosa. Que no crea Panadero que puede tratarme de cualquier manera. Pero Panadero sigue adelante aunque le llame a gritos. Invita a una chica y sale a bailar a la pista. Pero cuando yo invito a una me da calabazas. El maldito dinero lo es todo en la vida. Habrá que acertar una quiniela antes de venir aquí a bailar. Y no se ve a ningún conocido. Pero ya no soy el mismo. Aunque nacido y criado aquí, algo se te pega si has vivido doce años en la capital. Así que voy de aquí para allá hablando con la gente. Que tímido no es uno y hasta puedo resultar simpático cuando me da por ahí. De modo que todas las chicas se acercan y se ponen a charlar conmigo y parece que a algunas les divierte porque se parten de risa. Que ya no es uno un jodido paleta. De sobra sé cómo encandilar a las chicas. Nadie va a decir otra cosa.

Entonces llega el chapista. Viene tan borracho que resulta difícil imaginar en qué coño estaría pensando el portero para dejarle entrar. Pero mejor dejarlo estar, habrá que salir a su encuentro y soltarle un par de palabras. Así que agarro al chapista del pescuezo y le digo: oye, tú te equivocaste de cabo a rabo si creíste poder tratar a padre de cualquier manera. Quién cojones rechista, dice el chapista. Knutte Lindqvist, si es que me reconoces, le digo, que amigo tuyo fue padre y te vas a arrepentir de haberlo emborrachado y mandado a casa en ese estado, le digo. Y lo que más me indigna es la nula estima por padre de que hace gala el chapista, saliendo a emborracharse la víspera del entierro. Así que te vas a llevar un guantazo, le digo. Pero entonces alguien se mete de por medio y me sujeta el brazo. Y la gente hace un

corro y se nos queda mirando. Pero no es mayor problema, al menos pueden oír qué clase de tipo es el chapista. Así que me giro y aparece de sopetón el guardia con la guerrera abotonada.

Lindqvist no va a pelearse con nadie, dice el fantoche, más bien tendrá que irse a casa. Lindqvist tiene que enterrar mañana a su padre. Piénsatelo, Lindqvist, dice el guardia. Y bien sabía lo que iba a responderle, pero entonces llega Panadero con una chica del brazo. Vamos, Knutte, nos largamos, dice Panadero, vamos a bebernos la media botella que tengo en casa. ¡Media botella! Panadero piensa que uno siempre está borracho. Se equivoca. Lo que quiere, claro, es proteger al chapista. Y maldita patraña si el guardia afirma que estoy borracho, en otro caso no me habría llamado la atención la media botella de Panadero. Pero el guardia, aunque viejo, es un tío muy forzado y el chapista se ha largado. Qué cobarde ha sido, aunque quizá esté acechando a la salida. O vaya corriendo por la carretera. Voy a pedir a Panadero que coja el coche y le dé alcance. Y después veremos quién dice la última palabra. Panadero es buen chico, seguro que lo hace. Conque uno camina de buen grado aunque venga el guardia rezongando a mi espalda. Que no se crea ser un dictador, nada de eso. No se lo va a creer por la madre que me parió. Que hay periódicos, les digo a Panadero y a su chica. Je, je, je, ríe Panadero. Como si uno no supiera decir otra cosa. Y no aprieto el paso por mucho que el guardia venga pisándome los talones. Escucha, Lindqvist, dice el guardia. Con qvi, recuérdalo, le replico. No vaya a creerse que puede tratar a uno de cualquier manera. El portero se me queda mirando cuando traspongo la entrada. Cree ver visiones, maldito tarado. Que hay periódicos, le digo. Y parece que se amilana. De modo que amenazar con los periódicos surte efecto entre los paletos.

Ahí está ese puto desnivel. La chica de Panadero va a creer que estoy borracho. La chica no está nada mal. Un tercero viene haciéndole arrumacos por la espalda, pero Panadero le dice que deje a su chica en paz. Panadero siempre ha tenido mal vino. Pero ahora prosigue su marcha. Se mete en el coche, la chica se sienta a su lado y yo también me meto en el asiento delantero. Creían, claro, que iba a sentarme en el asiento trasero. Pero de eso nada, maldita sea, que bien se lo pasa uno arrimado a una chica. Y cuando la ocasión se presenta se aprovecha y punto.

Panadero va a tener que lucir ahora sus habilidades. Sale a la carretera despacio y tranquilo y pone las luces. Pero luego acelera y la chica rebota en el asiento. Está buena y todavía no se ha decidido quién se la va a llevar al huerto, de eso nada. No es que yo sea mujeriego, pero siempre se me han dado bien las chicas. Ocho meses me pasé en el infierno de Laponia, le digo a la chica. Pero ella sólo ríe. Panadero también ríe e incrementa la velocidad. ¡Je, je, je! Como si uno no supiera decir otra cosa.

Pero maldito el sofoco que siento de repente. Acalorado voy hasta sudar la gota gorda. Y el zumbido del motor me taponan los oídos. Y el *whisky* se me atasca en el gaznate. Tiene que haber una avería en el tubo de escape para que el humo se meta dentro del coche. Pero Panadero no dice nada. La chica va acariciándole la barbilla.

Hace más calor y bochorno y siento como si un puto surtidor me bombease el *whisky* hasta el gaznate. Y además ese jodido pudin que comí en casa. Y la carretera que empieza a hacer eses sin ton ni son. El viento atrapa y estruja la carretera y los setos se mecen para que me sienta mareado. ¡No, baja la ventanilla! Pero agarro el manubrio equivocado y abro la puerta.

¡Qué cojones haces!, me grita Panadero, y aminora la marcha. No necesita gritarme. Que no crea que voy a dejarme tratar de cualquier manera por un jodido advenedizo. Que no puede devolver una vieja deuda de honor. Qué bien me sienta el aire; el atasco se me pasa. Ya estamos cerca de la casa de la enfermera. Por ahí fue por donde Panadero condujo aquella vez. Habría que darle las gracias. Hizo lo que pudo, quién lo duda. Pero si veo al chapista por la carretera, le diré a Panadero que lo atropelle. Pero Panadero aminora la marcha y yo trato de cerrar la puerta antes de que se cabree Panadero. Y habrá que darle las gracias. Faltaría más.

Panadero, le digo. Pero entonces vuelve el ahogo. Tiene que haber entrado humo en el coche para que me sienta tan mal. ¡Sal fuera, cabronazo!, me grita Panadero, cosa que resulta fácil por tener la puerta abierta. De modo que me quedo tumbado en medio de la carretera a la vez que oigo gritar a Panadero dentro del coche: ¡Pues no iba a vomitar en el coche! ¡Pero coño, mira que ponerse a vomitar en mi coche! La chica cierra la puerta. Y se largan.

Aquí no estoy nada bien. No me he roto nada y se me pasa el mareo. Pero cuando trato de levantarme siento que tengo las piernas de barro. Así que me quedo tendido de espaldas, alargo la mano y me agarro a una cerca. Es la cerca de Jacob. Y no me extraña sentir un repentino escalofrío. Porque la casa de la enfermera está a oscuras. La carretera está a oscuras. Y no brilla una puta estrella. Y solo estoy, solo como siempre he estado. Bien recuerdo cómo me rodearon, mirándome de soslayo, durante el entierro de madre. Siempre solo. Padre fue el único que se portó como una persona. Y ahora padre ha muerto. Ahora soy yo quien yace de espaldas donde padre cayó por última vez y si viene un coche por la carretera, vete tú a saber si le va a dar tiempo a frenar. No me extraña que empiece a llorar. Y siento mucho frío. Y empieza a llover. Así que se me calan hasta los huesos. Y hay que joderse, mira que marearse en coche. Ahora andará por casa toda esa maldita cuadrilla echando pestes de uno, diciendo que Knutte estará borracho como siempre. ¿Qué culpa tiene uno de tener las piernas de barro? ¿Qué culpa tiene uno de marearse en coche? Y ese maldito pudin, se lo van a tener que tragar. Van a tener que tragarse muchas cosas. El inventario de la herencia de madre y la forma en que Nisse se largó a su casa y trastocó sus términos, me lo van a tener que oír. Sólo padre estuvo de mi parte. No es extraño que llore. Y no estoy borracho, cómo diablos iba a estarlo y ponerme a pensar en inventarios. Nunca podría hacerlo estando borracho. Pero ahora tengo la cabeza despejada, así que se anden con cuidado cuando llegue a casa. A cualquiera de esa cuadrilla le vendría mejor cerrar el pico. Qué mierdas de coronas han comprado, ellos que tienen posibles, pero roñoso no he sido aunque sea barrendero. Nunca lo he sido. Quién va a

decir que yo he sido roñoso. Pero cría cuervos... Quién me agradece haber ido al cementerio a poner flores por valor de ocho coronas en la tumba de madre. O el dinero que padre recibió todos los meses, puntualmente, para tabaco, durante ocho largos años. Y veinte coronas me costó el taxi a la vuelta del infierno de Laponia y una patada en el culo es la que me dieron cuando llegué a casa. La propia mujer de uno ayudando a ponerme de patitas en la calle. Ingratitud es lo que siempre ha recibido uno. A quién le extraña que esté llorando junto a la cerca de Jacob. Y ahora aparece una luz por la curva. Es un coche. Qué más da si me atropella. Ya veremos qué dice luego esa maldita cuadrilla de casa. Vamos a ver si entonces no retiran todas las pestes que han echado de mí. Y si Lydia y su tratante de radios no se arrepienten de todo lo que han hecho, o dicho, cuando me entierren. Mira que ir a morir de esta manera. Porque está tan a oscuras que ningún coche va a poder frenar a tiempo.

Pero al cabo de un rato muerto alguien me alumbra el rostro y grita: ¡Jesús, pero si es Knutte, el de los Lindqvist! ¡Borracho está como una cuba! ¡Habrás que montarlo en la bicicleta y llevarlo a su casa! A su padre lo van a enterrar mañana. Aquí, en medio de la carretera, no lo vamos a dejar.

Así que van a llevarse el agua a su molino. Seguro que creen que estoy borracho aunque lo que tengo son piernas de barro. Pero se van a enterar desde el momento que me sienten de espaldas en el portabultos de la bicicleta y me lleven a casa. De eso y de mucho más. Ocho meses pasé en el infierno de Laponia y he pasado por todas. Y cojo un taxi en la Estación del Norte y el tipo que está en la cocina sale disparado por la ventana llevándose las babuchas de la mujer. Y casi a la mujer consigo si no es porque me controlo. Ocho meses pasé en el infierno de Laponia, digo. Je, je, je, ríe el chico que empuja la bici. Como si uno hablara con nadie. Descarados sí que creen poderlo ser por el solo hecho de que uno esté de momento fuera de combate. ¿Es que no puede uno marearse en coche? Hay pastillas contra el mareo y la próxima vez habrá que tomarlas. Para evitar malentendidos. Y uno de los chicos va empujándome por detrás como si fuera el guardia. Y capaz que no ha oído nada de lo que llevo dicho. Así que vuelvo la cabeza y empiezo: Ocho meses pasé en el infierno de Laponia. ¡Cierra el pico!, me responde el jodido imbécil. Como si fuera él quien hubiese pasado ocho meses en el infierno de Laponia. Pero para qué hablar con palurdos. Espera a que vengan a la capital y tengan que pasar las que ha pasado uno.

El camino está lleno de baches y la bicicleta va dando tumbos para que me quede dormido. Cuando me despierto estoy junto a una cerca y dios sabe qué cerca es. Aunque al fin veo que es la de casa. De modo que sigo la cerca hasta la verja, hasta que se acaba, y aunque tenga las piernas de barro logro ponerme en pie. Hasta que caigo rodando por la escalinata del zaguán, tan endiabladamente a oscuras como está todo. Ya podían haber dejado encendida la luz de fuera sabiendo que iba a volver. Pero nadie piensa en mí. De modo que debo arrastrarme solo hasta la puerta, echar mano al pomo y enderezarme, esperando que nadie hubiese oído la caída en la escalinata. Porque si no, tendría que oír hasta el día de mi muerte que estaba tan

borracho que no podía mantenerme en pie la noche anterior al entierro de padre. Pero no hay el menor riesgo. Seguro que están durmiendo a estas horas de la noche, tan tarde.

Pero ni por ésas. Abro la puerta de la cocina y allí están todos, sentados alrededor de la mesa, y me miran como quien ve un fantasma. Tage, el hermano pequeño, ha llegado y está tomando café y lleva el uniforme puesto. Y uno que yo me sé se pone quisquilloso. Ulrik, por ejemplo: Vaya, así que has estado en la tumba, dice. No irías a caerte allí, verdad. Pero entonces es Lydia quien se pone a berrear sin tasa. En todo caso me acerco un poco y aún algo mareado, así que ustedes perdonen si uno no se dirige precisamente a la silla adecuada. Además, tampoco es que me dirija a ninguna silla sino al fregadero donde la chica del vecino limpia la vajilla. Y no por cazurra deja de estar buena. Y podría meterle mano. Pero ella también empieza a berrear. Así que vete tú a saber las pestes que habrán echado de mí mientras estuve en el cementerio. Deja a la chica en paz, dice el tratante de radios, y se pone bravucón. Y Lydia llora como una loca. Es que no veis cómo está, añade Lydia. Empapado de vómito y mierda de arriba abajo. Y con un siete en los pantalones. Y sin sombrero. Y tan borracho que apenas se mantiene en pie.

Y quién va a adivinar que haya una silla detrás de uno. Tropezar es lo que hago en cuanto doy media vuelta. ¡Pero es que no puedo tropezar con una silla! Y no voy a tolerar ningún insulto. Podrán darse todo el pisto que quieran, pero comprar una flor para la tumba de madre es algo superior a sus fuerzas. Y mostrar tanto interés por padre para tener que oír lo que le ocurrió por boca de la persona que lo llevó a la casa de la enfermera, eso es más de lo que se les puede exigir.

Conque me acerco a la mesa y doy un puñetazo encima de modo que la taza de Tage cae al suelo. Y van a tener que oírme unas cuantas verdades. Durante ocho años estuve enviando dinero a padre, para su tabaco, digo, y me gustaría saber quién ha hecho más entre los presentes. Y madre recibió vestidos de Elinda hasta el día de su muerte. Y ya se sabe lo difícil que a algunos les resulta digerir el hecho de que uno sea barrendero. Porque ensuciar y tirar desperdicios lo hace cualquiera, pero barrer y limpiar es otro cantar.

Pero todos los de la cuadrilla son tan endiabladamente retorcidos que se ponen a hablar del traje, como si el mío no sirviera para un entierro de pueblo. Callaos la boca, les digo, que no todos viven a costa de embaucar al personal con aparatos de radio ni pueden permitirse el lujo de comprarse camisas blancas todos los días. Ser barrendero no es ninguna bicoca, pero no voy a ser yo, maldita sea, quien tenga que avergonzarse de mi oficio.

Pero hay que joderse. Aquí estoy hablando entre hermanos y demás ralea, y acaso cree alguien que hay un alma que me escuche. Cómo no voy a disgustarme. Qué solo estoy, qué solo he estado siempre. Qué tiene de extraño que empiece a llorar. Puedes usar mi traje, dice Tage, yo iré de uniforme al entierro. Y ese maldito tratante de radios dice que el asunto se zanja con el traje de Tage, es decir, si Tage no tiene nada

en contra de que se lo ponga perdido. Conque le suelto al tarugo que cualquiera puede marearse en coche si no está acostumbrado, que no todos pueden permitirse el lujo de pasarse todo el santo día repantigados en el asiento de un Volvo 39 o lo que sea. Pontjack, me corrige el tratante. Y seguro que te sienta bien, añade, porque tienes la talla de un recluta a pesar de tus treinta y tres años. Y le digo al embaucador que aunque yo no sea tan gordo como uno que me sé, seguro que le puedo dar una huasca con toda mala leche. Llegado el caso. Y hay que ver lo que el maldito tratante escupe por la boca. En ese caso, me suelta, deberías empezar por el pretendiente de Elinda antes de que te echen de casa.

Y solo me quedo en la mesa. Estoy de duelo. Y mientras tanto va la mujer y se mete con otro en la cama. Y mis propios hermanos, acaso cree alguien que siquiera ponen atención a lo que tenga que decirles durante medio segundo. ¡De eso nada, qué engañado estoy! Qué solo estoy. Y qué solo estuve siempre. Y lloro. Qué hacer sino verter lágrimas cuando Lydia se pone a rabiar como una fiera. Aunque al final Lydia se me acerca y me dice que vaya a acostarme. Y debe de estar muy cansada para que tenga que apoyarse en mí hasta la alcoba misma. Y la alcoba parece un infierno, tan cargada como está, para que el mareo vuelva a empezar. Me da tiempo a tumbarme en el sofá antes de vomitar. Pero no vomito porque he aprendido a aguantarme. Aunque tendría que levantarme a mear. Pero Lydia se pone respondona. Quédate quieto, me espeta, y empieza a sacarme los pantalones. Así que tendré oír hasta el día que me muera que Knutte estaba tan borracho la víspera del entierro de su padre que la hermana tuvo que quitarle los pantalones. Y también me quita la chaqueta. Me trata como a un muñeco. Pero que no crean, ni Lydia ni su marido, que pueden tratarme de cualquier manera. Se lo digo a Lydia y Lydia vuelve a llorar y dice que soy un jodido embustero porque no fui a poner flores a la tumba de madre. Pero si estuve pasando el rastrillo, le respondo, porque eso no lo podía saber. Pero entonces se pone furiosa y tira de la manga para que casi me descoyunte el brazo. Estás borracho y mientes, dice Lydia, porque la tumba familiar está abierta por razón de padre, así que no había nada que rastrillar cuando Nisse y yo pasamos por allí al atardecer.

Entonces habré depositado las flores en tumba equivocada. Y si no están allí mañana por la mañana, a tomar por culo las ocho coronas. Y me tacharán de embustero. Y me siento enfermo. Y en casa, en la capital, la mujer se va con otro a la cama. Y mi hijo Yngve, que corre a esconderse en cuanto llego a casa. Así que echan pestes de mí por todas partes. ¿Extraña que me ponga a llorar? Aquí estoy, llorando, casi desnudo, postrado en el sofá de padre. Aquí se tumbaba padre muchas veces. Y aquí estuvimos sentados padre y yo la última vez que nos vimos. De modo que tú, Lydia, deberías saber que padre siempre estuvo de mi parte. Y mientras estábamos aquí, sentados en el sofá, va padre y se levanta y se dirige a la cómoda y abre un cajón y se pone a buscar. Y al cabo de un instante saca lo que buscaba y lo coloca sobre la mesa. Es un pequeño jersey. ¿Te acuerdas de esto, Knut, me dice padre, te acuerdas del jersey islandés? Lo compré en la ciudad un día de Navidad y qué

contento te pusiste al recibirlo, dice padre. Y ahora quiero tener mi jersey islandés. Padre lo sacó la última vez que estuve aquí. Me gustaría tenerlo bajo la manta para poder pensar en padre.

Así pues, dónde está mi jersey islandés, le pregunto a Lydia. Lydia está al lado del sofá. La nariz de Lydia parece un dedo pulgar en una cazuela de cobre. Encendido tiene el rostro para que relumbre. Dónde está mi jersey islandés, digo. Pero no hay respuesta. Seguro que cree que alucino. Pero entonces va y dice: El jersey islandés, claro, lo vas a llevar al entierro. En vez de tu traje, ése ya se lo puedes regalar a un pobre del asilo. Así que Lydia no comprende nada, ni una puta jota. Y no puedo ponerme a buscarlo. Porque si levanto la cabeza me vuelve la náusea. Lo de marearse en coche es una maldición.

Lydia tiene la chaqueta en la mano y la mira como si le hubiera hecho algo. Y has perdido el brazalete, dice.

¡El brazalete! Y entonces me quedo helado. Entonces se me pasa el berrinche. Entonces dejo de sentirme perseguido. Y me olvido de Elinda. Y no lloro más. Porque postrado en el sofá de padre me doy cuenta de que soy una puta mierda. Perder el brazalete es como perder el duelo. Dar un traspie y dejar que se deslice del brazo. Eso es todo lo que pensé en padre, perdiendo el brazalete en medio de una borrachera. Soy una puta mierda, siempre lo he sido y siempre lo seré. Y cierro los ojos para no tener que ver toda la miseria que me rodea sin que por ello deje de haberla. El brazalete estará ahora en el coche, rebozado en vómito, o enganchado a la alambrada que rodea Pabellón, o quizá alguien lo encuentre junto a la pista de baile y diga Aquí ha perdido alguien un brazalete de luto. Es de ese maldito Knut, claro, de ese maldito borracho que no puede mantenerse sobrio ni para enterrar a su propio padre. Y lo mismo le pasó cuando enterraron a su madre. Un cafre, un cafre es el condenado de Knutte Lindqvist. «Qv», le dijo al guardia, que humos no le faltaban desde que se mudó a la capital y se hizo barrendero.

Y mientras me voy hundiendo cada vez más en una maldita sustancia asquerosamente cálida y amarillenta, recuerdo a grandes rasgos lo que pasó durante el entierro de madre. Tuve que ir de madrugada a vomitar por la ventana mientras Ulrik pasaba por fuera con las cántaras de leche y parecía muy disgustado. El patio no vas a tener que limpiarlo, me dijo, pero la entrada, maldita sea, sí que vas a tener que limpiarla. Y cuando vuelvo a despertarme resulta que no tengo pantalones. Por haberlos enganchado, borracho perdido, en una alambrada y haberles hecho un siete a la altura de la rodilla. Conque Lydia está remendándolos en la cocina. Al cabo de un rato voy y me escaqueo a la bodega, descorcho una botella y bebo un trago largo. En ayunas es cuando advierto el desliz. Y si no es porque padre me agarra y me lleva del brazo, solo hubiera tenido que haber andado hasta el coche. Y llego a la capilla en el último momento por culpa de la resaca y del mareo de coche. Hay que joderse, qué despacio han conducido. En la cripta, Nisse y Ulrik desatornillan la tapa del féretro donde yace madre, pálida y enjuta, la nariz afilada, y Ulrik le vuelve a poner el velo y

yo, que sostengo la vela, empiezo a llorar y a punto estoy de apagar la vela con mis lágrimas. Y el chirrido de la tapa al atornillarla por última vez. Y por delante va el párroco y nosotros le seguimos portando el féretro. Voy arrastrando los pies. Tú que eres el más enclenque, tampoco es que en traje parezca otra cosa, ponte el último, me dice Ulrik. Y la capilla está a rebosar de gente, ancianos los más, que se nos quedan mirando. Y es julio y voy sudando la gota gorda y menos mal que hay que depositar el féretro al pie del altar. Y después uno se prende al pañuelo todo el tiempo y parece que por la grava del cementerio se arrastra una serpiente. Y entonces aúpa y a portar el féretro de nuevo. Y el hombro me duele para poder gritar. Me pongo nervioso y trabuco las correas y Nisse quiere echarme la bronca, se nota, pero se acuerda de que está en la capilla y se la traga. Y despacio hay que portar el féretro de vuelta al cementerio y me siento fatal. Y madre huele, sólo un poco. Capaz que soy el único que lo siente. Y entonces hay que meter la caja en la tumba y, flojo como soy, suelto la correa demasiado pronto y la caja está a punto de desplomarse si no es porque hay otros más fuertes que yo. Y quiero hablar pero son lágrimas lo único que me sale, y la corona se me cae. Y luego de vuelta a los coches y al velatorio. Y demasiado aguardiente has traído, rezonga Lydia a la mesa, porque los viejos ya empiezan a estar borrachos y no se me ocurre otra cosa que decir que madre debiera estar aquí, lo contenta que se pondría al vernos tan alegres. Y lo he dicho en voz alta y hay que ver las miradas que me echan las hermanas, nadie se las merece. Pero padre está de acuerdo y sigue bebiendo y bien merecido lo tiene. Porque tampoco es que padre lo haya pasado siempre bien. Y por la noche me siento con padre en el dormitorio y eso nunca lo olvido.

Y mientras me hundo sé que mañana será igual. Aunque no exactamente lo mismo. Porque ya no habrá padre alguno que me invite a pasar a su alcoba y me hable como a un hombre. Ya no hay nadie que no quiera sino engañarme y ser cruel conmigo. Mañana estaré solo. Maldita soledad mía. Y a quién le extraña que empiece a llorar, postrado en la alcoba, desnudado por la propia hermana, hundiéndome en el somnoliento sopor de la borrachera. Y qué de extraño tiene que quiera tener mi viejo jersey islandés para acariciarlo bajo la manta.

Dónde está mi jersey islandés, le digo a Lydia, pero es demasiado tarde, ya que un segundo después la nariz naufraga y ya nada escucho ni entiendo. Sí, sigo existiendo durante un maldito segundo.

Cafre, le oigo decir a Lydia. En voz baja pero con maldita claridad.

Y un cuco que trina desde algún lugar a lo alto.

Y el reloj de padre que funciona de nuevo.

El hombre desconocido

Es la tarde anterior a una noche tormentosa. Una tarde de ver fotografías o escribir cartas. Plácidas, apacibles cartas sobre pequeñas cosas a amigos lejanos o parientes remotos. O de ver fotografías. Una caja entera llena para volcarla en la mesa. En el anochecer parece como si hubiera caído nieve sobre el tablero de caoba porque unas cuantas fotografías han caído del revés. Esas fotos las coge la mujer con las yemas de los dedos y les da la vuelta con un movimiento histérico, como cuando se levanta una piedra plana bajo la cual se espera que pequeños animalitos pululen hacia fuera.

Hace calor en la habitación donde esto ocurre y el hombre dobla su periódico y abre una ventana. De pie, en silencio, mira un rato los altos pinos del jardín y los oscuros abetos. Un álamo invisible cruje al otro lado de la calzada. La mujer levanta los ojos de las fotos y contempla largo rato la espalda del hombre. Es delgada y algo encorvada. La camisa está húmeda y se pega a la espalda como una nueva piel. Invariablemente azul se alza una columna de humo de su cabeza. Sí, eso es lo que se ve, aunque no sea así.

Cuando el hombre se sienta a la mesa frente a ella, un coche toca la bocina muy lejos. Un ligero viento sopla las cortinas hacia el interior de la habitación, pero no llega. Las blancas cortinas vuelven a caer en silencio. Parece como si el viento las aspirase. Si se escuchan todos los sonidos que hay, es el duro ruido de las fotografías que se cogen de la mesa, se examinan y vuelven a dejarse, el más nítido. Otros son un débil chasquido en una tubería del sótano y el de un pájaro que está en un rosal junto a la ventana y de vez en cuando lanza un claro y agudo trino aflautado.

El hombre aparta su silla y se acerca a la radio que está en el rincón debajo del reloj. Pero cuando va a darle al botón, detiene la mano a mitad del movimiento. Se vuelve despacio con una larga inclinación y mira a la esposa y se da cuenta entonces de que ella ha estado contemplándole mientras él estaba de espaldas. Eso le afecta desagradablemente, siente como si le vigilaran y no se atreve a darse la vuelta y poner la radio. Pero, en todo caso, no lo habría hecho. En todo caso no lo habría hecho, piensa, no es la radio lo que quiero oír. Pero si ella no dice algo pronto voy a volverme loco.

Pero la esposa no dice nada. Tiene una fotografía en la mano, entrecierra los ojos al mirarla como si representase un sol que la deslumbrase. Él vuelve a estar sentado a la mesa frente a ella y la mira, mira sus manos, mira sus ojos que, grandes y dulces, descansan sobre un suceso muerto. Coge al azar una foto entre las muchas que hay en la mesa, piensa sólo echarle una ojeada, pero le atrapa el motivo, el suceso olvidado que ya no existe y que sólo ha existido un ratito hace mucho tiempo. Él y la esposa están sentados en un columpio en un parque de atracciones. Tiene que ser un parque

de atracciones de pueblo porque es un columpio muy simple y hay poca gente alrededor. Él tiene a su esposa cogida por los hombros porque el columpio es tan estrecho que, si no, no cabrían en él. Al cabo de un rato deja la foto en la mesa y cierra los ojos apoyando dos dedos en ellos para tratar de volver a ver este olvidado parque de atracciones. Tantos parques de atracciones no han visitado juntos, pero, con todo, le es imposible. Por mucho que intente que su fantasía y su memoria construyan parques de atracciones en el pasado, parques de atracciones de pueblo, con columpios primitivos, no consigue reconstruir el de verdad.

Cuando se quita los dedos de los ojos después de haber perdido la esperanza definitivamente, la foto ya no está delante de él. La esposa se la ha quitado y la está mirando. Él se inclina sobre la mesa y contempla inquieto su semblante para ver qué impresión le hace la fotografía. Al principio no nota nada, ella conserva el mismo aire frío, levemente irónico, que se tiene cuando se escucha a otros relatar sus sueños. Los ojos son apacibles y serenos y no revelan ni un asomo de reconocimiento. Pero de súbito ocurre lo increíble. Una intensa alteración ha invadido el rostro de la esposa que expresa de inmediato un vivo interés y los ojos sonríen como cuando uno vuelve a encontrar de repente un rostro querido y desaparecido durante mucho tiempo. A él le parece increíble, pero es que algo, algo que él ya no puede recordar haber vivido, despierta en ella dulces o, en todo caso, placenteros recuerdos. Despacio deja la foto, cruza las manos sobre la mesa y le mira o mira, al menos, en su dirección.

—¿Te acuerdas? —dice en voz baja como para que no se rompa con un tono demasiado alto el delgado hilo con el que el ahora, este instante junto a una mesa en un chalet de las afueras, está unido a un instante pasado en un columpio de un parque de atracciones.

Unos segundos le quedan todavía al hombre y estira esos pequeños segundos hasta que casi están a punto de romperse mientras busca febrilmente este recuerdo perdido. Abre millones de cajas. Se encuentra en un almacén de recuerdos de parques de atracciones y busca con manos temblorosas en todas esas cajas que están llenas de parques de atracciones: parques de atracciones bajo la lluvia, parques de atracciones grandes y elegantemente dispuestos en las metrópolis; pequeños pequeños en rincones con gitanos que dicen la buenaventura y un policía rural que anda por allí controlando que ruleteros y artistas de los naipes no estafen a la gente. Cierra los ojos y la oscuridad se rompe en un chillón remolino de columpios, máquinas tragaperras, colas para bailar y casetas de tiro. Pero el parque de atracciones de la foto no lo ve por ninguna parte y ya no puede callar más tiempo. Abre los ojos y encuentra la mirada de la esposa desde el otro lado de la mesa. Su mala conciencia hace que encuentre la mirada esperanzada y curiosa.

—No —dice por fin cerrando los ojos, desgraciadamente no.

La habitación queda en silencio durante un rato. Sólo la puerta del garaje chirría débilmente, tal vez un gato la cruzó corriendo. Unos muchachos que pasan en bicicleta juran a gritos por no se sabe qué. La esposa tamborilea en la mesa con un

dedo índice. Pues eso sólo lo hacen los hombres, piensa él. Si no lo hiciera ella, podía haberlo hecho yo, estar sentado tamborileando en la mesa hasta que se viera obligada a volver a hablar conmigo. Ahora es ella la que me obliga a mí sólo porque se me ha olvidado una trivial visita a un parque de atracciones hace mucho mucho tiempo.

Él trata de quitarle importancia a lo ocurrido, apartarlo con un gesto gallardo de la cabeza como para retirar el pelo de la frente, pero no acierta. Experimenta una vaga, pero enojosamente nítida, sensación de vergüenza. Es como haber fracasado en una prueba o en un examen, y cuanto más se prolonga el silencio más cargado de vergüenza se vuelve. Por fin comprende que tiene que decir algo, puede ser cualquier cosa, para que la derrota no sea demasiado total.

—Precisamente leí hoy en el periódico... —dice dudando mientras busca febrilmente algo que contar, algo notable que pueda arrojar también un resplandor de notabilidad sobre quien lo cuenta.

La esposa detiene el tamborileo, pero al no ser capaz el hombre de llenar el silencio, empieza de nuevo.

—¡Ah!, ¿sí? —dice sonriendo fríamente.

Por fin él da con algo.

—Los americanos han encontrado una nueva forma de ejecutar a los condenados a muerte —dice, y calla un momento para que la continuación tenga el efecto debido.

—¡Ah!, ¿sí? —dice la mujer, y deja de tamborilear.

—Disparan dos flechas al agua. Al caer se forma un gas. Bastan dos aspiraciones para morir, dicen.

—¿Qué clase de flechas? —Quiere saber la esposa.

El hombre piensa un rato, pero en realidad no lo ponía.

—No lo sé —dice—, no lo ponía.

—Quizá flechas de tómbola. De algún parque de atracciones —dice la esposa mirándole hasta que él vuelve a sentirse confuso y avergonzado.

—No sé —dice. No lo ponía.

—Y ¿de qué agua se trata, pues? —pregunta la esposa.

¿Qué agua? Qué ridículo, tampoco lo ponía. Sin embargo él debía haber pensado que la persona a quien se lo contara desearía saberlo.

—No sé —dice—, no lo ponía.

Otro fracaso. Lo único que ha logrado es hacer su caso aún más desesperado contándole a ella una noticia tan estúpidamente formulada. La estupidez de la noticia le afecta también a él. Se hace una calma total en la habitación, silencio de muerte. La tormenta que se espera para la noche oprime la tierra con una terrible pesadez bochornosa. El pájaro ha levantado el vuelo y se ha ido. De la ciudad no llega ninguno de los ruidos habituales: tranvías que gimen en una curva, descargas o bocinas de coches. Ni un soplo de viento roza las cortinas.

—Va a haber tormenta —dice el hombre—, seguro que va a haber tormenta esta noche.

La esposa no dice nada, se limita a volverse y mirar por la ventana abierta. Juega con las fotografías de nuevo, las sostiene delante de los ojos y las deja caer luego en la mesa cuando las ha contemplado lo suficiente. De pronto se detiene en mitad de un movimiento para coger una foto y empieza a mirar al hombre con un asombro enorme. Es que él se ha reído, pero no con una de sus acostumbradas risas circunspectas, azoradas, sino sonora y arrogantemente.

—¡Puedes imaginarte nada más ridículo —dice agarrando convulsivamente el borde de la mesa como para extraer fuerza de la madera—, que yo, con mi buena memoria, haya olvidado ese parque de atracciones! Debo de haber estado algo enfermo cuando estuvimos allí, si no, seguro que me acordaría, sin duda alguna. Te apuesto que no hay una sola foto entre las que están en la mesa que yo no recuerde cuándo se hizo.

La esposa coge de un montón unas cuantas fotografías al azar y se las tiende sin decir una palabra. El hombre las recibe con una sonrisa complacida. Por fin una oportunidad de rehabilitarse. La esposa ya no se ocupa de las fotos. Sus manos reposan inmóviles sobre la mesa y los ojos observan fijamente la cara del hombre. Su inesperado interés por las fotografías despierta primero en ella suspicacia. Luego la conmueve. El hombre tiene las fotos en la mano derecha y sonríe mientras se dispone a mirar la primera. De repente la mujer también sonríe, la distancia entre los dos se ha fundido súbitamente y ella se ha convertido en un espejo de las sonrisas del hombre.

Es entonces cuando sucede lo inexplicable. A sus ojos lo que parece es que el hombre de repente ya no sonríe. La sonrisa se congela, se esconde en las comisuras de la boca, que se vuelven amargas y duras. Durante un momento la cara no expresa nada más que falta de sonrisa. Luego se abre la angustia lentamente en ella como una flor.

Al hombre lo que le parece es que está sentado en la sofocante y silenciosa habitación contemplando una fotografía, una imagen de sí mismo y de la esposa. Están juntos, sentados en el estribo de un coche. Él mira hacia el suelo. Su raya al lado izquierdo, muy acusada, parece una línea de tiza en su cabeza. La esposa mira a la cámara, infantilmente expectante con los labios fruncidos. El coche, del que sólo se ve una pequeña parte, da la impresión de ser nuevo y grande. Y hasta aquí, todo está en orden. Lo catastrófico es que por mucho que se esfuerce no puede acordarse de la ocasión en que fue hecha la fotografía. ¿Ha estado él siquiera presente? Parece impensable que, con la buena memoria que tiene, haya podido estar sentado en el estribo del coche de un amigo, de un amigo porque es obvio que uno no se sienta en los estribos de coches de extraños para hacerse fotografías, y que un episodio tan señalado haya podido perderse luego en su memoria. Ni siquiera puede recordar que cuando se hizo la fotografía, y tiene que haber sido hace bastante tiempo porque el papel está amarillo, tuvieran un amigo con coche. Y, sin embargo, allí está su propio rostro como una prueba incontrovertible de la verdad de la fotografía.

Molesto y preocupado, tanto porque la memoria le engañe tan enojosamente

como porque la esposa le observa con un interés tan impertinente, fija pues los ojos en la otra fotografía para, rápida y decididamente, desvelar su secreto. Ah, mi oficina, piensa enseguida. La esposa está sentada en su escritorio con las piernas cruzadas colgando. Él está en su silla giratoria y sonríe con una plácida sonrisa de oficina. Todo está en orden. No porque se acuerde de la ocasión en que se tomó la fotografía, pero el lugar, en todo caso, le es familiar. Pero es entonces cuando hace su terrible descubrimiento, el descubrimiento de que no coincide nada. Es, ciertamente, una oficina el lugar donde se encuentran, pero es una oficina ajena, no la oficina de la empresa de muebles donde ha trabajado desde hace casi catorce años. El escritorio, para empezar, no es el suyo, éste es mucho más macizo y cargado de objetos que le son extraños e indiferentes. Y en la pared que está detrás del escritorio, en realidad llena de planchas que representan diferentes tipos de muebles, cuelga un solo cuadro, un cuadro que representa una lancha salvavidas en un mar embravecido, la misma que cuelga o colgaba en las estaciones de ferrocarril sobre las huchas de colectas en favor de los náufragos.

Asustado ante la perspectiva de otro fracaso, agarra, con un movimiento brusco y desabrido, la fotografía número tres. Está ya tan alterado que casi la rompe de pura excitación. El motivo, no obstante, le tranquiliza un poco. Una playa, piensa, y se da a sí mismo una inyección de tranquilidad, nadie puede pretender que yo recuerde todas las playas en las que mi esposa y yo hemos sido fotografiados juntos. Ésta es una playa totalmente imposible de identificar, con arena, hierba en la orilla y sombrillas a distancia. La esposa y él están sentados juntos en la arena, pero no están solos. Si hubieran estado solos, todo se habría podido explicar, pero aquí está él sentado entre dos mujeres, su esposa y una mujer completamente desconocida y si hubieran estado sentados de una manera inocente, normal, no habría sido tan desesperante, ¡pero así! Él tiene sus brazos protectores sobre los hombros de ambas mujeres. La supuesta desconocida no podría ser pues desconocida. Tiene que ser una persona muy cercana. A él jamás se le ocurriría abrazar tan descaradamente a una extraña. Pero por mucho que observa la cara de la otra mujer no es capaz de distinguir en ella un solo rasgo conocido. Es y será la cara de una extraña.

Se resigna entonces con una sorda pesadumbre, la misma pesadumbre que llena la habitación y el sofocante anochecer estival al otro lado de la ventana, y coge la cuarta fotografía, la penúltima brizna de paja del que se está ahogando, la tiene ante los ojos como para hipnotizar su pérfida memoria. Pero no sirve. Contra esto no hay nada que valga. La esposa y él están en una terraza a mucha altura sobre una ciudad, a mucha altura sobre una ciudad desconocida. La esposa se ha subido a la balaustrada y está sentada en ella con el cuerpo vuelto hacia la ciudad mientras se apoya con una mano en el hombro del marido. El hombre se inclina sobre la barrera de piedra y parece beber la vista con los ojos. La foto está sacada de perfil y muy por debajo de ellos se distinguen con claridad las torres y los volúmenes pétreos de la ciudad, la alta chimenea de una fábrica que continúa hacia el borde superior de la fotografía y una

iglesia con una torre cortada, como partida por la mitad. De todas las vistas que ha contemplado en todas las ciudades que ha visitado, no hay ninguna que recuerde a ésta. Y, sin embargo, ahí está él junto a su mujer, mirándola con los ojos muy abiertos.

En la última fotografía apenas si se atreve a fijar la mirada. Hace un calor insoportable en la habitación y el sudor se desliza por su cuerpo. Se ve a sí mismo sentado en una silla blanda en esta habitación terriblemente sofocante, se ve a sí mismo con los ojos de su esposa o, en todo caso, con los ojos de otro: sudoroso, rojo de apuro y de vergüenza, con la boca abierta de asombro y miedo, y la mano, espectralmente blanca, que coge la última foto y la alza unos decímetros de la mesa, tiembla.

En cuanto echa una primera mirada preparatoria a la fotografía se siente, de todas maneras, un poco más tranquilo. Son dos personas que están debajo de un árbol, un roble probablemente, cogidas del brazo. A una de esas personas la reconoce, es la esposa, pero la otra, el hombre, le resulta completamente desconocido. Ya es penoso que me falle la memoria respecto a hechos pasados en los que yo mismo intervengo, piensa, pero que no recuerde cosas que yo no he vivido, eso ella no me lo puede reprochar. Siente un vivo rencor porque está sentada frente a él en el silencio más absoluto arrancándole vergüenza y miedo. Con ademán impaciente le tira la foto con el desconocido, ese perfecto extraño cuyo rostro iluminado por el sol no despierta el menor recuerdo en él.

—¿Quién es el hombre con quien estás bajo el roble o lo que sea? —le dice a la esposa en un tono casi de reproche.

La esposa mira la foto un solo instante. Luego levanta la vista y el hombre se queda desconcertado ante el asombro inmediato que refleja su rostro.

—Tú mismo —dice sin dejar de mirarle.

Entonces él se levanta despacio de la mesa proyectando contra el techo toda la carga aterradora que tiene en la coronilla. Mientras deja la habitación con suma lentitud dice:

—Bajo un rato al sótano a hacer leña para la chimenea.

Se vuelve en el vano de la puerta y ve que la esposa le está mirando con una insistencia inquietante. Cuando sale al vestíbulo lo cruza a toda prisa para evitar el espejo. Algo espantoso se le ha ocurrido de repente. Que el recuerdo falle una vez al contemplar una vieja fotografía puede tener su explicación, ser incluso natural quizá. La segunda vez tampoco constituye una catástrofe, pero la tercera es inquietante y de la cuarta y la quinta hay que sacar conclusiones; y no reconocerse siquiera a sí mismo, eso es tan nefasto que todo espejo se convierte en un traidor. ¿Quién sabe de antemano qué rostro reflejará?

En el sótano se sienta en el burro de serrar a descansar después del choque. Al cabo de un rato la esposa oye el rápido rechinar de la sierra que atraviesa la madera seca. Recoge las fotografías y las vuelve a colocar en la caja. Un avión retumba sobre

la población a poca altura, como un presagio de la tormenta. Ella se acerca a la ventana y mira hacia fuera. Bancos de nubes inmóviles se condensan sobre el bosque y dejan entrever de vez en cuando un anochecer pesado y oscuro. Cuando el avión desaparece vuelve a hacerse un silencio total. Un perro solitario se acerca por el borde del camino y gruñe inquieto mientras pasa delante de la casa. Por un instante también el sótano se queda en silencio. Y luego se oye el duro y rápido ruido de la madera que se rompe con un hacha afilada. Ella tiene la frente caliente y está cansada como después de pasar una noche en vela; va al dormitorio y abre una ventana.

Cuando yace en la cama llega una leve ráfaga de viento que mueve las cortinas. Ella está desnuda bajo la manta y la aparta para que la ráfaga la refresque, pero ésta es muy corta y no llega hasta ella. El hombre sigue en el sótano. Vuelve a serrar, una madera acerbamente rebelde ahora, el crujido suena descontento y pendenciero. Él no tenía que trabajar tanto rato, preparar un poco de leña para la chimenea no requería tantísimo tiempo. Piensa que él la evita, que permanece abajo en el sótano porque no puede estar en su compañía. Lo ha manifestado ya muchas veces, pero nunca de una manera tan evidente.

Justo durante una pausa entre el serrar y el hendir, llega por fin el primer relámpago. Ella está boca arriba en la cama y lo ve tranquilamente a través de la ventana abierta. Una rama de fuego se dibuja contra la negra pared de nubes y oscuridad, pero tan lejos que ni siquiera se oye ningún estampido. Pero lentamente la tormenta se va acercando. Un agudo rayo que clava su punta ardiente en la densa masa de nubes, seguido de un trueno débil como un carraspeo. Luego los rayos cambian súbitamente de carácter, pierden sus firmes perfiles, desaparecen en una nube de luz, deslumbrantes y reveladores como la luz repentina de un cohete. Al mismo tiempo los truenos se van haciendo más fuertes, se van transformando ellos también, ya no son sordos sino estridentes y desgarradores. Es como si Dios estuviera allí arriba en el espacio a una altura inmensa por encima del chalet, rompiendo sobres gigantescos con iracundos movimientos. Los intervalos entre los momentos de luz y los desgarrones no son prolongados, pero sí lo bastante largos para que ella tenga tiempo de sentir lo que ocurre en la casa.

El hombre ha clavado el hacha en el burro de serrar. No tarda en oírle subir la escalera del sótano, cruzar el vestíbulo y entrar en el cuarto de baño. Cae el agua, ella le oye frotarse las manos. Dentro de poco, hará gárgaras. Durante un largo instante de oscuridad ya no se oye nada en el cuarto de baño, pero de pronto llega un ruido penetrante, horroroso, que la hace sentarse en la cama. Parece como si el hombre hubiera roto un espejo o posiblemente un vaso en el suelo del cuarto de baño, pero no que se le haya caído, sino que lo haya arrojado con toda su fuerza contra las baldosas. Pero todo se calma. Tal vez sólo haya ocurrido un accidente. Ella le oye acercarse deslizándose en zapatillas por el cuarto de estar y abrir con cuidado la puerta del dormitorio, como si supusiera que estaba dormida. Ella se mete debajo de la manta y echa una ojeada a la puerta. Justo entonces el cuarto se ilumina, se llena a rebosar de

una luz verde transparente y a esa luz ella le ve de pie delante de la cama, blanca la cara, con los labios muy apretados como para impedir que salga un grito y las manos extendidas ante sí como cuando se anda en la oscuridad.

Cuando la luz se ha apagado y el estampido ha retumbado le oye desvestirse rápidamente y echarse a la cama. Ni siquiera le dice buenas noches, piensa con despecho. Que se acerque a ella o que le acaricie siquiera la cara y el cuello antes de que se duerma, eso, ha dejado de esperarlo hace mucho tiempo. Mientras espera el próximo relámpago le oye dar vueltas en la cama, por lo que se ve, incapaz de dormirse. Por fin se levanta con una excusa hosca cuyas palabras ella no entiende, busca con los pies las zapatillas en la oscuridad, se echa el batín sobre los hombros. Cuando al minuto siguiente estalla la luz, le ve en el hueco de la puerta con la cara vuelta hacia la ventana y un cigarrillo sin encender en la boca. Está quieto hasta que se apaga el trueno y al dejar la habitación le dice a su mujer con voz apenas audible que va a subir a su cuarto a buscar un libro. Ella le oye pararse un momento junto a la chimenea y prender el cigarrillo con una cerilla que ha cogido de la repisa de la chimenea. Luego las zapatillas se deslizan por la habitación, un débil ruido como de un animal que por primera vez le resulta desagradable. Oye crujir la escalera cuando él la sube y luego los crujidos de las tablas cuando está arriba en el piso superior. Cuando se encuentra justo encima de su cabeza el ruido de los pasos furtivos llega hasta ella. Luego hay un relámpago, seguido inmediatamente de un violento estrépito. Los cristales de las ventanas tintinean débilmente. Una puerta se cierra de golpe allá arriba. El hombre ha entrado en su habitación y ha cerrado la puerta tras de sí.

La mujer ya está muy cansada. La tormenta todavía no ha traído ningún alivio. La pesadez sigue, y el calor sofocante. La tormenta sólo ha iluminado el bochorno de la habitación, no lo ha reventado. Ella cierra los ojos y hunde con fuerza la cabeza en la almohada, firmemente decidida a dormirse de una vez. A veces la luz juega sobre sus párpados cerrados, pero los relámpagos ya no la hacen abrir los ojos. Dormirse, ha tenido que dormirse, en todo caso es un estampido lo que la sobresalta y la obliga a abrir los ojos desconcertada. La habitación está completamente a oscuras y un trueno no ha sido, el ruido procedía de algún lugar de la casa. Ella aguza el oído pero no se oye un ruido. Tantea con la mano la cama del marido, pero está vacía. Entonces se acuerda de repente de que el hombre se ha ido a buscar un libro. Es evidente que ahora está bajando después de cerrar la puerta de su cuarto.

Mientras se pregunta medio dormida con qué violencia se habrá cerrado la puerta, los pasos se ponen en marcha súbitamente. El hombre anda sobre su cabeza y, aún no bien despierta, piensa que es extraño que ande tan pesadamente y con pasos tan largos y lentos. De ordinario tiene un andar más bien de pasitos cortos, rápido y femenino. Antes de que él llegue a la escalera, ella levanta la cabeza de la almohada y la sacude como para ahuyentar una impresión desagradable o el recuerdo de un mal sueño. Escucha asombrada los pasos duros y ruidosos en el piso de arriba. Debe de haberse cambiado de calzado en la habitación, piensa, cuando subió sólo llevaba

zapatillas. Pero lo que le provoca un violento sobresalto y la obliga a sentarse en la cama con el corazón palpitante es algo que sucede en el rellano mismo de la escalera. Él se ha detenido allí arriba y durante un corto espacio de tiempo no se oye nada, pero de pronto rompe el silencio un terrible ataque de tos, una tos ruidosa que parece resonar en todas las oscuras paredes de la casa y que al final se vuelve histéricamente fuerte. Instintivamente ella se tapa los oídos con las manos por miedo a que los tímpanos no resistan, por absurdo que le parezca ese temor.

La tos del enfermo, porque una persona sana no puede toser de una manera tan espantosa, se interrumpe sin embargo bastante pronto. Ella aparta las manos de los oídos y se deja caer en la cama y en su propio inmenso asombro.

Nunca ha sabido que él esté enfermo y, sobre todo, sus pulmones siempre han estado sanos y fuertes. Mientras oye los pasos golpear los bordes de la escalera se sorprende de que el hombre se haya comprado un par de zapatos nuevos sin saberlo ella y, por si fuera poco, unos zapatos con herraduras que antes siempre ha aborrecido porque son muy indiscretos.

Después de haber pasado el último escalón sigue un momento de un silencio muy profundo, uno de esos silencios que hunde a las personas en la soledad. Por un instante ella cree oír el sonido estridente de un timbre de bicicleta, pero el ruido es tan fugaz que da por hecho haber oído mal. Por eso le resulta casi un alivio que por fin se rompa el silencio. El hombre sufre otro ataque de tos después de bajar el último escalón y ahora, en la misma planta donde está ella, la tos es todavía más espantosa que allá arriba. Sin tener muy claro lo que hace ni por qué lo hace y qué significa que actúe de ese modo, se mete debajo de la manta y se la sube hasta las orejas. Pero la manta no protege su oído. Oye cuando termina por fin el ataque de tos y cuando los pasos, duros y lentos, se acercan a ella.

No quiero verle, piensa, él vive sólo para atormentarme. Hace tanto tiempo que no me acaricia que le odiaría si lo intentara ahora. Ni siquiera es capaz de dar las buenas noches. Por un pequeño crujido que penetra en su oído deduce que se abre la puerta. El hombre está de pie en la habitación y ella se figura que intenta descubrirla en la oscuridad. En la noche no hay un ruido y ahora ella sólo teme a la espantosa tos, pero no se produce. En el silencio el hombre empieza a desvestirse. Se desviste de una manera muy extraña, se le cae un zapato en la alfombra de la cama y a pesar de que cae suavemente produce un ruido considerable, un golpe brutal a sus nervios en tensión.

¿Por qué se ha vestido?, piensa, si salió de aquí en pijama. Al mismo tiempo cae sobre ella un aroma inconfundible, ella aspira mucho aire por la nariz y lo identifica enseguida. Es a humo de cigarro puro, olor de un cigarro puro fuerte. Pero cuando él la dejó, encendió un cigarrillo. Él nunca ha aguantado los puros. Cuando el hombre se ha desnudado, ella oye cómo se acerca a su mesilla de noche y deja algo en ella. El libro, piensa, el libro que iba a buscar. Pero como papel no ha sonado y si no estuviera tan oscuro ella miraría por encima del borde de la manta para ver qué objeto

duro ha puesto, bueno, que casi ha soltado sobre la delicada madera de la mesilla. Luego oye sorprendida cómo el hombre con los pies descalzos abandona de pronto la habitación y va hasta la radio que está en el rincón del cuarto de estar y únicamente la pared separa la cabeza de ella del hombre que ha encendido la radio y busca, con mucho alboroto y penetrantes silbidos, emisoras nocturnas. De pronto ha captado música, una oscura melodía de *jazz* que penetra en la habitación y despierta en ella todo lo que ha estado aletargado. Una alegre voz varonil que con marcado acento americano pronuncia algunos nombres de ciudades alemanas interrumpe la música: Fráncfort, Stuttgart, Múnich, Núremberg. Después, silencio. El hombre ha apagado.

Vuelve a estar de pie en la habitación, pero no mucho rato. Se tira casi al momento en su cama, se echa encima el edredón, rebulle sobre el colchón hasta que encuentra la postura adecuada. La esposa tiene el cuerpo en tensión, yace inmóvil bajo la manta. Si viene muerdo, piensa frotando sin cesar la lengua con los dientes incisivos. Pero él no viene. Parece que se duerme y al cabo de un rato ella escucha asombrada esa respiración, esa respiración desconocida. Muchas veces ha permanecido despierta después de que el hombre se durmiese por las noches, «sobrevivir» suele llamar ella a eso, y ha aprendido a reconocer su respiración entre todas las respiraciones del mundo. Esta respiración es diferente, ocupa más sitio, es más ruidosa. La música de la noche, piensa ella, la ropa, los zapatos, los pasos, los ataques de tos, el puro. Yace completamente inmóvil, apenas se atreve a respirar mientras la espantosa decisión, la única que queda, madura en ella. El calor ahoga como en un horno y por la ventana entra la ardiente oscuridad a oleadas. Después de una larga espera, durante la cual su cuerpo se cubre de sudor y su rostro se inunda de lágrimas silenciosas, se atreve por fin a retirar la manta y salir de la cama. Sin que se haya oído nada está finalmente en la alfombra entre la cama y la ventana abierta y parece que tiene el alma en un hilo. Un rápido ciclista pasa dando bufidos por el camino y a lo lejos se enciende un rayo sobre el bosque, se desliza como una serpiente de fuego entre los árboles. Ella se vuelve rápidamente y alcanza a ver el grueso perfil del cuerpo del hombre, tan diferente que tiene que apoyarse en el alféizar de la ventana para no caer.

Cuando el mundo entero descansa en una inmensa, profunda oscuridad va sigilosamente en torno a su cama y en torno al hombre, hasta llegar a su lado y a su mesilla de noche. Él sigue durmiendo con la misma profundidad, aunque a ella le parece que las palpitaciones de su corazón y el sonido húmedo cuando traga saliva de puro nerviosismo tendrían que haberle despertado hace rato. Coge el objeto que él ha bajado de su habitación. No es un libro; sus dedos le dicen que es un martillo, pesado y con olor a nuevo. Con el mango del martillo convulsamente agarrado en una mano, se inclina sobre el hombre dormido y descubre con cuidado su cabeza como cuando se alza el lienzo del rostro de un muerto para contemplarlo una última vez. Y cuando la habitación se llena de una luz espantosa de una lámpara invisible, ella hunde el martillo con una sensación de liberación en la sien reluciente de sudor del hombre

desconocido.

El hombre que no quiso llorar

Estaba citado a las doce. A la hora en punto empuñó el picaporte de la puerta. El pasillo estaba desierto y medio en penumbra, ya que sólo una de cada dos lámparas permanecía encendida a la hora del almuerzo. Fuera del despacho había una aspiradora abandonada, como un perro tendido en confiada espera. Aún se lo pensó unos segundos. Frases sueltas del pliego de descargo en ciernes circulaban como agua refrigerante por su calenturiento cerebro. Antes de abrir la puerta hundió las gafas en el bolsillo del pecho y se llevó la mano al nudo de la corbata. Un tufo acre a humo de puros y libros viejos brotó en el preciso instante en que abrió la puerta, como si ésta hubiera estado a la espera de que alguien la abriera. Era un olor que imponía respeto, y saturado de veneración y repugnancia entró lentamente en el despacho.

Dejó que la puerta se cerrara a su espalda sin hacer ruido, con el presentimiento de ir voluntario a meterse dentro de una ratonera. Reinaba un silencio sepulcral y, antes de proseguir, se dio tiempo a contemplar el despacho y a mantener las ideas en orden. El techo era muy alto, parecía infinitamente más alto que el del pasillo, donde la penumbra lo ocultaba. Una luz de color ceniza penetraba a través de un ventanuco alto y estrecho, enmarcado por un cortinaje gris. Su aversión fue en aumento. Clavó la mirada en los libros, esos monolitos funerarios con inscripciones en oro que se alineaban en filas prietas e impasibles a lo largo de tres de las paredes. Junto a la pared del fondo descansaban tres enormes archivadores con grandes cajones negros de chapa. En una película policíaca americana que había visto la víspera, el policía había introducido a la novia del desaparecido en una lúgubre dependencia con idénticos archivadores. El policía abre un cajón. El testigo se inclina por encima del banco del vecino para ver lo que contiene. En vano. La novia mueve la cabeza. El policía encoge los hombros. Cajón equivocado. Sólo al quinto cajón la novia se echa a un lado y cede el paso al testigo. En el cajón hay un muerto. Rostro pálido y desgarrado. Heridas de bala en la frente. La novia asiente con gesto de anuencia. El policía encoge los hombros en gesto de pésame. Cambio de escena.

Cuando fue a abrirlo, uno de los cajones, escogido al azar, sonó de forma tan chirriante que se arrepintió en el acto de toda la operación. Se había acercado al archivador del modo más discreto posible. Los misteriosos cajones quizá ocultaban algo engorroso para la empresa que él podría utilizar ante la penosa e inminente entrevista. Pero una rápida ojeada al cajón le convenció de lo inocuo de sus expectativas. Papeles, pura y simple contabilidad en impecables legajos. Cerró el cajón a toda prisa y volvió a su sitio junto a la puerta, tristemente consciente de haber deteriorado su posición, en la medida en que hubiese sido observado, en vez de haberla reforzado. Trató de rehabilitarse clavando la vista en la alfombra hasta que su monótono diseño estrellado empezó a rotar en sus fieles ojos. Al cabo de un instante,

un afilado rayo de luz cayó silente sobre la alfombra. El hombre del escritorio había encendido su lámpara. Lo contempló mirando su cabeza calva, agachada en silencio sobre un periódico. Sólo por encima de cada una de las orejas asomaba una tupida mata de pelo, como un par de alas, de modo que la cabeza redonda y fulgurante le recordó fielmente el emblema de la artillería antiaérea: la bomba alada.

Una sonrisa recorrió el semblante de quien le estaba esperando. ¿Era impropio albergar esos pensamientos? Pero por otra parte: ¿era justo que el Jefe le robara los ya escasos minutos de pausa del almuerzo, ocupándose indiferente en la lectura del periódico en vez de echarle las recriminaciones directamente a la cara? Todavía sonriente echó una rápida ojeada a su reloj de pulsera. Había pasado ocho minutos en el despacho, ocho minutos de implacable silencio; y el hombre del escritorio seguía mudo. No ha pasado página una sola vez. Lógicamente no está leyendo. Utiliza el silencio como arma para intimidar a quien espera. El silencio es el arma más afilada de los superiores, produce taquicardia, provoca angustia y sonrojo, despierta la conciencia porque la conciencia no soporta el silencio.

Levantó la vista con una sonrisa porfiada que asfixió al instante, ya que el Jefe lo observaba tras el periódico con una mirada fija, fría y desaprobatoria. Desconcertado, se llevó las manos a la espalda, como si lo avergonzaran, y empezó a caminar hacia el escritorio. El piso le pareció una cuesta empinada y la alfombra era tan mullida que los pies se le hundían como en un lodazal. El Jefe levantó la cabeza lentamente, como un corcho que reflota a la superficie del agua después de haberlo sumergido la mordedura de un pez. Un gesto de mano lento y concluyente le conminó a tomar asiento en un sillón marrón que había al lado, hundido en la alfombra.

El Jefe lo escrutó desde arriba. A él le pareció hundirse cada vez más en el sillón, pero los ojos le siguieron hasta el fondo del abismo. El Jefe levantó luego sus gafas del escritorio y se las caló con parsimonia, sin que su mirada lo dejara en paz un solo instante. Las gafas eran inauditamente gruesas, los ojos del Jefe se tornaron oscuros y desconocidos, de repente sonrió como si hubiera hecho un hallazgo. Fue como si lo hubiera escrutado con lupa.

—Y bien —dijo el Jefe con voz honda aunque no desagradable—, ¿así que el señor Storm no quiere llorar?

—Es lo que he oído —añadió el Jefe cuando el señor Storm no hizo ademán de responder.

El señor Storm seguía sin responder. Entornó los ojos un instante, consciente del riesgo, y volvió a evocar la imagen de la lamentable situación que se produjo en el momento de la revelación. Una tarde, el jefe del negociado entró de golpe en el despacho, ni insidioso ni maliciado como solía, sino jadeante y víctima de una profunda conmoción. Fue sin duda suficiente para que los cuatro se sobresaltaran y se quedaran sentados como velas cuando el jefe del negociado, con una voz tan distinta a la usual que su propia madre no la habría reconocido, les comunicó que Ella había fallecido, el accidente de tráfico que la semana anterior la había llevado a su postrero

lecho finalmente había reclamado su víctima.

—No, no quiero llorar —dijo más tranquilo después de haber contemplado en su memoria la foto de lo ocurrido.

Todos lo quisieron, todos excepto él. Cuando el jefe de negociado cesó de hablar, las mujeres prorrumpieron en sonoros sollozos mientras buscaban pañuelos en sus abrigos y el miope señor Jockum enjugó las lágrimas derramadas con la gamuza que en otras ocasiones usaba para limpiar los cristales de sus lentes. El jefe de negociado extrajo del bolsillo una cajita de pastillas de la marca que llevaba la imagen de Ella, pero cuando quiso invitar a la señorita Karmin el movimiento de sus manos fue tan trémulo que derramó el contenido de la cajita por el suelo. Los cuatro se pusieron a gatas en busca de las pastillas, entre lágrimas y llantos. La situación era tan extraña y ridículamente repugnante que él, que se había quedado tranquilamente sentado tras su escritorio, no pudo reprimir la risa.

—Lo peor —prosiguió el Jefe sin permitir que sus ojos, de nuevo abiertos, se tomaran un instante de calma—, lo peor de toda la historia es que usted juzgó conveniente dar rienda suelta a su regocijo en el preciso instante en que toda nuestra nación se sumía en un profundo duelo. Si son ciertos los informes que he recibido sobre su conducta, lo compadezco, señor Storm.

Las últimas palabras fueron pronunciadas en tono tajante y el señor Storm se estremeció y movió la cabeza con un gesto brusco. Retazos sueltos del pliego de descargo se arremolinaban en el aire denso del despacho... de natural tímido... dificultad para expresar sus sentimientos en presencia de terceros... otras formas de expresar su duelo que mediante el llanto... he tenido que llorar tanto a un querido vecino que los conductos lacrimales se me han secado...

Pero no pudo decir una sola palabra. Esas piezas ensambladas, que constituían una defensa lógica y bien detallada, le parecieron fuera de contexto, tan ridículas, falsas y directamente mentirosas que decidió silenciarlas. A espaldas de él, el Jefe volvió a tomar la palabra.

—Ni siquiera en casa, en su propia vivienda, mostró usted gesto alguno de condolencia. Cuando su patrona llega llorando a su habitación, con la esperanza puesta en que usted estuviera dispuesto a compartir su duelo, le señala directamente a la puerta con la pregunta de por qué no toma un calmante. Una mujer se acerca a usted, afectada por el más profundo duelo que una nación conoce, duelo por la muerte de una grandiosa ciudadana, y usted le recomienda un calmante. En verdad... no tengo palabras...

No obstante, el Jefe prosiguió. El señor Storm decidió no seguir escuchando. No merecía la pena defenderse si la empresa tenía espías que vigilaban su escasez de lágrimas aun cuando estaba libre. En cambio concentró su atención en los archivadores negros. Realizar un cortometraje sobre su destino venidero le proporcionó un placer lleno de horror: junta de accionistas. Los miembros del consejo de administración, de chaqué negro, se alinean delante del archivador. El Jefe abre

cajones. Todos estiran curiosos el cuello. Cuentas. Verificaciones. Cheques ingresados. Valores. El último cajón. La tensión a punto de ebullición. El Jefe lo abre despacio. Se dirige con un profundo gesto a la junta. «El hombre que no quiso llorar. Obligados a deshacernos de él. Motivos de prestigio. Lamentable. Fiel trabajador de la viña». Todos sacan sus pañuelos y se enjugan las lágrimas. El Jefe se suena la nariz. Desenlace.

Un periódico va a parar suavemente sobre sus rodillas. Lo toma de forma mecánica y echa un vistazo a la primera página. Una foto enorme, negra. Un desfile de personas donde todas parecen llorar. Un pueblo de luto. *Lit de parade*. Descubre al Jefe en primera fila, con un pañuelo en la boca como si le dieran arcadas.

—Apuesto a que usted nunca ha estado en un velatorio —prosiguió el Jefe con tono de reproche.

No tuvo intención de responder una sola vez y retomó la escena junto al archivador. Mientras tanto, por las toses y los repetidos golpeteos del Jefe contra el tablero de la mesa, percibe que se trama un nuevo ataque. Rompió el silencio cuando él estaba a punto de abrir el último cajón en la película. Esta vez notó enseguida, por el tono de voz, que tocaba una nueva cuerda, la sentimental.

—Quién no se había sentido conmovido —empezó— con su Ofelia, padecido con su Ifigenia, sonreído a su Puck, amado como a Julieta, suspirado por ella a la luz de la luna de Venecia, ya sabe, aquel pasaje del gondolero.

El Jefe era un hombre muy culto y esmerado y proseguía el recuento sin que por ello pudiera causarle ninguna impresión al señor Storm, quien a decir verdad la vio cierta vez, hacía mucho tiempo, en el papel de Ofelia sin que su interpretación le conmoviera. En su opinión particular había varias actrices en el país que eran capaces de interpretar a Ofelia mejor que la fallecida.

El tiempo del almuerzo estaba a punto de concluir y los más diligentes entre el personal ya habían vuelto a sus puestos de trabajo. Un murmullo en sordina penetraba en la densa atmósfera del despacho. Le pareció que sonaba como si el edificio tuviera dolor de cabeza. La idea le alegró una pizca y no se percató de que el Jefe había rodeado la mesa y ahora estaba a su lado. Sin mediar palabra el Jefe se puso a su altura, deslizándose por el brazo del sillón, y lo miró con la intención benévola que exhibe un médico dispuesto a formular en tono simpático la sentencia de muerte de su paciente. Era obvio que quería ensayar un nuevo método. Quería acercarse al infeliz, a ese hombre que había perdido la facultad de llorar trágicas pérdidas. Había adulación y falsa familiaridad en su modo de palmearle levemente el hombro.

—Grandiosos hombres y mujeres —declaraba el Jefe mientras lo miraba con una mueca que insinuaba ser una certeza comunicada en la máxima confianza lo que ahora expresaba— no exigen ser amados mientras viven, pero sí ser llorados a la hora de su muerte. La sociedad demanda a sus supervivientes que accedan al deseo de los muertos de ser llorados, como acto de agradecimiento hacia los grandiosos ciudadanos que han contribuido más que otros a honrar la nación. Esta empresa no

sería parte de la sociedad, miembro de su cuerpo social, si no exigiera a sus empleados lo mismo que la sociedad exige a sus ciudadanos. A usted quizá le parezca que yo puedo librarle del doloroso trámite que a todos se nos impone, pero entonces no advertiría la magnitud de la estafa perpetrada contra la sociedad a la que debemos servir.

El señor Storm logró levantarse del sillón con un enorme esfuerzo. Empezó a caminar penosamente hacia la puerta. A su espalda se hizo el silencio. Avistó la gran puerta blanca y anheló alcanzarla sin ser detenido. Los últimos pasos los hizo casi a la carrera. Un instante antes de echar mano al picaporte volvió tímidamente la cabeza. El Jefe seguía sentado en el brazo del sillón, ocupado en clavar la mirada en la alfombra como si no hubiera notado nada. El señor Storm bajó el picaporte. La puerta estaba cerrada.

—Y otra cosa —prosiguió el Jefe—, también hay que pensar en la imagen de la empresa. Ya ha surgido inquietud entre el personal por culpa suya. Muchos hablan de darse de baja alegando no poder colaborar con usted bajo el mismo techo. Si su caso se conoce dentro de ciertas empresas de la competencia, cosa que sólo es cuestión de tiempo, van a poner en marcha la ofensiva contra nuestra firma que, con usted como punto de partida, tanto tiempo han buscado como pretexto. ¿Qué clase de empresa es ésta, dirán, que puede emplear a tales bestias insensibles? Reconozca que la situación se pone muy delicada.

—Déjeme salir —dijo el señor Storm, y tiró de la puerta—. Quiero irme de aquí. Puedo empezar en otro sitio en cualquier momento, sí, esta misma tarde.

El farol fue tan obvio que el Jefe no se preocupó siquiera de rebatirlo. Prosiguió como si nada hubiera pasado:

—Usted debería llorar, puesto que también es lo más conveniente desde todos los puntos de vista. En nuestra empresa no somos inmisericordes. No le exigimos un duelo a muerte. Lo que le pedimos es que derrame unas cuantas lágrimas, que lllore un rato, lo que dura un suspiro, en presencia de un testigo. Va a pasar la tarde, encerrado a solas con el señor Jockum, en el despacho de los representantes, desocupado de momento. Tan pronto como derrame unas lágrimas el señor Jockum me lo comunicará por interfono, después de lo cual yo y el jefe de negociado haremos acto de presencia para controlar el dato.

El Jefe se levantó y fue hacia él. Palmeó con gesto tranquilizador el hombro del señor Storm.

—Debe presionar el picaporte un poco más abajo —dijo y le abrió la puerta.

En el pasillo acababan de encender las últimas lámparas. Los que volvían demorados del almuerzo lo hacían en pequeños grupos, apresurándose con dignidad a sus despachos. Cuando lo vieron hicieron apartes y se cruzaron serias miradas de significado implícito. Acallaron sus conversaciones para sólo retomarlas cuando estuvieran fuera del alcance de su oído. Le pareció muy lamentable. Entonces, de repente, el señor Jockum se asomó desde el despacho de los representantes, se puso

tras la puerta a medio abrir y le indicó que se acercara. Contento de quedar a salvo de miradas insinuantes, el señor Storm se dirigió hacia él, pero una vez que entró en el despacho se sintió penosamente afectado por el tono que el señor Jockum juzgó conveniente dispensarle.

—Va a salir bien —dijo el señor Jockum en tono de consuelo, y le dio una palmadita en cada uno de sus hombros.

Tomaron asiento, el señor Storm invariablemente decidido a no dejarse afectar por las bromas del señor Jockum, y el señor Jockum resuelto del mismo modo a hacer llorar al señor Storm. El señor Storm, a quien le habían traído su trabajo al nuevo despacho, empezó tranquilamente a cuadrar cuentas. Entre la una y las dos el señor Jockum permaneció a su lado, sentado tras el escritorio, y leyendo la prensa en voz alta, primero sobre el accidente, luego sobre el tiempo entre el accidente y el fallecimiento, y finalmente las partes más emotivas de todas las conmovedoras notas. De cuando en cuando, el señor Jockum tenía que hacer un minuto de pausa en la lectura, abrumado por la emoción que le procuraba revivir una vez más la gran tragedia. Buscaba nervioso pañuelos en los bolsillos y mientras tanto corrían grandes lagrimones por el libro de caja que casi emborronan una columna entera.

—Señor Jockum —dijo el señor Storm en tono severo—, me está arruinando el trabajo. Mire, toda una página emborronada.

Entre las dos y las tres el señor Jockum, con la vista agotada por el esfuerzo de la lectura, estuvo sentado encima del escritorio y contó viejos recuerdos insulsos de la fallecida. Cierta vez la había visto casualmente hablando por teléfono en una cabina. Habiéndose acercado a la cabina para escuchar algunas palabras de su boca («porque eso casi sería como hablar con ella»), ella dijo: Y quiero dos cebollas, buenas, no muy grandes, y medio kilo de salchichas. Y a poesía me sonaba, contaba el señor Jockum mientras brotaban lágrimas de sus ojos. Poesía pura. Al contarle la historia por quinta vez el señor Storm cerró el libro de caja con un gesto de fastidio y exclamó:

—Señor Jockum, usted me aburre. Trate al menos de ser coherente. Una vez dice cebollas, otra vez cabezas de coliflor y a la tercera limones. Primero fue medio kilo de salchichas, después, de repente, un kilo de embutidos y por último un cuarto de kilo de menudillos. Usted me desconcierta y hace que desconfíe y, además, interrumpe mi trabajo.

Entre las tres y las cuatro, cuando por fin el señor Jockum se hizo cargo de la gravedad de la situación, empujó sencillamente su silla hacia la del señor Storm y empezó a hablarle al oído, «de hombre a hombre», según dijo.

—Bien —dijo al fin resignado—, olvídense de la nación, olvídense de las legítimas exigencias de la empresa, no piense en Ella un solo instante, pero tenga al menos consideración de sí mismo. No es sino por su propio bien y por su propio futuro por lo que tiene que derramar unas pocas lágrimas antes de las cuatro y media. Piense, por ejemplo, en la muerte de su madre.

—Mi madre está divinamente —respondió malhumorado el señor Storm, y cuadró una columna—. Regenta un hotel en el valle del Ródano-Saona. Se llama Storme, con una e final.

—O la de su padre —añadió dubitativo el señor Jockum.

—Mi padre vive en el hotel de mi madre y se alimenta a base de una dieta vegetariana —dijo el señor Storm implacable—. Hasta ahora no ha estado enfermo un solo día en toda su vida.

—O la de su hermana, hermano o amigo querido que usted haya perdido de improviso —prosiguió el señor Jockum mientras los cristales de sus lentes se empañaban de emoción.

—Hasta ahora no he tenido que asistir a ningún entierro —constató el señor Storm sin dejarse afectar—, y no veo ningún motivo para tener que guardar luto por anticipado.

El reloj iba a dar las cuatro y media y, fuera de sí por la ansiedad del fracaso, el señor Jockum volvió una vez más a encaramarse al escritorio y en el intento quedó sentado casi en medio del libro de caja. El señor Storm se indignó y atrajo hacia sí el libro de un tirón. Sólo le quedaba una cifra. Contabilizó el último renglón y luego controló con lápiz el resultado final. Todo cuadraba. Pero sobrevino un momento de ociosidad por sólo tener consigo un libro de contabilidad en despacho ajeno, y por ser la ociosidad el enemigo más peligroso que tienen nuestras buenas intenciones, el señor Storm se puso a pensar. Entonces, cuando sus manos descansaron por vez primera a lo largo de sus muchos años en la empresa, comprendió cabalmente el significado de las amenazas que dirigían contra toda su existencia. Se imaginó escenas sueltas de su vida venidera: un hombre calvo lo mira desde su mesa atestada de papeles y teléfonos. Una mirada breve y afilada. Mueve la cabeza. Lo siento. A la secretaria: Haga el favor de acompañar a este señor a la salida. El calvo mientras el solicitante se retira: Pobre hombre. Imposible hacer nada por él. Excelentes cualificaciones por lo demás; y aun así no puede llorar. Un primer plano del semblante del calvo. Gafas empañadas. El vaho que se extiende. Disolución lenta. Siguiendo plano: puerto de mar bajo la niebla. Él camina por el muelle. Chapotea en el agua a su paso. Se quita lentamente la chaqueta. Dirige una última mirada a la niebla. Salta. Un hombre se acerca con un salvavidas. Encoge los hombros. Lo cuelga en su sitio. Dice a media voz: Tenía que pasar esto. El final lógico. A la novia, que surge flotando en la niebla: Imagínese, ese pobre hombre no quiso llorar. La besa bajo una farola. Desenlace.

El señor Jockum empezó a hablar de modo tan apresurado y nervioso que las palabras se le trabucaban como bolos:

—Ella estuvo en la cabina telefónica... viene por la calle... entonces ella entra... escucha... corre a la parte trasera... se oye... tres zanahorias frescas, medio kilo de paletilla de cerdo...

El nerviosismo, el temor al fracaso, el agobio del despacho y el insoportable

aroma de las flores que había en un estante bajo un retrato de Ella clavado en la pared hacen que el señor Jockum se derrumbe de golpe. Sus ojos empiezan a llorar, lagrimones como chuzos repican en el libro de caja. En un instante queda arruinada la jornada del señor Storm. La suma total emborronada, extendiéndose el desconcierto por toda la columna. Enfurecido, agarró al enjuto señor Jockum y lo sacudió, pero cuando reparó en la nula impresión que le causaba el trato, levantó la mano y le dio un puñetazo en las narices, de modo que los lentes salieron disparados y describieron una amplia elipse hasta estrellarse contra el radiador junto a la ventana.

Entonces calló el señor Jockum y bajó de la mesa. Con sus delgadas manos tapándose el rostro deambuló por el despacho, tropezó con la pata del sillón y finalmente se detuvo junto a la ventana, al lado de una mesilla abarrotada de carpetas. Con expresión de añoranza en el rostro contempló las pilas de carpetas, las acarició con una mano diciendo:

—Usted, señor Storm, no sabe lo que ha hecho con la fuerza de sus brazos. Sin mis lentes soy un completo desvalido. Igual me da ahorcarme.

—Ahorcarse usted —exclamó el señor Storm, asombrado de que tal palabra pudiera salir de los labios de un alma de oficina pedante y meticulosa.

El señor Jockum aún siguió dándole palmadas en el hombro.

—Escuche —dijo—. Una vez, antes de que me diese por hacerme con unos lentes, iba vagando a tientas, era objeto de las burlas de los del barrio, iba saludando a las farolas, intentando atraer hacia mí a los perros de otros creyendo que eran gatos y abriendo puertas equivocadas en casas equivocadas creyendo que estaba en casa, llegué a sentirme tan desesperado que sólo vi una salida: ahorcarme. Llamé a un chico, le di dos coronas en vez de los cinco céntimos que había pensado y le pedí que me guiara a un cordelero. En su empeño por merecer esa gran recompensa, el chico no me llevó al cordelero más cercano, sino que atravesó toda la ciudad hasta un cordelero de las afueras. Entré en la tienda y pedí enseguida una sogá manejable y a la pregunta sobre el uso que iba a hacer respondí que quería ahorcarme. Por desgracia, por desconocer del todo el lugar y por, además, ser corto de vista, le pedí consejo al cordelero en lo tocante a un bosque adecuado. El hombre me llevó al patio trasero de la casa y me señaló una sombría espesura no muy lejos. Ése es un bosque excelente, dijo. Ahí se ahorca la mayoría, añadió con sorna. Tomé mi sogá y me puse en marcha. Luego de caminar un rato por un sembrado me interné en un tupido y, a mi juicio, espléndido bosque. Avancé a tientas entre los árboles, tropecé con troncos cada dos por tres, esquivé rocas blancas en mi deriva. Al cabo de una caminata larga y accidentada di por fin con el árbol ideal. Estaba en un claro del bosque, rodeado de las rocas blancas que invadían todo el bosque y, por lo que se veía, sólo tenía dos ramas. ¡Pero qué ramas! ¡Qué ramas, le digo, señor Storm! Anudé mi sogá a una de ellas, cerré los ojos y me despedí, y voy a dar el salto cuando oigo sonoras carcajadas provenientes del bosque circundante y de sopetón me veo rodeado de gentes que rien, gritan y bailan.

—Señor Storm —dijo el señor Jockum, y se restregó sus pobres ojos mientras su figura parecía encogerse a la intensa luz de la ventana—, ¡señor Storm! El farsante cordelero me había dirigido a una acampada. Las piedras blancas eran tiendas de campaña, había tropezado con hombres que se habían callado porque el cordelero se había adelantado y los había alertado del espectáculo que pronto iba a tener lugar. El árbol al que anudé mi sogá era el palo de mayo de la acampada.

Toda esa extraña historia causó una impresión muy emotiva al señor Storm y al final halló tan terrible la crueldad infligida al hombrecillo enclenque y aprensivo, que permanecía acurrucado junto a la ventana acariciando los lomos de las carpetas creyendo que eran los hombros de un colega, que de golpe se puso a llorar. Indignado, cerró el libro de caja y lloró a mares, con la parte superior del cuerpo apoyada, en gesto de súplica, en el escritorio. A través de una tenue nube de lágrimas vio abrirse la puerta y al Jefe y jefe de negociado detenidos respetuosamente en el umbral. Plenos de unción extendieron sus voces por el despacho.

—Aun el más recalcitrante —dijo el Jefe.

—Y qué aflicción —añadió el jefe de negociado.

—Mayúscula —dijo el Jefe.

—Grandiosa —añadió el jefe de negociado.

—Clásica —dijo el Jefe.

—Lacónica —añadió el jefe de negociado.

—Exuberante —dijo el Jefe.

—Instrumentada —añadió el jefe de negociado.

Sus voces se disiparon y dieron paso a otras. Frases sueltas le llegaron al vuelo, le rozaron la frente y siguieron su vuelo hacia la ventana: Así hace un hombre... por fin... suspira... me alegra verlo destrozado... esta noche iré al velatorio con la conciencia tranquila...

Por fin se hizo silencio. Sólo el señor Jockum, medio ciego, arrastraba su gemido a tientas en busca de sus lentes hechos añicos. El señor Storm dirigió su atención al pasillo. Se extinguían los últimos pasos de los más diligentes. Uno de ellos, indignado, se dirigía a la salida dando voces. Pero él no captó sus palabras. Las personas consideradas habían clausurado su duelo.

La torre y la fuente

Un lunes, a mediodía, mientras descendía del campanario, oyó que un coche frenaba y se detenía en lo alto de la carretera. Permaneció de pie, a la escucha, sobre la grava roja del último peldaño. Pero entonces no oyó nada, sólo el zumbido de abejorros que revoloteaban entre los rosales del jardín del convento. A lo lejos, acaso a unos pocos kilómetros, una segadora graznaba como un pájaro enfurruñado. Pero no oyó ruido de puertas ni pasos de nadie que avanzara por el camino que descendía hasta extramuros del convento. Se habrán quedado dentro del coche, pensó y salió al sendero de los rosales. Caminó con la gorra en la mano. Se la llevó a la cabeza y se restregó un botón que había perdido brillo. Lo volvió del revés y lo escupió, sólo un poco. Había un ambiente apacible. Ningún turista que apestara a tabaco o sudor, a alcohol en algún caso, o que recorriera los senderos bamboleando sus cámaras fotográficas y extendiendo disgusto, colillas y envoltorios de helados a su paso. Dedicaba las tardes de los domingos a labores de limpieza; benditos lunes, días de pulcritud, paz y soledad. Ante la fuente, sobre el mullido césped recién cortado, se hincó de rodillas con parsimonia y esmero para no arruinar la raya de los pantalones. Era un gesto habitual de los lunes; no rogaba a la fuente, le ofrecía su sombra, se inclinaba por encima de su espejo duro y frío y dentro de él veía sus propios ojos.

Sus movimientos adquirirían una dignidad enteramente nueva al trasponer la bóveda en ruinas. Volvía a recuperar el dominio del convento después de los humillantes sábados y domingos, cuando maestras histéricas y guías amargados, que odiaban el panorama de un convento en ruinas más que nada en el mundo, le mandaban de un lado para otro. Podía pasear a sus anchas y acariciar las plantas, sentarse en el piso desigual de la torre y soñar, ver más allá de las suaves ondulaciones de la llanura a través de los delgados miraderos de la torre, inclinarse por encima de la fuente y regalarle su sombra. Si algún visitante llegaba por casualidad un lunes al convento, peor para él. Apenas era atendido, las informaciones dispensadas eran escasas y expresadas con acritud; la visita siempre sería breve al darle la impresión de que le vigilaban cada paso que daba.

Un camino estrecho, bordeado de rosales y escaramujos, conducía desde extramuros hasta la carretera. Un manto de hierba verde cubría el camino en primavera, antes de que el público empezara a llegar de visita. Se podía andar descalzo; por esa época sólo llegaba algún ciclista que otro, pedaleando campo a través y echando una ojeada indiferente a los muros del convento, grises y aún desnudos antes de que la primavera les tendiera su manto encima. En ese tiempo, durante el breve periodo de la foliación, el convento era enteramente suyo, no sólo los lunes; después llegaba La Gente. Se encerraba en la torre y se reconcomía con

ideas en torno a La Gente. La Gente era un ogro que zampaba hierba, derrochaba papel, tasaba las rosas, contaminaba el agua, reía a carcajadas con la barriga llena y trataba con negligencia los viejos muros de piedra. En temporada, él era el criado servil de La Gente. Sólo los lunes era Su dueño y La trataba con el supremo poderío del domador que amansa a la fiera.

Por eso, cuando La Gente toca la bocina de un coche desde la carretera, a donde él se dirige despacio aunque decidido, ralentiza el paso, se entretiene en recoger una lata llena de agua que había ido a parar a un matorral de escaramujos y mantiene su digna calma aun después de rebasar el recodo y ver el coche de frente, nuevo y reluciente, con la capota descubierta, con faros que parecen ojos rebosantes de soberbia y con neumáticos negros como si hubieran rodado mucho tiempo por agua. Los dos jóvenes permanecen sentados tranquilamente tras el parabrisas y a él le da por pensar en un escaparate que acababa de ver en la ciudad: dos maniqués con trajes de grandes hombreras. Aquella vez sólo les sonrió y siguió adelante.

Pero ahora se trata de salir al paso. Tras las cabezas descubiertas de los jóvenes entrevió el balanceo de dos sombreros de mujer. Se sintió contrariado e inquieto; siempre eran jóvenes parejas en coche las que causaban el peor de los estragos, cogían rosas para los vestidos de sus mujeres, interrumpían su Relato con chascarrillos y palabrotas, se demoraban en la torre mordiéndoles los lóbulos de las orejas a sus mujeres mientras él aún permanecía con el pie en el peldaño más alto. De repente, el joven que se sentaba al volante frunció el ceño y dio un tremendo bocinazo con el puño. Toda la llanura se estremeció con el repentino estrépito. Se asomó por la ventanilla y miró con sombría determinación al viejo.

—Oiga, *old man* —gritó con voz ronca y desabrida—, ¿qué ruinas son esas?

The old man se detuvo, se plantó delante del morro del coche y lo miró por encima como si no existiera. A lo lejos, donde la alameda de la finca engarzaba con la carretera general, un autocar salía rodando de una nube de polvo. Colmado de aciagos presagios se enjugó el sudor de la frente y se miró los zapatos. Los cuatro jóvenes del coche creían que sin duda les tomaba el pelo.

—Jodidos palurdos —dijo el otro joven, y encendió un pitillo—, *to hell with them!* Tiró la cerilla encendida por la ventanilla. Fue un acto hostil de parte de La Gente. El viejo la apagó pisándola contra la grava. Bien sabía lo que podía ocurrir si les dejaba entrar. Colillas, chascarrillos, besuqueos, plantas holladas, rosas robadas. El autocar estaba cada vez más cerca. Venía rugiendo como una fortaleza sobre ruedas, imponente y desaforada, enviada por La Gente para adueñarse de sus dominios, levantando polvo y rociando de grava los bordes de la carretera. Se quitó la gorra a toda prisa con la esperanza de no ser reconocido. Y eso le ayudó, el autocar ni siquiera redujo la marcha, la grava salpicó los costados del coche. La polvareda envolvió a todos. Suspiró aliviado y se puso la gorra.

—El convento de conventos —respondió.

—El convento de conventos —repitió uno de los jóvenes americanizados. Se

puso a girar el volante de modo que las ruedas delanteras cambiasen de dirección una vez y otra. El viejo se quedó totalmente perplejo. También le desconcertó la forma de tratarle en lengua extranjera. Se sintió atrapado en su superioridad. Seguro que andaban maquinando alguna maldad en secreto. Parecía sábado. El convento de conventos. En fin, qué iba a decir. Había gente a quien le hacía gracia y se echaba a reír cuando les daba esa respuesta, como si fuera él quien la hubiera inventado. A él le parecía que inspiraba confianza: Oh, el convento de todos los conventos. O algo por el estilo.

Las chicas prorrumpieron entonces en sonoras carcajadas desde el asiento trasero. Lanzaron sus sombreros al vuelo y rieron hasta ahogarse. El joven al volante compuso el semblante, se calzó unas gafas verdes de sol y se volvió hacia ellas.

—Oye, *darling* —dijo—, *what are you laughing for?*

—Eso, de qué diantres os reís —dijo el joven insolente, y arrojó otro cigarrillo por la ventanilla.

La joven del sombrero azul atrajo hacia sí la muñeca del joven insolente y se la metió en la boca para sofocar la risa. El joven al volante se incorporó un poco, se volvió y dio un cachete en la boca a la joven que todavía seguía riendo. Se quedó callada.

—*Tell me, darling* —dijo, y volvió a sentarse.

—Sólo dije que el viejo tartamudea —dijo la joven de mala gana.

—El convento de conventos —acertó a decir la otra.

Pero ninguno pareció divertirse más. El viejo, que seguía delante del morro del coche en medio de la carretera, enrojeció de indignación. Estaba hecho a que La Gente lo mirara por encima del hombro, le robara las rosas del jardín, ensuciara sus arriates, manchara su fuente clara, incluso interrumpiera su Relato con preguntas tontas, pero que La Gente se pitorreará de él delante de sus narices, eso era ir muy lejos. Abrió los pies y los hundió como puntales en la carretera. Si el coche arrancaba, de ahí no se movería. Se vio a sí mismo arrollado en medio de la carretera, estampado por los dibujos de las ruedas y de La Gente, reverente ante la muerte, que arrodillada a su lado trataba en vano de tomarle el pulso. Pero el coche no se puso en marcha, se quedó al borde de la carretera, con el freno de mano echado y el motor apagado. El joven de las gafas de sol abrió la portezuela y escupió fuera.

—*Come on, boys* —dijo—, vamos a pillarnos a una monja.

El insolente encendió otro cigarrillo, el viento atrapó la llama y le rozó los recortados bigotes.

—*All right, Joe* —dijo haciendo una mueca—, *just a minute, please.*

—Convento de conventos —dijo la chica que queriendo hacerse la graciosa tampoco lo consiguió esta vez.

Salieron todos del coche. Las chicas dejaron sus sombreros en el asiento delantero. Se soltaron el cabello pasándose los dedos como quien mezcla la masa de un pastel.

—¿Creéis que habrá monjes guapos? —dijo la chica empeñada a toda costa en hacerse la graciosa.

El viejo permaneció bien plantado en la carretera y vio desfilar a La Gente entre deliciosas voces extranjeras, sin dedicarle una mirada y desaparecer entre los matorrales de escaramujos. No pudo defenderse ya que nunca fue atacado. Las risas de las chicas, que estridentes y aciagas como bocinazos hostiles se abrían paso por el camino, enmudecieron y se apagaron de repente. Traspusieron la puerta. La segadora calló, era la hora de la comida. La carretera que recorría la llanura aparecía desierta y libre de polvaredas hasta donde alcanzaba la vista. Todo era lunes, todo podía ser como siempre con tal de que el coche no estuviera allí. De golpe reparó en el olor del coche, un tufo acre a goma quemada y gases de escape. Los faros miraban amenazantes, la carrocería agazapada sobre las ruedas, dispuesta a saltar. De súbito sus pies se liberaron de la calzada como por cuenta propia y la ira contra quienes arruinaban su lunes explotó con una formidable patada a una de las ruedas delanteras.

Antes de regresar al convento echó un vistazo en derredor, pero no lo había visto nadie. Ya les oía a distancia gritar y reír en el jardín del convento. Se quedó un rato junto a la puerta mientras reunía todo el orgullo y desprecio a La Gente que todavía le quedaba. Se caló la gorra hasta que le quedó en la posición más digna, se sacudió el polvo de los zapatos con un ramillete de hojas y enjugó el sudor de su reluciente rostro. Un Guía entró por la puerta.

Los encontró sentados en la piedra de la Abadesa. La chica empeñada en hacerse la graciosa estaba sentada en las rodillas del joven insolente. Se había quitado los zapatos y hacía dibujos con las uñas sobre la grava. Fumaban un cigarrillo a pachas. La chica llevaba una rosa en el pelo. No la llevaba cuando dejaron el coche. La otra pareja estaba de espaldas al jardín del convento, tirando cerillas partidas en la encrucijada de los arriates. Le oyeron llegar y levantaron la vista.

—Convento de conventos —dijo la chica sentada en las rodillas del joven insolente, tratando de reír sin conseguirlo.

Él se detuvo frente a ellos y les dedicó una mirada larga y desabrida de guía turístico. De golpe extendió el brazo y les señaló con un índice riguroso y amenazador como el cañón de una pistola. Los cuatro de la piedra, boquiabiertos, le devolvieron la mirada.

—La piedra en que se sientan —dijo el viejo— es la que la tradición ha dado en llamar piedra de la Abadesa. Cuenta la leyenda que en diciembre de 1404, cuando los salteadores sitiaron el convento, la Abadesa del convento de conventos, que con mano firme y segura gobernaba esta fortaleza de nuestra fe cristiana, permitió abrir una de las puertas y proclamó que Dios golpearía con toda su ira y convertiría en piedra a cualquiera que se internara en el recinto del convento. El caudillo, que según la leyenda debía llamarse Sigmund Mordedor, porque en cierta ocasión quitó la vida a un enemigo de un mordisco en el cuello...

El joven insolente apartó a la chica de sus rodillas y escupió la colilla en un rosal.

Volvió la cabeza y miró al de las gafas de sol.

—Paparruchas —dijo.

—*Too much talk* —dijo el de las gafas de sol, y frunció el ceño.

—Qué espeluznante —dijo la chica empeñada en hacerse la graciosa—. Estaba sentada en el suelo, en una postura indecente, y se puso los zapatos. ¡Morder a los tíos en el cuello! ¿Tendría dentadura postiza?

—*Too much talk* —dijo el de las gafas de sol, y pellizcó a su chica en el brazo.

Entonces ella encendió un cigarrillo y lanzó el paquete, arrugado, hacia lo alto, en dirección al dormitorio del convento.

—Eh, dejad que hable el viejo —dijo, y mordió a su amigo en la mejilla.

—Pues bien —prosiguió el viejo—, a Sigmund Mordedor le da por reír y entra solo por la puerta del convento que veis ahí abajo, por detrás de los rosales. Entonces la abadesa levanta la mano, el bandido cae de bruces en medio del jardín, sus hombres, que acababan de disponerse a seguir a su caudillo, se retiran aterrorizados. Del sitio donde Sigmund ha caído surge una roca del suelo, la piedra en que ustedes se sientan, señores míos.

—Caramba —exclamó el joven insolente, y se incorporó. Contempló la piedra con un interés desmedido, cosa que aun así, en medio de todo desamparo, alegró al viejo.

—¿Crees en eso? —dijo la presumida, la chica del joven que conducía.

—*You talk too much* —dijo el joven, y se quitó las gafas de sol.

A modo de tanteo, por si alguno le seguía, empezó a caminar hacia el dormitorio con el oído muy atento a su espalda. Hubo un momento de total silencio. Ellos arrastraban los pies por el sendero, inseguros aún de la dirección que debían seguir. En todo caso lo siguieron a regañadientes y farfullando por lo bajo. Se detuvo, se dio media vuelta y echó una mirada al grupo. Clavó los ojos en cada uno de ellos y para su sorpresa reparó en que los dominaba. Lo habían aceptado como guía. Eran instrumentos a los que podía tocar sus cuerdas. Enseguida empezó a templarlas. Prosiguió el intento adrede, dando unos pasos más en dirección al dormitorio. Ellos le siguieron pisándole los talones.

—Éste es el dormitorio —dijo, y se detuvo ante un muro derruido del que sobresalían restos de mampostería regularmente erosionados por el tiempo. La hierba acariciaba las losas del suelo, agrietadas y casi grises.

—Vaya cuento —dijo el joven insolente—, ¿cómo se llama el chamizo?

La chica que quería hacerse la graciosa empezó a reír sin ton ni son. Él volvió a sentir miedo. Un instante de descuido y se apoderaban de él. Se librarían de su presa y anegarían y arrasarán como langostas sus piedras florecientes. Ni siquiera durante un pestañeo el domador puede evitar los ojos del león. Empezó a toser para atraer de nuevo su atención.

—Aquí dormían las monjas —añadió en voz queda, casi susurrando, mientras se arrimaba a la sombra de un muro inclinado, como si lo que iba a decir fuese algo que

no podía decirse al sol. Guardó silencio. Los jóvenes se le acercaron con lentitud y con verdadera curiosidad en sus rostros. El truco surtió efecto.

—Y aquí —dijo—, exactamente donde estamos, hay un hueco, tapado ahora, que conducía a una galería subterránea, y cuenta la leyenda que numerosos monjes de un convento vecino la frecuentaban para visitar por la noche a las monjas que dormían.

—Qué caraduras —comentó el joven insolente en tono de aprobación.

—*Tough boys* —dijo el de las gafas de sol en tono reverente.

La chica presumida guardó silencio y sacó la lengua a su amigo. Pero la graciosa dijo:

—Qué mal tuvieron que dormir. Me refiero a las monjas.

Pero lo del hueco era mentira. Hacía mucho tiempo que había reparado en que el recorrido por el convento era más provechoso para el visitante si éste oía y veía lo que deseaba ver y oír. Las demás partes del convento no daban muchas ocasiones para variaciones, pero en lo tocante al dormitorio había abundantes posibilidades para satisfacer hasta los gustos más variados. Se había inventado para adultos lo del hueco y la galería clandestina. En compañía de damas nunca antes lo había sacado a colación y no resultaba grato hacerlo, pero no es el domador quien elige la expresión de su rostro.

—¿Así que se pueden apartar las piedras, levantar la tapa y bajar a la galería?

Fue la chica del chófer la que preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió.

Lógicamente, por nada del mundo quería hacerlo, pero aun así se azoró. Fue como si ella hubiera dado la vuelta a su piadosa mentira y le buscara el reverso sucio, frío y pegajoso. Nunca le había pasado antes. Los sacó a toda prisa del dormitorio y los condujo por medio de los demás habitáculos Alarmado porque se demoraran y le arruinaran el resto del lunes, iba ya camino de la salida con los jóvenes en silencio, pegados a sus talones, sin haberles dejado subir a la torre. Nada más pasar la fuente, que permanecía clara, cristalina y a la sombra de los rosales, le dio por echar la vista atrás y cerciorarse de que en verdad lograría su propósito de expulsar a La Gente del paraíso. Se detuvo en seco.

—¿Dónde está la otra pareja del grupo? —preguntó.

—Chis, subieron a esa torre —respondió la graciosa y se puso a reír de forma descaradamente afectada.

—Están recién prometidos —explicó malhumorado el joven insolente.

—La torre —dijo el viejo—, de la torre se cuenta una extraña historia. Cuando en 1426...

Ya había atravesado el jardín. Era espantoso tener que desandar el recorrido una vez que había estado a punto de echarlos. Tenía el pálpito de que ocurriría una catástrofe si no llegaba a tiempo. Estaba tan enfurecido que ni siquiera le importó saber si los otros dos le seguían. Solo y agobiado se detuvo bajo el miradero que daba al oeste y escuchó. Cuando no oyó nada traspuso la puerta. Estaba bien atrancada y

chirrió un poco. Furioso por no haber engrasado los goznes mientras estaba a tiempo, se quedó un rato en el primer peldaño, mirando hacia arriba, hacia la oscuridad. Entonces le pareció oír ruidos misteriosos que provenían de la invisible planta más alta, donde la campana había estado en su tiempo, ruidos que correspondían muy bien a la escena que sin duda se desarrollaba unos metros más arriba, en plena oscuridad.

Acometió la escalada con sigilo, haciendo una pausa larga en cada escalón y permaneciendo a la escucha. Ahora no oía nada. Tal vez habían oído el chirrido de la puerta y se mantenían en silencio por temor a ser descubiertos. Con las mejillas al rojo vivo siguió subiendo. Esa parejita, pensaba, va a tener lo suyo cuando les caiga encima. La escalera se retorció en cerrada espiral en el octavo peldaño. La espiral culminaba en el duodécimo peldaño y desde allí podía ver directamente el cuarto de la torre. En el décimo escalón hizo una pausa significativa durante la cual trató de armarse de valor. Debo expulsarlos, pensó. Aquí no se da cuartel a nadie. Pero la gran idea, enclenque de cuerpo, se desplomó desmayada en su cabeza. No sentía ningún furor, sólo un deseo incitante de seguir adelante, escalón a escalón. Fue el deseo y no la rabia lo que impulsó su cuerpo en silencio, pesado y enardecido, hasta el peldaño número doce. Allí permaneció después haciendo pantalla contra el sol que se colaba por el miradero que daba al mediodía. Primero no vio ni tampoco oyó nada. Vaya, pensó, están tendidos en el suelo, qué desvergüenza.

Entonces, de repente, dio una patada a una piedra. Hizo ruido, no mucho, pero suficiente para hacerle sentir todo el temor que le infundía ser descubierto, la conciencia enfermiza con que el guardián de la torre acechaba a sus ocupantes. Tosió e hizo ruido con los pies para ahuyentar la ingrata impresión de ser descubierto, y luego prosiguió la escalada. El cuarto estaba vacío. Nadie habría podido deslizarse por los estrechos miraderos. Nadie habría podido descender por la oscura escalera mientras él subía. La verdad no era otra sino que el cuarto había estado vacío todo el tiempo. Avistó el jardín y notó, para engorrosa sorpresa suya, que el alivio no comparecía de ningún modo. Sólo le quedaba el resabio de no merecer mejor destino que ser enterrado, la sensación de haber sido burlado. Pero la enterró a conciencia y empezó a reír, primero tímido y deshabituado, pero luego cada vez más alborozado.

Sin embargo poco le duró el contento. En el silencio del convento había algo inquietante. Aguzó el oído hasta que le pareció que algo le golpeaba dentro de la cabeza, pero no oyó una sola voz. Ni tampoco oyó el ruido de ninguna portezuela de coche ni el arranque de ningún motor. Tampoco vio a nadie, parecía que los rosales se hubieran tragado a los cuatro jóvenes.

Por fin, al cabo de una larga espera, le llegó un ruido cercano, al pie de la torre para ser más exactos, un ruido que le hizo estremecer, y lleno de funestos presagios se abalanzó escalera abajo y se lanzó contra la puerta. Estaba cerrada. Apoyado contra la puerta, en un empeño vano de que cediera, oyó entonces unas voces bajas del otro lado y acto seguido una carcajada sonora e inmisericorde de mujer.

—Abran —pidió—, déjenme salir, por favor. Aquí dentro no puedo quedarme.

Pero los jóvenes malvados ni siquiera respondieron. Subió a la torre a toda prisa y echó un vistazo. Entonces los vio junto a la fuente, cuchicheando en corro. La graciosa dijo algo que él no captó y todos prorrumpieron en carcajadas tan estentóreas que espantaron a los pájaros e hicieron temblar a las rosas. Luego, de súbito, volvieron la cabeza y se dirigieron hacia él. Se detuvieron bajo el mirador y levantaron la vista, pero seguramente no lo vieron. El joven de las gafas de sol frunció los labios. Lo inaudito sucedió. Gritó al prisionero.

—Oiga, viejo —gritó—, *hope you feel well!*

La chica del chófer, con el vestido mal abrochado, llevaba un ramo de novia bajo el brazo. De golpe cogió una flor, apuntó y la arrojó; la flor se quedó al borde del miradero y cayó.

Pero él no vio más. Estaba de rodillas ante el miradero, con los ojos entornados y las manos en los oídos. Por eso no oyó cuando el insolente gritó:

—¿Quieres que te enviemos una monja para no sentirte solo?

Ya había oído suficiente. Presionó las manos contra las orejas con fuerza inusitada, pero las risas de La Gente se deslizaban bajo la palma de la mano hasta sus oídos. Al final, sin embargo, no oyó nada. Al cabo de un buen rato abrió los ojos, se incorporó, se limpió las rodillas y miró fuera. Miró y miró hasta que las lágrimas le anegaron los ojos a oleadas, sin que por eso pudieran borrar el último espectáculo aterrador que La Gente le deparaba: el joven insolente estaba de pie frente a la fuente, de espaldas a él, abierto de piernas y ensuciando la fuente de forma tan horrorosa que significaba la muerte de la fuente. Con los puños cerrados golpeó los muros de la torre, pero a buen seguro nadie más que él oyó los golpes. También cayó de rodillas, finalmente de espaldas, y dando tumbos en lo alto de la torre profirió ahogados gritos de rabia que más bien parecían lamentos.

De pronto se sobresaltó y luego quedó completamente inmóvil, alertado por una penetrante señal de victoria: el toque de un claxon. Y acto seguido el rugido de un motor ávido de combate. Después lánguidos rumores, crepitantes y absorbentes: neumáticos sobre asfalto mojado. Llovía fuera, una nube de verano. Finalmente silencio. Rodó hasta la escalera sin siquiera osar echar una mirada de reojo por alguno de los miraderos. En su imaginación, la devastación del paraíso adquiría tales proporciones que sintió que sus ojos no resistirían la visión sin que fueran a reventar. Atenazado de odio contra el enemigo colectivo que le había infligido un golpe tan devastador, se quedó sentado largo tiempo sobre el peldaño más bajo de la escalera. Quería explotar, quería reventar en pedazos con un estampido tan mayúsculo que también arrasara la torre de la que era prisionero y enterrara todo el convento mancillado bajo sus ruinas. Pero no reventó. El cuerpo, el único amigo misericordioso que nos ayuda contra el alma inmisericorde, lo redimió al fin aunque de forma pasajera. Estaba cansado, exhausto, y cayó en un sopor.

Altas voces lo despertaron. Primero no le causaron ninguna impresión. Lo mismo podía haber sido el ruido de un aeroplano o el de un chaparrón contra los muros. Miró

a lo alto de la escalera. Había más luz, acaso brillaba el sol. No obstante, se sentía muy incómodo y fue por pura comodidad, no por miedo ni por soledad, por lo que se puso a gritar:

—¡Los de fuera! ¡Tengan la bondad de abrir la puerta! ¡Es que me he quedado encerrado!

Las voces cesaron; no, se hicieron murmullos. Pasos indecisos se acercaron. La puerta se abrió de repente. Entró la luz. Seguía sentado en el peldaño y miraba como un necio los rostros añosos de dos mujeres. Maestras jubiladas. Pero no le interesaron. Le extrañó más que pudieran haber abierto la puerta de un simple tirón, sin manipular llave alguna. Por consiguiente no había estado cerrada. Los jóvenes se habían ido y la habían abierto mientras él se tapaba los oídos. Ahora estaba ahí como un imbécil. En rigor, el mártir empieza a odiar desde el momento en que descubre que no merece el martirio. En presencia de dos representantes de La Odiosa Gente, que en una sola tarde había arruinado toda su existencia, haciéndola tan inservible como un cheque sin fondos, se levantó del peldaño con la boca firmemente cerrada y las mejillas al rojo vivo. Los rostros que vio eran delgados y afilados. Rostros que era una bendición odiar.

—Curioso ejemplar humano —dijo una de las maestras jubiladas. Era dura de oído y expresaba sus balbuceos con un vozarrón insoportable. Llevaba un libro en la mano, el dedo meñique metido casi en medio, como una solapa. De pronto ambas se abrieron paso a su lado sin ninguna consideración y miraron a lo alto de la escalera. En calidad de turistas que sabían lo que querían no se dejaron amedrentar por un obstáculo tan insignificante. Llevado de su odio y de su sentido del deber, fue tras ellas y ya en la escalera empezó una conferencia sobre la torre.

—Cuando en 1426 una partida armada, acaudillada por un tal Pie Blanco de Småland, puso sitio al convento... —contó.

Ahora estaban en lo alto de la torre. La sorda, que en todo momento le había dado la espalda, dio de golpe media vuelta y lo contempló con amarga indiferencia.

—Ahí anda usted errado —dijo—, de hecho fue en 1446. ¡Acuérdese, por favor!

Era la primera vez que algo semejante le ocurría. Nunca antes La Gente le había echado en cara sus dudas. Le habían escupido, ¿pero cuestionado? ¡Jamás! Volvieron a bajar. En el dormitorio vio su gran ocasión, la ocasión de odiar que nunca más volvería a presentarse si no la aprovechaba ahora. Estaban sobre la misma losa del suelo, poblada de yerbajos, donde justo había estado con los cuatro jóvenes. Miraba al suelo con gesto sombrío y amargado. Una de las dos maestras jubiladas tosió levemente. La sorda pasó una página de su libro, luego introdujo el dedo y volvió a cerrarlo.

—Las señoras ven las losas del suelo —dijo—. Aquí están, en el venerable dormitorio habitual de las monjas y parecen firmes y castas. (Elevó la voz). Pero en realidad no es sino una gran mentira. Las losas fueron colocadas más tarde para

ocultar el dato picante de que un buen número de galerías subterráneas conducía a su dormitorio, sólo ocultas por tapas de madera. Esas galerías fueron excavadas por laboriosos monjes, acaso las industriosas monjas también aportaran su granito de arena saliéndoles al paso a medio camino. En todo caso, a cualquier niño de estos últimos tiempos le resulta sencillo imaginar el motivo por el que los monjes del convento aledaño se apresuraban a lo largo de sus galerías subterráneas para trepar al cabo hasta el dormitorio de las monjas.

Ese planteamiento retórico no obtuvo ningún comentario. La sorda bramó un cuchicheo a su colega:

—Este bribón miente. El convento de monjes más cercano estaba a cincuenta kilómetros de aquí, más allá de los lagos profundos y las altas montañas. Taladradoras no había entonces. Nobel no estaba ni pensado y la pólvora por los pelos. ¡El tipo miente!

Lo dejaron a su suerte. Se quedó solo un rato en su rincón mientras maduraba por dentro una terrible decisión. Corrió para darles alcance. Ya estaban a punto de salir.

—Señoras —pidió—, permítanme que aún les muestre algo de interés que en otro caso sin duda se perderían.

Las llevó hasta la fuente. Prorrumpieron en gritos entusiastas. Qué clara. Qué limpia. Qué pura. Había llegado la hora.

—¡Clara —gritó—, limpia! (Rezumaba risa y desesperación). ¡Limpia esta charca donde suelen mear los escolares de excursión! Cincuenta por ciento de orina, les doy mi palabra.

La sorda le clavó la mirada.

—Y se lo va a hacer creer a una vieja maestra —le espetó. ¡Vamos, Theresia! Este hombre no tiene ni idea. Debería leer el libro en vez de decir sandeces.

—Libro —dijo completamente chafado—. ¿Qué libro?

—La guía turística del convento, por supuesto. Todos deberían tenerla para librarse de todas sus patrañas.

Entonces se quedó de piedra. De una vez por todas se le presentó la inmisericordia de La Gente de modo tan espantoso que todo el mundo que le rodeaba adquirió el tono plomizo que precede a la lluvia. No es que La Gente sólo pisara su césped, moliera sus piedras, robase sus flores, ensuciara sus senderos, meara en su fuente. También quería declararlo inútil. Irían a pasar por su lado con un libro en la mano y reírsele en sus narices, reírse de su ignorancia para decir al cabo: Señor mío, ya no lo necesitamos más. Ahora tenemos un libro. Puede usted marcharse.

La que no era sorda, un poco conmovida ante su cambio repentino, dijo torpe:

—Tenemos dos libros. Quédese usted con uno.

Entonces se vio tan perdido que las dos sintieron pesar. Sus ojos erraron por el jardín. Una mirada tímida a la fuente. Luego dijo:

—No, gracias, no necesito ninguno.

Una pausa larga. Luego a trompicones:

—Yo, yo ya me voy. Pero ahora vayan a la torre, señoras. Allí verán una cosa extraña en el primer peldaño de la escalera. Cuando salgan de allí cierren con doble vuelta para que ningún gamberro entre mientras yo esté fuera. Buenas tardes.

Desapareció. Corrió hacia la torre por detrás de los rosales, abrió la puerta, subió a toda prisa y se tiró al suelo. Al poco rato escuchó voces. Oyó la puerta. La llave giraba. Una vez. Dos veces. No se habían cuidado de mirar en el primer peldaño. Tan poca cosa era. Qué amargura. Cuando ya no oyó más voces fue bajando la escalera despacio y con cuidado y se sentó abajo, no tuvo ningún pensamiento extraño, no sintió ninguna rabia especial. Sobre todo no sintió nada. No pensó en nada. Ni siquiera en la fuente. Tan sólo se quedó allí sentado hora tras hora o, lo que era igual, año luz tras año luz, mientras se sentía cada vez más cansado. El cansancio es bueno, el cansancio siempre es bueno, en especial cuando uno se ejercita en el arte amargo de ser prisionero de sí mismo. También es buena mucha calma y cierto temple para no dejarse conmover, ya que para soportarse uno mismo se necesitan buenos nervios.

Una tragedia menor

Todas las grandes tragedias han ocurrido ya, hace mucho tiempo. Podemos leerlas en libros o verlas en el teatro. En nuestros días sólo acontecen tragedias menores, tales como que la gente tiene hijos sin poder permitirse el lujo de casarse, o que un cartero casado se enamora de una señora al hacer el tercer reparto en una escalera recién fregada, pero no puede comprarle un sombrero porque tiene un hijo adulterino a quien mantener.

Ocurrió un otoño cuando llovía casi todo el tiempo y los zapatos del cartero estaban siempre mojados. Tenía que enjugarse el agua de los ojos al entrar en los portales para poder ver las ranuras de los buzones. A veces caía una gota encima de una dirección y alguien abría la puerta para decir que el cartero no tenía derecho a manchar cartas ajenas. El cartero era una persona sensible, y le afligía siempre el no complacer a todo el mundo y cuando volvía a casa por las noches, su esposa le reñía porque estaba lloviendo, porque él tenía un hijo y ella no, porque gastaba muchos zapatos y porque nunca ascendía a jefe de carteros. Él no respondía, pero ya no la amaba. En todo caso, no como antes.

Cuando una tarde, durante el tercer reparto, vio a Lena en la escalera, no pensó mucho en ello al principio. Fue sólo que ella le impedía hacer su trabajo. Él iba a subir y ella estaba arrodillada, fregando la escalera. Como él, por naturaleza, andaba muy silenciosamente, ella no le oyó y siguió fregando. Como él, también por naturaleza, era muy tímido, no se atrevió a decir nada, sino que fue retrocediendo de espaldas, escalera abajo, y se dispuso a esperar. Faltaban cuatro escalones, pero tuvo tiempo de mirarla, y así, cuando se mira a una mujer un buen rato, puede ocurrir que uno empiece a amarla, por lo menos un poco.

El cartero veía su espalda, que era joven e inocente y parecía impaciente cuando se inclinaba. Le gustó mucho. También le gustó mucho su pelo, que era rubio natural y le caía sobre la frente, y los brazos y las manos, que parecían acariciar la escalera con el trapo de fregar.

Yo querría ser una escalera, una escalera bien alta y que tú me fregaras, pensó él, y supo que, si seguía siendo hermosa al volverse, se enamoraría de ella.

Entonces ella se volvió y era muy hermosa. Él empezó a tartamudear.

—Yo, yo sólo que... quería subir —dijo él.

—¿No hay nada para nosotros? ¿Broberg?

Mientras hacía memoria la ayudó a llevar el cubo de fregar hasta la puerta. Después miró en la cartera. No había carta, pero sí una revista de caza.

—Julius Broberg —dijo él, aferrándose a la esperanza de que fuera su hermano.

Pero era su marido, que iba de caza los domingos y a veces por la noche, aunque su oficio era el de carnicero. Él le dio la revista y pareció tan preocupado que ella le

preguntó qué le pasaba. A él también le gustó su voz porque, cuando uno ama a alguien, lo ama todo.

—Es... es que, a a veces —dijo—, vivienen cartas tan grandes que no caben por el buzón y hay que llamar a la pupuerta.

Se oyó a alguien por la escalera, probablemente algún chiquillo curioso y cotilla, y ella se metió en su casa.

—Me llamo Lena —cuchicheó por la ranura de la puerta—, pero yo no recibo nunca cartas tan grandes. Mi marido suele estar en casa a las cinco.

—Esas cartas suelen venir en el primer reparto —dijo él, y echó a correr escaleras abajo. Estaba resbaladiza y resbaló y se hizo daño en la rodilla; pero amaba tanto ya que no sintió el menor dolor.

Antes de ir a su casa por la tarde entró en un estanco que había en su calle y compró un sobre grande. Enrojeció al comprarlo como si estuviera haciendo algo indecoroso y, para desviar las sospechas, se compró también un diario de la tarde. Después se metió en un portal, rompió el periódico y lo metió en el sobre. Con manos temblorosas y letra falsa escribió Julius Broberg y la dirección de Julius Broberg en el sobre.

Por la noche se quedaron de sobremesa como de costumbre y la esposa le leyó una novela de amor de la Guerra de los Treinta Años. Se trataba de un postillón que cruzaba todos los frentes para poder reunirse con su amada, una dama burguesa de Lützen. El cartero escuchaba con una atención desusada porque le parecía que el libro trataba de él. También esperaba que el postillón pudiera darle alguna idea útil, pero no le sirvió de nada, ya que el sistema de correos era completamente distinto en aquellos tiempos. Al final del capítulo quince, la esposa hizo un alto en la lectura y le dijo:

—¿No te parece romántico? ¡Fíjate qué sentimientos más profundos tenía la gente en aquellos tiempos!

—Sí, sí —dijo el cartero, pensando en el sobre que, en esos momentos, iba camino de la oficina de Correos en un gran coche amarillo.

A la mañana siguiente estaba ante la puerta de los Broberg, sin aliento, por haber ido corriendo todo el camino. Llamó al timbre, pero nadie abrió. Llamó una y otra vez, pero la puerta siguió cerrada. Por fin apareció un anciano por una puerta vecina y se quedó parado mirándolo. Era uno de esos ancianos que todo lo saben y que desean que todo el mundo se entere de ello.

—No hay nadie en casa —dijo—. La señora está fuera, ha ido a suscribirse a un periódico, y el señor está en la carnicería. Y no llame tanto, que las baterías de la casa sólo alcanzan para diez horas y es muy difícil cargarlas. Antes, las baterías venían de Alemania, y mi hermano tenía una firma en el barrio de Kungsholmen. Sepa usted que Kungsholmen era muy diferente por entonces, y una vez un tranvía de caballos descarriló enfrente del hospital Serafimer. Pero, lo que es ahora, todos los caballos los mandan a Rusia, así que no sé qué va a pasar. Leí en el periódico que tenemos que

comprar nueces, tantas nueces que no vamos a hacer otra cosa que cascarlas para el resto de nuestros días. Bien que cascaba yo antes siempre con los dientes, pero ahora se acabó. De todas maneras he conseguido un buen dentista, es un verdadero mago cuando se trata de limpiar el rapé, y si quiere usted la dirección...

—No, gracias —dijo el cartero.

—¿Por qué viene entonces a llamar a la puerta molestando a la gente —siguió el anciano— si no quiere la dirección?

—Era por esta carta —dijo el cartero—, no entra por el buzón. La traeré otra vez en el segundo reparto.

—¿Cómo que no entra? Claro que entra —dijo el viejo y, arrancándosela de las manos, la estrujó por la ranura del buzón—. En mis tiempos era otra cosa —dijo—. Tenía usted que haberlo visto.

—Claro, claro —dijo el cartero, y echó a correr.

En el segundo reparto tampoco había nadie en casa. En el tercero estaba Lena. Pareció alegrarse de ver al cartero porque le había echado de menos, pero no podía decírselo porque, únicamente cuando a uno no le gusta alguien se lo puede decir sin haber sido presentados.

—Sólo quería saber si la carta llegó en buen estado, porque vino un viejo que me la arrancó y la metió en el buzón. Pero yo llamé a la puerta en el primer reparto y en el segundo.

—Qué mala suerte —dijo ella—. Por cierto que no sé de quién es la carta porque es para Julius, y Julius no está en casa, se ha ido a pasar la noche de caza. Pero la carta está en el contador de gas, y si usted quiere puede pasar a ver si está bien ahí porque, lo que es yo, no tengo costumbre de guardar cartas. Entonces el cartero dijo que, desgraciadamente, tenía mucha prisa en ese momento y que, además, no le estaba permitido entrar en un piso cuando estaba de servicio.

—Pero —añadió—, a veces, cuando hay una carta muy importante, puedo hacer un cuarto reparto y entonces incluso tengo la obligación de entrar y dejar la carta en la mesa de la cocina.

—Bienvenido entonces en el cuarto reparto —dijo ella, y cerró la puerta.

Cuando el cartero llegó a casa esa noche le dijo a su esposa que tenía que asistir a una conferencia sobre clasificación de correspondencia y que luego sería más fácil ascender a jefe de carteros. Entonces ella se sentó en sus rodillas y le dijo que nada de ascender a jefe, que lo que él tenía que hacer era convertirse en postillón, porque los postillones tenían sentimientos muy profundos. Después sacó el libro y se puso a leerse. Él sudaba y se sentía muy desgraciado, pero cuando se acabó el libro, aún quedaba tiempo para llegar al cine. Trató de escabullirse entre la multitud que había a la puerta del cine, pero ella empezó a llamarle con tantos gritos que le asustó provocar un escándalo.

La película trataba de un amor prohibido en el siglo XVIII, y su esposa se emocionó mucho y, camino de casa, dijo que a ella le encantaban las grandes

tragedias. Entonces el cartero se puso muy contento y en mitad de la calle se lo confió todo: habló de la lluvia por la mañana temprano, de las cartas mojadas, de la mujer que fregaba las escaleras y de sus sentimientos hacia ella, de la carta y de su marido que era carnicero y salía de caza por las noches y, para terminar, de la cita que se habían dado en la cocina.

La esposa lo agarró firmemente del brazo y no lo soltó hasta que estuvieron en el vestíbulo de su casa. Allí se quitó el sombrero y dijo:

—Y te atreves a contarme eso después de haber visto una gran tragedia de un gran amor en una gran película. ¡Vergüenza debía darte! Y ¿cómo vas a poder pagar la pensión a dos esposas y a un bastardo con lo que ganas y cómo puedes encontrarle algo a una casada casquivana que empieza a flirtear con el primer cartero que encuentra en la escalera y qué va a decir el carnicero?

Pero el cartero tardó mucho en conciliar el sueño por la noche y no se durmió hasta que hubo comprendido que todas las grandes tragedias ya habían ocurrido y que ahora quedaban tragedias muy muy pequeñas. Y Lena permaneció también mucho tiempo despierta, llorando sola, la lamparilla estaba encendida y tenía un espejo en la almohada, y cuando se miró en él no vio más que vejez y fealdad. Pero el carnicero llegó a casa, borracho y alegre, y cuando abrió la carta comentó que querían que se suscribiera a un periódico vespertino.

—Pero como sigan enviando ejemplares rotos se va a suscribir su madre —dijo—. Aunque seguramente ha sido culpa del correo, y como le eche la vista encima al cartero se va a llevar un soplamocos. ¡Vamos si se lo lleva!

La sorpresa

Hay personas que no hacen nada para ser amadas y a pesar de ello lo son y otras que lo hacen todo para ser amadas y nunca llegan a serlo. Se puede notar que a las personas pobres de verdad les resulta muchas veces difícil ser amadas. Cuando la madre de Åke llevaba viuda cinco años, el abuelo paterno de Åke cumplió setenta años. Fueron invitados a asistir en una carta de ocho líneas, breve y seca, en la que ponía: «Si queréis podéis venir, pero la ropa de cama tenéis que traerla vosotros porque hace frío en el cuarto y además algunos van a tener que dormir en el zaguán porque van a venir también otras personas, hemos invitado al contable y al comerciante Jonsson y tendrán que dormir en la sala y si tú, Elsa, puedes venir un día antes, para ayudar en la limpieza y a poner la mesa y a hacer la comida, estaría bien. Cordialmente, Irma. Después siempre habrá alguien que ayude a fregar y alguna otra cosa y seguro que Åke podrá hacer un poco de leña».

La madre leyó la carta en voz alta una noche bajo la lámpara. Estaba cansada y se apoyaba en la mesa con ambas manos. Había estado todo el día limpiando techos en un piso grande del barrio de Östermalm y tenía dolor de cabeza de haber estado con la cabeza vuelta hacia el cielo tanto rato. Cuando hubo leído la carta se quedaron los dos en silencio sin mirarse. Åke hojeaba su libro de geografía: las cascadas de Trollhättan son muy hermosas... Los holandeses son un pueblo limpio que friega las aceras todos los días... bajo la dirección, dura pero vigorosa, de Mussolini esas insanas tierras pantanosas han sido drenadas... En Chile se embarca un abono llamado guano.

La madre clavó los ojos en el vacío, sus manos estaban completamente solas arrugando despacio la carta hasta convertirla en una pelota irregular. Cuando Åke luego miró las manos, sintieron vergüenza y alisaron la carta, pero quedó arrugada como el rostro de una anciana. Las manos de los pobres siempre se avergüenzan de lo que hacen. Por la noche la lámpara del escritorio estuvo mucho tiempo encendida y Åke se durmió tarde. Primero pensó que la madre se había dormido sin apagar la luz, pero cuando se incorporó con cuidado apoyándose en el codo y miró en su dirección notó que tenía los ojos abiertos y que las manos que estaban sobre el edredón arrugaban y alisaban una carta invisible.

La noche siguiente la lámpara estuvo encendida aún más tiempo. La madre, completamente vestida, estaba sentada escribiendo en el viejo escritorio del padre. Era una carta que parecía no terminar nunca. Antes de que Åke se durmiera, el tablero de la mesa estaba lleno de papeles arrugados y emborronados. En mitad de la noche se despertó. Hacía frío y la madre estaba sentada al borde de su cama y le ponía la mano en la frente exactamente igual que si tuviera fiebre. Cuando acabó de despertarse ella le miró a los ojos y dijo:

—No son más que las doce. ¿Cómo se escribe siglo? ¿Con C o con S?

El despertador marcaba la una y cuarto. Con S, susurró. La oyó deslizarse de vuelta al escritorio y empezar a raspar con la pluma. Luego se durmió profundamente como un niño hasta que se hizo de día.

Al día siguiente estaba esperándole al otro lado de la verja de la escuela. Como todos los niños que tienen madres pobres, a él le daba vergüenza y al principio fingió que no la conocía. Cruzó la calle, se separó de los compañeros y regresó cohibido. La madre notó su turbación y no le cogió de la mano hasta que quedaron completamente solos en la calle. Cogieron el tranvía para bajar a la ciudad. Iban sentados uno frente a otro mirándose mutuamente las manos. Cuando se apearon ella volvió a cogerle de la mano y le llevó entre la aglomeración propia de las cuatro y media por la calle de Drottninggatan. Se detuvieron ante una tienda grande y elegante con luces intermitentes en el letrero. La madre permaneció un rato de pie fingiendo leer en el escaparate. Anunciaban discos ingleses, y ella leía sin comprender y cuando luego entraron, empujó a Åke delante de ella como un escudo.

En las tiendas elegantes los dependientes son siempre enemigos. Cuando se habla con ellos uno enrojece y tartamudea. ¿Qué desea usted? Preguntan con tanta finura como si hablasen en una lengua extranjera, y automáticamente uno traduce: ¿Puede usted permitírselo realmente?

La madre de Åke había dicho:

—Queremos grabar un disco. Vea usted, su abuelo cumple setenta años y el chico ha escrito un verso para recitárselo.

Tuvieron que sentarse a esperar un rato hasta que la cabina de grabación quedó libre. Las sillas eran de tubo y se sentaron desconfiadamente en el borde susurrando. La madre le dio un papel. Era la poesía que había escrito la noche anterior. Él la leyó pero no entendió nada. Todo el tiempo le parecía que los dependientes, enfundados en sus elegantes batas blancas, estaban tras el mostrador mirándole fijamente y enrojeció de vergüenza y nerviosismo. La madre miró a su alrededor.

—No olvides las rimas —susurró—, y lee en voz alta.

Él clavó los ojos en el papel hasta que se le llenaron de lágrimas. Estudió las rimas hasta que resonaron en su fuero interno:

*Setenta años
primavera de la vida, buena y dichosa
el fluir de la vida, vida laboriosa
no pasatiempo, has sembrado tu grano
los árboles de la hacienda, caballo y arado
tu profundo bosque, fiel esposa
compañera de fatigas, en este día
¡recibe este homenaje!*

Cuando estaban dentro del estrecho y recalentado locutorio que olía al perfume de una cantante, se le cerró la garganta. Abría la boca pero no conseguía sacar ningún sonido. La madre estaba detrás muy pegada a él y le cogía los hombros y a él le pareció que era como si quisiera estrangularle. El sudor le corría por la espalda en grandes gotas calientes. Pero cuando todo estuvo a punto y el aparato empezó a raspar sí que fue capaz, las palabras se soltaron y le llenaron la boca, grandes y solemnes, y las primeras líneas las leyó como un sacerdote. Cuando terminó quedaba un trozo de disco y la madre se inclinó sobre él desde atrás y entonó la canción tradicional de felicitación con su dulce voz de santa Lucía.

Toda la tarde se la pasó diciendo lo bien que él se había portado y qué sorpresa le iban a dar al abuelo y a todos los campesinos del pueblo, a los parientes de Upsala y Gävle, al contable y al comerciante cuando ella le diera cuerda al gramófono y pusiera el disco. Le miraba, le brillaban los ojos, cruzaba las manos bajo la lámpara y se quedaba callada un rato antes de empezar de nuevo.

La tarde siguiente desapareció sonriendo misteriosamente y volvió de la casa vecina con un gramófono portátil. Lo puso en mitad de la mesa, colocó el disco con cuidado como si no tolerase el roce, lo hizo girar y dejó caer la aguja con suma delicadeza. Empezó con un agudo raspado y los ojos de la madre se volvieron temerosos y preocupados. Luego se oyó un jadeo y Åke se puso colorado porque notó que era suyo. La voz no la reconoció. Pensó decir que la tienda les había engañado, pero cuando levantó la vista la madre le estaba mirando con tanto arrobó que comprendió que tenía que ser su voz. Cuando llegó la canción ella intentó mirar para otro lado, pero él le sonrió por encima del gramófono y acabó devolviéndole la sonrisa.

Un rato después, cuando ya habían apagado el aparato, dijo ella:

—No pasará nada si lo oímos otra vez, ¿verdad? Seguro que el disco lo aguanta.

Lo escucharon otra vez. Cuando se desnudaron por la noche ella puso en marcha el gramófono como sin darse cuenta. En mitad de la noche él se despertó de un sueño confuso. El cuarto estaba vacío pero desde la cocina le llegó su propia voz desconocida y volvió a dormirse con la canción en los oídos. La noche siguiente oyeron el disco cuatro veces y cada vez como sin proponérselo.

Un viernes de marzo a las cuatro se apearon del tren en el pueblo. Olía a humo y a nieve derretida. Nadie salió a esperarles, pero la madre dijo que era lo más natural con lo mucho que tendrían que hacer ahora con el cumpleaños. El camino estaba resbaladizo y era largo y Åke quería llevar la maleta, pero la madre no le dejó. Finalmente a la madre le dieron palpitaciones y no pudo más y le dio permiso para cargarla, pero con mucho cuidado. En el fondo estaba el gramófono envuelto en muchos periódicos como el único huevo de un pobre.

No había nadie en las escaleras de la entrada. En tiempos del padre siempre había alguien. Entraron directamente a la cocina. El abuelo estaba sentado a la mesa con un

periódico abierto delante de él. La tía estaba junto al fogón removiendo una olla. El abuelo alzó la vista del periódico, la tía soltó el cucharón.

—Vaya, aquí está la viuda —dijo el abuelo—, ¿qué tenéis en esa maleta? ¿No será un regalo?

Siguió leyendo, como si hubiera olvidado enseguida que habían llegado. La tía les saludó con la cabeza y volvió a coger el cucharón. Estaban de pie, abandonados en medio de la cocina, y Åke vio vagar la mirada de la madre por entre los recipientes de cobre y las plantas de las macetas. Era el quinto año que iba de viuda, vestida de negro, delgada y sola. Súbitamente bajó la vista para mirarle con una secreta alegría en los ojos.

—Es una sorpresa —dijo. Pero sólo la oyó Åke.

—Coge y friega el suelo de la sala —dijo la tía—, y Åke puede ir a la leñera.

A última hora de la tarde ella fue a verle a la leñera, puso la mano en el hacha, se sentó en el tajo y le acarició el pelo. No dijo nada. Ella iba vestida de fregona y le sacudió el serrín. Por la noche durmieron en el mismo sofá en la alcoba. Cuando se quedaron solos ya tarde por la noche, ella deshizo la maleta y estuvo un rato bajo la lámpara con el disco de gramófono tiernamente cogido entre las manos.

Por la mañana temprano se levantaron y colgaron guirlandas en la sala. El sacristán y unos labradores llegaron para entregar un bastón de paseo con puño de plata. Se sentaron en la sala y tomaron café y coñac y a las diez, cuando se fueron, se ayudaron entre todos a llevar al abuelo al sofá.

—¿Y vuestra sorpresa? —preguntó la tía cortante.

—Pues nosotros esperamos a esta tarde —dijo la madre, y le hizo un guiño a Åke.

Por la tarde llegaron en coche parientes de Upsala y Gävle. Los campesinos que acudían de lejos lo hacían en carruajes amarillos de muelles. Llegó el contable, llegó el comerciante y la casa se llenó de risas, charlas y olor a comida. Åke estaba en la cocina pelando patatas y secando vasos. La madre corría entre la sala y la cocina con comida y vajilla. El comerciante pronunció un discurso que les sacó de la cocina. Se quedaron en el vano de la puerta escuchando y mirando. El comerciante ya estaba un poco borracho y la voz se le atascaba en la garganta. Con cierta dificultad sacó un reloj de oro del bolsillo y se lo entregó al cumpleañosero. El abuelo lloró con disimulo y algunas lagrimitas rodaron hasta el vaso de aguardiente. El arrendatario habló, y el contable, y los parientes de Upsala y Gävle. La madre pellizcó a Åke en el costado y le miró con intención: no tardaría en llegar su momento.

El comerciante había llevado un gramófono. Estaba junto a la radio sobre una cómoda y, sin que nadie se diera cuenta, Åke había llevado el disco hasta allí. Cuando se encontraron en el oscuro zaguán vacío, la madre le susurró:

—Espera hasta después del café. Yo te haré una seña.

Se tomó café con coñac y el ambiente era animado. Cuando la madre hubo levantado los manteles y Åke iba de un lado a otro de la sala ofreciendo cigarros puros y cigarrillos, ella se colocó en la puerta. Él observó su mirada y se acercó con

cuidado a la cómoda. Mientras tanto, la tía abrió la mesa de juegos. El contable, el comerciante, el sacristán y el abuelo arrastraron sus sillas y se colocaron alrededor de la mesa verde. Åke empezó a darle cuerda al gramófono. El contable repartió cartas. La madre le hizo un gesto desde la puerta. Los cuatro jugadores cogieron sus cartas. Sus rostros ardían de alcohol y de excitación. Åke puso en marcha el gramófono. El abuelo tenía pareja de picas y era mano. Estaba tan fuera de sí por la emoción que se le cayó el puro al suelo. Oyó que allá en la cómoda la radio empezaba a funcionar, un sonido alto y molesto. Parecía una conferencia. De repente se volvió hacia Åke y gritó:

—¿No puedes cerrar esa maldita caja parlante? ¡Dos picas!

Entonces Åke apagó. Seguro que se hizo una mella en el disco, pero eso daba igual. Frío como una anguila le iba atravesando el dolor. Los ojos se le empañaron y las caras ebrias y enrojecidas a su alrededor se volvieron brillantes como hojalata. Alguien de Upsala o de Gävle se echó a reír y esa risa le hizo salir de la sala, cruzar el zaguán y entrar en la oscuridad de la alcoba. Se quedó de pie con el disco en las manos y finalmente se le hizo tan pesado como su propia vida. Se oyó el chasquido de la puerta y en la estría de luz se le acercó callada la madre. Él se deslizó en sus brazos con su dolor y los cálidos y húmedos susurros de la madre acariciaron sus mejillas.

—No llores, mi niño —susurró—, tú no llores.

Pero ella lloraba tanto que se estremecía.

Matar a un niño

Es un día apacible y el sol cae oblicuamente sobre los campos. Como es domingo, no tardarán en repicar las campanas. Entre dos campos de centeno, dos jóvenes han encontrado una senda por la que no han pasado nunca y en los tres pueblos de la llanura relucen los cristales de las ventanas. Los hombres se afeitan delante de espejos colocados en la mesa de la cocina y las mujeres cortan canturreando el bizcocho para el café, y los niños, sentados en el suelo, se abrochan los justillos. Es la mañana feliz de un mal día, porque este día un hombre feliz va a matar a un niño en el tercer pueblo. Todavía está el niño sentado en el suelo abrochándose el justillo y el hombre que está afeitándose dice que hoy va a dar una vuelta remando río abajo y la mujer canturrea y pone el bizcocho recién cortado en una fuente azul.

No se cierne sombra alguna sobre la cocina y, sin embargo, el hombre que va a matar al niño está junto a un surtidor de gasolina rojo en el primer pueblo. Es un hombre feliz que mira a través de una cámara y en el cristal ve un pequeño coche azul y junto al coche una joven riéndose. Mientras la chica se ríe y el hombre hace la hermosa fotografía, el vendedor de gasolina enrosca la tapa del depósito y dice que van a tener un buen día. La chica se sienta en el coche y el hombre que va a matar a un niño saca la cartera del bolsillo y dice que van a ir al mar y que cuando estén en el mar van a pedir prestada una barca y van a remar hasta muy adentro. A través de las ventanillas bajadas la chica sentada en el asiento de delante oye lo que él dice, cierra los ojos y cuando cierra los ojos ve el mar y al hombre a su lado en la barca. No es en absoluto un hombre malo, está contento y feliz y antes de montarse en el coche se queda un instante delante del radiador que centellea al sol y goza del brillo y del olor a gasolina y a cerezo aliso. No cae sombra alguna sobre el coche y el brillante parachoques no tiene la menor abolladura y tampoco está rojo de sangre.

Pero al mismo tiempo que el hombre del primer pueblo cierra la portezuela de la izquierda del coche y lo pone en marcha, la mujer del tercer pueblo abre el armario de la cocina y no encuentra azúcar. El niño que se ha abrochado el justillo y se ha atado los zapatos está de rodillas en el escaño mirando el río que serpentea entre los alisos y la barca negra varada sobre la hierba. El hombre que va a perder a su hijo ha terminado de afeitarse y está plegando el espejo. En la mesa están las tazas, el bizcocho, la nata y las moscas. Lo único que falta es el azúcar y la madre le dice a su hijo que vaya corriendo a casa de los Larsson a pedirles unos terrones. Y mientras el niño abre la puerta el hombre le grita que se dé prisa porque la barca está esperando en la orilla y van a remar más lejos que nunca. Cuando el niño luego corre por el jardín va pensando todo el tiempo en el río y en la barca y en los peces que tropiezan y nadie le dice en voz baja que sólo le quedan ocho minutos de vida y que la barca se quedará donde está todo ese día y muchos otros días.

La casa de los Larsson no está lejos, sólo hay que cruzar la carretera, y mientras el niño la cruza corriendo, el pequeño coche azul entra en el segundo pueblo. Es un pueblo pequeño con pequeñas casas rojas y gentes que se acaban de despertar y están en la cocina con la taza de café en la mano y ven pasar a toda velocidad, por el otro lado del seto, el coche que deja una gran nube de polvo tras de sí. Va muy rápido y el hombre del coche ve desfilar los manzanos y los postes de telégrafo recién embreados, como sombras grises. El esplendoroso verano entra por la ventanilla, ellos dejan el pueblo atrás a toda velocidad, van bien y seguros por el medio de la carretera y están solos en ella —todavía—. Da gusto conducir completamente solos por una carretera lisa y ancha y en la llanura se va todavía mejor. El hombre es feliz y fuerte y con el codo derecho siente el cuerpo de su mujer. No es, en absoluto, un hombre malo. Tiene prisa por llegar al mar. Sería incapaz de hacerle daño a una mosca y, sin embargo, pronto va a matar a un niño. Mientras se acercan rápidamente al tercer pueblo, la chica vuelve a cerrar los ojos y juega a que no va a abrirlos antes de que puedan ver el mar y sueña al compás de los suaves tumbos del coche con lo brillante que estará.

Y es que la vida está construida de manera tan despiadada que un minuto antes de que un hombre feliz mate a un niño, el hombre es todavía feliz, y un minuto antes de que una mujer grite de espanto puede cerrar los ojos y soñar con el mar y en el último minuto de la vida de un niño, los padres de este niño pueden estar sentados en una cocina esperando azúcar y hablando de los blancos dientes de su hijo y de una vuelta en barca, y el niño mismo puede cerrar una verja y empezar a cruzar una carretera con unos terrones de azúcar envueltos en un papel blanco en la mano derecha y durante todo este último minuto no ver nada más que un largo y brillante río con grandes peces y una barca ancha con remos silenciosos.

Después todo es demasiado tarde. Después hay un coche azul atravesado en la carretera y una mujer que grita se quita la mano de la boca y la mano sangra. Después un hombre abre una portezuela y trata de mantenerse en pie aunque lleva un abismo de terror dentro de sí. Después hay unos blancos terrones de azúcar esparcidos de cualquier manera entre sangre y grava y un niño yace inmóvil boca abajo con la cara violentamente aplastada contra la carretera. Después dos personas pálidas que aún no han podido tomarse el café llegan corriendo a través de una verja y ven un espectáculo en la carretera que jamás olvidarán. Porque no es verdad que el tiempo cura todas las heridas. El tiempo no cura la herida de un niño muerto y cura muy mal el dolor de una madre que ha olvidado comprar azúcar y manda a su hijo que cruce la carretera para pedirlo prestado e igual de mal cura la angustia del hombre, antes feliz, que le ha matado.

Porque quien ha matado a un niño no va al mar. Quien ha matado a un niño vuelve a casa despacio en silencio y lleva a su lado a una mujer muda con la mano vendada y no ven una sola persona alegre en ninguno de los pueblos por los que pasan. Todas las sombras son muy oscuras y cuando se separan siguen en silencio y

el hombre que ha matado a un niño sabe que este silencio es su enemigo y que va a necesitar años de su vida para vencerlo gritando que él no tuvo la culpa. Pero sabe que es mentira y en los sueños de sus noches lo que desea es recobrar un único minuto de su vida para hacer diferente ese minuto único.

Pero la vida es tan despiadada con quien ha matado a un niño que todo después es demasiado tarde.

La frialdad de la noche de San Juan es rigurosa

Un muchacho y una habitación. La habitación es calurosa y pequeña y tiene una ventana estrecha hacia la vida. Por la ventana el muchacho ve el cielo como una estrecha franja entre casas altas y sus párpados. Es joven e impaciente y cree que los párpados le impiden ver. La ventana da a cinco patios traseros de piedra y asfalto. En uno de los patios hay un álamo. En cuatro de los patios hay siempre colada tendida a secar, lacia y amarilla como hojas mustias. Por las noches no puede dormir. Tiene la lámpara de la mesa encendida, aunque está prohibido, y lee libros que ha tomado prestados, pero nunca el bueno. Por las mañanas, justo cuando acaba de dormirse, el padre golpea la puerta hasta que contesta.

Las mañanas en la pequeña cocina huelen a gas, a cama y a café. El padre sorbe el café del plato haciendo ruido. Delante del espejo, la madre peina su largo pelo negro. Él está a medio vestir sentado contra la leñera y se quema con el café. Cuando el padre ha terminado, coge la bolsa con el termo que está en la leñera y se va con un saludo breve y mudo. Cuando la madre se ha peinado, abre la ventana y limpia el peine sobre el patio. Él entra en su pequeña habitación, hace la cama, fuma, hojea un libro con dedos húmedos. Es un estúpido y cálido verano, ese verano él ha fracasado y en una silla cuelga la chaqueta con el brazalete de Correos. Él piensa que parece un brazalete de luto.

A veces saca los libros escolares del pequeño cajón de azúcar que hay debajo de la ventana y se pone en medio de la habitación a rebuscar en ellos. Es una sandez y un disparate y le hace sufrir, pero a pesar de todo lo hace, con alegría del mal ajeno y sin piedad, como si él fuera su propio enemigo. Los hijos de los pobres suelen tener libros de texto usados, comprados en librerías de viejo y llenos de manchas y notas de otros. En la primera página está el nombre del primer propietario escrito con fuertes y esmerados trazos. No se puede borrar. Los hijos de los pobres escriben su nombre debajo con débiles trazos a lápiz que pueden borrarse fácilmente para que sus madres puedan sacar el precio más alto posible cuando vendan los libros después de terminar el curso. Sus libros están marcados por otros y a veces piensa que es por eso por lo que ha fracasado. Los hijos de los pobres no pueden fracasar, por un lado porque es una vergüenza y por otro porque es demasiado caro. Alguna de esas estúpidas y cálidas mañanas de junio, justo antes de irse a la oficina de Correos, está en mitad del suelo hojeando con dolor sus viejos libros de texto. Luego vuelve a meterlos con cuidado en el cajón como si hubiera hecho algo prohibido. Y tal vez sí. Ya no son suyos. Los ha perdido. Van a venderse todos en agosto, poco antes de que empiece la escuela.

La mañana de la víspera de San Juan es como de costumbre: lenta, calurosa, pesados impresos. Las calles huelen levemente a abedul y a gasolina. El sol pica. Las campanas del edificio de Medborgarhuset repican. En la esquina de las calles de Götgatan y Folkungagatan sale del metro su profesor de Inglés. Va balanceando un maletín de piel y silbando. Es un profesor temido que siempre silba antes de atacar. Detiene a Åke con la complacida amabilidad que muestran siempre los profesores a sus alumnos durante las vacaciones. Åke lleva demasiados impresos para poder darle la mano. El profesor dice: «Está muy bien que usted, Bergström, trabaje durante las vacaciones».

Åke contesta: «No son vacaciones. He dejado la escuela».

El profesor se siente entonces abochornado como cuando uno se confunde de persona y se apresura a seguir su camino silbando. Ser escolar y cartero está muy bien. Ser sólo cartero no está bien. De un cartero no dice nadie que es aplicado. Nadie dice que ser cartero está bien. Si se queda atrapado en un ascensor se le grita que debe usar la escalera. Si alguien recibe una carta arrugada, abre la puerta y dice que es culpa del maldito cartero. Si llama a una puerta porque la carta no cabe por el buzón, la que abre se queja de que está enferma, como si fuera su obligación saberlo. Si la próxima vez la estruja para hacerla entrar en el buzón, el destinatario está sano y algo de valor se ha roto.

Un cartero de verdad llega a conocer las casas como ninguna otra persona. Cada casa tiene su olor, grato o desagradable. Hay casas engreídas como las casas de Folkungagatan con su aroma a comedor y a polvorientas alfombras, o casas honradas, limpias pero pobres, llenas de un aroma ácido a fregado, como algunas de la calle de Södermannagatan, o casas antipáticas, tenebrosas, con olor a chismorreos y a pobreza como en Kocksgatan. Y también hay casas con sombras invisibles en las escaleras y en los zaguanes en las que se hace un nudo en la garganta de pena. En Folkungagatan hay una casa en la que se ha quemado un hombre, en Södermannagatan una puerta por la que siempre pasa acobardado: allí dentro se cometió una vez un doble asesinato. En lo más alto de una casa de Kocksgatan una pareja joven se ha asfixiado con gas hace tan poco tiempo que aún reciben cartas de Noruega. A principios de junio una postal con el puerto de Oslo: Esperamos carta vuestra. A mediados de junio una tarjeta de felicitación: Te felicitamos de todo corazón en tu treinta aniversario. Esperamos carta con ansiedad.

La víspera de San Juan, segundo reparto, llega una carta abultada. De pie ante la puerta, la tiene en las manos, la calienta un poco antes de echarla por el buzón. Imagina una carta que él escribiría como respuesta: «Queridos amigos desconocidos. Permitan a un cartero del distrito tercero comunicarles que...».

Pero eso se quedó en nada. Todo se quedó en nada. En el segundo reparto está cansado, las plantas de los pies le arden como si hubiera pisado ascuas y en las casas sin ascensor siente punzadas. El mayorista de setas le libera de un buen brazado de revistas. La empresa de maderas tropicales en la única casa de Kocksgatan que huele

bien (a buena madera extranjera se figura él) recibe pequeños sobres alargados con contenido duro. Una vez fue una pesada carta de la India. Un día llegará una palmera, piensa, una enorme palmera de verdad con cocos en la copa que tendrán que repartir entre todos los carteros de Estocolmo 4. Como es su distrito irá él a llamar. Perdonen, dirá, ha llegado una carta larga para ustedes. Una carta larga y alta. La hemos puesto en la calle.

Durante la pausa entre el segundo y el tercer reparto está en casa. Se ha metido el brazalete en el bolsillo para que no se le note que ha fracasado. De alguna manera debe de notarse a pesar de todo porque el padre, que está sentado en la caldeada cocina con la camisa desabrochada, tomando un carajillo con dos compañeros de trabajo, dice de pronto: «Éste ha ido al instituto cinco años, así que podéis estar seguros de que ya sabe repartir cartas». Entonces la madre, que está sentada aparte en un taburete junto al fregadero escuchando, sólo escuchando, se mete un nudillo en la boca como si quisiera ahogar un grito.

Él entra en su pequeña habitación y se pone junto a la ventana. El cielo está azul y muy despejado. Tres nubes blancas navegan a gran altura por encima de los patios traseros del barrio de Södermalm, como globos de verano sueltos. Una mujer recoge la colada de una cuerda. Otra saca las macetas con la esperanza de que llueva. Un hombre que está al otro lado del patio con la típica borrachera de San Juan golpea a su mujer en los dedos cuando sacuden una alfombra. Alguien abre la ventana y un gramófono empieza a sonar acompañando los palmetazos. A sus espaldas entra la madre en la habitación. Él no se vuelve. Ella pone una bandeja en la mesa y se marcha. En una casa que no se ve grita un niño con un alto tono encendido que atraviesa el macizo de toda la manzana. En el patio vecino un músico ambulante toca el acordeón y mira hacia las ventanas. Pero la casa está vacía a causa de San Juan y sólo una moneda de cinco céntimos suena contra las piedras.

En el tercer reparto todas las casas están vacías y silenciosas. Las escaleras huelen a polvo y a soledad. Las tiendas están cerradas y los pasos de Åke resuenan cuando cruza los patios. El repique de campanas de la iglesia de Santa Catalina cae sobre él cada cuarto de hora y le lleva a otras puertas. Sobre todos los distritos de los carteros hay un repique de campanas de alguna iglesia como un trallazo largo y duro. Hace bochorno y en las calles no hay nada de sombra. Sobre los patios flota un tenue humo azul de tarde. Los que están de viaje han bajado las persianas oscuras de las ventanas de manera que las casas parecen estar de luto.

Cuando vuelve a casa el padre está fuera. La madre está sentada en la habitación grande delante del armario de la ropa blanca con su alto espejo y juega con su pelo. Debajo de una silla hay un pañuelo arrugado. Ha llorado. Él va a su cuarto.

Se tumba en la cama y estudia la gramática inglesa hasta *Should-Would*. Luego entra la madre. Se sienta a los pies de la cama y deja que se temple el silencio, antes de decir nada. Mientras tanto llegan hasta ellos los ruidos de la ciudad con afiladas púas; suena la sirena de un barco, estridente y angustiada, abajo en las aguas de

Strömmen; una ventana se cierra de golpe y los cristales vibran; una ambulancia se acerca con su música enferma y desaparece despacio dejando su zozobra tras de sí. La madre le coge los tobillos con sus manos, con rudeza y desaliento.

—Tienes que salir —murmura—, salir y divertirte. La noche de San Juan. Cómo vas a quedarte en casa una noche de San Juan. No debes.

El campanario de la iglesia de Santa Catalina da un toque tan suave como un tono de piano. El cierra los ojos y no contesta. Ella le deja solo. Poco después oye llegar al padre. Da tumbos, tropieza, abre y cierra puertas, aparta sillas. Está arrepentido y ha comprado flores, tulipanes seguramente. Va y viene por la habitación grande mientras la madre calla. Después de un buen rato parece que hacen las paces. Hablan en voz baja. El padre sale al pasillo y se acerca a su puerta, llama. El hijo se levanta rápido de la cama y se pone junto a la ventana. El padre entra en la habitación y se acerca a él con una lentitud interminable. Luego, el brazo por el cuello y el demoledor y bochornoso abrazo.

—¿No irás a quedarte en casa?, muchacho, es la noche de San Juan.

El padre le alza la cara y la sostiene entre sus manos como una piedra.

—No —contesta—, voy a salir.

—Coge mi bici —le dice el padre a la piedra—. Está en la calle.

Y él coge la bici y baja por Katarinavägen. Es una bicicleta vieja y los guardabarros rechinan. La ciudad está en silencio, sólo los guardabarros hacen ruido. A través de la leve calina azul formada por el humo de los transbordadores y el anochecer, ve la serpiente de luz del Tivoli, el parque de atracciones, retorciéndose de impotencia y desesperación. Pedalea junto al mar y serpentea con los chirriantes guardabarros entre alegres masas de gente locuaz. Como un leproso, piensa, porque ha leído que los leprosos llevan campanillas para advertir. Por los sombríos y sinuosos caminos del parque de Djurgården, asusta a una liebre y a varias parejas de enamorados. No hay nadie que vaya en bicicleta. Solo, en plena naturaleza, él va en una bicicleta. Si no tuviera la bici, piensa, no estaría tan solo.

En una playa deja la bicicleta a un lado. Es tarde pero el aire es tibio todavía. Blancos barcos vacíos se deslizan seguidos por gaviotas detrás de sus humaredas. Él los sigue con la mirada hasta que desaparecen en la puesta de sol con sus alicaídas banderas de popa. Uno de ellos toca la sirena rabiosamente al transbordador de Tegelviken, como si fuera un perro. A su alrededor hay música en la noche, hogueras bajas en las islas y en las colinas que de pronto llamean y tienden sus lenguas sobre el agua. Desde las oscuras fauces de la vía de Hammarby se acerca una vela blanca volando como una carta de un buzón. En una larga fila negra las grúas de Stadsgården inclinan sus cuellos como lagartos hacia el agua como si fueran a beber. En lo alto del cielo, más o menos encima de su distrito, piensa él, hay negras nubes quemadas con bordes enrojecidos. Acaba de leer un libro en el que llaman a esas nubes «desgracias durmientes». En una casa muy por debajo de esas nubes acaba de dormirse su padre con la boca abierta y las manos cruzadas sobre el pecho. Junto a la

ventana abierta está la madre peinándose el negro cabello para dormir.

Un día ha de llegar una palmera de África a la empresa maderera de Kocksgatan. Será difícil pasarla por la angosta esquina que hay junto a la calle de Östgötagatan, pero se hará.

Luego empieza a tener frío. Se monta en la bicicleta del padre y va traqueteando en la clara noche hacia las desgracias durmientes.

Invierno en Belleville

Si París es una forma de vivir, Belleville es una forma ardua de vivir. Y en invierno una forma de sufrir. De todos los inviernos el invierno que mejor recuerdo es el invierno en que se llevaron el motor de la máquina de coser de Régine y luego se lo devolvieron. A mí me quitaron el gorro pero no me lo devolvieron. Fue un largo invierno.

Fue el invierno de la huelga general, cuando el mundo estuvo de puntillas, con el corazón en vilo, en torno a París como alrededor de un lecho de muerte. Fue el invierno en que *L'Humanité* se repartió gratis una noche en el metro. Aquella noche nuestros ojos daban lástima, ya que dos enormes titulares sangrantes cubrían toda la primera página, siendo ASSA-SSINÉE el más grande y sangrante. Yo y todos pensamos: ¡ya ha ocurrido! Pero nadie había sido asesinado, se trataba de LA LIBERTÉ.

La luz mostraba la palidez de los rostros, los trenes se internaban en los túneles y en la Porte des Lilas no funcionaban las escaleras mecánicas. Y en Yvry los soldados de la República sitiaban la central eléctrica. Una noche les proporcionaron picos y abrieron un boquete en el muro. Y hubo más suministro eléctrico, la luz reflectaba en las carabinas de la policía y en los cromados de los camiones que recorrían la noche. Y en el hielo de las fuentes. Porque de repente hizo un frío terrible, las cloacas exhalaban vapores y la helada cubría todas las paredes. Llegó la nieve y cayó sobre todos los que peleaban, pasaban frío o sólo se dedicaban a ganar dinero.

Yo me calé un llamativo gorro de piel búlgaro, porque seguía sin entender nada. No entendía, por ejemplo, que en París se considerase el invierno un delito contra un pacto tácito, un pacto entre París y la naturaleza. Y ¿qué hacer cuando alguien rompe un pacto? Se sigue guardando silencio aunque se desprecie al autor del delito. Pero mi gorro significaba que yo reconocía los derechos del invierno. Que lo aceptaba. Y además era un gorro demasiado alto. Porque cuando los estudiantes del Barrio Latino lo veían aparecer por un extremo de la calle Monsieur le Prince, formaban una piña y cantaban a coro hasta que desaparecía: «*Quel chapeau, quel chapeau!*». Y en la mismísima plaza de la Ópera, a plena luz del día, recibí en el cogote una bola de nieve dura, lanzada por un joven fanático que vociferaba contra mí desde la intensa nevada: «¡Ruso, ruso!».

No debió de pasar mucho tiempo antes de que aprendiera a pasar frío de nuevo. Antes de que aprendiera a no llevar gorro. Antes de que aprendiera a no aceptar según qué cosas. No el invierno, desde luego. Y no aquel invierno entre todos los inviernos.

Fue el invierno en que solíamos ir a Belleville, a casa de Régine. ¿Quién era Régine? Pues bien, una araña de las buenas. Porque en toda ciudad que se precie, lo suficientemente grande para acoger cualquier clase de infortunio, siempre hay

personas llamadas a compadecer la desdicha. Diríase que atraen hacia sí, como imanes, a todos los infelices y solitarios. No son muchas, pero curiosamente se bastan para todos, como los cinco peces del evangelio. No es gente que necesite ser rica ni guapa, ni joven ni muy divertida: se convierten como por ensalmo en el centro de un amplio círculo de personas. Son como arañas generosas y desprendidas que tejen su tela con solidaridad, cariño y esperanza.

Régine vivía aquel invierno en un callejón, un sinuoso callejón casi pegado al muro de los comuneros del cementerio Père Lachaise. De una calle estrecha se pasaba a otra calle más estrecha. La luz del día se difuminaba como cuando se cierran los postigos de una ventana a nuestra espalda. El transeúnte se abría paso a tientas, a través de una luz cenicienta que parecía haberse consumido durante siglos. Las losas parecían pulidas por millones de pasos, de todos los rincones salían gatos de ojos rutilantes. Justo en el primer recodo del callejón había una taberna. Se podía ver su interior a través de un ventanuco de rejas oxidadas. Nos pasamos todo el invierno mirando por esa ventana y no nos pareció que cambiara nada: las mismas mujeres blancas, los mismos hombres pelirrojos, las mismas mesas vacías, los mismos vasos rotos. No vimos salir, ni tampoco entrar, a nadie por su desvencijada puerta. Sólo los veíamos dentro, sentados como presidiarios, condenados a bebida perpetua.

El callejón se internaba bajo un pequeño puente y salía a un jardincillo alargado y rodeado de muros resquebrajados. Enseguida, a la izquierda, había otra ventana con rejas. Dentro estaba la portera, sentada en un sofá rojo y con los pies descansando en un cojín rojo. Parecía no haberse movido de allí desde la guerra, cubierta de polvo y olvidada de todos excepto de los gatos.

A casa de Régine se entraba directamente desde el patio, bajando unos escalones y entrando en una habitación donde siempre había alguien que se nos había adelantado. La habitación siempre estaba caldeada, especialmente aquel invierno, debido en parte a que éramos muchos y también a que las velas permanecían encendidas por motivo de los continuos cortes en el suministro eléctrico. Se llegaba del frío y el infierno y se entraba en calor y fiesta. Las velas flameaban, la mesa estaba limpia y resplandeciente. El gas de París daba sus últimas boqueadas bajo un caldero de té. Las tazas blancas ya estaban puestas delante de los asientos, nadie tenía tazas tan grandes como las suyas. Guardábamos silencio durante mucho rato. Siempre empezábamos guardando silencio. Permanecíamos atentos a lo que sucedía o podía suceder en nuestro entorno, en la gran ciudad, como si pudiéramos oírlo. Bueno, sí que se oía, pero era un silencio mayor. Permanecíamos atentos al ataque del tigre antes de que el tigre hubiese aparecido.

¿Quiénes éramos nosotros? Refugiados la mayoría, todos a excepción de Régine. Allí no había ningún voluntario, todos perseguidos a causa de la insensatez armada. Nadie tenía otra misión, si no era suficiente misión, que la de sobrevivir. Unos venían de muy lejos, otros de lugares cercanos. Pero todos eran huéspedes y no invitados.

Régine, judía polaca escogida por el destierro durante los peores años de Pilsudski, consiguió lo que para muchos constituyó un fracaso: pasar la frontera polaca y salir a un mundo que de momento era más libre. Usó un pasaporte falso, sueco, y superó las retenciones de la policía de aduanas haciéndose pasar por una sueca muda durante diez horas. Luego París, España, cuatro años de clandestinidad en el sur de Francia, París de nuevo como viuda de un combatiente caído en la resistencia. Todo perdido a excepción del poder de reunir en torno suyo a quienes lo necesitaban.

Y los demás. Ernst, originario de Viena y proveniente de Madrid, cojo a resultas de una bala de Franco. ¿Qué le había dado la lucha? Ni honor ni dinero. Una pequeña habitación de hotel en Belleville donde compartía estrecheces con su esposa francesa. Una existencia ardua y austera, viviendo de coser trajes para quienes los necesitaban sin que él pudiera permitirse el lujo de necesitar ninguno.

O Kurt, originario de la cuenca del Ruhr, un peletero con pésimos pulmones y dos hijos en un sótano cerca de Nôtre Dame. ¿De qué le servía *Nôtre Dame* cuando no había nadie que le ayudara? De retales que iba recogiendo por los suelos del taller donde trabajaba, y que se llevaba a escondidas a casa, cosía malas pieles que nadie quería comprarle. A veces, cuando venía, traía una piel consigo. La cogía como si le quemara y la ponía con esmero y graciosa ternura sobre los hombros de alguna mujer. Esperaba la ocasión en que la mujer no se la quitara de encima, abriera el bolso y dijera: Qué bonita, me la quedo. Pero nunca ocurrió eso, siempre tuvo que llevársela de vuelta y traerla de nuevo hasta que se ajaba y se estropeaba. Bien lo sabía.

Michèle vivía muy cerca, vivía en la misma casa y había sido bella. ¿Pero qué hace Belleville con la belleza? ¿La consume como consume todo? Acababa de consumir las vidas de su esposo y de su hijo: tuberculosis. Estaba sola, ¿pero cuánto tiempo?

Pero también se sentaba a la mesa la riqueza, envuelta en una piel grisácea. Se llamaba Rose, se maquillaba y era la más vieja, también llamada *La châtelaine* por alusión al palacete que tenía junto a la carretera de Meaux. Probablemente viuda — aún no lo sabía—. Su esposo, un banquero judío, había desaparecido durante la ocupación como desapareció la gente en aquel tiempo, sin dejar rastro ni esperanza. ¿Por qué iba allí? Porque lo necesitaba. Nunca decía nada y cuando hablaba sonaba de algún modo como Anouilh: ¡Oh, qué frío hace en mi castillo! Cuando ayer salí al parque... Finalmente creímos entender por qué venía. Era sin duda una manera de odiar.

Ésos eran los invitados fijos. Luego había otros que iban y venían, desaparecían y reaparecían. O no volvían nunca, emigraban o se morían.

Pero no hay que olvidar a Henry. Fue lo que hicimos. Y lo recordamos cuando ya era demasiado tarde. Debió de haber pasado mucho tiempo antes de que lo recordáramos. Solía sentarse a un extremo de la mesa, junto a la máquina de coser.

Allí no daba la luz. Era un hombretón, sombrío y corpulento, que no decía una sola palabra. Y Régine, que a todos dedicaba palabras, no tenía ninguna para él; y lo que era peor: nunca podía leer las cartas.

La verdad es que no teníamos mucho que hacer. Acudíamos allí para tener a Régine a nuestro lado, no para distraernos. Todos nos conocíamos hasta la saciedad y no mejoraba la situación de nadie, sino que empeoraba conforme avanzaba el invierno. No teníamos mucho de que hablar. Jugábamos a los naipes, apenas rozábamos los recuerdos. Pero nunca se hacía un silencio total, porque entonces se nos echaba el tigre encima. En ese momento sacaba Régine las cartas. Eran un buen tocho y no sólo cartas recientes, sino viejas. Y todas las tardes escogía a uno de nosotros para leerlas en voz alta. Nunca era la misma carta, pero se repetían al cabo de un tiempo. Al principio, los nuevos no entendimos nada aunque fuese sencillo entenderlo. Demasiado sencillo. Y cuando lo entendimos simulamos no entenderlo. Régine no debería enterarse de que sabíamos la verdad.

La verdad era que Régine nunca había aprendido a leer.

—Siempre es mejor que las lea otro. Las cartas se leen en voz alta. ¿No os parece? Además, estoy resfriada. Y no es lo mismo leerlas sola.

Pues claro que nos parecía. Y nos gustaba que nunca reconociera nada, ni siquiera eso. Pasaban las tardes y la araña nos atrapaba con delicadeza entre sus redes mientras se derretían los montones de cartas.

Las mejores eran las cartas de René, escritas por un muchacho judío de París que trabajaba en un taller de confección de Chicago. Sus padres fueron exterminados en Auschwitz. Llegó a casa de Régine como otros tantos, tras la guerra. Estaba solo, no tenía a nadie y no sabía nada. Ella le enseñó a coser. Ella le ayudó a encontrar a sus dos hermanos mayores que se habían salvado emigrando a América y que estaban bien. Y le ayudó a viajar allí. Pero después ya no pudo ayudarle más. No podía evitar que se sintiera más solo que nunca, no podía remediar que no entendiera a sus hermanos y que sus hermanos no le entendieran a él. Ahora ganaba dólares en un taller, pero de nada le servían. Había un par de cartas buenas, fueron las primeras. La mejor fue la que escribió desde Nueva York hablando de calles nuevas, de sus hermanos y de la luz.

Pero como ya hemos dicho, Henry nunca pudo leerlas. A pesar de que sabía leer y muchas cosas más. Sabía de la guerra, de la guerra de España, por ejemplo, de la legión extranjera y de la Guerra Mundial. Sabía de revólveres porque una tarde, cuando nadie veía lo que hacía, sacó y desmontó un revólver al amparo de la máquina de coser. Y de máquinas sabía bastante porque era electricista. No acabamos de entenderle hasta poco antes de Navidad. Entonces nos enteramos de que amaba a Régine, pero ella no le amaba a él. Hacía un año que había llegado, nos había acompañado, había visto, había ido y venido. Había esperado una palabra de ella que

nunca oyó. Tomaba su sopa cuando nosotros la tomábamos; nosotros se la pasábamos. Tomaba su té al mismo tiempo que nosotros; pero nuestras manos se lo pasaban. Yo era quien se sentaba más cerca y siempre soñé lo que pasaría la vez que Régine le dijera una palabra. También soñé qué palabra sería.

Una tarde se presentaron mejores oportunidades. Una mala tarde porque de repente dejó de funcionar el motor de la máquina de coser. Régine tenía que vivir, ella sobre todo, y se ganaba el sustento cosiendo vestidos desde primera hora de la mañana hasta que llegábamos nosotros. Pero ¿quién podría reparar motores? Nos pusimos a pensar sin que sirviera de nada. Entonces alguien me tocó en el hombro, era Henry. Me dijo en voz alta:

—Dile a ella que me llevo el motor a casa y lo arreglo.

Yo dije a Régine:

—Henry quiere arreglarlo.

Régine me miró y dijo:

—Dile que de acuerdo. Pero lo quiero de vuelta mañana temprano.

Henry sacó el motor de la máquina y se lo llevó a casa. Los demás nos quedamos y leímos cartas.

Pero al día siguiente, cuando llegamos por la tarde, allí no había ningún motor. Nos sentamos a la mesa y guardamos silencio. Hacía mucho viento y nevaba. De repente llamaron a la puerta de improviso. No era Henry, no era el motor. Era un recadero con un mensaje. Régine lo abrió, lo miró, se puso colorada y dijo:

—Veo muy mal. Que lo lea quien esté más cerca de la luz.

Lo leyó Ernst y el mensaje decía: «Querida Régine, el motor ya está arreglado. Si lo quieres, ven al hotel por la tarde, hacia las ocho, y te lo llevas. Pero ven sola. Tengo un revólver». Ella cogió el mensaje y lo rompió en pedazos. Todos se levantaron al mismo tiempo.

—¡Vamos a por el motor, Régine!

Fuera estaba todo blanco y limpio. Nos apretujamos todos en el coche, Ernst, Kurt y yo en el asiento delantero. Fuimos en silencio por calles cubiertas de nieve, el coche patinó en la cuesta de la Rue des Pyrenées. El cielo estaba tan despejado que uno de nosotros creyó ver las luces de la Torre Eiffel, si es que se veían desde allí. Estábamos cerca cuando Kurt me agarró el brazo y dijo:

—Es pronto aún. Demos una vuelta primero.

La verdad es que no era tan pronto. Y de nada serviría la vuelta que diéramos. De nada servirían los bulevares con sus árboles helados, de nada servirían las negras aguas del Sena, ni ninguna de las iglesias. Había una habitación, un hombre y un revólver. Allí debíamos ir. Con todo llegamos por fin a la puerta del hotel. Dejamos a las mujeres en el coche: Régine, *La châtelaine*, la mujer de Ernst y Michèle.

Sentimos cierto alivio cuando el portero nos dijo que Henry no estaba en su habitación —¿por qué mentir?—. No obstante subimos a la cuarta planta, había un 12

escrito con tiza en una puerta. Llamamos a golpes, gritamos y amenazamos. Buscamos en las esquinas y en los servicios. Ningún Henry, ningún motor. Nuestro coraje había sido en vano. Y subir cuatro plantas no había sido nada, lo peor vendría después. Un infierno en la planta baja, porque estaba claro que no podíamos presentarnos con las manos vacías. Ante otros tal vez, pero nunca ante Régine. Así que preguntamos si había otra salida.

Nos alegró que volviera a nevar, las del coche sólo verían, si es que veían algo, tres figuras, cualesquiera que fuesen, cruzando la calle y entrando en un bar que había un poco más apartado. No podíamos volver sin motor ni sin, por lo menos, una copa de coñac en el cuerpo.

Al abrir la puerta del bar nos miró con ojos desorbitados un hombrón que había junto al mostrador. Caímos en la cuenta y entendimos que nos había estado esperando. Pero no podíamos echarnos atrás. Tuvimos que ponernos a su lado. El dueño llenaba las tazas de café y las copas de coñac hasta los bordes.

—No vais a llevaros el motor —dijo Henry en voz baja.

—Cuatro cafés —dijo Ernst.

—¿Por qué no ha venido Régine?

—Está en el coche —dijo uno de nosotros.

—Tenía que haber venido sola.

El dueño nos miró con gesto adusto.

—Aquí no quiero peleas. Y menos entre extranjeros.

Como siempre, era yo el que estaba más cerca de Henry. De repente me puso la mano en el hombro, con fuerza pero sin intención de asustarme, puesto que casi estaba llorando.

—¿Qué hizo con el mensaje?

—Lo rompió.

—¿Y qué más? ¿Me diría alguna palabra?

—¿Quién sabe?

—¿Quién sabe? *Wer veiss? Qui sait? Who knows?* Nadie.

—No os lo llevaréis, nunca —dijo, y bebió.

Entonces nos acercamos y le miramos hasta que cedió. Todos notamos que no había nada que temer. Y aunque sabíamos que era deleznable lo que íbamos a hacer, no dejamos de hacerlo. Uno de nosotros le preguntó:

—¿Cuánto quieres?

Entonces nos miró como creyendo que estábamos bromeando. Pero no era ninguna broma y por eso hizo lo que queríamos: se arrastró por los suelos sin tener que morir.

—Poned lo que tengáis en el mostrador, ya veremos si es bastante —dijo, y nos hizo sitio.

No fue mucho, tres mil doscientos veinte francos en suma, todo lo que

llevábamos encima. Recogió los billetes y se fue a sentar en una silla a un extremo del bar.

—*Monsieur* Jacques —dijo—. Otro coñac.

Y *monsieur* Jacques se dio media vuelta y bajó las botellas, no sólo la de coñac sino también las de *whisky*, *sherry*, *kirsch* y otros tantos licores. Luego sacó el motor del estante y lo puso en el mostrador. Cogió un trapo y lo limpió de polvo y manchas de vino. Brillaba y estaba limpio. Podíamos irnos.

—Está intacto, maldita sea —gritó el desdichado desde la silla.

Lo cogimos con cuidado, lo sacamos a la nieve y lo pusimos en las rodillas de Régine. No pronunciamos una sola palabra, ni siquiera cuando llegamos a casa. Montamos el motor y Régine cosió hasta que se fue la luz. Encendimos las velas y comentamos lo complicado que había resultado, lo que no dejaba de ser cierto. Y mientras se hacía de noche y Belleville se cubría de blanco, Ernst leyó la primera carta de René desde Nueva York. Nada sabíamos de lo que podía ocurrir. Si Henry iría a pegarse un tiro o a venir de vuelta y esperar una palabra. Si Kurt vendería la piel o la vería ajarse. Si René retornaría a casa o se haría americano. Si Michèle moriría pronto o viviría mucho tiempo. Si *La châtelaine* se haría con un novio en primavera o se quedaría siempre entre nosotros, para seguir odiando. Menos sabíamos del tigre: ¿atacaría o pasaría delante de nosotros como un ciego?

Sólo teníamos una certeza: Régine permanecería siempre allí y aquel invierno, por lo tanto, se acabaría.

Nuestra necesidad de consuelo es insaciable...

Yo carezco de fe y por eso nunca podré ser una persona feliz porque una persona feliz nunca tendrá que temer que su vida sea un vagar desprovisto de sentido hacia la certeza de la muerte. No he heredado ni un dios ni un lugar firme en la tierra desde el que pudiera atraer hacia mí la atención de un dios. Tampoco he heredado la bien disimulada furia del escéptico, ni el yermo juicio del racionalista, ni la ardiente inocencia del ateo. No me atrevo por eso a tirar piedras a aquella que cree en cosas de las que yo dudo ni a aquel que adora una duda como si no estuviera rodeada también de oscuridad. Esas piedras me golpearían a mí mismo porque de una cosa sí que estoy completamente convencido: de que la necesidad de consuelo del ser humano es insaciable.

Yo mismo ando a la caza de consuelo como un cazador a la de su presa. Donde la vislumbro en los bosques, disparo. La mayor parte de las veces sólo le doy al aire, pero, en alguna ocasión, cae una pieza a mis pies. Como sé que la permanencia del consuelo es tan corta como la del viento en la copa de un árbol, me apresuro a apoderarme de mi víctima.

¿Qué tengo entonces en mis brazos?

Como estoy solo: una mujer amada o un infeliz compañero de peregrinaje. Como soy escritor: un arco de palabras cuya tensión me llena de alegría y terror. Como soy un preso: una visión súbita de la libertad. Como estoy amenazado por la muerte: un animal vivo y cálido, un corazón burlón y palpitante. Como estoy amenazado por el mar: un arrecife de inquebrantable granito.

Pero también hay consuelos que vienen a mí como intrusos y llenan mi ámbito de viles susurros:

Soy tu concupiscencia: ¡Ama a todos!

Soy tu talento: ¡Abusa de él como de ti mismo!

Soy tu ansia de goce: ¡Qué vivan sólo los gastrónomos!

Soy tu soledad: ¡Desprecia a la gente!

Soy tu deseo de morir: ¡Corta!

El equilibrio es una tabla estrecha. Veo mi vida amenazada por dos fuerzas: de un lado por las ávidas bocas de la desmesura, de otro lado por la mezquina pesadumbre que se alimenta a sí misma. Pero yo quiero negarme a elegir entre la orgía y la ascesis, aunque el precio sea una piel de hormigas. No es suficiente para mí saber que todo puede disculparse remitiéndose a la ley de la voluntad sometida. No es disculpa de mi vida lo que busco sino lo contrario de disculpa: reconciliación. Por fin comprendo que todo consuelo que no cuente con mi libertad es engañoso, es el

simple reflejo de mi angustia. Porque cuando mi angustia dice: Desespérate, que el día está rodeado de dos noches, grita el falso consuelo: Ten esperanza, que la noche está rodeada de dos días.

Pero el hombre no necesita un consuelo que sea un retruécano sino un consuelo que resplandezca. Y aquel que desee llegar a ser una mala persona, es decir, una persona que actúa como si todos los actos pudieran defenderse, debe al menos tener la bondad de darse cuenta de cuándo llega a serlo.

Nadie puede calcular todos los casos en los que el consuelo es necesario. Nadie sabe cuándo cae la sombra y la vida no es un problema que pueda resolverse dividiendo la luz entre la oscuridad y los días entre las noches, sino un viaje imprevisible entre lugares que no existen. Yo puedo, por ejemplo, ir andando por la playa y, de repente, sentir el terrible desafío de la eternidad contra mi existencia en el movimiento incesante del mar y en el vuelo incesante del aire. ¿Qué es entonces el tiempo sino un consuelo porque nada humano puede poseer eternidad?; ¡y qué consuelo más miserable que sólo hace ricos a los suizos!

Puedo estar sentado ante una chimenea encendida en la más segura de todas las habitaciones y experimentar de pronto cómo la muerte me rodea. Está en el fuego, en todos los objetos afilados que hay alrededor de mí, en el peso del techo y en la masa de las paredes, está en el agua, en la nieve, en el calor y en mi sangre. ¿Qué es entonces la seguridad humana sino un consuelo porque la muerte es lo que está más cerca de la vida?; ¡y qué consuelo más pobre que sólo nos recuerda lo que quiere hacernos olvidar!

Puedo llenar todos mis papeles blancos con las más hermosas combinaciones de palabras que se enciendan en mi cerebro. Como anhele la confirmación de que mi vida no carece de sentido y de que no estoy solo en el mundo, reúno las palabras en un libro y se lo regalo al mundo. El mundo me da a cambio dinero y fama y silencio. Pero a mí qué me importa el dinero y a mí qué me importa contribuir al progreso de la literatura; a mí lo único que me importa es lo que nunca consigo: la confirmación de que mis palabras han tocado el corazón del mundo. ¿Qué es entonces mi talento sino un consuelo porque estoy solo?; pero ¡qué consuelo más espantoso que sólo me hace sentir la soledad con fuerza quintuplicada!

Puedo ver a la libertad encarnarse en un animal que pasa velozmente un calvero y oír una voz que susurra: ¡Vive con sencillez y coge lo que quieras y no temas a las leyes! Pero ¿qué es este buen consejo sino un consuelo porque la libertad no existe?; ¡y qué consuelo más despiadado para aquel que comprende que tiene que llevarle millones de años a una persona convertirse en lagarto!

Puedo, en fin, descubrir que esta tierra es una fosa común en la que el rey Salomón, Ofelia y Himmler reposan juntos. De eso puedo deducir que el cruel y la desdichada gozan de la misma muerte que el sabio, y que la muerte puede así parecer un consuelo para una vida fracasada. Pero ¡qué consuelo más atroz para aquel que desearía ver en la vida un consuelo de la muerte!

Yo no tengo una filosofía en la que pueda moverme como el ave en el aire y el pez en el agua. Todo lo que tengo es un desafío y este desafío se libra cada instante de mi vida entre los falsos consuelos que no hacen más que aumentar la impotencia y acentuar mi angustia, y los consuelos verdaderos que me conducen hacia una liberación provisional. Tal vez debería decir: el verdadero consuelo, porque, en rigor, para mí sólo hay un consuelo real: el que me permite saber que soy una persona libre, un individuo inviolable, un ser humano soberano dentro de mis límites.

Pero la libertad empieza con la esclavitud y la soberanía con la dependencia. La señal más segura de mi falta de libertad es mi miedo a vivir. La señal definitiva de mi libertad es que mi miedo cede y deja sitio a la serena alegría de la independencia. Parece como si necesitara la dependencia para, finalmente, poder experimentar el consuelo de que soy una persona libre, y eso seguro que es verdad. A la luz de mis actos noto que toda mi vida parece tener por objeto ponerme ruedas de molino al cuello. Lo que podría darme libertad me da esclavitud y ruedas de molino en lugar de pan.

Otras personas tienen otros amos. A mí por ejemplo me esclaviza mi talento hasta el punto de que no me atrevo a usarlo por miedo a haberlo perdido. También soy tan esclavo de mi nombre que apenas me atrevo a escribir una línea para no dañarlo. Y cuando finalmente llega la depresión soy también esclavo de ella. Mi deseo más ferviente es conservarla, mi mayor placer sentir que mi único valor estaba en lo que creo haber perdido: la facultad de extraer belleza de mi desesperación, mi apatía y mis debilidades. Con amargo deleite quiero ver mis edificios en ruinas y a mí mismo sepultado en el olvido. Pero la depresión tiene siete cajas y en la séptima hay un cuchillo, una hoja de afeitar, un veneno, unas aguas profundas y un salto desde gran altura. Termino por ser esclavo de todas esas herramientas de la muerte. Me siguen como perros o yo a ellas como un perro. Y me parece entender que el suicidio es la única prueba de la libertad humana.

Pero desde un punto que todavía no percibo se acerca el milagro de la liberación. Puede ocurrir en la playa y la misma eternidad que hace un momento despertó mi miedo es testigo ahora de mi nacimiento a la libertad. ¿En qué consiste pues este milagro? Simplemente en el descubrimiento súbito de que nadie, ni poderes ni personas, tiene derecho a exigirme cosas que hagan que mi deseo de vivir se extinga. Porque si ese deseo no existe, ¿qué puede existir entonces?

Como estoy junto al mar, puedo aprender del mar. Nadie tiene derecho a pedirle al mar que transporte todos los barcos ni al viento que hinche sin cesar todas las velas. De igual manera nadie tiene derecho a pedirme que mi vida se convierta en un cautiverio bajo determinadas funciones. ¡No el deber ante todo, sino la vida! Yo, lo mismo que cualquier otra persona, debo tener derecho a momentos en los que pueda apartarme y sentir que no soy sólo una parte de esa masa llamada población de la tierra, sino una unidad que actúa de manera independiente.

Sólo en ese momento puedo sentirme libre frente a todos los hechos de la vida

que antes han provocado mi desesperación. Reconozco que es verdad que el mar y el viento van a sobrevivirme y que la eternidad no tiene la menor preocupación por mí. Pero ¿quién me pide a mí que me preocupe por la eternidad? Mi vida es corta sólo si la pongo en el cadalso del calendario. Mis posibilidades vitales son limitadas sólo si cuento el número de palabras o el número de libros que me dará tiempo a crear antes de morir. Pero ¿quién me pide que cuente? El tiempo es una medida falsa para la vida. El tiempo es un instrumento de medir inútil en el fondo porque sólo alcanza al caparazón de mi vida.

Pero todo lo importante que me sucede y le da a mi vida su maravilloso contenido: el encuentro con una persona amada, la caricia en la piel, la ayuda en la necesidad, el resplandor de la luna en los ojos, un paseo en barco por el mar, la alegría de un niño, el estremecimiento ante la belleza, todo eso, se desarrolla completamente al margen del tiempo. Porque si yo me encuentro con la belleza un segundo o cien años, ello es indiferente. La dicha no sólo está al margen del tiempo sino que suspende la relación de la vida con él.

Me quito, pues, el peso del tiempo de los hombros y con ello también el de la exigencia de rendimiento. Mi vida no es nada que haya de medirse. Ni el salto del macho cabrío ni la salida del sol son prestaciones. La vida de un ser humano tampoco es una prestación sino un crecer hacia la plenitud. Y lo pleno no rinde nada, actúa en quietud. No tiene sentido afirmar que el mar existe para llevar armadas y delfines. Eso lo hace, es cierto, pero sin perder su libertad. También es absurdo afirmar que el ser humano existe para otra cosa que no sea vivir. Es cierto que atiende máquinas o escribe libros, pero igual puede hacer otra cosa. Lo fundamental sigue siendo que hace lo que hace sin perder su libertad y con clara conciencia de que el hombre, al igual que cualquier otro detalle de la creación, es un fin en sí mismo. Reposa en sí mismo como una piedra en la arena.

Incluso ante el poder de la muerte puedo ser libre. Es cierto que nunca podré liberarme del pensamiento de que la muerte sigue mis pasos y aún menos negar ese hecho. Pero puedo reducir su amenaza a la nada evitando anclar mi vida en apoyos tan ocasionales como el calendario y la fama.

En cambio no entra en mis posibilidades permanecer siempre vuelto hacia el mar y comparar su libertad con la mía. Llegará el momento en que tenga que volverme hacia la tierra y encontrarme con los organizadores de mi opresión. Lo que me veo obligado a reconocer entonces es que el hombre se crea unas formas de vida que, al menos en apariencia, son más fuertes que él. Con toda mi recién conquistada libertad no puedo destruirlas, únicamente suspirar debajo de ellas. En cambio puedo ver cuáles son las exigencias absurdas que se le hacen al hombre y cuáles son las inevitables. Veo que hay una clase de libertad que ha pasado para siempre o para mucho tiempo. Es esa libertad que conlleva el privilegio de ser dueño de un elemento propio. El pez tiene el suyo, el pájaro el suyo, el animal terrestre el suyo. El hombre en cambio se mueve con los riesgos de un extraño en todos ellos. Thoreau tenía aún

el bosque de Walden, pero ¿dónde hay ahora un bosque en el que el ser humano pueda demostrar que es posible vivir una vida en libertad fuera de las petrificadas formas sociales?

No tengo más remedio que contestar: en ningún sitio. Si quiero vivir en libertad tengo que hacerlo, ahora y en adelante, dentro de las formas. El mundo es, por lo tanto, más fuerte que yo. Frente a su fuerza no tengo nada que oponer más que a mí mismo; pero eso es, por otro lado, todo. Porque mientras no me deje someter yo también soy una fuerza. Y mi fuerza es terrible mientras tenga el poder de mis palabras para oponerlo al mundo, porque el que construye prisiones redacta peor que el que construye libertad. Pero mi poder será infinito el día en que sólo tenga silencio para defender mi inviolabilidad, porque al silencio vivo no hay hacha que pueda hendirlo.

Ése es mi único consuelo. Sé que las recaídas en el desconsuelo son muchas y profundas, pero el recuerdo del milagro de la liberación me lleva como un ala hacia la vertiginosa meta: un consuelo que es mejor que un consuelo y mayor que una filosofía, es decir, una razón de vivir.

Hace mucho tiempo

Pienso contarles una historia de hace mucho tiempo. Trata de gente, de nieve y de un viaje. La gente es buena, la nieve es blanca y el viaje es largo. Si la gente les resulta demasiado buena, no se quejen: nunca más volverá a ocurrir. Si el viaje les parece muy largo, quédense en casa. Si la nevada es tan intensa que les impida distinguir entre el sueño y la realidad, es culpa del temporal. No mía.

Fue hace mucho tiempo, cuando un lobo era un lobo y un ángel un ángel. La oscuridad era tan intensa que los pájaros quedaban atrapados en ella como en redes, y la luz era tan fulgurante que arrojaba a los hombres a tierra. Cuando llegaban, los ángeles lo hacían de frente, pero el diablo venía por la espalda y no decía: Soy un obispo. Decía: Soy el diablo y es noche cerrada. ¿Cuánto cuesta tu alma?

Hace mucho tiempo, un hombre fue a cruzar un puente pero nunca lo cruzó. Fue arrojado de cabeza al agua y jamás fue hallado. ¿Quién lo haría? Acaso una ráfaga de viento, acaso una pedrada, acaso una anciana a dos años de distancia. Algo con vida lo hizo, pero todo vivía. Hace mucho tiempo nada había muerto porque aún nadie había muerto. La gente ignoraba que las cosas callan lo que saben. Por eso las cosas no callaban. La gente creía que la tierra era la esencia de la creación. Por eso era la esencia de la creación.

Hasta los cañones tenían momentos en que lo sabían. Hace mucho tiempo la metralla no arrancaba la cabeza de nadie que orase. Apenas la rozaba sin dejar ninguna herida. Y nosotros no decimos: Eso es mentira. Decimos: Así eran los cañones. Así eran los que oraban. Así era hace mucho tiempo.

La nieve se arremolinaba. No se veían el cielo ni la tierra. Por la escalera de la tienda subía un hombre con un cuchillo en la mano. El tendero no podía creer que nadie anduviera fuera, en medio del temporal. La tranca llevaba echada dos días: era de hierro. El tendero era viejo y estaba enfermo. Yacía en su camastro y miraba las vigas del techo. La criada lloraba sentada en una banqueta. El hielo del balde tenía el grosor de una pulgada.

—No quiero —dijo la criada.

No quería salir a la nieve. Pronto iba a tener un hijo.

—No conozco el camino —dijo la criada.

Mentía, no quería ir a una miserable granja que se llamaba El ocaso.

—Tienes que hacerlo —dijo el tendero.

Tenía que ir a la granja en medio del bosque con el recado de que la madre del Labrador yacía muerta en casa del tendero. Apareció la madrugada del jueves en la escalera, muerta de frío; ahora era la noche del viernes. Todas las estancias estaban heladas; ella estaba en la más fría. Habían cerrado el cuarto y el tendero guardaba la llave bajo el edredón. Este hombre, que padecía graves dolores, era misericordioso

con los muertos e indulgente con los vivos. Le atormentaba que nadie supiera que María había muerto. Era injusto para la muerta e injusto para los vivos. La criada sollozaba sentada en la banqueta. Era injusto, encinta como estaba, enviar a la criada a la nieve. Era su criada y era su hijo.

—Dame el ron —dijo el tendero.

Bebió del vaso y los dolores remitieron. Acaso dormiría hasta que acabara de nevar.

La criada sopló y apagó la vela. Tiritaba de frío al pie del camastro. No se atrevía a salir de la habitación. Tenía miedo de la muerta aunque estuviera encerrada. Dios mío, suplicó en medio de la oscuridad, haz que venga alguien.

El hombre del cuchillo estaba ante la puerta atrancada. Dios no lo había enviado allí. Nadie lo había enviado allí. Era de Jäder, de la provincia de Södermanland, y quería matar a alguien. Había caminado por la nieve durante dieciocho días y diecisiete noches. Pero aún no había encontrado a nadie que mereciera la muerte y el cuchillo empezaba a oxidarse. Tendría que ser alguien con mucha plata, alguien que viviera solo y que no fuera especialmente feliz. Tendría que ser alguien muy viejo para que luego nadie fuera a echarlo de menos. Preferiblemente tendría que ser un hombre malvado.

La nieve restallaba. Se parapetó contra la puerta. Había visto luz en una ventana pero ahora estaba apagada. Era un caserón y habría mucha plata dentro. Tenía hambre, estaba atormentado, tenía frío y estaba exhausto. En invierno escaseaban las casas. El hombre del cuchillo alzó los brazos y empezó a golpear la puerta a puñetazos. Era fuerte y parecía que golpeaba con dos mazos. Raro sería que no lo oyeran desde dentro.

El tendero se incorporó en la cama. La criada seguía llorando.

—Prende la vela —dijo a la criada—. Hay gente en la puerta.

La llave cayó del edredón. La criada contuvo el llanto. Prendió la vela y de los rincones surgieron sombras que miraban amenazadoras al tendero y la criada. Sabían que era de noche. Ella se agachó a recoger la llave y la tomó en la mano como quien toma un arma. Quienquiera que fuese debía de temer a los muertos. Cogió la vela y salió de la habitación, atravesó la tienda y salió al vestíbulo. Allí había una tremenda barahúnda. La tormenta bramaba y la nieve crujía entre la troncada. La puerta temblaba y se estremecía. Un hombre gritó con voz desaforada:

—¡Abran! ¡Abran la puerta! ¡Déjenme entrar!

Ella dejó la vela en el suelo, se guardó la llave en el bolsillo del delantal y empezó a levantar la pesada tranca. Tuvo que oírse fuera porque allí cundió el silencio. Cuando fue a abrir la puerta el candado estaba encasquillado. Cayó en la cuenta de que se solía preguntar quién era el que llamaba a la puerta. Eran tiempos así. Siempre fueron tiempos así.

—¿Quién es? —preguntó la criada.

No obtuvo ninguna respuesta. Entonces pensó que le daba lo mismo y fue a coger

una pesa para desencasquillar el candado a golpes. Dio tres golpes fuertes y la puerta se abrió. Primero entró la nieve y el viento apagó la vela. Luego entró un hombre cubierto de nieve. Después entraron la oscuridad, la nieve y el viento. La criada dio un grito y se le cayó la pesa. El forastero cerró la puerta. Ahora estaban a oscuras, mirando aunque sin verse, como cuando un hombre está en presencia de Dios. Al cabo dijo la criada:

—¿De dónde es usted?

—Soy de Jäder, de la provincia de Södermanland.

—Dios mío —exclamó la criada, y en el acto se calló.

Pero el forastero empezó a recorrer el vestíbulo de un lado a otro con los brazos extendidos. Casi enseguida tropezó contra un armario. Encima del armario había algo que cayó pesadamente al suelo. El forastero se detuvo.

—¿Qué había encima del armario? —preguntó el forastero.

—Un candelabro cayó de la oscuridad.

—¿De hierro?

—De plata.

Un segundo después el forastero emprendió de nuevo su recorrido, pero ahora tenía un cuchillo en la mano derecha. Con la izquierda tropezó con algo frío, blando, blanco: la mejilla de una chica en invierno. Se acercó a ella. Ella no se retiró. Él le preguntó:

—¿Tienes miedo?

—No —respondió la chica—, yo soy de Jäder.

Se hizo silencio. Al hombre de Jäder se le cayó el cuchillo.

—¿Qué se te ha caído? —le preguntó la chica.

El hombre de Jäder acumulaba mucho frío. ¿Por qué se había dirigido al norte? Acarició la mejilla helada de la chica y preguntó:

—¿Cómo viniste a parar aquí, tan al norte?

—¿Y tú, cómo has venido a parar aquí?

—Vine volando —respondió, y acarició la espalda y los hombros de la chica.

Le acarició las caderas, las nalgas y el vientre hinchado.

—Aquí, en el norte, nos alimentan bien —dijo la chica.

—Ya lo noto —dijo el hombre de Jäder—. ¿Qué se te ha caído?

—Una pesa —dijo la chica—. El hielo había agarrotado el candado.

—¿Una pesa? ¿Eres tendera?

—No yo, mi amo es tendero.

—Prende la vela —dijo el hombre de Jäder—, quiero ver al tendero.

La muchacha desapareció en la oscuridad. Él la oyó abrir el armario y luego arrastrarse por el suelo en busca de algo. Él se agachó para recoger el cuchillo y metérselo dentro del abrigo en el mismo instante en que ella prendió la vela. Ella levantó la vela desde el suelo hasta su rostro. Era un hombre alto, ancho de espaldas,

un hombre herido. La nieve le cubría de arriba abajo, pero el calor de la vela derretía poco a poco la nieve de su rostro y caía al suelo en grandes copos. Su rostro quedó al descubierto. Se dirigió a ella desde la oscuridad, descubierto y frenético, con los ojos encendidos.

—¿Dónde está tu patrón? —le preguntó, y se dio la vuelta.

—No te reconozco —dijo la muchacha—. Así no son los de Jäder.

—Jäder es muy grande —repuso el forastero—, y yo he pasado seis años en la guerra.

De repente sacó el cuchillo y lo puso a la luz. Era alargado y resplandeciente, con las muescas cubiertas de hielo. Miró en derredor en medio del vestíbulo. Era amplio y revocado en blanco, de techo alto. El armario era pesado y tallado a mano, parecía que albergaba objetos valiosos. Puertas con entrepaños de flores azules conducían a estancias que seguramente eran amplias y lujosas. Una escalera ancha, pintada en blanco, conducía a la oscuridad. Miró a la muchacha y ésta le devolvió la mirada sin temor.

—¿Es rico?

—No es tan pobre como yo.

—¿Es viejo?

—Es viejo, está enfermo y está solo.

—¿Tiene gente que le cuide?

—Yo lo voy a cuidar todo el invierno.

—¿Nadie más?

—Nadie más.

—Yo te llevaré conmigo cuando él muera.

—No podrás. Peso mucho.

Se quitó su raída gorra y la arrojó a un rincón. Se sacudió el abrigo de modo que la nieve lo envolvió en una nube. Toda su figura se acrecentó y el cuchillo parecía más largo de lo que era. Un reloj sonó desde el interior de la vivienda y el hombre de Jäder giró lentamente y empezó a caminar hacia la habitación donde yacía el tendero. Pero la muchacha se quedó donde estaba.

—¿Es que no vas a alumbrarme? —le preguntó el hombre.

La muchacha contestó:

—No lo mates.

—¿Me lo pides?

—Yo no pido. Sólo te digo la verdad. No mates a ese hombre.

Se volvió muy despacio, como el día se convierte en noche. La ira anidaba en su frente como un resplandor de fuego, y hundió el cuchillo, casi hasta la empuñadura, en la jamba de la puerta.

—¿Andas buscando a alguien rico? —dijo la muchacha.

—Sí —repuso el hombre.

—En esta casa —susurró la chica— hay alguien más rico que quien andas

buscando.

El hombre sacó despacio el cuchillo. No miraba a la chica. Miraba el cuchillo.

—¿Andas buscando a alguien rico y viejo, que esté solo y desatendido?

—Sí —dijo el hombre.

—En esta casa —dijo la chica— hay una persona más rica, más vieja y más sola que nadie en el mundo.

—Muéstrame a esa persona —dijo el hombre sin apartar la vista del cuchillo.

—Lo haré —le dijo la chica al oído, y se dirigió con la vela hacia una pequeña puerta blanca junto a la escalera—. Vamos a entrar.

Y entraron en la estancia donde estaba la muerta. Era una habitación pequeña y estrecha y una sábana colgaba de la ventana. La muerta estaba tendida sobre una mesa junto a la pared; una piel le cubría el cuerpo. Pero no yacía como solían hacerlo los muertos, de espaldas, con las manos cruzadas sobre el pecho, las piernas tías y el rostro fijo como una vela. Estaba como la encontraron, de costado y ovillada y con los brazos sobre el rostro para defenderse de la tormenta, con hielo en el cabello. La muchacha alumbró a María Larsson y dijo:

—Aquí tienes lo que buscas.

La habitación era fría como el hielo y la muerte. Mientras de sus bocas salía vaho, de la boca de la muerta no salía nada. Al hombre de Jäder se le cayó el cuchillo. Su sombra planeó como un pajarraco en la sábana de la ventana.

—Aquí tienes todo lo que quieras —dijo la muchacha—. Ella no necesita nada.

La muerta tenía un pendiente grande de oro en la oreja que daba a la luz. El hombre de Jäder recogió el cuchillo y le dio vueltas en la mano. De repente se apartó de la muerta y lo lanzó fuera de la habitación. El cuchillo atravesó la oscuridad y fue a incrustarse en un mueble.

—Vaya un asesino —dijo la chica—. Mira que arrojar su cuchillo.

Pero el hombre de Jäder no la oyó. Vio el mundo como era encima de la cabeza de la muerta:

Los ricos nunca están solos,
los más ricos muertos están.
Tarde llegó el asesino,
de espaldas al cuarto está.

La muchacha echó la llave. La muerta volvió a quedarse sola, rica y libre. El cuchillo vibraba en un costado del armario. Pero no fue eso lo que la chica vio. Fue un roble lo que de repente vio, mientras empuñaba la llave en su mano. Alguien sentado en la copa del roble y la luna apareciendo por encima del roble. Era verano y había una guadaña apoyada en el tronco del árbol. A través del frío y la nieve llegó un aroma de

heno recién segado. Y a través de la tormenta oyó una voz dentro de su pecho; y entonces con voz queda y cabizbaja dijo:

—Si es un niño, ¿qué nombre le voy a poner?

El hombre de Jäder la siguió en silencio hasta la cocina, por medio del vestíbulo y por una de las puertas de rosas estampadas. Allí se sentó en un banco y vio cómo llegaban a la mesa un cuenco con manteca y dos roscas de pan duro. Entonces comió un rato. Luego dijo:

—Lo llamarás Henrik Abraham. Es un nombre hermoso.

La muchacha se sentó a su lado, untó un dedo en el cuenco y se lo llevó a la boca. La tormenta arreciaba y la casa gemía como un niño.

—Pobre Henrik Abraham —dijo ella al cabo—, yo no te reconocí.

—Nadie me reconoce —dijo el hombre.

—Pobre Henrik Abraham —exclamó la chica—, no pude esperar más.

—Nadie pudo esperar —dijo Henrik Abraham—. Mis padres murieron. Mis hermanos murieron. El cura murió. El campanero murió, el molino ardió y la alameda estaba talada. Nunca habría que volver a casa al cabo de una larga guerra.

Entonces volvió a comer un rato. Pero la muchacha salió al vestíbulo y abrió el armario. En un estuche había papel blanco, tintero y una pluma. Llevó el estuche al tendero y lo colocó encima de la manta. Había empeorado mientras la criada estuvo fuera. Sus ojos parecían cabezas de clavos y creía ver moscas alrededor de su rostro. Las aventaba y trataba de recordar en qué mundo estaba.

—¿Ha venido alguien? —farfulló.

—Vino un hombre —repuso la criada—. Un hombre que va a llevar el recado a El ocaso.

El tendero aventaba con la mano sin que hubiera mosca alguna. Apenas veía a su propia criada.

—Ahora va usted a escribir una carta —dijo la criada, y abrió el estuche.

Mojó la pluma, colocó el papel sobre la tapa y le puso la pluma en la mano. Ella se la dictó palabra por palabra, y palabra por palabra fue transcrita al papel hasta que la carta quedó acabada. Pero cuando fue a poner su nombre no lo recordó. Escribió otro nombre. Escribió Matthias Larsson. La criada no se dio cuenta puesto que no sabía leer, pero notó que él se alejaba de ella como se aleja una barca de la playa. Tomó su mano y le dijo en tono de consuelo:

—No debe preocuparse. Es un buen hombre. Cuando está cuerdo nadie es tan cuerdo como él. Y cuando enloquece lo hace como pocos. Lo sé porque lo he querido. Lo sé porque lo he traicionado. Pero nunca estuvo en la guerra aunque lo crea. Ha estado en ese sitio al que suele acudir la gente de fe.

Pero el tendero navegaba ya por otros mares. Dio un hondo suspiro y farfulló:

—¡Apúrate, apúrate! Ya se va.

Luego hundió la cabeza en su almohadón y ya no oyó ninguna mosca más. Pero

la criada cogió la carta y la vela y se apresuró a la cocina. El cuenco estaba vacío, el pan había desaparecido y Henrik Abraham no estaba allí. Buscó en el salón, en el despacho y en la tienda; no estaba en ningún sitio. Pero al salir al vestíbulo entrevió una sombra con un cuchillo en la mano junto a la puerta de la muerta. Era Henrik Abraham. Fue corriendo a su encuentro con su cirio. Henrik Abraham la detuvo y dijo quedamente:

—Alguien ha entrado.

La chica extrajo la llave, fría y pesada, del bolsillo. Se acercó con sigilo a la puerta y la manipuló. No estaba cerrada. Entonces se estiró todo lo que pudo y dijo en voz muy alta:

—¿Quién hay ahí dentro?

Empujó la puerta y entró con Henrik Abraham pegado a su espalda, con el cuchillo en la mano, cuando nadie respondió. Pero la habitación estaba vacía. La muerta yacía sobre la mesa en la misma postura que había quedado cuando perdió la vida. La muchacha la alumbró y luego estuvo a punto de perder la vela. La alumbró un buen rato. Luego dijo a Henrik Abraham:

—¿Lo cogiste tú?

Él contestó:

—No, no lo he cogido. No he estado aquí.

Pero el pendiente que la muerta lucía en la oreja había desaparecido.

Entonces salieron de espaldas y la muchacha cerró la puerta lentamente. Se retiraron a un lado y esperaron. Pasó un buen rato y no ocurrió nada. La muchacha se adelantó con sigilo y tocó la puerta. Estaba cerrada a cal y canto. La vela alumbraba con fuerza y claridad. Ella sintió un instante de calma. Permaneció tranquila y atravesada a lo ancho de la puerta y sintió el pataleo del niño en el vientre como un potrillo celestial.

Luego oyeron los gritos del tendero.

—¡Matthias, Matthias! —gritó dos veces, y se hizo el silencio.

La muchacha se quedó pálida, el niño se ovilló. A Henrik Abraham se le cayó el cuchillo.

—¿Quién es Matthias? —preguntó.

—Es el nombre del labrador de El ocaso —respondió la chica—. Ahora tengo que ir a la habitación del amo.

Pero nunca entró, puesto que la vela se apagó. Y no se apagó sola. Alguien la apagó.

—¡Prende una vela, Henrik Abraham! —gritó—. ¡Prende una vela!

Pero Henrik Abraham no vio en la oscuridad. Recorrió el vestíbulo de un lado a otro con sus largos brazos extendidos y entonces tropezó con ella y empezó a pelear.

—Soy yo —le gritó entonces ella, y él la soltó al instante.

Al cabo de un rato encontró lo que buscaba y prendió una vela. Examinaron la otra vela a la luz de la nueva. La mecha estaba aplastada como las mechas que se

apagan con un dedo mojado. Ella alzó la vela por encima de la cabeza y alumbró las paredes. No había nadie más en el vestíbulo y la puerta estaba cerrada. Pero Henrik Abraham gateaba por el suelo en busca de algo. Su cuchillo había desaparecido.

La muchacha le dio la carta para El ocaso.

—Prepárate —le dijo—. Yo buscaré tu cuchillo.

No estaba en la cocina ni tampoco estaba en el salón. No estaba en la tienda ni estaba en el despacho. Ella supo todo el tiempo dónde estaba. Alumbró al tendero. Él ya no veía más moscas por tener el cuchillo clavado en el corazón. La chica se lo sacó y lo limpió en la sábana. Luego apagó la vela, tomó su mantón de la banqueta y se dirigió a Henrik Abraham, que la esperaba en medio de la oscuridad.

—¿Lo encontraste? —le preguntó.

—Sí —respondió la chica—. Vámonos.

Nieve, oscuridad y viento entraron en la casa cuando Henrik Abraham abrió la puerta. Bajaron a tientas la escalera. No vieron nada que no fuera el feroz revoloteo de las tinieblas.

—¿Tienes la carta? —le preguntó la chica a gritos.

—Tengo la carta —respondió Henrik Abraham a gritos.

El teniente que silbaba

(Bosquejo)

«**M**i teniente», jadeé tanteando en la oscuridad tras las botas del teniente. «Mi teniente, ¡no silbe así!».

El teniente silbaba y eso no tiene nada de extraordinario. Muchos tenientes silban con los silbatos que llevan colgados con un cordón amarillo en las hombreras. Silban alto y mucho rato y la muerte se acerca a sus cuerpos como la mosca a un terrón de azúcar. Muerden el polvo y el silbato se les cae de la boca. Mueren y eso no tiene nada de extraordinario, porque nadie sale vivo de la vida, por muy señor que sea. Yacen de espaldas en un campo de centeno ensangrentado y un cuervo de ojos penetrantes roba los botones de sus uniformes azules y el silbato de sus pechos. Ellos ya no lo necesitan porque los muertos no silban.

«Mi teniente», supliqué braceando en la oscuridad contra cuervos imaginarios. «Mi teniente, ¡deje de silbar! Nos está delatando».

En ese instante restallan dos disparos allá junto a Acron Brook. Los han disparado con unos segundos de intervalo. Disparan a los silbidos, eso es evidente. Me tiro al suelo y caigo entre las patas de un caballo enorme. Doy con la sien en un estribo y me hago una herida. El caballo es blanco, lleva todavía la silla, tiene el vientre reventado por la metralla. Las balas pasan bajas. Puede ser que los tiradores ya estén en el agua junto al vado.

«Mi teniente, mi teniente...».

Ahora cruzan el vado. Ya han recargado. Sostienen los fusiles en alto de manera que solamente se mojen las culatas en el agua negra. Las botas suben por las piedras, el agua penetra a través de los tupidos uniformes. El fondo se eleva poco a poco. Los afilados cuchillos brillan en el cinturón. El teniente sigue silbando. Estoy perdido.

Debería hacerle callar, pero ya no le alcanzo. El enorme y hediondo caballo está entre nosotros como un monte podrido. Sus entrañas me encadenan al suelo. Estoy tirado aplastado contra su vientre y oigo a los gusanos cantando allí dentro. ¿Habéis oído el canto de los gusanos en el vientre de soldados caídos y caballos tiroteados?

vida vida vida
vida vida vida
vida vida vida
vida vida vida
vida vida vida

Por un instante perdí el conocimiento. Esto ocurre con frecuencia entre soldados. Mi cabeza se llenó de gusanos. Les oí cantar dentro de mi cabeza, les oí bailar dentro de mi cabeza. Sentí que mi cerebro se transformaba en un pululante ovillo. Pronto fue todo mi cuerpo un pululante ovillo de vida bajo el negro cielo de Pensilvania. Y de mi carne, al igual que de toda la otra carne, emergía el repugnante himno: vida vida vida. Amigo y enemigo, hombre y bestia; todos cantábamos la misma canción. Entendedme si digo: No hay muerte. La muerte es una invención humana. Lo único que existe es más y más vida. La muerte es un eufemismo del hecho de que lo único que le interesa a la naturaleza es la vida, no la especie de vida. Si vienen los ángeles, vienen de frente. Si Dios existe, existe en el fuego.

«Teniente», aúllo, «teniente, teniente...».

Él es mi salvación, este teniente. Silba y silba, pero no me oye, porque desde hace diez horas está muerto. Más alto, mi teniente, acalle a los gusanos. Estiro la mano en la oscuridad y doy con una correa lisa. Sigo la correa y encuentro una hebilla cuadrada de inesperada frialdad. Abro la hebilla. La muerte ha hecho al caballo tan ligero que se acerca cuando yo tiro de la silla hacia mí. Yo estoy con la silla en los brazos y espero de pie.

He sido soldado tanto tiempo que siento cuando se acerca el enemigo, aunque no puedo oír nada ni ver nada. Siempre hay un silencio en torno al enemigo y una oscuridad que le delatan.

En Gettysburg

Nos movíamos tan silenciosamente entre los muertos como si sólo estuvieran durmiendo. En un pequeño prado de tal vez doscientas yardas de lado yacían los caídos tan apretados que no se podía ver nada de hierba. Era de noche, muy oscura, y hacía calor. De los muertos que habían estado al sol desde las siete de la mañana emanaba débilmente el olor dulce que es propio de la muerte. Las moscas que cuando cae la noche dejan los cuerpos muertos parecían girar en enjambres zumbadores sobre nuestras cabezas. Sin embargo nosotros no las veíamos.

A medida que avanzábamos despacio hacia Acron Brook, se iban espantando los cuervos del campo. Atrevidos y codiciosos esperaban hasta que estábamos pegados a ellos. Entonces levantaban el vuelo y desaparecían con una brusca sacudida en la oscuridad del lugar elegido. A la luz vacilante de los faroles sus figuras nos parecían enormes y su número incalculable, pero la situación era tal que nuestros sentidos exageraban.

Éramos seis hombres, sin contarme a mí (que ahora evoco todo esto en el recuerdo), dos buenos hermanos del gran Brooklyn, también un rudo bracero segador de la zona de Gettysburg, irlandés al parecer, y finalmente un par de señores de Nueva Inglaterra considerados instruidos; éstos siempre estaban escribiendo y por esa razón les resultaba imposible tanto portar armas como otras cargas de la guerra. Aquella noche las cargas estaban repartidas de manera que dos de nosotros llevábamos faroles, dos llevaban una camilla y dos no llevaban nada. Primero íbamos nosotros con los faroles, a una distancia de treinta pasos y con la luz muy cerca del suelo. A los veinte pasos hacíamos alto, levantábamos los faroles por encima de nuestras cabezas y en el círculo de luz que así se creaba mirábamos en silencio a nuestro alrededor.

¿Qué es lo que veíamos?

Hombres que habían soñado con una vida rica y una muerte grata pero que no habían logrado ninguna de las dos cosas. A pesar de que eran los nuestros nos causaban una impresión hostil y espantosa. Sabíamos que habían caído bajo el mayor de los espantos y cuando la vida les había abandonado el espanto se había quedado en ellos. Mientras sus gritos iban camino de las estrellas sus pobres bocas quedaban en la tierra. En los choques de caballería caen muchos, pero la mayoría no muere en el acto. Todo un día pueden yacer en el suelo, dando vueltas y gritando, mientras la batalla se libra a su alrededor. A veces los caballos dan la vuelta, los esbeltos caballos blancos del Sur, que tienen fuego en los orificios nasales y sangre en las crines. Los heridos gritan, pero de poco les sirve. Los caballos galopan espantados sobre ellos, como si fueran ceniza en la ceniza. Polvo y humo se extienden sobre los caídos. Tosen, casi se ahogan, gritan pidiendo lluvia. Pronto llueven sobre ellos los

proyectiles del enemigo, al minuto siguiente los propios. Los moribundos no pueden ya distinguir gris de azul, enemigo de amigo. Y si pudieran: de nada les serviría. Cuando refresque la tarde morirán. Los gritos callarán y subirán hacia las estrellas donde ángeles sin oídos los percibirán como viento contra sus mejillas.

El corazón se detiene entre sus paredes ante una visión así. Éramos aún jóvenes en el oficio si es que el quehacer de soldado es un oficio y no un castigo. Nos quedamos quietos como estatuas con nuestros faroles levantados. Blancos están los que mueren en sus camas, rojos los que mueren violentamente. Éstos no tenían ningún color. El polvo les había cubierto de tal manera que muchas veces era difícil saber si yacían boca abajo o de espaldas. Algunos caballos con los vientres abiertos habían caído volcados entre los cadáveres. De la masa grisácea de cuerpos, correas, armas y ropas se elevaba un brazo desnudo en un violento esfuerzo por derribar el cielo. Pero ya no pedía; como la cruz de una tumba sólo indicaba dónde descansaba un muerto.

Sobre un campo de batalla nocturno siempre hay un penoso silencio. Los soldados se miran unos a otros avergonzados. Son invitados a una mesa en la que el anfitrión guarda silencio. Yo me incliné sobre un rostro que me pareció reconocer. El polvo cubría como una máscara mortuoria los helados rasgos. Los labios estaban apretados en torno a un silbato. Reconocí al teniente Grimm de Paul's town. En sus puños el muerto tenía, curiosamente, gruesos manojos de crin. No pude hacer otra cosa por él fuera de reconocerle, pero ya eso es mucho para un caído.

Dios visita a Newton, 1727

A veces Dios se cansa de su figura de luz y silencio. La eternidad le asquea, su manto cae. Vemos una sombra que se forma entre las estrellas, llega la noche. En casa de Newton, en Londres, se preparan sin saberlo para la singular visita. Avanzada la noche, un carruaje se desliza en la lluvia por la calle en la que vive Newton. Entra por el pórtico de la casa de Newton, da una vuelta alrededor del oscuro patio. Las hojas de los robles caen sin cesar.

El sirviente de Newton se levanta de la escalera y sale dando tumbos bajo la lluvia —medianoche y borracho—. No hay cochero y, visto de cerca, tampoco caballos. Abre la portezuela, el carruaje está vacío, el asiento, frío. Entra a cuatro patas en la polvorienta berlina y se duerme enseguida. El carruaje sale rodando por el mismo camino por el que ha llegado, esquiva a un perro enfermo que lame los adoquines, un poco más tarde pasa rozando a cierta dama que se vende a Boswell en la esquina de Park Lane y Oxford Street. Una moneda de oro con la efigie de Jorge v cae tintineando al suelo. Boswell se ríe, levanta la falda de la dama para medir su pantorrilla con su bastón de bambú. ¡Pobre Boswell, pobre Dama! La mujer tiene piernas de madera, por eso esas faldas que arrastran. Boswell deja que su mano se deslice. *God save the falling Nighth!* Madera toda la dama. Empieza a nevar de repente. Boswell se sofoca, con el brazo en torno a su duro talle lleva a miss Gate entre los árboles, pronto dejan de verse.

Pero el carruaje, oh, ha pasado hace tiempo. El sirviente ronca, se sorbe los mocos, sueña... cada vez más silencioso, sin embargo. La niebla se enrosca en las ruedas. Los páramos de Dartmoor —ya apenas respira, pronto ni eso siquiera—. El sirviente muere, el carruaje rueda, pronto desaparecerá para siempre.

Pero Dios está en casa de Newton en el piso bajo. La antesala es grande y fría. Al fondo una hoguera en un hogar sencillito, una criada se ha dormido en el taburete con la cabeza entre sus anchos muslos. Sale humo despacio de una olla. Un ratón helado trepa por el cuello de la sirvienta y desaparece en su cálido pelo.

Dios está ahora en el cuarto de trabajo de Newton cuarenta y cuatro pasos más arriba. En esta habitación reina un acuerdo entre, de una parte, Newton y, de la otra, el mundo: nadie habla. Durante toda una vida Newton ha coleccionado silencio para esta enorme habitación. Tiene silencio de todos los lugares del mundo y de muchas épocas. Allí está el silencio jónico, el silencio entre esposos, el silencio entre los muertos, el silencio sobre el Mar de la China y el silencio alpino. Pero, entre dos finas

láminas de plata, Newton guarda el deleite de su alma, el culmen de su placer de coleccionista: el silencio en torno al suplicio de Tántalo.

Ya es medianoche y junto a la chimenea, muy por detrás del viejo Newton, un criado con casaca roja prepara el té de las doce de la noche. Aparta con una tenaza de hierro las salamandras que se amontonan alrededor del trípode. El sirviente desea con frecuencia poder gritarles como gritan soldados y criadas, pero nació mudo de padres mudos. Todos han sido mudos desde el inicio de los tiempos, todos los de su estirpe y los de la estirpe de su estirpe. Incluso su corazón es mudo, late sin ruido. Incluso las cosas enmudecen en sus manos. Si este hombre golpea un martillo contra una piedra, callan tanto el martillo como la piedra y si se acerca a un asno que rebuzna, el asno enmudece. Es hijo del silencio y Newton le ama.

Pone la humeante tetera, la mermelada y las almendras en una bandeja de plata. Se encamina luego hacia el rincón sudoeste de la habitación, treinta y seis pasos. Allí hay un alto armario cuya parte superior desaparece en la oscuridad bajo las vigas. Es de color negro, tiene las puertas selladas. Éste es el armario de Swedenborg, empeñado durante su último viaje a Inglaterra y no recuperado por su dueño. Un armario tan pesado que hicieron falta seis escoceses y, además, bebidos, para subirlo a la habitación de Newton. Cada medianoche, el hijo del silencio se inclina profundamente hacia las patas del armario y abre un cajón recio. Allí hay un cuenco de cristal con tapadera ajustada. El criado coloca el cuenco en la bandeja y se dispone al fin a servir a Newton. No tardará Newton en quitarle la tapa al cuenco y, con los ojos cerrados, aspirar el silencio de Swedenborg. Éste es un silencio que no se parece a ningún otro. Le llena de temor y de alivio.

Pero Dios está en la habitación y el vicio de Dios es el milagro. Dios no puede contemplar una situación humana sin transformarla: el sufrimiento lo transforma en amor, el amor en sufrimiento y la mudez en voz.

Newton se pregunta por qué no acaba de llegar el sirviente. Vuelve su pesada cabeza en dirección contraria a los llameantes candelabros. El sirviente se ha parado en la oscuridad. La bandeja reluce, pero en torno a su cabeza ondea la oscuridad como banderas desgarradas. El silencio huye de él a la desbandada, surgen en la habitación remolinos y contrarremolinos y Newton, sobrecogido por un extraño desasosiego, se levanta de la silla.

En ese instante se le cae la bandeja al sirviente. Newton da un paso adelante, el criado un paso atrás. Después los dos se quedan inmóviles toda una eternidad. Una singular ceremonia se desarrolla entre ellos en la oscuridad. La bandeja debía haber caído, pero no cayó. Se quedó parada en medio de la oscuridad, reluciente y horrible. Luego empezó a ascender despacio hacia el techo. Y mientras ascendía, las lágrimas empezaron a fluir de los ojos de Newton. Y corrían hacia arriba por su frente como un Niágara de aflicción. Pero el criado no lloraba, estaba de pie donde estaba todavía.

Entonces la bandeja dio en el techo; y Newton se vuelve, coge furioso y maldiciente una hermosa pipa que lanza al suelo. Pero la pipa no llega al suelo, es

atrapada al vuelo y elevada por el malhechor que está allí transgrediendo la sagrada ley de la gravedad hasta dar con fuerza en las vigas de roble del techo donde se rompe en mil pedazos, pero esos pedazos no llueven sobre Newton, sino que se quedan pegados allá arriba en la oscuridad muy por encima de su pelo humedecido por las lágrimas.

Ay, para Newton esto no es un milagro, no posee ni la comicidad del error ni la infinita belleza de lo absurdo. Esto es únicamente un crimen, más simple y más cruel que todos los otros crímenes juntos. Si al menos pudiera ver al malhechor, pero el criminal se esconde detrás de su crimen. Newton le persigue en torno al crimen pero no le encuentra. Durante la persecución, Newton da alaridos y todo el silencio que se ha ido acumulando allí durante una vida excepcional se dispersa ahora y huye. Finalmente Newton coge la enorme hacha que adorna incruentamente la repisa de la chimenea y se precipita hacia su mesa, no para asestarle un golpe al criado que se escabulle horrorizado, sino para romper en pedazos su propia mesa de trabajo, palestra de sus pensamientos, imagen ahora de la derrota. Y el viejo levanta el arma con pasión veinteañera, pero justo cuando va a caer el golpe se desprende el hacha de la mano por su propio impulso y se va también al techo para, junto a la famosa bandeja de té, incrustarse con fuerza salvaje en una cuaderna de roble.

Pero mientras Newton cierra con impotencia el puño tras el perdido instrumento de venganza, el sirviente abandona su posición, se pone al alcance de los ojos de Newton, hace una profunda inclinación y dice:

«Un momento, *sir*, voy a bajarla enseguida».

Y es verdad: un par de movimientos como de volar con los brazos y el sirviente sube, *mirabile dictu*, sube colosalmente bien. Está volando ese hombre. No tarda en situarse arriba bajo el techo, da con la coronilla en el roble produciendo un noble sonido, y luego empieza a agarrar y a tirar del «mango» del hacha, como él lo llama en su crudo idioma civil, logra desprender por fin el arma y saluda a su amo que está abajo en el fondo claramente iluminado. Pero cuando los hermosos ojos de ambos se encuentran, se les ocurre a los dos, a Newton en el suelo y al sirviente bajo el techo, la misma idea peregrina, y se crea un silencio más silencioso. Situado allá arriba en el aire a cerca de cuatro metros de altura por encima de Newton, con el hacha en la mano izquierda y con la derecha temblando de excitación, el criado se sirve una taza de té cargado de la volada tetera de Newton. Toma tres buenos tragos, mira hacia abajo respetuosamente a su amo después, carraspea y dice:

«Si me equivoco, *sir*, castigadme. Si tengo razón, decidme que me calle. Decidid, *sir*, si vuestro servidor puede hablar».

Entonces Newton comprende al fin lo que pasa: está presenciando un milagro. ¿Y qué es un milagro? Una excepción. ¿Y quién hace milagros? Dios. ¿Y quién es Dios? Una excepción. Pero ¿qué excepción? La santa excepción, la excepción de sí mismo.

Y para probar la estabilidad de las leyes, Newton realiza ahora un acto que, en rigor, su salud y su edad no permiten. Dobla profundamente las rodillas hacia el suelo

y, en un intento de parecer un muelle, corre hacia el techo lo más alto que puede. Pero el criado que ya está sirviéndole una taza a su señor tiene que esperar en vano.

Newton no vuela.

Vuelve a caer pesadamente al suelo y tirado sobre las duras tablas se echa a reír. Y se ríe hasta que se le saltan las lágrimas y ahora las lágrimas corren hacia abajo por su cara. Y se levanta para fijar el recuerdo de ese momento en un papel. Coge la pluma, pero no encuentra tinta. En un chorro fino y derecho ha dejado el tintero, su prisión, y ahora se encuentra en forma de una gota enorme bajo la suela del criado de Newton y allá arriba ya se sabe que Newton no puede ir.

Así que, entonces, coge en cambio una tiza y con ella escribe en un encerado lo que sigue:

- A. Naturaleza del delito humano = un sueño en la casa de las Leyes.
- B. Base del delito humano = la desesperación de no ser visto por Dios.
- C. Remedio del delito humano = ser visto por Dios a la mínima distancia.
- D. Naturaleza del delito divino = un intento vano de sustituir la Ley por el Milagro.
- E. Base del delito divino = la desesperación de no descansar en el corazón de la Creación.
- F. Remedio del delito divino = encontrar los ojos de la Creación un día claro.

(Con la palabra remedio Newton quiere decir curación del delito).

Mientras Newton escribe, el criado se lamenta, ya ha descubierto lo terrible del mundo del milagro. Uno es literalmente elevado por encima de las condiciones de las cuales uno se nutría; té y almendras durante quince días y después la muerte. Mudo hasta hace muy poco, se obtiene también la facultad de expresar las quejas; si ciego, se recibe el don de presenciar el crimen; si paralítico, la gracia de correr al encuentro de la perdición. El criado llora y las pesadas gotas de las lágrimas no tardan en cubrir como cristales el techo de Newton.

Pero Newton ya ha terminado. Apoya el encerado en la pared y por encima de los lamentos del sirviente oye las horribles llamadas de un Dios que pide que le dejen entrar en la casa de las leyes. Le dice al criado por señas que guarde silencio pero el criado no es capaz de negar el milagro. Entonces Newton se levanta y deja con pasos firmes el círculo de luz en torno a su mesa, pasa por delante del fuego mortecino y llega hasta el armario de Swedenborg. Quita el precinto de las cerraduras, da vueltas a la llave y abre, con un suspiro de triunfo, las enormes puertas. Y del interior vacío del armario sale a raudales esta nada divina que llena los océanos entre las estrellas, la perla del Universo, el santo silencio, vacío mezclado con luz.

El fuego flamea, el criado enmudece de nuevo, ni siquiera su corazón se oye. En la sala de Newton lo único que suena ahora son los golpes de Dios a la puerta de la

Creación, los alaridos de los ángeles expulsados y el vocerío ronco del holandés errante a través de la tempestad.

Newton escala el armario de Swedenborg y desde esa altura hace gestos con la mano a su criado para que se reúna con él. Y bajo las vigas cubiertas de hollín se acerca el criado avanzando por el aire con pasos dignos y la bandeja en la mano. Ya casi ha llegado, y Newton se tira del armario. Con las manos en torno a las caderas del sirviente y pesado como la tierra misma, el anciano arrastra al suelo a su criado. Luego le hace salir de su habitación con el peso de cuarenta kilos de las manos sobre sus hombros, le lleva por la escalera y le mete en el cuarto de pesar junto a la cocina. Allí Newton le llena los bolsillos de pesas y en las manos le pone las dos más pesadas, y éstas son en verdad pesadas. Salen a la escalera, está lloviendo y todo lo que acaba de suceder en este patio se lo ha llevado la lluvia hace tiempo.

Newton le dice a su criado:

«Busca un carruaje. Un barco holandés ha encallado en el estuario. El capitán se salvó nadando hasta tierra firme y está ahora camino de Londres. Su ropa está mojada y es de noche. El capitán tiene frío. Ve a buscarlo con una linterna. Tráelo aquí. No sueltes las pesas. No te bajes del coche. Buenas noches, amigo mío».

Newton sube a su habitación y se sienta a esperar delante del fuego. Enfrente de su silla coloca otra en espera. Un par de segundos después se duerme. Un tramo detrás del sitio donde bajó el criado hay una enorme mancha de tinta en el suelo y cuando Newton muera esa misma noche y muchos extraños entren en la habitación de Newton, se preguntarán qué significa esa mancha, pero no comprenderán nada. Y no habrá nadie que les haga comprender.

Newton duerme, pero no sueña. Tiene el cuerpo derecho y a la espera en la silla recta. El fuego ilumina su sereno rostro. De pronto oye a través del sueño cómo llueve dentro de casa, la lluvia cae en su habitación. Abre los ojos, el fuego le deslumbra. Caen pesadas gotas del techo. Las lágrimas del criado vuelven a obedecer a la ley de la gravedad. Entonces Newton comprende que ha llegado Dios y mira hacia la puerta.

En la penumbra junto a la puerta de Newton está Dios bajo la empapada apariencia de un náufrago holandés. Newton se incorpora, el visitante se acerca. Las lágrimas caen sin cesar y se mezclan en el suelo con el agua que gotea de la ropa del náufrago. Dios se pone delante del fuego y se calienta las manos. Newton coge una salamandra del fuego con una tenaza y deja que el animal se arrastre por la ropa del holandés hasta que se seca. Luego se sientan en las sillas y se contemplan un buen rato en silencio, Dios y Newton.

A las dos de la madrugada, dice este último:

«Sire, ahora estáis en casa de Newton. Aquí rige la ley de la gravedad que es el amor de las cosas por la tierra. ¿Dónde está mi criado?».

«Está durmiendo», contesta Dios, «está durmiendo en tu carruaje».

«Y ¿dónde está mi carruaje?».

El holandés mira a su alrededor en la habitación como si buscara allí el carruaje.

«Ya no lo veo. Me dejó. Echó a volar. Subió alto, por encima de Londres. Pero Londres no subió».

«¿Y los caballos?».

El capitán extiende entonces sus manos vacías. Como un viejo judío le enseña a Newton sus palmas corroídas por la sal, y allí no hay ningún caballo.

Pero Newton piensa y mientras piensa se acerca la muerte. Atraviesa la puerta y pasa de puntillas junto a la sirvienta dormida. Newton saca su reloj del bolsillo del frac y lo pone en el suelo en medio de las dos sillas. Su tictac es fuerte y perturba el sueño de sus almas.

A las dos y media Newton pregunta:

«¿Qué buscáis, Sire?».

Dios contesta helado de frío:

«El corazón del mundo y mi propio retrato».

Entonces Newton señala el reloj y dice:

«Ved ahí vuestro retrato, Señor, imitándoos como el mono imita al hombre. De la misma manera que vos dais vueltas alrededor de la esfera del universo con la esperanza de encontrar en alguna parte un agujero en la Creación por el que penetrar, vuelan esas manecillas alrededor de su propia esfera persiguiendo el tiempo que creen dibujar, pero nunca lo encuentran. Supongo que vos mismo, durante vuestros largos viajes, últimamente por los mares de la tierra, habéis llegado a la conclusión de que la perfección de la Creación es la piedra angular de las desdichas divinas y humanas. La Creación y el Creador; ambos sufrimos de deseo mutuo, pero este deseo no se cumplirá nunca. En verdad os digo: Habría sido mejor crear un universo defectuoso en el que vos hubierais podido entrar por alguna grieta oculta como uno de nosotros, que este universo que excluye para siempre al creador. Yo os digo también: Sólo dentro de las leyes hay paz. Os compadezco, Señor, pero el tiempo pasa».

Y el tiempo pasa ahora, ciertamente, con mucha rapidez. Las manecillas del reloj de Newton ya no avanzan a su acostumbrado trotecillo lento. No, se precipitan bramando de furor alrededor de la esfera para romper los números romanos en pedazos, y se hace de día. El día es gris y sus rostros palidecen. Pero las manecillas siguen aumentando su velocidad como si quisieran hacer estallar el reloj de Newton, y vuelve a hacerse de noche en Londres.

«Por lo que se refiere a mi sirvienta», dice Newton, «pues subió al techo y empezó, aunque antes era mudo, a hablar. Me figuro que ahora estará flotando en la estratosfera, arrastrado por dos caballos, y tal vez esté incluso cantando. Tampoco dudo de que allá en lo alto entre las estrellas floten árboles, bueno, quizás jardines enteros, palacios y catedrales, ejércitos y armadas a los que vos habéis desligado de su contrato con la ley de la gravedad. Esos crímenes que los necios llaman milagros no alteran, sin embargo, el Orden, lo mismo que los esfuerzos de un ladrón o las

fechorías de un asesino no trastocan las leyes terrenales; al contrario, las refuerzan porque el crimen siempre confirma las leyes; los delincuentes son los aliados de las leyes y los legisladores deberían mandar flores a sus ataúdes».

Pero el milagro, Sire, no acorta la distancia a la persona; la hace por el contrario más grande. El milagro hiere a los blasfemos y hace que los creyentes esperen en vano, pero al corazón del mundo, Sire, lo deja indiferente.

Ahora se oye un carruaje por la calle en la alta noche, caballos que relinchan y alguien que grita en Londres. El fuego se apaga, las velas se hunden en los candelabros. Los dos hombres acercan sus sillas. Dios empieza a hablar de sus mil años en los mares y en ciudades romanas.

«Con frecuencia me iba a otros barcos. Sobre una superficie tranquila mis velas eran presa del viento y me llevaban hasta aquéllos a quienes quería estrechar en mis brazos. Un precioso barco de tres mástiles echa el ancla en la puesta del sol: marineros en cubierta, marineros en los mástiles; me pongo el altavoz en la boca para proclamar mis intenciones, mis mejillas están ya tensas del aire. Entonces... entonces los mástiles se cubren súbitamente de musgo, las velas caen rotas en nubes de polvo, los marineros se desploman de cabeza en la cubierta, surge un hedor horroroso, las tablas del barco se separan unas de otras, el barco se hunde y en el lugar en que se hunde se levanta una torre que lanza rayos a través de la noche, pero cuando mi barco llega a la torre, la torre se derrumba en grava y ceniza y un grito se eleva sobre el mar.

»Otras veces: Voy por calles de ciudades romanas, un hombre extiende su mano. Cojo su mano, pero mientras la estrecho el hombre se hace muy viejo, cae redondo a mis pies. Un túmulo funerario crece sobre sus restos, pongo una flor en la tumba y quiero irme de allí llorando. Entonces noto que estoy en una casa con paredes lisas y ventanas pequeñas. En la casa hay largos pasillos con mucha gente y mientras yo paso por delante de ellos, se van cayendo, se pudren y se convierten en tierra. Toda la casa se llena de tierra, encuentro una pala para empezar a excavar y salir, pero, justo al coger el mango de la pala, la casa se prende fuego. Estoy al sol en una gran plataforma cubierta de ceniza y un hombre se acerca a mí y extiende la mano. Pero no se la cojo. Aullando como un lobo me voy corriendo de allí».

Se enciende una luz en la oscuridad de Newton. Su reloj se incendia, las salamandras se arrastran hacia él con curiosidad.

«El tiempo, Sire, es una tremenda equivocación. Seis días fue demasiado. Hubierais debido usar *uno* para la Creación y haberos quitado de encima la terrible máquina. Y, con todo, Sire, el tiempo es mucho más terrible para vos que para el hombre. Porque el hombre sólo ve que su amigo muere, no ve en ese momento que su tumba se convierte en una casa, la casa en un campo y el campo en una charca de sangre. En la enorme esfera del reloj el hombre sólo distingue una cifra, el hombre no sabe que todo ha sucedido ya, el hombre no sospecha que la historia de las historias, el nacimiento del universo, vida y muerte ya se han consumado y están dentro de la

eternidad como un barco en una botella».

Vuelve a hacerse de día y el sol arde sobre Londres. La sirvienta sigue durmiendo y el ratón duerme en su cabello. Los carruajes desaparecidos siguen su camino. Oscurece cada vez más. En las escaleras, fuera de la habitación de Newton, suenan, no obstante, pasos y voces apagadas que hablan, timbres de relojes y se oyen martillazos. Al mismo tiempo se acentúa la oscuridad. Es evidente que algo pasa. Las dos sillas se acercan tanto una a otra que pronto habrá que preguntarse: ¿hay ahí dos sillas o hay ahí sólo una?

Pero con una voz que acaricia el oído de Dios susurra Newton:

«Creo que tengo un regalo, Sire».

«¿Qué clase de regalo?».

«Una vida humana».

«¿Para hacer qué?».

«Para nacer y morir. Porque sólo como mortal, Sire, sentiréis el tiempo menos como un espanto que como una ley. Y sólo dentro de las leyes, Sire, es posible tocar el corazón del mundo».

«Dame pues ese regalo».

Newton se endereza en la silla y sus ojos brillan de emoción. Tira del cordón de una campana, suena por todas partes dentro de la espaciosa casa y ahora se ve que Newton puede permitirse el lujo de perder criados. Las puertas se abren y entran en una larga fila los sirvientes de Newton vestidos de rojo. Se colocan en un semicírculo en torno a su señor que empieza enseguida a darles órdenes.

Al primero le dice:

«¡Trae a un sacerdote!».

Y el hombre abre la ventana y llama a un sacerdote que se desliza pegado a las paredes de las casas, de regreso de una aventura vergonzosa.

Al segundo le dice:

«¡Tráeme los dados!».

Y le dan sus dados de marfil y un cuenco rojo para agitarlos.

Al tercero:

«¡Tráeme todos los libros que puedas cargar!».

Y recibe exactamente esos libros.

Al cuarto le grita:

«¡Echa leña al fuego y pon velas nuevas en los candelabros!».

Y también eso se hace.

Pero al quinto le dice:

«¡Arremángate! Vas a pelear».

Y el quinto se arremanga y busca belicoso a su adversario.

Ahora Dios se arrodilla junto al fuego. El sacerdote es conducido a la habitación. Apesta a bebidas fuertes y sus ropas están en muy mal estado, como si viniera directamente de los lagos de azufre.

«Mira a este hombre», le dice Newton con severidad. «Vas a bautizarle. ¿Entiendes?».

Y repite «¿Entiendes?» tanto y con tanta severidad que el cura al final cree que entiende. Su abotargado rostro se ilumina de beatitud y busca su cruz en los bolsillos y en el cuello. Pero la cruz se ha perdido y entonces, con ayuda del dedo índice de la mano izquierda y el dedo corazón de la derecha, forma una cruz que sostiene sobre la cabeza de Dios.

«¡Abrid esos libros!», dice Newton al sexto, al séptimo y al octavo sirviente, y así lo hacen. En el libro del sexto se lee arriba del todo en la página abierta, la palabra «velero», en el del séptimo el nombre «Claes» y en el del octavo el nombre «Jensen».

«¡Echa mis dados!».

Y el noveno criado agita los dados de Newton, y todos guardan silencio excepto los dados que caen tintineando unos contra otros en el fondo del cuenco. La primera cifra: veinticuatro; la segunda: doce; luego: dieciocho, seis, siete, cuatro = setenta y uno. Newton anota todo esto en un papel que, enseguida, tiende al sacerdote. El sacerdote echa un vistazo a lo escrito y luego deja caer el papel en el fuego.

Después levanta las manos sobre su cabeza, forma con ellas un cuenco y como por ensalmo este cuenco de carne y hueso se llena de agua fresca a rebosar. Y sin derramar ni una gota por el camino, el sacerdote vierte sobre la cabeza del hombre desconocido el agua así obtenida, mientras con voz clara y nítida lee las siguientes palabras:

Yo Te Bautizo
Hombre
Con El Nombre Del
Velero
Claes Jensen
Nacido En La Habitación De Newton En Londres
El 20 De Marzo *Anno* 1727
O En Bergen En Noruega
El 24 De Diciembre *Anno* 1815
Nacido Para Vivir la Vida De Un Navegante
Para Compartir Las Tribulaciones De Sus Hermanos
Y Para Morir La Muerte De Un Hombre
En Hawái
El 7 De Abril *Anno* 1871
O El Viernes Santo *Hoc Anno*.

Luego el sacerdote se seca con las manos todavía húmedas su sudorosa frente y siente al hacerlo una fortaleza de extraña índole. Levanta al velero del suelo y le besa en

ambas mejillas. Luego abandona la casa de Newton.

Pero Newton, sentado, le dice al velero:

«Amigo mío, ahora eres un ser humano que es de profesión velero y debes por eso ser iniciado en las condiciones del humilde ser humano, de modo que nada pueda sorprenderte en la vida que te espera —ni las acciones de los otros ni tu propio dolor».

Y Newton le dice a su quinto criado:

«¡Pégale!».

Y el criado de las mangas arremangadas le propina al velero dos o tres duros golpes en la cara que éste recibe impasible. Luego el criado mira a Newton que, con la frente arrugada, profiere:

«¡Más miedo, amigo mío! Los tesoros de miedo del hombre son ilimitados».

Dirigiéndose al criado:

«¡Escúpele!».

Y el criado llena su gran boca de saliva y le escupe silbando al cosedor de velero as en la cara. Sin un gesto, éste se seca las mejillas con las mangas de la chaqueta. Pero el criado que ya está excitado por el deseo de pegar y humillar, ruge de rabia y quiere volver a vapulear al velero, cuando Newton con una mirada le desplaza al final de la fila de sirvientes.

Newton saca de su bolsillo una moneda de oro que tira con descuido al suelo delante del velero. Cuando éste se inclina a los pies de Newton para coger la moneda, Newton pone el pie sobre ella y le dice al hombre agachado:

«Amigo mío, apréndete de memoria esta postura. Se llama la postura de la humillación. Besa mi zapato. Entonces yo retiraré el pie y la moneda será tuya —si no me arrepiento».

Y sucede como dice Newton. Pero cuando el velero tira la moneda al fuego, los criados se abalanzan y luchan quemándose los brazos por la deseada presa. Entonces Newton se levanta de la silla, coge a su huésped del brazo y le aparta de los criados en llamas. Dejan la habitación y salen al vestíbulo de la escalera. Newton dice:

«Ahora voy a enseñaros mi casa».

Deja que el velero pase primero por una estrecha puerta pero él se queda fuera. La habitación es angosta y tiene el techo altísimo. En el techo hay un agujero redondo por el que entra la luz. En la pared hay otro agujero por el que entra la oscuridad. Mientras el velero está allí contemplando el agujero oscuro, sale de repente una gran serpiente deslizándose. El velero busca la puerta pero está cerrada. Su mirada busca el agujero del techo, pero las paredes son lisas, altas, y no se ve ninguna escalera. La serpiente se levanta despacio en apretados anillos, no tarda en alcanzar la altura del velero y los ojos de la serpiente están a la misma altura que sus ojos. Entonces da un grito de terror. Pero la serpiente vuelve a enroscarse y regresa deslizándose a la oscuridad. La puerta se abre y el velero sale tambaleándose al rellano.

«Ahora ya sabéis lo que es el miedo», dice Newton, y lleva a su invitado,

atravesando el vestíbulo, a otra habitación. Esta vez entra él también. Es una habitación grande y helada y sobre las piedras desnudas del suelo yace un negro encadenado, sujeto con enormes cadenas de hierro que se hunden en su carne. Por cada latido, un estremecimiento de espantoso dolor sacude el cuerpo del prisionero y el blanco de sus ojos relampaguea como cuchillos en la oscuridad. El velero le pregunta a un centinela que está inclinado sobre el prisionero comiendo una zanahoria:

«¿De qué delito es culpable?».

Y recibe como respuesta:

«De ningún delito, *sir*».

Entonces el velero le arranca el llavero al centinela y prueba las llaves en los candados pero ninguna funciona y, además, los candados están oxidados. Trata entonces de soltar las cadenas de sus enganches pero están tan implacablemente firmes como si estuvieran sujetas al centro de la tierra. Pero el negro que, a través de los sufrimientos, nota que alguien se mueve a su lado, tuerce de repente la cabeza y muerde al velero en el hombro. Con los ojos ciegos de lágrimas, sale a tientas de la habitación el mordido valedor.

Entran después a un salón, un salón de música, débilmente alumbrado por una sola luz. Una mujer joven está sentada junto al piano de mesa. Se detienen en el umbral y Newton dice con gravedad:

«Amigo mío, ya conoce usted el gran dolor humano que consiste en el deseo del hombre de hacer un milagro para cuya realización carece de fuerza. Ahora va a conocer usted el dolor más grande de la humanidad que consiste en tener conciencia de la imposibilidad del amor».

Con esas palabras Newton deja la habitación, pero el velero va de puntillas hacia el piano y mientras se acerca la joven empieza a tocar, y toca de manera tan arrobadora que, primero, queda sobrecogido de veneración por la desconocida, después de amor y finalmente de intensa atracción hacia ella. Y cuando él pone la mano en su cálido brazo y le pregunta que si quiere seguirle, las manos de ella, blancas como la nieve, se posan sobre el teclado y le mira con tanta dulzura, tanta tristeza y tanto amor que el alma de él se le cae al suelo, y ella contesta en voz baja:

«Me quedaré contigo mil años».

En este instante de dicha se abre la puerta de golpe y entran precipitadamente unos operarios. Riendo y gritando se acercan con rapidez al piano de mesa, le arrancan el pelo a la amada del velero y lo echan en un cesto grande. Y retuercen la cabeza de la amada, varias vueltas, como un tornillo, hasta que se suelta, y el velero ve que la verdad es que ha estado atornillada en un tronco de hierro. Y los brazos siguen el mismo camino, las manos se desatornillan de las muñecas; todo desaparece en el insaciable cesto. Luego ellos se van deprisa, tan contentos como cuando entraron y el cesto se mueve entre ellos como una gran cuna.

Pero el velero siente un ligero roce en el hombro y se sacude el dolor. Newton

está detrás de él.

«Amigo mío, amaste a una muñeca».

«Pero tocó para mí».

«Tu amor así lo creyó».

«Pero sus ojos me miraron con brillo humano y su brazo estaba tan caliente como el vuestro, *sir*».

«Tu amor así lo creyó».

«Pero me habló, señor, y me prometió mil años».

«Tu amor así lo creyó».

Salen de la habitación, la luz se apaga detrás de ellos y cae la tapa sobre el piano. Bajan por la escalera y llegan a la grande y fría antesala donde la sirvienta dormida sigue sentada delante del fuego y de la olla.

«¿Tienes hambre?».

Y el velero siente de inmediato un hambre terrible que le recorre el cuerpo. Afirma con la cabeza y Newton da un empujón a la sirvienta que la hace caer del taburete. Se levanta de un salto bramando de furia. Newton la tranquiliza con una sola mirada.

«¡Dale a este mendigo una ración de comida!».

La sirvienta coge del suelo un cuenco y este cuenco está tan sucio que no se puede ver ni el fondo ni los bordes. No obstante ella le da la vuelta y vacía las moscas en la olla, coge luego un cucharón y empieza a echar cazos de la cena del mendigo en el repugnante cuenco. Newton y el velero se acercan y miran el interior de la olla. Ven entonces una rata grande que flota en el appestoso caldo, y por cada cucharada la sirvienta le da un golpe con el cazo para que no impida el tráfico. Y en el fondo de la olla ven grandes piedras que a veces suben y terminan en el cuenco. Luego la sirvienta le tiende el cuenco al mendigo con un movimiento tan brusco que la mitad se derrama encima de sus pies y el velero se acerca el cuenco a la boca y lo vacía casi hasta las piedras. Luego se lo devuelve a la sirvienta que se suena la nariz en la sopa, se sienta de nuevo en el taburete y cae en un profundo sueño, y el pequeño ratón que desde lo alto de la cabeza de la criada ha seguido toda la escena cae igualmente dormido.

Pero Newton le dice al velero, que ahora está bastante lleno:

«No te confíes en la bondad de la gente pero aprende a apreciar la comida de un mendigo».

Entonces se oyen pasos por la escalera. Un sirviente con la mitad del uniforme quemado y la cara manchada de hollín se les acerca presuroso. Sus ojos son astutos y traidores y muy apretada con el pulgar guarda la moneda de Newton rescatada del fuego.

«*Sir*, os esperan», grita y se le cae la moneda que, tintineando, rueda a través de la entrada hasta la calle perseguida por el criado.

Newton mira a su alrededor en su casa. Está pálido y sus ojos se hunden como

piedras en la profundidad de la cabeza. Sube un escalón, se vuelve a su huésped y dice con voz apenas audible:

«Así que tenemos que separarnos ya. Esto es en verdad triste, *très triste. Enfin...*».

Sube unos cuantos escalones más, parece luego arrepentirse y baja despacio hacia el velero, que espera inmóvil junto a la criada y sus ronquidos. Newton se acerca mucho a su amigo, tanto que, en la creciente oscuridad, no se debería jurar si allí hay una o dos personas de pie, junto a la escalera. Luego le mira fijamente a los ojos y dice lentamente:

«Sire, os ofrezco otro milagro».

Y, de pronto, la cara de Newton se cubre de un rojo llameante, un rojo como fuego y pega su boca al oído derecho del velero y parece murmurar algo. El velero asiente con la cabeza varias veces con mucha seriedad y por fin se separan. Y esta vez Newton ya no se vuelve a mirar atrás. Sube con firme decisión, sin prisas exageradas, la larga escalera, mientras el velero permanece mirándole hasta que sus ojos pierden claridad. Cuando la recuperan, la escalera vacía se apelo-tona ante sus ojos pero a Newton ya no le ve.

El criado pasa silbando tirando al aire su moneda. La sirvienta ronca y el ratón ronca en su pelo y el fuego se va amortiguando bajo la olla. Un mendigo se cuela desde la calle, olfateando como un perro hasta llegar a la sopa. Se alegra al ver que el velero desaparece escaleras arriba y que la sirvienta duerme profundamente y, sin hacer ruido, quita la olla del fuego y desaparece con su presa.

Pero los pasos del velero son pesados y el espantoso frío que penetra en la casa hiela su sangre. Presiona a su pesar el helado picaporte y entra en la habitación de Newton. Se asombra de que hayan llegado ya tantas personas. En el enorme círculo no están sólo los sirvientes. Los parientes a quienes han despertado en mitad de la noche están allí con sus pelucas puestas de cualquier manera alzando sus pequeñas manos en el aire. Allí están los médicos dividiendo y midiendo y blandiendo deslumbrantes instrumentos y un pequeño grupo que él reconoce como los teólogos de moda hojeando libros y levantando de vez en cuando sus pálidas manos hacia el techo. Y todos están reunidos en torno a Newton que ya está muerto.

Newton yace muerto en medio de la habitación, pero más que eso: Newton yace muerto en medio de la habitación a mitad de camino entre el suelo y el techo: *Tranquilo y sereno reposa el gran Newton cerca de un metro por encima del suelo.* Y los parientes dicen:

«¿Cómo podríamos explicar esto en público? ¡Pobres de nosotros! ¿Qué va a decir la gente de nuestra clase, y el Alcalde, y los pares de Inglaterra, y el duque de Kent? ¡Oh, Dios mío! ¡Qué escándalo! ¿No hay nadie que pueda bajar a ese hombre al suelo?».

Y algunos hacen ciertamente débiles esfuerzos condenados al fracaso. Presionan ligeramente con manos enguantadas los restos del gran Newton; pero con precario

resultado. Newton está donde está y los médicos dicen:

«Esto es imposible, insano, escandaloso. Esto es un malentendido físico, un burdo engaño y un horror científico. Newton va demasiado lejos. Siempre ha pretendido ser más que nosotros, pobres espíritus simples, pero ahora va en verdad demasiado lejos».

Y palpan a Newton, le oprimen y le abren por algunos sitios, pero nada de eso inmuta a Newton. Él está donde está y los médicos que han aplicado las orejas a sus restos para oír salir los gases no oyen nada, porque allí no hay ningún gas. Entonces los médicos se quedan muy desconsolados y ponen sus botiquines y sus cajas de medicinas encima de su cuerpo para hacerlo bajar con el peso, pero el gran Newton lleva con facilidad tan modestas cargas, y los teólogos dicen mientras aumentan la carga de Newton con sus escritos:

«Esto es impío. Esto es la teología del Demonio. Esto es en verdad pecado. Ni siquiera la reina Cleopatra de Egipto, Herodes Agripa, el Perseguidor, ni Nerón que incendió Roma se negaron, por lo que es sabido, a bajar a la tierra después de su muerte».

Y cogiendo sus libros del cuerpo de Newton los hojean pero, muy a su pesar, no encuentran en ellos prueba alguna de que fuera blasfemo flotar de muerto entre el cielo y la tierra. Pero el ambicioso más impaciente de ellos ya está redactando en el escritorio de Newton un borrador destinado a ser presentado en la sesión extraordinaria del sínodo y en el cual se afirma con toda claridad que a los cadáveres que flotan libremente en el aire no se les debe permitir descansar en tierra sagrada, pero que posiblemente debe sopesarse si no podría consagrarse el aire alrededor de las personas fallecidas de la manera anteriormente expuesta.

Mientras tanto el secretario de la Medical Society realiza minuciosas mediciones de la altura de Newton sobre el suelo, de la aceleración del cuerpo al paso de los parientes y cosas por el estilo y está justo a punto de, con ayuda de escritos teológicos y de estuches doctorales colocados en diferentes puntos del cuerpo de Newton, calcular la constante gravitatoria de Newton cuando un espantoso estrépito viene a perturbar tanto la paz del muerto como la de los vivos.

En el vano de la puerta aparecen dos herreros cubiertos de hollín que arrastran entre ellos una cadena de enorme grosor y colosal largura. Resulta que les mandó a buscar uno de los parientes de Newton, un comandante de Högländarna que ya había visto su carrera interrumpida y ante ese panorama había alumbrado la única idea de su vida. Se les hace sitio a los herreros y, sin exagerado respeto ante el para ellos desconocido muerto, lo enrollan con sus negras cadenas. Envuelven al gran Newton como a un niño, desde los tobillos hasta el cuello y cuando terminan cae, para alivio de los afligidos allegados, pesadamente al suelo. Sólo el secretario de la Medical Society se marcha indignado y el ambicioso teólogo rasga iracundo su borrador con los dientes.

Pero todos los demás se reúnen en torno al cuerpo vencido de Newton, derraman

lágrimas sobre él, leen oraciones y se santiguan. Los cofres desaparecen, se enciende el incienso, los libros se deslizan en los bolsillos de las sotanas, se atusan las pelucas y las cadenas se esconden bajo un paño de seda negra porque ya es de día y los duques, los pares, los condes franceses y los barones alemanes están apeándose ya de sus carruajes para hacer una última *visite d'honneur*.

¡Rápido, adentro con el ataúd! Los operarios dan los últimos martillazos y entran al galope en la habitación de Newton con su última cama. Colocan el hermoso ataúd en el suelo y se hacen respetuosamente a un lado, cuando la multitud lanza un grito de espanto. *Y es que el ataúd se eleva hasta alcanzar la altura anterior de Newton y resulta imposible de mover*. Todos gritan quitándose la palabra de la boca unos a otros, las pelucas se tuercen y el comandante de Högländarna llama a gritos a más herreros.

Y llegan herreros de todo Londres. Apartan con brutalidad a los grupos vestidos de terciopelo que están delante de la puerta de Newton y suben trabajosamente la escalera con su estruendosa carga, mientras los duques, los pares, los condes y los barones permanecen inmóviles en todo Londres, vencidos por la mudez ante esta extraña comitiva. Pero una vez llegados a la habitación de Newton los herreros llenan el ataúd de Newton casi hasta el borde con las cadenas más pesadas de Londres —y de nuevo triunfa el enorme peso sobre el leve prodigio—. Y por fin se coloca al encadenado Newton en el ataúd lleno de cadenas y ni una mueca revela que su situación le produzca el menor embarazo.

Más velas, lágrimas más grandes, más incienso, menos médicos, menos teólogos, más obispos. ¡Que entren los arzobispos! ¡Fuera los herreros! ¡Qué pasen los duques! El gran Newton os espera. *Allons Comtesses, bite die Baronen! Neutonne Vous attend. Und die Tränen fallen aus dem edlen Baum*. El gran Newton sonríe por última vez y el ataúd se cierra. Pero por entre la brillante multitud se abre paso el velero Claes Jensen que tiene a su favor, para su futura existencia, el haber incorporado la imagen del flotante Newton a su alma inmortal.

Pero fuera de la casa de Newton es un desconocido y le pregunta a un muchacho pobre el camino del puerto de Londres ya que ha nacido para navegar. Y el muchacho señala en una dirección y el velero sigue la indicación pero no tarda en darse con un extraordinario gentío. Un imponente entierro sube por la ancha calle y él pregunta a quienes le rodean, todas mujeres, quién va allí rodando a la tumba. Y entonces se vuelven a él cien asombrados rostros y él ve que todas las putas de Londres enguirnaldan la majestuosa procesión y ve que todas las putas lloran y que las lágrimas excavan surcos profundos en su grueso maquillaje. Y una voz ronca susurra en su oído:

«El gran Boswell es enterrado hoy».

Y conforme pasa la magnífica carroza fúnebre las prostitutas levantan llorando sus faldas hasta más arriba de los muslos y en los muslos llevan ligas negras. Pero incluso el velero llora ante este espectáculo porque por primera vez ve en otros dolor

sin cálculo y desaparece conmovido por las callejuelas de Londres.

Pero llega la niebla y la ciudad que ya era extraña se convierte ahora en una estrella sin luz y el velero avanza a tientas pero es tan fuerte el navegante en su fuero interno que va derecho al puerto de Londres. De repente se encuentra otra vez no obstante en medio de una muchedumbre mucho peor que la anterior y a través de la niebla vislumbra vagamente un enorme cortejo de algo que se asemeja a un barco deslizándose despacio con altas rodas y anchas cubiertas. Y por encima del desfile la niebla está blanca de gaviotas que graznan y de vez en cuando se disparan cañones junto a su oído y él grita a la multitud:

«¿A quién llevan a la tumba aquí?».

Y con una sola voz atronadora contesta toda la gente de Londres a través de la ondulante niebla:

«El gran Nelson es enterrado hoy».

Entonces el velero comprende que está en el buen camino y desaparece tan adentro en la tiniebla más densa que nadie vuelve a verle. Y con él desaparecen todos los ruidos. Sólo el cielo gotea y gotea y sus pasos gotean entre las casas ocultas.

Cuando había andado bastante en dirección al mar sale a su encuentro el viento y la niebla se disipa. Y de pronto, como por encanto, la niebla sube directamente al cielo. El sol brilla intenso y esplendoroso. Pasa por un muelle recién embreado y va hacia una ciudad. Las fachadas laterales relucen hacia él con colores iridiscentes, las ventanas centellean, un caballo blanco alza su hocico de un tonel de arenques y relincha a su paso. Apoyado en el alegre caballo empieza a quitarse sus pesados zapatos y cuando lo ha hecho los tira al agua azul donde se hunden enseguida.

Y poco a poco empieza a nevar. El sol se apaga. Las estrellas se encienden. Sale la luna. Descalzo continúa el velero su marcha hacia Bergen en Noruega.

Stig Dagerman, el escritor y el hombre

Son muchos los que reconocen en Stig Dagerman a un joven escritor, supervalorado, dicen algunos, importante, más, un genio, pocos. Atengámonos aquí a palabras objetivas y declaremos que algunas de sus obras sostienen apasionadamente de manera afortunada afirmaciones sustanciales sobre el ser humano y su realidad. Esto se refiere ante todo a las primeras obras, es decir, a las novelas, cuentos, dramas y poemas que fueron escritos antes del renombre local y aún no se esforzaban visiblemente por halagar el buen gusto de la crítica o satisfacer supuestas expectativas de un supuesto público. Sin pertenecer a esa clase de dudosos autores que voluntariamente echan a perder su talento, su moral, su autoestima, su fama y, finalmente, porque también la justicia literaria gana por último la partida, la confianza del público, Stig Dagerman adopta sin embargo una posición de dependencia tanto respecto a la crítica literaria como hacia el público menos exigente. Esta doble atadura no es seguramente insólita en los jóvenes escritores suecos, pero a consecuencia de una avanzada duplicidad de su esencia Dagerman es, entre los jóvenes, el que mejor ha sabido servir a los dos amos. Su sueño, los últimos años, no ha sido precisamente decir con la máxima valentía su opinión, desafiar los convencionalismos con la mayor desconsideración, ser escollo y piedra de escándalo. Con la esperanza de que sea posible vender flores en las barricadas y convertirse en *bestseller* con verdades un poco pulidas, ha llevado a cabo hábiles compromisos, no tanto con su conciencia como con su valor y su gusto. Mantener el nivel económico le ha parecido que era más importante que mantener un nivel moral, una posición ideológica estrictamente fijada. El temor a dos cosas le ha llevado a escribir libros y a adoptar puntos de vista que ciertamente en sí mismos no han sido de ninguna manera mediocres como prestaciones pero que, con todo, a causa de su falta de sinceridad, han carecido de verdadero contenido y solidez: el temor a dañar el prestigio literario, como si la sinceridad, y también la desconsideración, no fueran justamente la premisa de ese prestigio; y el temor a perder ingresos, como si fuera más importante vivir bien que como es debido. Esta falta de sinceridad no sólo le ha dañado como escritor, ha envenenado también su existencia como persona, lo cual ha sido tanto más innecesario cuanto que en modo alguno viene determinado constitucionalmente sino que es fruto de esperanzas nocivas y figuraciones vacuas.

Sabemos bien que los resultados de un escritor dependen mucho de su desarrollo como persona, del feliz desenlace de sus luchas íntimas, de su capacidad de ser desconsideradamente fiel a sí mismo. Desde esos puntos de partida no resulta difícil ver qué ajustes debería hacer el hombre Stig Dagerman consigo mismo para poder

alcanzar como escritor la altura a la que su talento le da derecho.

Lo que por el momento más falta le hace es audacia, es decir, esa actitud ante el trabajo (es decir ante la vida) que se presenta en todo aquel que reúne una visión claramente elaborada y formulada del sentido y el objetivo del trabajo con una voluntad inquebrantable de obtener ese objetivo cueste lo que cueste.

Del objetivo, Stig Dagerman no debería dudar, puesto que empezó su creación literaria manifestándolo: de una forma que sea para él la acertada, puesto que es justamente la mejor expresión de su personalidad, describir al ser humano en su lucha por la libertad desde la necesidad, el miedo, la miseria, la fealdad, la torpeza y las convenciones que niegan la vida. Sin temor a los juicios de catedráticos y colegas, expresar francamente su opinión acerca de problemas literarios, artísticos, políticos o de otra índole debería ser también un camino para él de lograr ese objetivo.

Para esto se exige naturalmente una voluntad que él ciertamente tiene, pero rara vez usa. Las razones de ello son bastante fáciles de ver. Al faltarle un programa vital claramente formulado, su voluntad se dispersa en una multitud de propósitos que al cabo de un corto tiempo de uso se rechazan como inservibles. Su fuerza se desgasta en empresas iniciadas con escaso entusiasmo; últimamente por ejemplo la ambición de, por medio de una lectura de periódicos absurdamente exagerada y mal organizada, adquirir conocimientos sin método acerca de un gran número de cosas, en lugar de trabajar duro en perfeccionarse en su oficio y entrenar su voluntad en la formación de un material de realidad que posea una resistencia ilimitada. Su desgraciada inclinación a la masturbación física y psíquica forman parte también de esa falta de equilibrio, de esa aciaga tendencia a la desorientación y a la futilidad.

La falta de equilibrio de Dagerman entre las diferentes expresiones de la expansión de su personalidad ha sido tal vez el rasgo más llamativo en los últimos años. Su tarea ha estado impregnada, es verdad, las más de las veces por un cierto frenesí, que en ocasiones ha dado resultados dignos de tenerse en cuenta, pero, al ser totalmente incapaz de distinguir entre lo esencial y lo secundario, se ha dedicado a puras tonterías con la misma intensidad que a su trabajo. El resultado ha sido, claro está, abatimiento, desesperación y una susceptibilidad cada vez mayor. La falta de planificación en la forma de vivir también ha provocado en él un caos de sentimientos que les ha hecho sufrir a él y a otros. Esclavo total de sus indefinidos sentimientos ha caído víctima una y otra vez de enamoramientos que, a causa de componendas, falta de entusiasmo y de sinceridad, le han ocasionado sufrimiento en lugar de felicidad. Una retorcida vida amorosa en la niñez y la juventud hacen ciertamente de la pasión, del enamoramiento, un estímulo prácticamente imprescindible para él, pero entrar unilateralmente en una relación le resulta peligrosísimo, porque altera su necesario equilibrio y le lleva a la desesperación y a pensamientos suicidas. Sin disciplina, anímica y corporal, trabajo y plan de vida, Dagerman cae con demasiada facilidad víctima de fuerzas que corroen la vida.

Una forma de vida ordenada, un duro entrenamiento de la voluntad, un mínimo de

trabajo diario rigurosamente observado, una eliminación sin miramientos de todo lo que distrae la atención y paraliza la voluntad, una inclinación creciente a correr riesgos, literarios y humanos, es lo que se exige en primer lugar del hombre Stig Dagerman para que el escritor Stig Dagerman llegue a ser lo que unos pocos creen que ya es.



Stig Dagerman (Älvkarleby, 1923 - Enebyberg, 1954). Nacido en la Suecia rural de principios del siglo xx, a los 11 años se trasladó definitivamente a Estocolmo. Militó desde muy joven en los círculos anarcosindicalistas suecos y escribió para su prensa; se integró en la sección juvenil de la Sveriges Arbetares Centralorganisation (SAC), a la que pertenecía su padre desde 1920.

Entre los 21 y los 26 años escribió cuatro novelas, cuatro piezas de teatro, una colección de novelas cortas y un gran número de artículos, crónicas y reportajes. Influido por los novelistas estadounidenses de los años veinte, publicó la novela *La serpiente* (1945), que reflejaba la ansiedad y el temor resultantes de la II Guerra Mundial. En 1946 emprendió un viaje por la Alemania destruida como corresponsal del Expressen.

En 1954 se suicidó dando lugar al mito del escritor joven, brillante y melancólico.